

LUIGI PIRANDELLO:
El difunto
Matías Pascal

Título original: *Il fu Mattia Pascal*

Traductor: R. Cansinos Assens

Alianza Editorial, Madrid

Depósito Legal: M. 17.351—1966

1. <i>Premisa</i>	3
2. <i>Premisa segunda (filosófica). A modo de disculpa</i>	5
3. <i>La casa y el topo</i>	8
4. <i>He aquí cómo fue</i>	14
5. <i>Madurez</i>	24
6. <i>Tac, tac, tac...</i>	34
7. <i>Transbordo</i>	44
8. <i>Adriano Meis</i>	52
9. <i>Un poco de niebla</i>	61
10. <i>La pila del agua bendita y el cenicero</i>	68
11. <i>De noche, mirando al río</i>	76
12. <i>El ojo y Papiano</i>	88
13. <i>El farolillo</i>	97
14. <i>Las proezas de Max</i>	105
15. <i>Yo y mi sombra</i>	112
16. <i>El retrato de «Minerva»</i>	121
17. <i>Reencarnación</i>	134
18. <i>El difunto Matías Pascal</i>	141
19. <i>Advertencia sobre los escrúpulos de la fantasía</i>	151
20. <i>Visita de un vivo a su propia tumba</i>	155

1.

Premisa

Hubo un tiempo en que una de las pocas cosas, quizá la única, que yo supiera de cierto era ésta: que me llamaba Matías Pascal. Y de ello me aprovechaba. Siempre que algún amigo o conocido mío daba muestras de haber perdido el bien de la inteligencia, hasta el punto de venir a pedirme consejo o indicación alguna, me encogía de hombros, entornaba los ojos y respondía:

—Yo me llamo Matías Pascal.

—Gracias, querido amigo; pero ya lo sabía. —¿Y te parece poco?

Alguno se dignará compadecerme —¡cuesta tan poco! — imaginándose el atroz sentimiento de un desventurado al cual le ocurra descubrir hasta cierto punto, que..., nada, en fin de cuentas, que ni padre, ni madre, ni cómo fue o cómo no fue; y se dignará también indignarse —lo cual cuesta todavía menos— de la corrupción de las costumbres, y de los vicios, y de la plaga de los tiempos, que tanto mal pueden ocasionar a un pobre inocente.

Que hagan lo que gusten. Mas es deber mío advertirles que no es ese mi caso, que no se trata precisamente de eso que se figuran. Podría exponer aquí, en un árbol genealógico, el origen y descendencia de mi familia, y demostrarles que no sólo he conocido a mis padres, sino también a mis antepasados y sus hazañas en un largo período de tiempo, no por cierto todas ellas verdaderamente laudables...

¿Y entonces?

Pues ahí está el quid; mi caso es muy distinto y extraño; tan distinto y peregrino que por eso me pongo a contarlo.

Por espacio de dos años, poco más o menos, fui no sé si más cazador de ratas que guardián de los libros en la biblioteca que cierto monseñor Boccamazza, en 1803, tuvo a bien dejarle en herencia, al morir, a nuestro Municipio. Indudablemente, no debía el tal monseñor estar muy al tanto de la índole y aptitudes de sus paisanos, o abrigaba la esperanza de que con el tiempo y la comodidad inflamaría con su legado el amor al estudio en sus favorecidos. Hasta ahora puedo certificar que no se les ha inflamado; lo cual hago constar en alabanza de mis paisanos. El Municipio mismo mostróse tan poco agradecido al monseñor por su presente, que ni siquiera se dignó erigirle un busto, por lo menos, y tuvo los libros arrumbados mucho tiempo en un destartado y lóbrego almacén, de donde los sacó luego, ya podéis figuraros en qué estado, para colocarlos en la iglesuca trasconejada de Santa María Liberal, donde, no sé por qué razón, no se celebra. Allí se los encomendó a tontas y a locas, a título de beneficio y como prebenda, a un gandulazo con buenas aldabas, que por dos liras al día había de tomarse la molestia de aguantar por algunas horas el tufo de la humedad y la vejez.

La misma suerte hubo de tocarme a mí también; y desde el primer día concebí tan menguada estima por los libros, así impresos como manuscritos —sin excluir algunos antiquísimos de nuestra biblioteca—, que nunca en la vida me hubiera puesto a escribir, según he dicho, si no considerase verdaderamente extraño mi caso y tal como para poderle servir de enseñanza a algún curioso lector que por ventura, cumpliéndose finalmente la antigua esperanza de aquel buen hombre de monseñor Boccamazza, hubiese de caer por esta biblioteca, a la cual lego mi manuscrito, con la obligación, sin embargo, de que nadie pueda abrirlo hasta pasados cincuenta años de MI ULTIMA Y DEFINITIVA muerte.

Ya que, por ahora —y sólo Dios sabe si me pesa—, he muerto dos veces; dos, así, como suena: la primera por error, y la segunda..., ¡prepárense a escuchar!

2.

Premisa segunda (filosófica).

A modo de disculpa

La idea, o más bien, el consejo de que cogiese la pluma débolo a mi reverendo amigo don Eligio Pellegrinotto, que actualmente está encargado de los libros de monseñor Boccamazza, y al cual le haré entrega de mi manuscrito no bien le haya dado remate, si es que lo consigo.

Lo escribo aquí, en la iglesita secularizada, a la luz que entra del farol de allá arriba, de la cúpula; aquí, en el ábside, reservado al bibliotecario, y cerrado por una cancela baja de madera con columnitas, mientras don Eligio echa el bofe cumpliendo la misión que heroicamente se ha impuesto de poner un poco de orden en esta verdadera Babel de libros. Me temo que no llegue a lograrlo nunca. Ninguno hasta él habíase preocupado de indagar, por lo menos a bulto, echando una ligera mirada a los lomos, qué clase de libros dejárale Monseñor al Municipio; suponíase buenamente que todos, o casi todos ellos, tratarían de asuntos religiosos. Pero hete aquí que Pellegrinotto ha descubierto, para mayor consuelo suyo, una grandísima variedad de materias en la biblioteca de Monseñor; y como los libros los cogieron a ojo acá y allá en el almacén y los fueron apilando aquí, según se venían a las manos, la confusión es indescriptible. Por razón de vecindad se han establecido entre estos libros amistades sobremanera extrañas; y en una ocasión costó a don Eligio no poco trabajo apartar de un tratado harto licencioso: *Del arte de amar a las damas* (libros III, de Antón Muzio, por año 1571), una *Vida y muerte de Faustino Materucci, benedictino de Polirone*, tenido por algunos en opinión de santo (biografía editada en Mantua, 1625). Por causa de la humedad habíanse unido fraternalmente unas con otras las pastas de entrambos volúmenes, siendo de notar que en el libro II del tratado se diserta largo y tendido acerca de la vida y lances monacales.

Don Eligio Pellegrinotto, encaramado todo el día en una escalera de lampistero, suele pescar en las tablas de la biblioteca no pocos de estos libros curiosos y amenísimos. Cuando da con uno así, lo arroja desde lo alto sobre la mesa grande que hay en el centro. Al choque retumba la iglesia entera, y se levanta una nube de polvo, de la cual salen huyendo azoradas dos o tres arañas. Yo acudo desde el ábside, saltándome a piola la cancela; empiezo por darles caza con el libro mismo a las arañas, a lo largo de la polvorienta mesa, y luego abro el libro y me pongo a hojearlo.

De esta suerte, poco a poco, he ido cobrándoles afición a estas lecturas. Ahora don Eligio me dice que debería pergeñar mi libro siguiendo el modelo de los que él va desenterrando en la biblioteca; esto es, dándoles su mismo particular sabor. Pero yo me encojo de hombros y le respondo que ésa no es empresa para mí. Y que me importan más otras cosas.

Todo sudoroso y cubierto de polvo, baja don Eligio de la escalera, y, por lo común, sale a respirar un poco de aire al huertecillo que se ha dado maña en apañar aquí, a espaldas del ábside, sostenido a trechos por estacas y puntales.

—Reverendo amigo —dígame yo, sentado en el poyo, con la barba apoyada en el puño del bastón, mientras él anda cuidando sus berzas—, no me parece que sea ya tiempo el que corre de escribir libros, ni siquiera de escribirlos por broma. En relación con la literatura, como con todo lo demás, tengo que repetir mi habitual estribillo: *¡Maldito sea Copérnico!*

—Hombre, ¿y qué tiene que freír en esto Copérnico?— exclama don Eligio, irguiendo el busto, con la cara que le echa fuego bajo el sombrero de paja.

—Pues sí que tiene que freír, don Eligio. Porque, cuando la Tierra no giraba...

—¡Y dale! ¡Pero si ha girado siempre!

—No, señor, no ha girado, porque el hombre no lo sabía, y, por lo tanto, era como si no girase. Además, que usted no puede poner en tela de juicio lo de que Josué detuvo al Sol. Pero dejemos esto a un lado. Digo que, cuando la Tierra no giraba, y el hombre, vestido de griego o de romano, hacía en ella tan gallarda figura y tenía tan alta opinión de sí mismo y se recreaba tanto en su propia dignidad, me parece lógico que pudiese encontrar gusto en la lectura de una narración minuciosa y llena de pormenores ociosos. ¿Dice o no dice Quintiliano, como usted mismo me ha enseñado, que la Historia, debía escribirse para contar y no para probar nada?

—No lo niego —responde don Eligio—; mas también es verdad que jamás se han escrito libros tan prolijos y hasta minuciosos en los más recónditos pormenores como desde que, según usted dice, rompió la Tierra a girar.

—¡Y tanto como es así! *El señor conde levantóse temprano, a las ocho y media en punto... La señora condesa se puso un traje lila con rica guarnición de encaje en el descote... Teresita moríase de hambre... Lucrecia sentía vértigos de amor...* ¡Por Dios vivo! ¿Qué puede importarle a uno todo eso? ¿Vivimos o no vivimos encima de una peonza invisible, a la que da cuerda un hilo de sol; en un granito de arena enloquecido que da vueltas y más vueltas, sin saber por qué, ni llegar nunca a ninguna parte, cual si tuviese gusto en girar así, para hacernos sentir ya un poco más de calor, ya un poco más de frío, y hacernos morir —por lo general con la conciencia de haber cometido una serie de menudas simplezas— a la cincuenta o sesenta de sus volteretas? Copérnico, Copérnico, don Eligio mío, ha echado a perder a la Humanidad irremisiblemente. Ahora ya todos nos hemos ido acomodando poco a poco al nuevo concepto de nuestra pequeñez infinita, acostumbrándonos a considerarnos poco menos que si no pintáramos nada en el Universo, con todos nuestros flamantes descubrimientos e invenciones; ¿y qué valor quiere usted que tengan las noticias, no digo ya de nuestras particulares miserias, sino hasta de las públicas calamidades? Historias de gusanillos son ahora las nuestras. ¿Se enteró usted de aquel desastre sin importancia de las Antillas? La Tierra, harta la pobre de dar vueltas sin objeto alguno, hizo un ligero movimiento de impaciencia y echó un poquito de fuego por una de sus numerosas fauces. ¡Quién sabe por qué causa se le habría formado aquella bilis! ¡Quizá por culpa de la necedad de los hombres, que nunca como ahora fueron molestos! El caso es que hubo muchos miles de gusanillos torrados; pero no pasó más. Y todo siguió adelante.

Don Eligio Pellegrinotto me observa que, sin embargo, por más esfuerzos que hagamos con la mira cruel de borrar, de destruir las ilusiones que la próspera Naturaleza nos ha infundido para nuestro bien, no lo conseguiremos. Por fortuna, el hombre olvida fácilmente el concepto de su pequeñez.

Así es la verdad. Nuestro Municipio, ciertas noches marcadas en el calendario, no manda encender los faroles, y con frecuencia, cuando está nublado, nos deja a oscuras.

Eso quiere decir en el fondo que a veces también nosotros los de este pueblo seguimos creyendo que la Luna no está en el cielo para otra cosa sino para alumbrarnos de noche como el Sol de día y las estrellas para recrearnos la vista con su magnífico espectáculo. Sí, señor. Y solemos olvidarnos con gusto de que somos átomos infinitesimales para tirarnos los trastos a la cabeza por una pulgada de terreno o lamentarnos de cosas que, si verdaderamente estuviésemos penetrados de lo que somos, deberían parecernos menudencias incalculables.

Pues bien; en atención a ese olvido providencial, a más de la singularidad de mi caso, voy a hablar de mí, aunque lo más brevemente que me sea posible, no exponiendo otros pormenores que los que juzgue necesarios.

Algunos de ellos, seguramente, no han de hablar mucho en mi favor; mas yo me encuentro ahora en una situación tan excepcional que puedo considerarme como borrado ya del mundo de los vivos, y, por consiguiente, sin los miramientos ni escrúpulos de rúbrica.

Empecemos.

3.

La casa y el topo

Muy pronto dije que conocía a mi padre, siendo así que no lo he conocido. Tenía cuatro años y medio cuando murió. Habiendo ido con un barco suyo a Córcega a ciertos negociejos que allí tenía, no volvió a casa, falleciendo allá de unas calenturas perniciosas a la edad de treinta y ocho años. Murió dejando en cierta holgura a su viuda y a los dos hijos: Matías, que había de serlo y lo fui yo, y Roberto, que me llevaba a mí dos años.

Todavía andan por el pueblo viejos que se empeñan en dar crédito al rumor de que la riqueza de mi padre, que no les debía hacer sombra, puesto que hace tiempo pasó a otras manos, procedía de orígenes, digámoslo así, misteriosos.

Según los tales, mi padre se agenció sus caudales jugando a los naipes en Marsella con el capitán de un buque mercante inglés, el cual, después de perder todo el dinero que llevaba encima, y que no debía de ser poco, hubo de jugarse también un considerable cargamento de azufre que había tomado a bordo en la lejana Sicilia por cuenta de un comerciante de Liverpool —¡hasta esto saben los indios! (¿pero y el nombre?)—, de un comerciante de Liverpool que tenía alquilado el vapor; arrojándose luego, desesperado, al mar, donde se ahogó, al zarpar el barco. De esa forma hubo de arribar el buque a Liverpool, aliviado hasta del peso del capitán. Suerte que tenía por lastre la malignidad de mis viejos paisanos...

Poseíamos tierras y casas. Sagaz y aventurero, no tuvo nunca mi padre una residencia fija para sus trapicheos, sino que siempre andaba de acá para allá con aquel barco suyo, comprando donde las hallaba más baratas, y a punto para revenderlas en seguida, toda clase de mercancías, y para no dejarse arrastrar de la tentación de meterse en empresas harto considerables y arriesgadas, iba invirtiendo poco a poco sus ganancias en casas y tierras aquí, en su terruño, donde hacía cuenta de retirarse, no tardando, a disfrutar pacíficamente de una holgura, lograda a costa de tantos tramojos, en el amor y compañía de su mujer y sus hijitos.

Así adquirí primero el predio de los *Dos Ríos*, rico en olivos y moreras; luego, el cortijo de *La Cabaña*, también muy plantado de árboles y con un buen manantial, que luego se aprovechó para el molino; luego, el collado de *El espolón*, que era el mejor viñedo de toda la comarca, y, por último, *San Roquito*, donde edificó una «villa» deliciosa. En el pueblo, además de la casa en que vivíamos, compró otras dos, amén de todo aquel descampado donde ahora han hecho el arsenal.

Su muerte, casi repentina, fue la causa de nuestro desastre. Mi madre, incapaz para gobernar una casa, hubo de fiarse de un individuo que por haber recibido de mi padre tantos beneficios, como para salir de pobre, parecía deber sentirse obligado a un poco de gratitud siquiera, la cual, a más del celo y la honradez, no le hubiera costado ningún sacrificio del otro jueves, puesto que mi madre le remuneraba con largueza.

¡Qué mujer tan santa era mi pobre madre! ¡Arisca y tontona de suyo, tenía hartos poca experiencia de la vida y de los hombres! Oyéndola hablar hacía el efecto de una niña. Hablaba con acento nasal y se reía con la nariz, porque siempre, como si se avergonzase de reír, mordía los labios. Muy endeble de complexión, jamás volvió a levantar cabeza desde la muerte de mi padre, aunque no se quejaba jamás de sus achaques, ni creo que ella misma los llevase a mal; antes bien, los sufría con resignación, como natural consecuencia de su mala ventura. Quizá

creyó que iba a morir de la pena de quedarse viuda y diese gracias a Dios, en su fuero interno, al ver que, aunque tan achacosa y atribulada, la dejaba vivir para bien de sus hijitos.

A mí me tenía un cariño enteramente morboso, salteado de sobresaltos y sustos; siempre nos quería tener pegados a sus faldas, como si temiese perdersenos, y solía mandar a la criada a buscarnos por toda la casa en cuanto nos perdía de vista a alguno.

Había vivido abandonada como una ciega a la tutela del marido; y muerto éste, sintióse extraviada en el mundo. Y ya no volvió a poner los pies en la calle, aparte los domingos, muy de mañana, para ir a misa a la cercana iglesia en compañía de las dos criadas viejas, a las que trataba como si fueran de la familia. Y hasta dentro de casa redujose a no ocupar más de tres habitaciones, abandonando las demás que no eran pocas, a los someros cuidados de las criadas y a nuestras diabluras.

Trascendía el aire en aquellas habitaciones a ese tufo especial de las cosas viejas, que parece como el aliento de épocas pasadas, y que allí procedía de los muebles de estilo antiguo y de los descoloridos tapices; y recuerdo que más de una vez hube yo de esparcir la vista a la redonda, presa de una extraña consternación, que tenía su raíz en la silenciosa inmovilidad de aquellos trastos, que llevaban allí tantos años sin servir para nada, privados de vida.

Una de las personas que con mayor frecuencia iban a visitar a mi madre era una tía mía, hermana de mi padre, solterona, de mal genio, con un par de ojos como los de los hurones, cetrina y adusta. Llamábase Escolástica. Pero no solía parar mucho tiempo en casa, pues a lo mejor, hablando, hablando, montaba de repente en cólera y tomaba el portante sin despedirse siquiera. A mí, de pequeño, me infundía un gran pavor. La miraba con ojos tamaños, sobre todo cuando la veía saltar del asiento furiosa y la oía proferir aquellos gritos, encarándose con mi madre y dando rabiosas pataditas en el suelo:

—¿Pero no notas que está hueco? ¡Si es el topo! ¡El topo!

Aludía a Malagna, el administrador, que nos estaba cavando la sepultura a nuestros pies.

Tía Escolástica —esto lo he sabido después— estaba empeñada en que mi madre se volviera a casar. Por lo general, no suelen las cuñadas pensar así ni dar tales consejos. Pero es que mi tía tenía de la justicia un concepto duro y desabrido, y por esto, más todavía, sin duda, que por el cariño que a nosotros nos profesara, no llevaba a bien que aquel hombre nos robase tan descaradamente y a mansalva. Y atendidas la absoluta incapacidad y la ceguera de mi madre, no discurría otro remedio al mal que un segundo marido, que, por cierto, hasta lo tenía elegido ya en la persona de un infeliz que se llamaba Jerónimo Pomino.

Este tal era viudo, con un hijo, que vive todavía y se llama Jerónimo, como su padre, siendo, por cierto, muy amigo mío, y hasta más que amigo, como luego diré. Desde pequeñito iba con su padre a nuestra casa, y era mi desesperación y la de mi hermano Berto.

Su padre había sido de mozo aspirante a la mano de tía Escolástica, la cual no le había hecho el menor caso, como tampoco a ningún hombre. Y no porque no se hubiese sentido inclinada al querer, sino porque la más leve sospecha de que el hombre de sus ansias pudiera traicionarla, ni aun con el pensamiento, la hubiera impelido, según decía, a cometer un crimen. Para ella todos eran unos falsos, pícaros y traidores; todos menos Pomino. Sólo que de esto se había convencido demasiado tarde. De cuantos hombres le habían hecho el amor, casándose luego con otra, sabía alguna traición, que la regocijaba ferozmente. Pomino era el único de quien no podía decir nada sobre el particular; antes al contrario, Pomino había sido un mártir de su esposa.

¿Y por qué entonces no se casaba ella con él ahora que estaba viudo? ¡Vaya una ocurrencia! Pues por eso mismo de que estaba viudo. Porque había pertenecido a otra mujer en la cual, acaso,

habría pensado alguna vez que otra. Y, además, porque..., ¡vaya!, porque a cien leguas se veía, no obstante su cortedad, que el pobre Pomino estaba enamorado... ¡ya comprenderéis de quién!

¡Figuraos si mi madre le hubiera dado nunca el sí! Le habría parecido un verdadero sacrilegio con todas las de la ley. Aunque quizá no pasase a creer la pobre que tía Escolástica hablara seriamente, y se reía con aquel modo suyo tan particular de los arrechuchos de cólera de la cuñada y de las exclamaciones del pobre señor Pomino, que se hallaba presente en aquellas discusiones, y al que la solterona adjudicaba los más desafortados elogios.

Cuántas veces no exclamaría él, removiéndose en el asiento como en un potro de tortura: “¡Pero, Escolástica, por el bendito nombre de Jesús!”

Era un hombrecillo barbilindo, muy apañadito, con unos ojos azules muy llenos de mansedumbre. A mí me daba en la nariz que se ponía polvos y hasta que tenía la debilidad de aplicarse un poquitín de colorete en las mejillas; y no podía negar que estaba muy ufano de haber conservado, con la edad que tenía, abundante el pelo, que se peinaba con esmero, prolijo a ondas, y que continuamente se estaba alisando con las manos.

No sé cómo habrían andado nuestros negocios si mi madre, no por ella, sino en atención al porvenir de sus hijos, hubiera seguido el consejo de tía Escolástica y contraído matrimonio en segundas nupcias con el señor Pomino. Está fuera de duda, sin embargo, que no hubieran podido andar peor de lo que anduvieron en manos del Malagna «el topo».

Cuando Berto y yo empezamos a tener uso de razón, ya gran parte de nuestros bienes habíanse convertido en humo. No obstante, habríamos podido salvar siquiera de las garras de aquel bandido lo que todavía quedaba, y que nos hubiera permitido, si no vivir con desahogo, como hasta allí, sí a cubierto de apuros. Pero tanto mi hermano como yo éramos unos solemnes gandules, y no queríamos aplicarnos a nada, sino vivir como hasta entonces, a lo grande, según nuestra madre nos acostumbrara desde chicos.

Ni siquiera se había preocupado de mandarnos a la escuela. En cambio, nos dio por ayo y preceptor a un tal Pinzone, cuyo verdadero nombre era Francisco o Juan, *del Cinque*; sólo que todo el mundo lo conocía por Pinzone, y él se había hecho de tal suerte al remoquete que ya lo consideraba como su apellido legítimo.

Pinzone era de una delgadez repulsiva, altísimo de estatura, y aun hubiera sido más alto de no habersele doblgado el busto por debajo del cuello como harto de subir tan arriba y tan delgado en una discreta joroba, de la que parecía sacar a duras penas el cuello cual pollo desplumado, con una nuez tamaño que se le veía subir y bajar. Solía esforzarse Pinzone por tener los labios metidos entre los dientes como para morder, comprimir y esconder una risita tajante que le era muy peculiar; sólo que, en parte, resultaba vano el esfuerzo, porque la tal risita, visto que no podía salir por los labios, aprisionados de esa suerte, escapábasele por los ojos más aguda y burlona todavía.

Con aquellos sus ojuelos debía de ver en nuestra casa cosas que ni mi madre ni nosotros veíamos. No hablaba quizá por creer que no debiera hacerlo, o bien —y a mí esto me parece lo más verosímil— porque su silencio le proporcionaba un gozo secreto y venenoso.

Mi hermano y yo hacíamos de él cuanto queríamos; todo nos lo consentía, aunque luego, como para ponerse a bien con su conciencia, cuando menos nos lo esperábamos iba y descubría nuestras diabluras.

Cierto día, por ejemplo, le mandó nuestra madre que nos llevara a la iglesia. Era alrededor de la Pascua y teníamos que confesarnos. Después de la confesión, a hacer una visita a la mujer del Malagna, que estaba enferma, y luego a casita. ¡Figuraos qué diversión! Pero apenas nos vimos

en la calle propusimos a Pinzone hacer novillos, diciéndole que le pagaríamos un buen litro de vino si en vez de llevarnos a la iglesia nos dejaba ir a *La Cabaña* a buscar nidos. Aceptó muy contento, restregándose las manos y echando lumbre por los ojos. Se bebió su vinillo, vínose al cortijo con nosotros y estuvo admirablemente por espacio de cerca de tres horas, ayudándonos a encaramarnos a los árboles y marineándose él también. Pues bueno; a la noche, al volver a casa, apenas le preguntó mi madre si habíamos cumplido con la iglesia y échole la visita a la mujer del Malagna, faltóle tiempo para contestar:

—Le diré a usted... —y fue y contóle, con pelos y señales, cuanto habíamos hecho.

Y no servían de nada las venganzas que nos tomábamos de estas traiciones suyas; y eso que no eran grano de anís. Cierta noche, por ejemplo, Berto y yo, sabiendo que él solía descabezar un sueño encima del banco del recibimiento mientras le servían la cena, nos levantamos furtivamente de la cama, donde nos habían zampado como castigo antes de la hora de costumbre; acertamos a encontrar una lavativa de estaño de dos palmos de larga; la llenamos de agua sucia en la artesa de la colada, y así pertrechados nos fuimos a él despacito, le pusimos la lavativa en las narices y... ¡ziff! El pobre dio un brinco tal que llegó con la cabeza al techo.

Fácil será imaginar los adelantos que con semejante preceptor haríamos en el estudio. Pero la culpa no la tenía toda Pinzone, que, muy al contrario, con tal de meternos una cosa en la mollera no reparaba en método y disciplina y echaba mano de mil expedientes para fijar de algún modo nuestra versátil atención. Lográbalo a las veces conmigo, que era muy impresionable por naturaleza. Sólo que él tenía una erudición enteramente suya muy particular, curiosa y peregrina. Así, por ejemplo, era muy docto en retruécanos; conocía la poesía fidenziana y la macarrónica, la «burchiellesca» y la «oreámbica», citaba aliteraciones y antinominaciones y versos correlativos y concatenados y retrógrados de todos los poetas haraganes, siendo él mismo autor de no pocas rimas caprichosas.

Recuerdo que en *San Roquito*, cierto día, nos hizo repetir frente a la loma no sé cuántas veces este *eco* suyo:

¿Cuánto dura el amor en las señoras?

—(Horas.) *¿Y como yo la amé, nunca me amó?*

—(No.) *Mas tú, ¿quién eres que sueñas a hueco?* —(Eco.)

Y nos daba a resolver todos los *enigmas* en octava rima de Julio César, Croce y los en soneto de Monetti, y otros enigmas, también en soneto, de otro gandulazo que había tenido el valor de ocultar su verdadero nombre bajo el de Catón de Utica. Habíalos copiado con una tinta tabacosa en un cuaderno muy viejo de hojas amarillentas.

—¡Oíd, muchachos; oíd este otro verso de Stigliani, que es cosa rica!

*Soy una y dos a un tiempo mismo,
Y hago dos de lo que era uno antes.
Con sus cinco me aferra la una,
Contra infinitos que piensa la gente.*

*Toda soy boca de cintura arriba,
Y más muerdo sin ellos que con dientes.
Tengo en sitios contrarios dos guerreros,
Los ojos en los pies y en los ojos los dedos.*

Me parece que lo estoy viendo recitar el versito con la cara radiante de placer, entornados los ojos y llevando el compás con la mano.

Estaba convencida mi madre de que a nosotros nos bastaba con lo que nos enseñaba Pinzone, Y puede que se creyese también, al oírnos recitar los enigmas de Croce o de Stigliani, que estábamos ya muy adelantados. Mas no le pasaba lo mismo a tía Escolástica, la cual, no habiéndose salido con la suya en lo de casar a mi madre con su predilecto Pomino, habíala tomado con nosotros; aunque en esto se llevaba chasco, pues amparados en la protección de nuestra madre no le hacíamos caso, con lo que cogía tales berrenchines que de haber podido hacerlo sin que la viesen ni sintieran, seguramente nos hubiera azotado de lo lindo hasta arrancarnos la piel. Recuerdo que una vez, al irse de casa de estampía, como de costumbre, en uno de sus venates de cólera, hubo de tropezarse conmigo en una de las habitaciones abandonadas, y cogiéndome por la barbilla me la apretó muy fuerte, muy fuerte, con los dedos, diciéndome: «¡Rico! ¡Rico! ¡Rico!”, y acercando cada vez más, según hablaba, mi cara a la suya y mirándome a los ojos de hito en hito, se estuvo así un rato, hasta que por último lanzó una suerte de gruñido y me soltó, refunfuñando: “¡Mala pieza!”

La tenía tomada especialmente conmigo, y eso que era yo, sin disputa, quien más atendía a las extravagantes lecciones de nuestro preceptor. Sería quizá por mi cara plácida y oronda y por aquellos lentes que me habían puesto con el fin de enderezarme un ojo que propendía a mirar por su cuenta a otra parte.

Aquellos lentecitos eran para mí un verdadero suplicio. Hasta que, por fin, un día fui y los tiré, dejando al ojo dichoso en libertad de mirar para donde le viniese en gana. Que, aun supuesto que lo hubiera tenido como debía ser, no habría sido un chico guapo. A mí me bastaba con serlo saludable.

A los dieciocho años invadióme la cara una barbaza pelirroja y rizada, en desproporción con la nariz, que más bien la tengo pequeña, y que vino a quedar como perdida entre tanto pelo y la frente, espaciosa y grave.

Quizá si estuviera en nuestra mano elegir nariz acomodada a la cara, o si al ver un pobre hombre agobiado por unas narizotas harto grandes para su cara enjuta, pudiéramos decirle: «Esta nariz me estará a mí de perilla; venga acá», acaso, si así fuese, yo hubiera cambiado de buena gana la mía, y puede que también los ojos y otras muchas partes de mi persona. Pero como sé que eso no puede ser, me resignaba con mi fatalidad, y no paraba mientes en ella.

Berto, en cambio, con ser agraciado de cara y garbo so de cuerpo —cuando menos, comparado conmigo—, no acertaba a apartarse del espejo, y se pulía y resobaba, y gastaba la mar de dinero en corbatas nuevas, y en esencias exquisitas, y en ropa blanca y trajes. Yo, un día, para hacerle rabiarse, fui y tomé de su armario una americana nueva, flamante, un chaleco elegantísimo, de terciopelo negro, y la mochila, y en esa guisa fuime de caza.

En tanto, Malagna iba a quejarsele a mi madre de las malas cosechas, que lo obligaban a contraer deudas onerosísimas para proveer a nuestros gastos excesivos y a los múltiples trabajos de reparación que siempre estaban necesitando las fincas.

—¡Acabamos de recibir otro golpe! —decía siempre al entrar.

La niebla había destruido, al nacer, la aceituna en los *Dos Ríos*, cuando no la filoxera las viñas en *El Espolón*. Había que proceder a la plantación de cepas americanas, capaces de resistir al mal. Pero esto equivalía a contraer nuevas deudas. Luego empezó a aconsejarle a mi madre que vendiese *El Espolón*, a fin de quitarse de encima a los usureros que lo asediaban. Y de esa suerte fuimos enajenando *El Espolón*, primero; luego, *Dos Ríos*, y finalmente, *San Roquito*. Nos

quedaban las casas y el cortijo de *La Cabaña*, con el molino. A mi madre no le hubiera cogido de sorpresa que un día hubiera ido Malagna a decirle que el manantial se había cegado.

Cierto que nosotros éramos unos haraganes y que gastábamos sin tasa; pero no lo es menos que nunca se verá en este mundo ladrón más ladrón que el tal Malagna. Y es lo menos que puedo decir, en atención al parentesco que más tarde me vi obligado a contraer con él.

Dióse Malagna traza de hacer que no nos faltase nunca cosa alguna mientras nos vivió nuestra madre. Sólo que aquella liberalidad, aquella manga ancha, rayana en la licencia, de que nos dejaba gozar, servía para esconder el abismo que luego de muerta nuestra madre hubo de tragarme a mí solo, ya que mi hermano tuvo la suerte de contraer a tiempo un matrimonio ventajoso—.

El mío, en cambio...

—¿Será menester, don Eligio, que saque a relucir mi matrimonio?

Encaramado en lo alto de su escalera de lampistero, don Eligio Pellegrinotto me responde:

—¿Cómo no? ¡Claro que sí! ... Aunque con pulcritud...

—¿Cómo con pulcritud? De sobra sabe usted que...

Don Eligio suelta la carcajada, y toda la iglesita secularizada ríe con él. Luego me aconseja:

—Si yo estuviese en su pelleja, señor Pascal, antes de emprender ese relato me leería algún cuento de Boccaccio o de Bandello. Lo digo por el tono, por el tono que en él conviene emplear...

La tiene tomada con el tono don Eligio. Pero, ¡bah!, yo digo las cosas tal y como me salen. Así que ¡ánimo y adelante!...

4.

He aquí cómo fue

Un día, yendo de caza, me detuve, extrañamente impresionado, delante de un pajar enano y panzudo que tenía por remate una olla.

—Yo te conozco —le dije—. Me parece que te conozco... —Luego, de pronto, exclamé: — ¡Concho! ¡Si eres Batta Malagna!

Cogí una horquilla que había allí cerca en el suelo, y se la metí por la panza con tan buena voluntad, que estuvo en poco no se viniera abajo el pucherete que le servía de remate. Parecía enteramente Batta Malagna cuando, sudoroso y resoplando fuerte, llevaba el sombrero echado hacia adelante.

Temblaba todo él de arriba abajo: le temblaban en la cara, entrelarga, las cejas y los ojos; temblábale la nariz por sobre los bigotes y la pechera; temblábanle los hombros desde su encaje con el cuello; temblábale la enorme y mustia panza, casi hasta tocar en tierra, porque, atendido lo que le sobresalía por encima de las piernas, muy cortas, habíase visto obligado el sastre a hacerle unos pantalones muy holgados; así que desde lejos parecía como si llevase puesta una americana muy larga y la barriga le llegase hasta el suelo.

Cómo con semejante cara y semejante cuerpo podía ser tan ladrón el tal Malagna, cosa es que no me explico; porque hasta los ladrones, según yo me imagino, deben de tener cierta planta, que él no creo tuviese. Andaba despacito, con su tripa colgando, siempre con las manos a la espalda, y sacaba del cuerpo, con grandes apuros, una vocecilla blanda y lastimera. Me gustaría saber cómo justificaría él ante su conciencia los hurtos que continuamente perpetraba en nuestro daño. No teniendo, como he dicho, necesidad alguna de cometer tales rapiñas, seguramente tendría que darse a sí mismo alguna razón, alguna excusa. Quizá el pobrecillo robara por distraerse de algún modo.

Porque, efectivamente, debía de sufrir infinito en su casa, por culpa de una de esas mujeres que se hacen respetar.

Había cometido el error de elegir compañera en una clase social superior a la suya, que era muy humilde. Y, naturalmente, aquella mujer, que casada con hombre de su condición no habría sido quizá tan insufrible, a él trataba de demostrarle, con el menor motivo, que ella se había criado en buenos pañales y que en su casa las cosas se hacían así y asá. Y hete al Malagna obediente haciéndolo todo así y asá, como ella le *k* decía, por parecer él también un señor.

Pero ¡cuántos apuros pasaba! ¡Siempre estaba sudando!

Por si era poco, doña Guendalina, a poco de casada, hubo de enfermar de un achaque, del que ya nunca se volvió a ver libre, puesto que para curar de él hubiera tenido que imponerse un sacrificio superior a sus fuerzas: nada menos que privarse en absoluto de ciertos pastelillos de criadillas rellenas, que de sólo verlos se le hacía la boca agua, y de algunas otras gollerías, y principalmente del vino. Y no es que empinara mucho el codo. ¡Quía! ¡Con lo bien criada que estaba! Sólo que no hubiera debido ni catarlo.

A mí y a Berto, que éramos unos grandullones, solía invitarnos Malagna de cuando en cuando a su mesa. Y era cosa rica oírle echar, con los debidos miramientos, un sermoncillo a su coima acerca de la templanza mientras él embaulaba a más y mejor los más suculentos manjares.

—No paso a comprender que por el gusto momentáneo que experimenta el gznate al paso de un buen bocado, como éste, por ejemplo —y se lo engullía—, haya de estarse nadie luego

sufriendo todo el día. ¿Qué se saca de eso? Yo de mí sé decir que estaría después corrido y avergonzado. Rosina —decía llamando a la criada—, deme un poquito más de este plato. ¡Está muy rica esta salsa a la mayonesa!

—¡Cerdo! —gritaba entonces la mujer, enfurecida—. ¡Basta, y no tragues más! ¡Dios debía castigarte, para que supieras lo que es andar mal del estómago! ¡Así aprenderías a tener consideración con tu mujer!

—Pero, ¡cómo, Guendalina! ¿Acaso no la tengo? —exclamaba Malagna, escanciándose un vasito de vino.

La mujer, por toda contestación, levantábase del asiento, quitábale de las manos el vaso y tiraba su contenido por la ventana.

—Pero, mujer, ¿por qué haces eso? —gimoteaba él.

Y la mujer replicaba:

—¡Porque para mí es veneno! ¿Me ves alguna vez que yo me eche un dedito siquiera en el vaso? Si me vieres hacerlo alguna vez, desde ahora te autorizo para que me lo quites y lo tires por la ventana, como acabo yo de hacer. ¿Lo entiendes?

Malagna miraba, mortificado, aunque sonriente, a Berto y a mí, a la ventana y al vaso, y luego decía:

—¡Dios santo! Pero ¿eres una chiquilla? ¿Qué necesidad hay de que yo emplee nunca la violencia? Pues igual tú, hija mía, con la razón, deberías imponerte el freno...

—¿Y cómo? —clamaba la mujer—. ¿Teniendo la tentación ante los ojos? ¿Viéndote a ti, que bebes de esa manera y te lo saboreas y lo miras al trasluz para darme dentera? ¡Quita allá! Otro hombre, por no hacerme sufrir...

Y Malagna acabó por no catar el vino, para dar ejemplo de templanza a la mujer y no hacerla sufrir.

En consecuencia..., se entregó al robo... ¡Qué diantre! ¡Algo tenía que hacer!

Sólo que de allí a poco vino a saber que doña Guendalina seguía bebiendo, aunque a hurtadillas. Como si para que el vino no le hiciera daño bastase que el marido no se lo viese beber. Y entonces fue Malagna y volvió a darse a la bebida, aunque fuera de casa, por no mortificar a la mujer.

Y, dicho sea en honor a la verdad, continuó con sus rapiñas. Mas yo sé que él deseaba que la mujer le concediese cierta compensación a los disgustos sin cuento que le daba; a saber: que algún día se decidiese a traerle a este mundo un hijito. ¡Ahí está! Entonces sus robos hubiesen tenido un objeto, una disculpa. ¿Qué no hará un padre por el bien de sus hijos?

Pero la mujer íbase desmejorando de día en día, y Malagna no se atrevía siquiera a expresarle aquel su ardentísimo deseo. Puede que también fuese ella estéril de suyo. Además, ¡había que tratarla con tanto miramiento, atendidos sus achaques! ¿Y si después se le moría de parto? Y había también el riesgo de que no se lograra el vástago.

Así que Malagna se resignaba.

¿Era sincero? No lo demostró bastante con ocasión del tránsito a mejor vida de doña Guendalina. Cierzo que la lloró, y mucho, y que siempre la recordó con devoción tan respetuosa, que no quiso poner a otra mujer de calidad en su puesto —¡eso nunca! —, y muy bien habría podido hacerlo, rico como era; sino que metió en su casa a la hija de un aperador, sanota, garrida, lozana y despierta, y eso únicamente para que no cupiese la menor duda de que podría darle la anhelada prole. Si se adelantó un poquitín el hombre..., hágase cuenta, sin embargo, de que no era ya un pollito, y, por lo tanto, no tenía tiempo que perder.

A Oliva, la hija de Pedro Salvoni, nuestro aperador de *Dos Ríos*, conocíala yo mucho desde pequeña.

¡Cuántas esperanzas no le hice yo concebir a mi madre, por culpa de Oliva, de que iba a sentar la cabeza y a aficionarme a las cosas del campo! ¡La pobre no cabía en el pellejo de puro alegre! Pero un día tía Escolástica le abrió los ojos.

—Pero ¿no ves, so tonta, cuánto va tu hijo a *Dos Ríos*?

—Sí, ¡claro! Va para la cosecha de la aceituna. —A lo que va, so boba, es a la busca de una sola: ¡de Oliva!

Mi madre entonces me echó una reprimenda, diciéndome que me guardase mucho de cometer el pecado mortal de hacer caer en tentación y perder para siempre a una pobre muchacha...

Pero no había cuidado. Oliva era honrada, de una honradez inexpugnable, porque tenía su raíz en la conciencia del mal que a sí misma se haría cediendo. Esta conciencia llegaba hasta privaríala de todas esas insulsas timideces de los pudores postizos, haciéndola atrevida y arriscado.

¡Cómo se reía! Dos cerezas enteramente eran sus labios. Pues ¡y los dientes! Pero aquellos labios no daban ni un beso. Los dientes, sí, solían arrear algún mordisco; mas era cuando yo la cogía de un brazo y me empeñaba en no soltarla hasta no darle un beso, por lo menos, en el pelo.

Y una moza tan joven y lozana y garrida se había unido con Batta Malagna... Pero ¿quién tiene valor para volver la espalda a los caudales? Sin embargo, Oliva sabía de sobra cómo Malagna se había hecho tan rico. Recuerdo que un día, hablando de esto, lo puso como hoja de perejil, y, no obstante, precisamente por haberse enriquecido se casó con él.

Pasó un año y pasaron dos, y no había ni señales del vástago. Malagna, que estaba firmemente convencido hacía mucho tiempo de que el no haber tenido hijos de la primera mujer debíase a ser ella estéril o a estar siempre achacosa, no tenía ni remotamente el menor recelo de que la cosa pudiese depender de él. Y empezó a darle la matraca a Oliva.

—¿Nada?

—Nada.

Esperó otro año, el tercero, ¡y que si quieres! Y entonces ya la emprendió con ella a grescas sin miramiento alguno; hasta que por fin, pasado otro año y perdida ya toda esperanza, llegado nuestro hombre al colmo de la desesperación, dio en la flor de maltratarla sin el menor respeto, diciéndole en su cara que con aquella aparente lozanía habíale engañado y requeteengañado; que sólo por tener en ella un hijo habíala encumbrado hasta aquel puesto, que antes ocupaba una señora, una verdadera señora, a cuya memoria, a no ser por eso, nunca hubiera faltado.

La pobre Oliva callaba a todo, sin saber qué decir, y solía venir a casa a desahogarse con mi madre, la cual la consolaba con buenas palabras, exhortándole a no perder del todo la esperanza. ¡Era tan joven!

—¿Veinte años?

—Veintidós...

—Pues ya ves. Además, se dan muchos casos de tener hijos hasta diez y quince años después de casada. Pero ¿y él? Eso era lo peor; él no era ya un pollo, y quizá él...

Oliva había concebido ya el primer año de casada la sospecha de que, entre él y ella —¿cómo decirlo?—, la falta podía ser antes de él que suya, por más que Malagna porfiase tan tozudamente, diciendo que no. Pero ¿no se podría hacer la prueba? Era difícil, porque Oliva, al casarse, habíase jurado a sí misma mantenerse honrada, y ni siquiera por asegurar la paz de su casa transigiría con la idea de faltar a ese juramento.

¿Qué cómo sé yo todas estas cosas? ¡Tiene gracia! ¿No he dicho que la moza venía a desahogarse con mi madre, que yo la conocía desde pequeña, y que ahora la veía lamentarse por la indigna conducta y la necia e indignante fatuidad de aquel vejancón?... Y ¿habré de decirlo todo? Pues eso: hubo un «no» muy clarito y muy redondo.

No tardé en consolarme del desaire. ¡Tenía yo entonces —o creía tener, que es lo mismo— muchas cosas en la cabeza! Y tenía también dinero de sobra, que —amén de otras cosas— también sugiere ciertas ideas que sin él no se tendrían. Dicho sea de pasada, me ayudaba muy bien a gastarlo Jerónimo Pomino, que jamás andaba bien de fondos, debido a la prudente parsimonia paterna.

Mino era como nuestra sombra, de Berto y mía, alternativamente, y su ser cambiaba con maravillosa facultad simiesca, según que anduviese con Berto o conmigo. Cuando se apegaba a Berto, convertíase como por ensalmo en un pisaverde, y entonces su padre, que también tenía humos de elegancia, aflojaba un poco la bolsa. Sólo que con Berto no hacía muy buenas migas. Al verse imitado hasta en el modo de andar, mi hermano perdía enseguida la paciencia, quizá por temor al ridículo, y empezaba a tratar con malos modos a Pomino, hasta que se lo quitaba de encima. Y entonces Mino volvía a pegárseme a mí, y volvía su padre a echarle un nudo a la bolsa.

Yo lo aguantaba con paciencia, porque con frecuencia me daba por tomarlo de zarandillo. De lo cual me arrepentía luego. Reconocía haberme excedido por su culpa en alguna empresa, o violentado mi temperamento, o exagerado mis sentires, por el afán de deslumbrarlo y hacerle caer en algún mal paso, del cual sufría yo después, naturalmente, las consecuencias.

Ahora bien: cierto día, estando de caza, Mino, a propósito de Malagna, cuyas proezas con la costilla habíale yo contado, me dijo que él había visto una moza, hija de una prima del tal Malagna, por la cual sería muy capaz de hacer alguna burrada. ¡Como capaz sí que lo era! Tanto más, cuanto que la chica no parecía arisca. Lo malo era que hasta entonces no había encontrado medio ni siquiera de hablarle.

—¡Eso será que te ha faltado valor! —le dije yo riendo.

Mino replicóme que no era así; pero se puso muy colorado.

—He hablado, sin embargo, con la criada —apresuróse a añadir—, y ¡me ha contado unas cosas, chico! ... Me ha dicho que *el Malaño* está siempre metido en su casa, y que le da eso mala espina, y que no tendría nada de particular que anduviera tramando alguna bellaquería contra la muchacha, de acuerdo con su prima, que es una bruja.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, hombre, cuenta la criada que el tío va allí a lamentarse de lo desgraciado que es con la falta de sucesión. Y la vieja, que tiene muy mal genio, le replica que le está muy bien empleado. Según parece, al quedarse viudo Malagna hubo de metérsela a la vieja en la cabeza la idea de casarlo con su hija, haciendo cuanto pudo y estuvo en su mano para salirse con la suya, y que luego, al verse chasqueada, empezó a ponerlo de chupa de dómine, llamándole zopenco, enemigo de los parientes y traidor a su propia sangre, emprendiéndola también con la hija por no haber sabido echarle el gancho. Por fin, ahora que el viejo se muestra tan arrepentido de no haber hecho feliz a la sobrina, ¡quién sabe qué otra perfidia traerá entre manos esa bruja!

Yo me tapé los oídos con las manos, y le dije a Mino:

—¡Calla, hombre!

Aunque no aparentemente, en el fondo, ya veis si era yo ingenuo en aquel tiempo. Sin embargo —enterado como estaba de las escenas de que había sido y seguía siendo teatro la casa

de Malagna—, pensé que no tendría nada de extraño que no anduviese descaminada la recelosa criada, y formé propósito de procurar enterarme a fondo de todo, por el bien de Oliva. Pedíle a Mino las señas de la bruja. Diómelas él, rogándome que le sirviese de valedor con la moza.

—¡No lo dudes! —respondíle—. La chica es para ti, ¡qué diantre!

Y al otro día, con el pretexto de una letra de cambio que por casualidad había sabido aquella mañana de labios de mi madre que vencía aquel día mismo, fuíme a ver si encontraba a Malagna en casa de la viuda de Pescatore.

Llegué allá corriendo, y entré en la casa todo sofocado y sudoroso.

—¡Malagna, esta letra!

Si no hubiera yo sabido que él no tenía la conciencia tranquila, indudablemente lo habría comprendido aquel día, al verlo ponerse en pie de un salto pálido, demudado, y balbuciendo:

—¿Qué... qué... letra?

—Pues ésta, que vence hoy... Me mandó a buscarle mi madre, que se hallaba muy preocupada con ella.

Batta Malagna dejóse caer en la silla, desahogando en un “¡Ah!” interminable todo el susto que por un instante sintiera.

—¡Caramba..., si ya está arreglado! ... ¡Caramba, y qué sobresalto! ... Está renovada, ¿eh?, por tres meses, pagando los réditos, como es natural. ¿Y por tan poca cosa has dado esta carrera?

Y se echó a reír, con aquella su risa acompañada del temblequeo de la tripa; me invitó a sentarme, y me presentó a las mujeres.

—Matías Pascal. Mariana Dondi, viuda de Pescatore, mi prima. Romilda, mi sobrina.

Se empeñó en que bebiese algo para que se me pasase el sofocón de la carrera.

—Romilda, haz el favor, hija...

Como si estuviese en su casa.

Romilda se levantó, mirando a su madre para consultarla, y luego, no obstante mis protestas, salió de la sala y volvió a poco con una bandeja, en la que traía un vasito y una botella con vermú. De pronto, al ver aquello, levantóse enojada la madre, diciéndole a la chica:

—¡No, hija! ¡No me has comprendido! Dame acá.

Quitóle la bandeja de las manos y fué, volviendo a poco con otra, de laca, nueva y flamante, y en ella una magnífica jarra de rosoli representando un elefante plateado, con un frasquito de cristal en la grupa y muchos vasitos pequeños colgándole todo alrededor y armando un alegre tintineo.

Yo hubiera preferido el vermú; pero apechugué con el rosoli. Bebieron también Malagna y la madre. Romilda se abstuvo.

No estuve allí mucho tiempo aquella primera vez, a fin de tener un pretexto para volver por la casa. Dije que tenía prisa por ir a tranquilizar a mi madre, tocante a la letra, y que ya volvería por allí dentro de unos días a disfrutar con más espacio de la compañía de las señoras.

A juzgar por el talante con que me saludó, no me pareció que a Mariana Dondi, viuda de Pescatore, la hiciese muy feliz el anuncio de otra visita mía; apenas si me dio la mano, una mano seca, sarmentosa y amarillenta, a la vez que bajaba los ojos y apretaba los labios. De todo ello compensóme la hija con una simpática sonrisa, prometedora de acogida cordial, y con una mirada, dulce y triste a un tiempo, de aquellos ojos suyos, que no bien la vi al entrar, hicieron tanta mella en mi ánimo; ojos de un extraño color verde, intensos, profundos, sombreados por larguísimas pestañas; ojos nocturnos, entre dos crenchas de pelo negro como el ébano, a ondas, que le bajaban por la frente y las sienas, como para que resaltase más la viva albura de la tez.

La casa era modesta; pero ya entre los muebles viejos se veían otros nuevecitos, presuntuosos e hinchados en la ostentación de su novedad harto llamativa, como, por ejemplo, dos grandes quinqués de mayólica, todavía intactos, con pantallas de cristal esmerilado, de extraña traza, encima de una humildísima ménsula del piano, de mármol amarillento, sobre el cual campeaba un tétrico espejo de marco redondo, lleno de desconchones, y que parecía, en medio de la sala, abrirse cual bostezo de hambriento. Había, además, delante del diván aquél tan derrengado, una mesita con las cuatro patas doradas, y el piano, de porcelana de vivos colores, y también un armario de pared, de laca japonesa. Malagna fijaba la vista en estos trastos nuevos con evidente placer, cual antes la fijara en la magnífica resolera llevada en triunfo por su prima.

Las paredes de la sala estaban casi todas tapizadas de estampas antiguas y nada feas, alguna de las cuales me la hizo admirar Malagna, diciéndome que era obra de Francisco Antonio Pescatore, su primo, grabador meritísimo —que murió loco en Turín—añadió por lo bajo—, y cuyo retrato se empeñó también en enseñarme.

—Se lo hizo él mismo, con sus propias manos, delante del espejo.

Debo declarar que yo, poco antes, mirando a Romilda y luego a la madre, me había hecho esta reflexión: “¡Se parecerá al padre!» Pues bien: ahora, frente al retrato, no sabía ya a qué atenerme.

No quiero aventurar suposiciones injuriosas. Considero, a decir verdad, capaz de todo a Mariana Dondi, viuda de Pescatore; pero ¿cómo pensar que pudiera haber habido un hombre, y guapo por añadidura, capaz de enamorarse de ella? A no ser que estuviera loco, más loco que el marido.

Referíle a Mino mis impresiones de aquella primer visita, y le hablé de Romilda con tal calor de admiración, que al punto se entusiasmó, muy alborozado al ver que también a mí me había gustado la chica sin reservas.

Le pregunté entonces que cuáles eran sus intenciones; la madre, en verdad, tenía toda la facha de una bruja; pero lo que es la hija aseguraría yo que era honrada. No cabía duda alguna respecto a las odiosas miras de Malagna, por lo que había que proveer cuanto antes a salvar a la muchacha.

—¿Y cómo? —preguntóme Pomino, que estaba pendiente de mis labios.

—¿Que cómo? Ya veremos. Lo primero que hay que hacer es enterarse de muchas cosas; ir al fondo de la cuestión y estudiarla bien. Ya comprenderás que no se puede tomar una resolución así tan de súbito. Déjalo a mi cuidado, que yo te ayudaré. Me place esta aventura.

—Sí...; pero... —objetóme Pomino, tímidamente, con sus asomos de alarma ante mi entusiasmo— ¿Quieres decir que me convendría... casarme con ella?

—No, hombre; no digo eso, por ahora. ¿Tienes miedo quizá?

—No. ¿Por qué?

—Porque corres demasiado, amigo Mino. Ándate con más calma y recapacita. Si llegamos a poner en claro que la chica es verdaderamente como debe ser: buena, juiciosa, virtuosa —guapa sí lo es, de eso no hay duda, y a ti te gusta, ¿no?—; bueno; pues supongamos ahora que verdaderamente se halle expuesta, por culpa de la maldad de la madre, a un gravísimo peligro, a un atropello, a una venta infame: ¿te quedarías corto ante un acto meritorio, ante una obra santa de salvación?

—¡Yo no..., yo no! —exclamó Pomino—. Pero ¿y mi padre?

—¿Se opondría? ¿Y por qué razón? Por la dote, ¿verdad? Sólo sería por eso, ya que ella, como te he dicho, es hija de un artista meritísimo, aunque pobre, muerto en Turín... Pero tu padre

es rico, y no tiene más hijo que tú; así que bien puede darte gusto sin reparar en la dote. ¿Que a pesar de todo tú no logras convencerle por las buenas? Pues no te apures, hombre, que con levantar el vuelo del nido ya está todo arreglado. ¿O es que tienes el corazón de trapo?

Echóse a releer Pomino, y yo entonces le demostré cómo dos y tres son cinco que había nacido para casado, como se nace poeta. Le describí con vivos y atrayentes colores la felicidad de la vida conyugal con su Romilda; el cariño, las atenciones, la gratitud que ella había de tener para con él, como salvador suyo. Y para terminar, le dije:

—Ahora tú debes atinar con el modo y la manera de hacer que ella se fije en ti y de hablarle o escribirle. Mira, quizá en este momento una cartita tuya pudiera servirle de áncora de salvación en el apuro en que se encuentra, como mosca a la que acecha la araña. Yo, por mi parte, frecuentaré la casa, estaré ojo avizor, y aprovecharé la primera ocasión que se presente para llevarte allá. ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿A qué venían esas ansias mías por casar a Romilda?... A nada. Principalmente procedía así por el gusto de embrollar a Pomino. Hablaba yo por los codos y allanaba todas las dificultades. Por aquel entonces era un muchacho vehemente y todo lo miraba a la ligera. Quizá ésta fuese la razón de que tuviera tanto partido con las hembras, no obstante aquel ojo, que ya dije que tenía un poco extraviado, y mi poca estatura. Aunque en aquella ocasión —dicho sea en honor a la verdad— aquellos ardores míos tenían también su raíz en mi afán de deshacer la tela de araña urdida por el vejancón y dejarlo con dos palmos de narices, en mi afecto a la pobre Oliva, y también —¿por qué no decirlo?— en mi esperanza de hacerle un bien a aquella moza, que de veras había hecho una gran mella en mi ánimo.

¿Qué culpa tengo yo de que Pomino ejecutase con demasiada timidez mis prescripciones? ¿Qué culpa tengo tampoco de que Romilda, en vez de enamorarse de Pomino, se enamorase de mí, siendo así que yo siempre le estaba hablando de él? ¿Ni qué se me puede echar en cara finalmente si la perfidia de Mariana Dondi llegó hasta el extremo de hacerme creer a mí que yo, en poco tiempo, me había dado traza de disipar sus recelos y obrar un milagro: el de moverla más de una vez a risa con mis salidas y ocurrencias? Poco a poco fui viéndola deponer las armas; me recibía con mucho agrado, y hube de pensar que ella, al considerar que se le había metido por las puertas de su casa un chico rico —yo me creía rico todavía— y que daba inequívocas muestras de estar enamorado de su hija, desistió definitivamente de su inicua idea si alguna vez la tuvo. Porque, lo confieso, llegué hasta ponerlo en tela de juicio.

Cierto que habría debido reparar en la circunstancia de no haberme tropezado nunca en aquella casa con Malagna, y que el recibirme ella siempre de mañana no dejaba de tener su intrínquilis. Pero ¿quién reparaba en pelillos? Además, que era muy natural aquello; pues yo, a fin de disfrutar de más libertad, siempre andaba proponiendo jiras campestres, que suelen llevarse a cabo, por lo general, por las mañanas. Aparte de que yo también me había enamorado de Romilda, con todo y seguir ponderándole a la moza el amor que por ella sentía Pomino; pero enamorado como un loco de sus ojazos, de su naricilla, de su boca, de todo lo suyo, incluso de una verruga que tenía en el cuello, por detrás, y hasta de una cicatriz, casi invisible, que tenía en una mano, y que yo no me hartaba de besuquear locamente por cuenta de Pomino.

Y, sin embargo, quizá no hubiera ocurrido nada grave si cierta mañana Romilda estábamos en *La Cabaña* y habíamos dejado a su madre admirando el molino—, de repente, renunciando a aquella broma, demasiado pesada ya, de su tímido amante lejano, no hubiese roto en un arrechucho de llanto y no me hubiese echado los brazos al cuello, conjurándome toda trémula a

que tuviese de ella piedad, y que me la llevase, fuere como fuere, siempre que fuere lejos, muy lejos de aquella casa, y de su madre y de todos, volando, volando, volando...

¿Cómo iba yo a llevármela así, de repente, tan lejos?

Después de aquella escena, sí, durante varios días, busqué el modo de hacerlo resuelto a todo honradamente. Y ya empezaba a hacerle las entrañas a mi madre para la noticia de mi próximo casamiento, inevitable ya por motivos de conciencia, cuando, sin saber por qué, hube de recibir una carta muy seca de Romilda, diciéndome que no me volviese a acordar del santo de su nombre ni pusiese más los pies en su casa, y que de allí en adelante tuviese por definitivamente terminadas nuestras relaciones.

¿Qué había sucedido?

Aquel mismo día, Oliva, hecha un mar de lágrimas, estuvo en casa a participarle a mi madre que era la mujer más desgraciada de este mundo, y que en su casa se había acabado para siempre la tranquilidad. Su marido había logrado hacerse con la prueba de no ser él el culpable de que no tuvieran sucesión, y había ido a comunicárselo muy ufano y triunfal.

Halleme yo presente en aquella escena. No sé cómo pude contenerme. Me reprimí por respeto a mi madre. Sofocado de cólera y náusea, corrí a encerrarme en mi cuarto, y solo allí, con las manos hundidas en el pelo, me preguntaba cómo había podido Romilda, después de cuanto había sucedido entre nosotros, prestarse a tamaña ignominia. ¡Ah, digna hija de tal madre! ¡No sólo habían engañado bellacamente al viejo, sino que además habíanme engañado también a mí, a mí! ¡Y cómo se había servido también la madre vituperablemente de mí para el logro de sus infames designios, de su ladrona intención! ¡Y entretanto, la pobre de Oliva desgraciada para siempre! ...

A primera hora de la tarde salí, furioso todavía, y tomé el camino de la casa de Oliva. Llevaba en el bolsillo la carta de Romilda.

Oliva, hecha un mar de lágrimas, estaba recogiendo sus prendas de vestir; tenía resuelto irse a vivir con su padre, al que hasta entonces, por prudencia, no le había dicho ni palabra de cuanto sufría en el matrimonio.

—Pero ahora, ¿qué recurso me queda? —díjome—. Ahora ya se acabó. ¡Si siquiera se hubiera liado con otra, todavía! ...

—¿Pero tú sabes —le pregunté— con quién se ha liado?

Inclinó varias veces la cabeza entre sollozos, y cubrióse la cara con las manos.

—¡Con una chiquilla! —exclamó luego, alzando los brazos—. ¡Y la madre! ¡La madre! De acuerdo con él, ¿comprendes? ¡Su propia madre! —¿Y a mí me lo dices? —exclamé yo—. Toma, lee.

Y le mostré la carta.

Oliva la miró como aletalada; cogióla y me preguntó:

—¿Qué dice aquí?

Apenas sabía de letra. Con los ojos preguntóme si tenía que hacer un esfuerzo por leerla en aquellas circunstancias.

—Lee —insistí yo.

Y entonces ella se enjugó los ojos, desdobló la misiva y se puso a deletrearla muy despacito, marcando las sílabas. No bien hubo leído las primeras palabras, corrió los ojos a la firma y quedóseme mirando maravillada:

—¿Tú?

—Trae acá —le dije—, y te la leeré de cabo a rabo.

Pero ella apretujó la carta contra su pecho.

—No —gritó—. No te la doy. ¡Esta me va a valer a mí ahora!

—¿Y para qué puede servirte? —preguntéle sonriendo amargamente—. ¿Piensas acaso enseñársela a tu marido? En toda esta carta no hay ni una sola palabra que pudiera darle pie para creer otra cosa de lo que él quiere. ¡Se la han jugado de puño, Oliva!

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —gimió ella—. ¡Como que se vino hacia mí metiéndome las manos por los ojos y diciéndome a gritos que me guardase mucho de poner en entredicho la honradez de su sobrina!

—¡Claro! —díjele yo riendo amargamente—. ¿Lo estás viendo? Tú no puedes ya conseguir nada negando. ¡Debes guardarte bien de eso! Lo que debes hacer, por el contrario, es decirle que sí, que es verdad, pero una verdad como un templo que él puede tener hijos..., ¿comprendes?

Mas ¿por qué, un mes próximamente después de estos acontecimientos, hubo el tal Malagna de darle una tunda, furioso, a su mujer, y de entrarse, echando todavía espumarajos por la boca, por la puerta de mi casa, diciendo a grito pelado que exigía inmediatamente una reparación por haberle yo deshonrado y hecho desgraciada a una sobrina suya, una pobre huérfana? Añadió que de buena gana se hubiera callado, por no dar un escándalo, pues movido de piedad hacia aquella pobrecilla, no teniendo él hijos, había resuelto considerar a la criatura, desde punto y hora que naciera, como cosa suya; pero que ahora, que por último había querido el Señor darle el consuelo *de tener un hijo legítimo en su propia mujer*, no podía ya en conciencia, ni de ningún modo, hacer también veces de padre con el que diera a luz su sobrina.

—¡Que provea Matías al daño y lo repare! —concluyó congestionado de puro colérico—. ¡Pero en seguidita! ¡Y que no me obliguen a hablar más claro o hacer alguna sonada!

Al llegar a este punto recapacitemos un poco. Yo las he visto en mi vida muy gordas. Pasar por necio o por... algo peor no sería para mí, en el fondo, ningún menoscabo. Ya —lo repito— estoy como fuera de este mundo y de todo se me da un ardite. Así que si al llegar a este punto siento el antojo de recapacitar un poco es sólo por la lógica.

Paréceme evidente que Romilda no debió de hacer nada malo, por lo menos para inducir a error al tío. De otro modo, ¿por qué la hubiera emprendido Malagna de pronto con su mujer a puñadas, recriminándola de esa guisa por su traición, ni acusándome a mí en presencia de mi madre de haber inferido irreparable ofensa a la honestidad de su sobrina?

Con efecto, sostiene Romilda que, a raíz de nuestra jira a *La Cabaña*, habiéndole confesado ella a su madre el amor que ya la ligaba irremediabilmente a mi persona, aquélla se puso hecha una furia y le dijo que jamás en la vida consentiría en que se casara con un gandul como yo, que ya estaba con un pie al filo del precipicio. Pero puesto que espontáneamente habíase inferido ella a sí misma el peor daño que puede hacerse una soltera, no le quedaba otro recurso a su previsora madre que sacar el mayor provecho posible de lo sucedido. Fácilmente déjase entender lo que decir quería con eso. Llegado que hubo, a la hora de costumbre, Malagna, salióse ella de la habitación con una excusa y dejó a la muchacha a solas con el tío. Y entonces ella, Romilda, llorando —según dice— a lágrima viva, echóse a los pies del pariente, dióle a entender su desgracia y lo que la madre exigiera de ella, conjurándolo a interponerse entre ambas y a exhortar a la madre para que le diese mejores consejos, puesto que ella era ya de otro, al que quería mantenerse fiel.

Enternecióse Malagna, pero hasta cierto punto. Díjole que todavía era menor de edad, por lo que se hallaba bajo la potestad de su madre, la cual, a quererlo, podía proceder contra mí judicialmente; que tampoco él, en conciencia, era partidario de que ella se casara con un haragán

de mi calibre, derrochón y atolondrado, por lo que no había de aconsejárselo, naturalmente, a mi madre; añadió que era menester que sacrificase algo en atención al justo y maternal enojo materno, porque después de todo, eso había de ser luego su suerte; y terminó diciendo que él no podía hacer en resumidas cuentas otra cosa que proveer —a condición de que todo quedase en el mayor secreto— a la mantención del vástago esperado; hacer para con él veces de padre, ya que no tenía hijos y llevaba tanto tiempo deseándolos.

¿Cabe —pregunto yo— mayor honradez? Todo cuanto le había robado al padre se lo devolvería al hijo. Tal era su plan. ¿Qué culpa tiene él de que yo... luego..., ingrato y descastado, fuera a aguarle la fiesta? ¡Dos no, hombre! Dos se le antojaron demasiado, quizá porque habiendo contraído ya Roberto, como dije, un casamiento ventajoso, pensó que no le había hecho tanto daño en sus intereses como para tener que hacer otra restitución por él.

En resumidas cuentas, que está claro que, encontrándome en medio de gente honrada, yo era el único autor de tanto mal. Y que, por consiguiente, debía repararlo.

Al principio me negué airadamente. Luego, ablandado por las súplicas de mi madre, que ya veía el desastre que nos aguardaba y esperaba que yo podría salvarme de él, en cierto modo, casándome con la sobrina de su enemigo, cedí y me casé.

Sobre mi cabeza cerníase, terrible, la cólera de Mariana Dondi, viuda de Pescatore.

5.

Madurez

Aquella bruja no sabía comprimirse.

—¿Qué has conseguido? —me preguntaba—. ¿No te parecía bastante haberte metido en mi casa como un ladrón para corromperme a mi hija y hacérmela desgraciada? ¿No estabas contento? —¡No, querida suegra! —le respondía—. Porque de haberme detenido ahí le habría hecho a usted un favor y prestándole un servicio...

—¿Lo oyes? —gritaba entonces encarándose con la hija—. Todavía se jacta, tiene el descaro de jactarse de la hazaña que hizo con esa... —y aquí una letanía de palabras gordas dedicadas a Oliva; luego, poniéndose en jarras: —Pero, ¿quieres decirme qué es lo que has conseguido? ¿No has fastidiado también a tu hijo? Pero, ¡claro!, ¿a él qué se le da? Si el otro es también suyo...

No terminaba nunca sin —lanzar aquel tósigo, sabiendo la virtud que tenía en el ánimo de Romilda, celosa de aquel hijo que había de nacerle a Oliva entre comodidades y alborozos, mientras que al suyo le aguardaban apuros y congojas, la incertidumbre del mañana y una guerra odiosa. Esta envidia subía aún de punto con las noticias que alguna buena mujer, fingiendo estar en ayunas de todo, iba a llevarle de parte de la señora de Malagna, que estaba tan contenta por la gracia que Dios había dignado concederle por fin. ¡Había que verla ahora lo guapa que se había puesto! Jamás había estado tan hermosa y lozana.

Y ella, en tanto, se estaba allí, tirada en un sillón, aquejada de continuas náuseas; pálida, desmadejado, alelada, sin siquiera un instante de bienestar, sin ganas de hablar, ni aun de abrir los ojos.

¿Tenía yo también la culpa de aquello? Tal parecía. Ello es que Romilda no me quería ver ni oír. Y lo peor fue cuando, para salvar el cortijo de *La Cabaña* con el molino, hubo que vender las casas, y mi pobre madre vióse obligada a venirse a vivir con nosotros en el infierno de nuestro hogar.

Empezando porque aquella venta no nos sirvió de nada. Malagna, con la perspectiva de aquel vástago nacedero, que lo dispensaba ya de todo miramiento y escrúpulo, hizo la última de las suyas: se puso en connivencia con los usureros, y por debajo de cuerda quedóse con las casas por cuatro cuartos. De suerte que las deudas que pesaban sobre *La Cabaña* quedaron en su mayor parte sin saldar; y los acreedores pusieron el cortijo, juntamente con el molino, bajo el contraste de la administración judicial. Y entre todos nos liquidaron.

¿Qué hacer en adelante? Echéme, aunque con muy pocas esperanzas, a buscar una ocupación, cualquiera que fuere, con que proveer a las necesidades más urgentes de la casa. No servía yo para maldita la cosa, y la fama que me había granjeado con mis proezas juveniles y mi gandulería no era ciertamente a propósito para animar a nadie a emplearme. Además, que las escenas a que diariamente había de asistir como testigo y como actor en mi casa quitábanme la calma y el sosiego que hubiera necesitado para recogerme un poco en mí mismo y pensar lo que pudiera Y supiera hacer.

Producíame verdadero empacho ver a mi madre allí en contacto con la viuda de Pescatore. La pobre y santa de mi vieja, no ignorante ya, pero irresponsable a mis ojos de su yerro, ocasionado de no creer que fuera tan grande la maldad humana, estábase allí toda encogida, con las manos en el seno y la vista baja, sentadita en un rincón, como si no se sintiese muy segura en aquel sitio y siempre estuviese esperando partir, irse enseguida, ¡si Dios lo disponía así! Y no le

hacía daño la pobre ni a una mosca. De cuando en cuando sonreíale piadosamente a Romilda; pero no se atrevía ya a acercársela, porque una vez, a los pocos días de haberse venido a vivir con nosotros, como acudiera a prestarle ayuda en uno de sus accesos, la bruja de mi suegra habíala apartado con muy malos modos, diciendo:

—¡Estoy aquí yo, señora, y sé lo que debo hacer!

Yo, por prudencia, aun viendo que Romilda necesitaba verdaderamente de ayuda en aquel trance, no despegué los labios; mas andaba siempre ojo avizor para que nadie faltara al respeto a mi madre.

A veces advertía que aquella guardia que montaba en torno de ella irritaba sordamente a la bruja de la vieja y hasta a mi mujer, y me echaba a temblar, no fuera que no estando yo en casa la emprendiesen con la pobrecica por desfogar el mal humor y limpiarse de bilis. Era seguro que mi madre no había de contármelo luego, y este pensamiento me torturaba. ¡Cuántas y cuántas veces no la miraba a los ojos por ver si había llorado! Ella me sonreía, me acariciaba con la vista y acababa preguntándome: —¿Por qué me miras así? —¿Estás buena, mamá?

Ella hacía un gesticillo con la mano y me respondía:

—Sí, hijo mío; ¿no lo ves? Anda con Romilda, que la pobrecilla sufre mucho.

Un día escribí a Roberto, a Oneglia, proponiéndole que se hiciese cargo de nuestra madre, no por quitarme yo de encima el peso que con tanto gusto hubiera sobrellevado, aun en medio de las estrecheces con que luchaba, sino únicamente por el bien de la pobre vieja.

Berto respondiome que no podía porque su situación ante la familia de su mujer, y su mujer misma, no podía ser más enojosa después de nuestra ruina, ya que él vivía de la dote de la esposa, y no iba, por lo tanto, a imponerle a ésta también la carga de la suegra. Además, que madre —según él decía— quizá no se hubiera encontrado a su gusto allí, pues vivía también con ellos la madre de su mujer, que no era mala, pero que podía volverse tal por las inevitables envidias y resquemores que nacen entre suegras. De suerte que lo mejor era que continuase conmigo; con lo cual, a falta de otra cosa, iba ganando el no tener que extrañarse del terruño en los últimos años de su vida, ni verse obligada a cambiar de vida y costumbres. Terminaba diciendo que él sentía muchísimo no poder, por todas las razones anteriormente expuestas, prestarme tampoco ayuda pecuniaria, como de todas veras hubiera sido su voluntad. Yo escondí aquella carta, no fuera a cogérmela mi madre. Quizá, de no haberme ofuscado el juicio aquella exasperación de ánimo en que me hallaba, no me habría indignado tanto; me habría hecho la cuenta, siguiendo la natural inclinación de mi espíritu, de que si el rui señor pierde las plumas de la cola todavía puede decir: «Me queda el canto»; pero en quitándoselas a un pavo, ¿qué le queda? Alterar, por poco que fuere, aquel equilibrio que acaso le costase tantos afanes, aquel equilibrio que le permitía vivir honestamente y hasta con ciertos ribetes de dignidad a costa de la esposa, hubiera sido para Berto un sacrificio enorme, una pérdida irreparable. Aparte su buena presencia y sus buenos modales y aquella su planta de señorón, no tenía ya nada que ofrecerle a su cara mitad; ni siquiera una pizca de corazón, que acaso le hubiera compensado de la molestia que la pobre de mi madre hubiera podido ocasionarle. Pero ¿qué vamos a hacerle si él era así? ¿Qué culpa tenía el pobre Berto de que Dios le hubiera dado tan poco corazón?

A todo esto subían de punto nuestros apuros, y yo sin hallar el modo de ponerles remedio. Hubo que vender las alhajas de oro de mi madre, que eran preciados recuerdos. La viuda de Pescatore, temiendo que dentro de poco acabaríamos por vivir mi madre y yo de la mezquina renta dotal de cuarenta y dos liras al mes, usaba con nosotros cada día de peores y más desabridos modales. Yo preveía de un momento a otro el estallido de su furor, que llevaba ya largo tiempo

de reprimirlo, contenida la vieja por la presencia y la actitud de mi madre. Al verme dar vueltas por la casa sin objeto, cual mosca descabezado, aquella mala hembra lanzábame unas miradas que eran como relámpagos precursores de temporal. Yo me echaba a la calle por cortar la corriente e impedir la descarga. Pero luego, temiendo por mi madre, volvíame a casa.

Un día, sin embargo, no lo hice a tiempo. Había estallado por fin la tormenta, y por cierto con un pretexto harto baladí: la visita que las dos criadas viejas de casa habíanle hecho a mi madre.

Una de ellas, que no había podido meter nada en la hucha, por tener que mantener a una hija que se había quedado viuda con tres críos, había buscado acomodo para servir en otra casa; pero la otra, Margarita, que era sola en el mundo, más afortunada, podía ahora en su vejez entregarse al descanso con los ahorrillos reunidos en tantos años de servicio en nuestra casa. Pues bien: mi madre, según parece, hubo de quejarse con aquellas dos buenas mujeres, fieles compañeras de tanto tiempo, de su mísero y amarguísimo estado presente. Oído lo cual, Margarita, la excelente viejecita que ya se lo recelaba y no se había atrevido a decírselo, fue y le propuso que se fuera a vivir con ella a su casa, donde tenía dos habitaciones primorosas, con una azoteilla que daba al mar, toda ella cuajada de flores, añadiendo que allí podrían vivir las dos muy ricamente en amor y compañía, y que ella se consideraría muy feliz de poderle servir de algo todavía y poderle demostrar así el cariño y devoción que le profesaba.

Mas ¿cómo era posible que mi madre aceptase el ofrecimiento de aquella pobre vieja? Tal fue, sin embargo, la causa de que se enfureciese de aquel modo la viuda.

Al llegar a casa me la encontré hecha una verdadera furia, amasándole con los puños cerrados a Margarita, la cual, sin intimidarse, hacía frente con mucho denuedo, en tanto mi madre, asustada, con lágrimas en los ojos, cogíase con ambas manos a la otra viejecilla como para escudarse.

Ver a mi madre de aquella suerte y nublárseme a mí la vista, fue todo uno. Cogí de un brazo a mi suegra y la mandé lejos de allí de un empellón. Rehízose ella al punto, y vínose a mí, dispuesta a abalanzárseme, pero de pronto se detuvo.

—¡Largo de aquí! —gritóme—. ¡Largo de aquí tú y tu madre! ¡Fuera todos!

—Oiga —díjele yo entonces con voz ternblona del esfuerzo que hacía para contenerme—. Oiga, la que se va a ir de aquí ahora mismo, si no quiere que haga un disparate, es usted. ¿Se ha enterado?

—Romilda, llorando y dando voces, levantóse del sillón y fue a echarse en brazos de su madre.

—No, mamá; tú, conmigo. ¡No me dejes sola! ¡No me dejes sola!

Pero aquella digna madre apartóla de sí furiosa.

—¿No lo quisiste? ¡Pues carga ahora con ese pillo! Me voy, pero sola.

Ni que decir tiene que no se fue.

De allí a dos días, llamada, a lo que creo, por Margarita, entrósenos por casa hecha una furia, como de costumbre, tía Escolástica, con la intención de llevarse consigo a mi madre.

La escena merece ser descrita.

Mi suegra estaba aquella mañana haciendo el pan con los brazos arremangados y la falda recogida a la cintura por no ensuciársela. Al ver entrar a la tía volvió apenas la cara y siguió muy tranquila en su faena, como si no hubiese entrado nadie. No reparó en ello la tía, que, dicho sea de pasada, había entrado también sin saludar e ídose derecha a mi madre, como si no hubiese nadie más en la casa.

—¡Pronto, pronto! ¡Vístete y vente conmigo! He oído no sé qué campanas y me ha faltado tiempo para venir. Conque, ¡hala!, a recoger tus bártulos deprisita.

Hablaba a tropicónes. Temblábale la nariz ganchuda y fiera en la cara morena y como tomada de ictericia y se le arremangaba de cuando en cuando, mientras echábanle fuego los ojos.

Mi suegra no decía ni pío.

Luego que hubo dado remate a su tarea de macerar la harina y darle el punto, procedió a amasarla, lo que hacía con mucho aparato y dando aposta unos golpes muy recios en la artesa, respondiendo de esta suerte a lo que mi tía iba diciendo. Mi tía, que lo notó, cargó entonces la mano, a lo que la otra replicó, repicando más fuerte en la artesa con la masa:

—¡Claro que sí! ¡Naturalmente! ¿Cómo no? ¡De seguro, hija!

Luego, no satisfecha con aquello, fue en busca del rodillo y se lo puso al lado, encima de la artesa, como diciendo: “¡Cuidadito conmigo!” ¡Nunca lo hubiera hecho! Tía Escolástica púsose en pie de un salto, quitóse furiosamente una toquilla que llevaba a los hombros y se la echó encima a mi madre, diciéndole:

—¡Anda, mujer, anda! Déjalo todo y vente.

Y fue a plantarse delante de mi suegra. Esta, por no tenerla así tan cerca, se echó un paso atrás con aire amenazador, como si tuviera intención de esgrimir el rodillo; pero entonces tía Escolástica, cogiendo a puñados la masa de la artesa, tiróse a la cabeza, embadurnóle con ella la cara y púsose a restregársela con los puños cerrados por los ojos, por la boca, por donde le cogía; después de lo cual, tirando de mi madre por un brazo, cargó con ella y salió de estampía.

Lo que pasó después fue para mí solo. Mi suegra, bramando de rabia, se quitó la masa de la cara y del pelo, donde se le había quedado pegada, y vino a tirármela a la cara a mí, que me estaba riendo como atacado de alferecía; cogióme luego por la barbilla y la emprendió conmigo a arañazos, hasta que, por último, como si se hubiera vuelto loca, arrojóse al suelo y se puso a hacerse trizas la ropa y a dar vueltas de campana por el piso. Mi mujer, en tanto, *sit venia verbo*, se apartaba de allí, poniendo el grito en el cielo.

—¡Las pantorrillas, las pantorrillas! —gritábale yo a mi suegra—. ¡No nos enseñe las pantorrillas por el amor de Dios!

Puedo decir que desde entonces le cobré gusto a reírme de todas mis desventuras y tormentos. Vime en aquel instante actor de la tragedia más bufa que podía imaginarse. Mi madre, yéndose de allí en compañía de aquella loca; mi suegra, tirada en el suelo, y yo, yo que no tenía ya pan que llevarme a la boca para el día siguiente, con la barba toda embadurnada de harina, llena de arañones la cara y chorreando no sabía si sangre o lágrimas de tanto reír. Fui a cerciorarme ante el espejo. Eran lágrimas, aunque estaba bien señalado. ¡Oh, y cuánta gracia me hizo aquel ojo mío en tal momento! Por la fuerza de la desesperación habíase puesto a mirar más que nunca a otro lado por su cuenta, y eché a correr decidido a no volver a casa hasta no haber encontrado alguna ocupación con que mantener, aunque fuera pobremente, a mi mujer y mantenerme yo.

Del rabioso enojo que en aquel momento me inspiraba mi despreocupación de tantos años deducía yo sin algún trabajo que mi desventura no había de merecerle a nadie, no digo lástima, pero ni consideración siquiera. Bien empleado me estaba. Sólo una persona hubiera podido apiadarse de mí: aquel que había hecho tabla rasa de todos nuestros bienes. ¡Pero cualquiera iba a pensar ni por un momento que Malagna pudiera considerarse obligado a acogerme después de las cosas que entre los dos habían pasado!

En cambio, hubo de ayudarme en aquel trance quien menos me podía yo figurar. Habiéndome estado todo el día fuera de casa, a eso del oscurecer hube de toparme casualmente con Pomino, el cual, fingiendo no haber reparado en mí, disponíase a pasar de largo.

—¡Pomino!

Volvióse él con cara fosca y se detuvo con la vista baja.

—¿Qué se te ocurre?

—¡Pomino! —repetí yo más fuerte zarandeándolo de un hombro y riéndome de aquella su adustez—. ¿Hablas en serio?

—¡Oh, ingratitud humana! ¡Pues no me guardaba rencor todavía Pomino por la traición que, a juicio suyo, le había hecho! No poco trabajo me costó convencerle de que la tal traición era él quien me la había hecho a mí, y que no sólo debía estarme agradecido, sino postrarse en el polvo al pasar yo y besar la tierra que hollasen mis pies.

Estaba yo todavía como borracho de aquella maligna guasa que me había entrado al mirarme al espejo.

—¿Ves estos arañazos? —le dije—. ¡Pues son obra suya!

—¿De Ro...?; es decir, ¿de tu mujer? —¡De su madre!

Y se lo conté todo de pe a pa. El se sonrió, pero no mucho. Quizá pensara que a él no le hubiera hecho aquellos arañazos la viuda, pues se hallaba en otra posición muy distinta a la mía y era además de otra pasta.

Tuve entonces tentaciones de preguntarle por qué, si verdaderamente estaba tan pesaroso, no se había casado con Romilda a su tiempo, aunque hubiera sido raptándola, según yo le aconsejara, antes que por su ridícula timidez o indecisión me hubiese ocurrido a mí la desgracia de enamorarme de ella; y no sólo eso, sino otras cosas más hubiérame querido soltar en su cara con lo furioso que yo estaba en aquel momento; sólo que me contuve; y en vez de eso, preguntéle, tendiéndole la mano, qué hacía ahora.

—No hago nada —suspiró—. No hago más que aburrirme.

De la desesperación con que lo dije creí deducir atinadamente la razón verdadera de aquella murria. Pomino no sentía quizá tanto la pérdida de Romilda como la de nuestra compañía, pues Berto no estaba ya en el pueblo y conmigo no podía tratarse por estar de por medio Romilda. ¿Y qué iba a hacer sin nosotros el pobre Pomino?

—¡Cásate, hombre! —le dije—. Ya verás cómo te vuelve el buen humor.

Pero él movió la cabeza muy serio, entornando los ojos; levantó la mano y dijo:

—¡Nunca, jamás!

—Muy bien, Pomino. ¡Que siempre pienses así! Si quieres compañía, a tu disposición me tienes, incluso por toda la noche si te place.

Y le descubrí el propósito que había formado al salir de casa, exponiéndole de paso la desesperada situación en que me encontraba. Conmovióse Pomino a fuer de amigo verdadero y ofrecióme el poco dinero que llevaba encima. Dile las gracias de todo corazón y le dije que con aquello no iba a salir de apuros y que al día siguiente volvería a encontrarme lo mismo. Lo que a mí me hacía falta era una colocación.

—¡Aguarda! —exclamó entonces Pomino—. ¿No sabes que mi padre es ahora del Ayuntamiento?

—No; pero me lo figuraba.

—Asesor municipal de Instrucción pública. —Hombre, eso sí que nunca me lo hubiera imaginado.

—Anoche, estando cenando... Oye: ¿no conoces tú a Romitelli?...

—No.

—¡Cómo que no! Ese que está en la Biblioteca Boccamazza. Un individuo sordo, medio ciego, alelado y que apenas puede tenerse en pie. Anoche, en ocasión de estar cenando, contóme mi padre que la Biblioteca se halla en un estado que da lástima y que convendría poner remedio a ello con la mayor diligencia. ¡Ahí tienes el puesto que a ti te hace falta!

—¡Bibliotecario! —exclamé—. ¿Yo bibliotecario?

—¿Por qué no? —replicóme Pomino—. ¡Si lo es Romitelli! ...

Aquella razón convencióme.

Pomino me aconsejó que le dijese a tía Escolástica que me recomendase a su padre. Eso sería lo mejor.

Al día siguiente fui a ver a mi madre y le hablé del asunto, porque tía Escolástica no quena ni verme, y cuatro días después era yo todo un bibliotecario. Sesenta liras al mes. ¡Más rico que mi suegra! Ya podía cantar victoria.

Los primeros meses los pasé casi divertido con aquel Romitelli de mis pecados, al que no había manera de hacerle comprender que lo había jubilado el Municipio, y que, por lo tanto, no tenía que poner más los pies en la Biblioteca. Todas las mañanas, a la misma hora, ni minuto antes ni minuto después, me lo veía llegar a cuatro pies, incluyendo los dos bastones, uno por mano, que le hacían más servicio que los pies. No bien entraba sacábase del bolsillo del chaleco un caldero viejo de cobre que le hacía veces de reloj y colgábalo de la pared con su formidable cadena; sentábase luego con los dos bastones entre las piernas, extraíase del bolsillo de la americana la papalina, la tabaquera y un pañolón a cuadros encarnados y negros; tomaba una buena dosis de rapé, sonábase las narices y, por último, abría el cajón de la mesa y sacaba de él un librote que pertenecía a la Biblioteca y que ostentaba este título: *Diccionario histórico de los músicos, artistas y aficionados muertos y vivos*, impreso en Venecia el 1758.

—¡Señor Romitelli! —le decía yo a gritos, viéndole hacer todas esas operaciones con la mayor pachorra del mundo, sin dar a entender lo más mínimo que hubiese notado mi presencia.

¡Pero que si quieres! Aquel pobre señor no oía ni las salvas. Yo lo cogía por un brazo, y entonces era cuando se volvía, guiñaba los ojos, contraía toda la cara para mirarme de soslayo, me enseñaba los dientes amarillentos, quizá con la intención de dedicarme una sonrisa, y, por último, agachaba la cabeza sobre el libro como si fuera a utilizarlo de almohada. Pero no, ese era el modo como leía aquel tío, a dos centímetros de distancia y con un ojo solo, y leía recio:

Birnbaum, Juan Abraham... Birnbaum, Juan Abraham hizo imprimir... Birnbaum, Juan Abraham hizo imprimir en Léipzig, en 1738...; en Léipzig, en 1738... un opúsculo en 8.0... en 8.0; Observaciones imparciales sobre un paso delicado del musicista crítico. Mitzier insertó... Mitzier insertó este escrito en el tomo primero de su Biblioteca musical... en 1739...

Y así continuaba, repitiendo dos o tres veces nombres y fechas como para grabárselos bien en la memoria. No sabría decir por qué leía tan alto, porque repito que no oía ni las salvas.

Yo me quedaba mirándolo como embobado. ¿Qué podía importarle a aquel hombre reducido ya a tal estado y con un pie en la sepultura como quien dice —murió, en efecto, a los cuatro meses de haberme nombrado a mí el Ayuntamiento para sustituirlo—; ¿qué podía importarle el que Juan Abraham Birnbaum hubiese dado a la estampa en Léipzig, el 1738, un opúsculo en octavo? ¡Y si al menos no le hubiese costado tantos apuros la lectura! Era cosa de creer que no podía el hombre pasarse sin aquellas fechas y aquellas noticias de músicos —¡con lo sordo que era! —y artistas y aficionados muertos o en vida hasta el 1758. A no ser que se creyese el cuitado

que por estar destinadas las bibliotecas a la lectura viniese obligado el bibliotecario a leer, visto que no asomaba por allí alma viva, y cogiese aquel librote como pudo haber cogido otro cualquiera. Estaba tan chocho ya que hasta esa última suposición resulta verosímil y hasta mucho más que la primera.

A todo esto, la mesa grande del centro tenía una capa de polvo de un dedo de alta por lo menos, tanto que yo, verdaderamente, por reparar en algún modo la negra ingratitud de mis paisanos, pude trazar en ella, con letras muy gordas, esta inscripción:

A
MONSEÑOR BOCCAMAZZA
MUNIFICENTÍSIMO DONANTE
EN PERENNE SEÑAL DE GRATITUD
SUS PAISANOS
DEDICARONLE ESTA LÁPIDA

Además de cuando en cuando rodaban de los estantes dos o tres librotos, seguidos de unas ratas tamañas como conejos.

Para mí fue aquello como la manzana de Newton.

—¡Ya está aquí! —exclamé la mar de alborozado—. Ya tengo ocupación mientras Romitelli lee su *Birnbaum*.

Y para empezar enristré la pluma y púseme a redactar una primorosísima instancia de oficio al egregio caballero Jerónimo Pomino, asesor municipal de Instrucción pública, solicitando con la mayor solicitud para la Biblioteca Boccamazza o de Santa María Liberal la asignación de un par de gatos por lo menos, cuyo mantenimiento no había de ocasionarle gasto alguno al Ayuntamiento, atendido que los supradichos animalitos tendrían de sobra para alimentarse con el producto de su caza. Añadía de pasada que no estaría tampoco mal que el Ayuntamiento proveyera a la Biblioteca de una media docenita de ratoneras con el cebo necesario, por no decir con el *queso*, palabra vulgarota y que, como subalterno, no creí conveniente poner ante los ojos de un asesor municipal de Instrucción pública.

Empezaron por mandarme dos mininos tan escuchimizados que no bien hubieron visto aquellas ratas tan enormes cobraronles miedo; de suerte que para no morir de hambre tomaron la determinación de meterse en las ratoneras, comiéndose el queso. Yo me los encontraba todas las mañanas allí encerrados, flacos, espiritados y tan mustios que parecía como si ni siquiera tuvieran ánimos para maullar.

Reclamé, y entonces me mandaron dos hermosos gatazos, ágiles y serios, que, sin pérdida de tiempo aplicáronse al cumplimiento de su deber. También las ratoneras surtían su efecto, y éstas me entregaban las ratas vivas. Ahora bien; una tarde, rabioso al ver que Romitelli no quería darse por enterado lo más mínimo de aquellos desvelos y victorias mías, cual si no hubiese tenido él otra misión que la de leer y las ratas la de comerse los libros, se me ocurrió la idea de echarle antes de irme dos ratas vivas y coleando en el cajón de su mesa. De esta suerte esperaba aguarle, por lo menos, la acostumbrada y aburridísima lectura a la mañana siguiente.

¡Pero sí, sí! Al abrir el cajón y sentir en las narices el roce de los dos animalejos, que salieron huyendo de estampía, volviése a mí, que no podía tenerme en pie presa de un ataque de risa, y preguntóme:

—¿Qué era eso?

—¡Dos ratas, señor Romitelli!

—¡Ah, ratas! —dijo él con la mayor pachorra.

Eran de casa; él ya estaba familiarizado con ellas, y como si tal cosa hubiera sucedido reanudó la lectura del librote.

En un *Tratado de los árboles*, de Juan Victorio Soderini, se lee que los frutos maduran «parte por el calor y parte por el frío, porque el calor como a todos es notorio, tiene la virtud de cocer, y es la simple ocasión de la madurez». Ignoraba Juan Victorio Soderini que los fruteros han encontrado otra *ocasión de la madurez*. Con la mira de llevar las primicias al mercado y venderlas más caras, cuelgan la fruta, manzanas, melocotones y peras, antes de haber alcanzado esa condición que la hace sana y sabrosa, y la maduran ellos a fuerza de apalearla.

Pues así hubo de madurar mi alma, hasta entonces verde.

En poco tiempo me volví otro de lo que antes fuera. Muerto ya Romitelli, me encontré aquí solo, roído del tedio, en esta iglesita trasconejada y entre tanto librote; tremendamente solo y, no obstante, sin apetecer compañía. Hubiera podido muy bien no parar en ella sino unas horitas al día; sólo que no quería que me vieran por las calles del pueblo en el estado mísero en que me encontraba; a mi casa le huía como a la cárcel; en suma, que en ninguna parte estaba mejor que entre mis libros. ¿Pero qué hacer aquí? Cazar ratas, es verdad; pero, ¿podía bastarme eso?

La primera vez que hubo de ocurrirme encontrarme con un libro en las manos, cogido a la ventura, sin advertirlo, de uno de los estantes, entróme por el cuerpo un calofrío de horror. ¿Iría a sucederme lo que a Romitelli? ¿Me iría a creer obligado, por el solo hecho de ser bibliotecario, a leer yo por todos los que no iban a la Biblioteca? Y tiré el libro al suelo. Sólo que luego lo recogí de allí, y ¡ah! , señores, me puse a leer yo también, y también con sólo un ojo, ya que el otro no me servía para maldita la cosa.

De esa suerte leí de todo un poco, a la buena de Dios; pero, por lo general, libros de Filosofía. ¡Cuidado que pesan! Y sin embargo, quien se sustenta de ellos y en el cuerpo se los mete vive entre las nubes. A mí me echaron a perder el cerebro, que ya de mío tenía lo desquiciado. Cuando se me calentaban los sesos cerraba la Biblioteca y por un repuesto caminito dirigíame a cierta parte desierta de la playa.

La vista del mar sumíame en un atónito asombro, que poco a poco iba degenerando en intolerable opresión. Me sentaba en la playa y hacía por no verlo, agachando la cabeza; pero no podía evitar oír su fragor a lo largo de la orilla, mientras lenta, lentamente, dejaba escurrir por entre mis dedos la arena densa y grave, murmurando:

—Así, siempre así; hasta la muerte; sin mudanza alguna jamás.

La inmutabilidad de la condición de aquella existencia mía sugeríame pensamientos súbitos, extraños, cuasi relámpagos de locura. Poníame en pie de un brinco como para sacudírmelos y empezaba a dar valses a lo largo de la orilla; pero al ver entonces al mar enviar sin descanso a la playa sus mustias y soñolientas olas y al contemplar tanta arena allí abandonada, gritaba con furia, crispando los puños:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ha de ser esto?

Y me chapuzaba los pies. El mar alargaba por ventura un poco más sus oleadas como para avisarme.

—¿Ves, hombre, lo que se saca de preguntar ciertos porqués? Pues un pediluvio. Así, que vuélvete a la Biblioteca. El agua salobre estropea las botas, y tú no andas sobrado de cuartos. Vuélvete a la Biblioteca, y deja en paz a los libros de Filosofía; preferible es que te pongas a leer tú también eso de que *Juan Abraham Birnbaum* mandó imprimir en Léipzig, en 1738, un opúsculo en octavo, de lo que sin duda sacarás más provecho.

Pero cierto día vinieron a decirme que a mi mujer se le habían declarado los dolores de parto, y que fuese corriendo a casa. Eché a correr como un gamo, aunque más que nada por huir de mí mismo, por no estar ni un minuto conmigo a solas, dándole vueltas al pensamiento de que iba a tener un hijo. ¡Yo un hijo, y en aquella situación!

No bien hube llegado a la puerta de mi casa, cogióme mi suegra de un brazo y me hizo dar media vuelta, diciéndome:

—¡Un médico! ¡Vuela, hombre! ¡Que Romilda se muere!

Ante un notición a quemarropa como el que a mí me habían dado, conviene descansar y reponerse del susto; ¿no es así? Pues en vez de eso, “¡Corre! ¡Vuela!” Yo ya no sabía dónde tenía las piernas, ni si las tenía tampoco, y mientras corría, no sé cómo iba diciendo entre mí: “¡Un médico! ¡Un médico!”, y la gente se detenía para dejarme paso, y se empeñaba en que me detuviese yo también para contar lo que me pasase. Yo sentía que me tiraban de las mangas, y veía delante de mí caras pálidas y afligidas, y los apartaba a todos, gritando: “¡Un médico! ¡Un médico!”

Y a todo esto, el médico estaba allí, en mi casa. Cuando, desolado, en un estado lamentable, después de haber recorrido todas las farmacias, me volví a casa desesperado y furioso, ya había venido al mundo la primera niña, y se preparaba a imitarla la segunda.

—¡Dos!

Todavía me parece estarías viendo, allí, en la cuna, las dos juntitas; se arañaban la una a la otra con aquellas manecitas, tan tiernas y, sin embargo, cuasi pertrechadas por un instinto díscolo; más dignas de lástima que aquellos dos gatitos que me encontraba yo todas las mañanas en las ratoneras; y así como ellos no tenían apenas fuerzas para maullar, las dos niñas no la tenían tampoco para lanzar su vagido, y, sin embargo, ¡ya se arañaban!

Las aparté, y al primer contacto con aquellas carnecitas tan tiernas y frías sentí un temblor nuevo, un temblor de inefable dulzura. ¡Eran mías!

Una se me murió algunos días después; la otra, en cambio, quiso darme tiempo a que le cobrara cariño, con todo el ardor de un padre que, no teniendo otra cosa en el mundo, hace de su hijita el fin único y la razón exclusiva de su existencia; y tuvo la crueldad de morírseme cuando iba a cumplir un año y se había puesto tan mona con aquellos sus bucles de oro, que yo me enroscaba a los dedos y se los besaba sin hartarme nunca. Me llamaba “¡Papá!”, y yo le respondía en seguida: «¡Hija!» Y ella volvía otra vez: “¡Papá! ...”, así, sin venir a qué, como se llaman entre sí los pájaros.

Se murió al mismo tiempo que mi madre, en el mismo día y casi a la misma hora. No sabía yo cómo repartir mis desvelos y pesares. Dejaba dormidita a la nena y corría a ver a mi madre, que no cuidaba de sí ni de su muerte y me preguntaba ansiosamente por la nietecita, lamentándose de no poder verla y besarla por última vez. ¡Y esta tortura duró nueve días! Pues bueno: después de nueve días, con sus noches, de asidua vigilia, sin pegar los ojos ni un momento..., ¿debo decirlo? —muchos quizá tendrían reparo en confesarlo, siendo así que es lo más humano que puede imaginarse—, no sentí, no, pena por el momento, sino que me quedé sumido en una pasmada tristeza, y concluí por dormirme. Tuve que dormir primero. Luego, al despertar, acometióme un dolor feroz, rabioso, por la nena y por mi madre, que ya no existían... Y estuve a punto de perder el juicio. Una noche entera me la pasé vagando por el pueblo y, el campo, con no sé qué ideas en el magín; sólo sé que a lo último hubo de encontrarme en el cortijo de *La Cabaña*, junto a la presa del molino, y que un tal Felipe, un molinero viejo, que estaba allí de guardia, me cogió y me hizo sentar un poco más allá, bajo los árboles, y,

sentándose él a mi vera, púsose a hablarme largo y tendido de mi madre, y también de mi padre y de los buenos tiempos pasados; y me dijo que no debía llorar y desesperarme de aquella suerte, porque para cuidar de mi hija en el otro mundo, había ido allá la abuelita, la abuelita buena, que le hablaría de mí y no la dejaría sola un punto.

Tres días después, Roberto, como si hubiera querido pagarme las lágrimas, me envió cincuenta liras. Era su intención que proveyese a darle a mamá una sepultura digna, según decía. Pero ya había pensado en ello tía Escolástica. Aquellas cincuenta liras estuvieron algún tiempo entre las páginas de un libro en la Biblioteca.

Luego sirvieron para sacarme a mí de apuro, y fueron —como he de referir— ocasión de mi muerte primera.

6.

Tac, tac, tac...

Sólo ella, allí dentro, aquella bolita de marfil, corriendo, con aquel garbo, en la *roulette*, en sentido inverso al cuadrante, parecía como si jugase.

—Tac, tac, tac...

Ella sola, no aquellos que la miraban, presa del suplicio que les infligía el capricho de aquella bolita a la que allá abajo, en los cuadraditos amarillos del tablero, habíanle consagrado, como en oferta votiva, oro y más oro, aportados por manos que temblaban ahora en la congojosa expectación, palpando inconscientemente otro oro, el de la puesta próxima, mientras los ojos, suplicantes, parecían decir: «¡Párate donde quiero, garbosa bolita de marfil, cruel diosa nuestra!»

Encontrábame casualmente en Montecarlo.

Después de una de las acostumbradas peloterías con mi suegra y mi «costilla», que ahora, agobiado y decaído como estaba yo por efecto de la reciente doble desgracia, causábanme insufribles disgustos, no sabiendo ya cómo resistir al tedio, mejor dicho, al asco de vivir así, miserablemente, sin probabilidad ni esperanza de mejora, sin aquel consuelo que antes siquiera tenía con mi niña, ni compensación alguna, por pequeña que fuere, a la amargura, al odioso abatimiento, a la horrible situación en que me veía hundido, adoptando una resolución casi inopinada, hui del pueblo, a pie y con las cincuenta liras de Berto en el bolsillo.

En tanto caminaba, hacía propósito de trasladarme a Marsella desde la estación férrea del vecino pueblo al cual me dirigía; llegado a Marsella, me embarcaría allí, aunque fuere con un billete de tercera clase, con rumbo a América, a probar fortuna.

¿Qué hubiera podido ocurrirme, después de todo, peor que lo que llevaba sufrido y seguía sufriendo en mi casa? Ciertamente que tendría que echarme al cuello otras cadenas, mas no podrían parecerme más pesadas que las que ahora quería quitarme del pie. Aparte de que así vería otras tierras, otras gentes y otra vida, sustrayéndome, cuando menos, a la opresión que me sofocaba y rendía.

Sólo que al llegar a Niza sentí que me faltaban los ánimos. Hacía tiempo ya que habían pasado a la Historia mis ímpetus juveniles; el tedio había corroído en demasía por dentro y abatido los bríos. Lo que más me desanimaba era la escasez de dinero con que hubiera tenido que aventurarme a las incertidumbres de la suerte, tan lejos de mi tierra, metido de pronto en una vida totalmente ignorada y sin preparación alguna.

Así que al entrar en Niza, no muy resuelto todavía a volverme a casa, según como iba dando vueltas por la población, ocurrióme detenerme delante de una gran tienda de la Avenue de la Gare, donde estaba esta muestra, con unas letras muy gordas y doradas:

DR—POT DE ROULETTE DE PRECISION

Habíalas en el escaparate de todas dimensiones, con otros utensilios de juego y varios opúsculos que llevaban en la cubierta dibujada una *roulette*.

Sabido es lo fácilmente que se vuelven supersticiosos los desventurados, por más que luego hagan burla de la credulidad ajena y aun de las esperanzas que a ellos mismos les hace concebir, a veces de repente, la superstición, y que, como es natural, nunca se realizan.

Recuerdo que yo, después de haber leído el título de uno de aquellos opúsculos, *Méthode pour gagner a la roulette*, alejéme del escaparate con desdeñosa y conmisericordiosa sonrisa.

Y, sin embargo, a los pocos pasos volvíme atrás, y —por curiosidad, ¡claro!, no por otra cosa—, con aquella misma sonrisa desdeñosa y conmisericordiosa en los labios, entré en la tienda y compré el opúsculo.

No sabía en absoluto de qué se tratase ni en qué consistiese aquel juego, ni su disposición. Púseme a leer el folletito; mas no sacaba casi nada en limpio.

—Quizá sea —me dije— porque ando muy mal de francés.

No me lo había enseñado nadie, y lo poco que sabía habíalo aprendido leyendo en los libretos de la Biblioteca; no estaba tampoco nada bien tocante a pronunciación, y temía que al hablar se me riesen en las barbas.

Este temor, precisamente, fue la causa de que anduviese yo perplejo al principio sobre si ir o no ir. Sólo que luego recapacité que había salido de casa con intención de aventurarme hasta América, falto de todo recurso y sin siquiera conocer de vista el inglés y el español; así que con el poco francés que sabía, y guiado por mi folleto, bien podía largarme hasta Montecarlo, que estaba allí mismito y como al alcance de la mano. —Ni mi suegra ni mi mujer —decía yo, para mis adentros, en el tren— tienen la menor noticia de estos cuartos que llevo en la cartera. Iré a echarlos allí sobre el tapete verde, para quitarme de toda tentación. Espero que habrá de quedarme lo suficiente para volver a casa. Y si no...

Había oído decir que en el jardín de la gran timba había unos árboles muy gallardos y muy recios. En resumidas cuentas: siempre tendría el recurso de colgarme económicamente de uno de ellos con el cinturón que me sujetaba los pantalones, y hasta daría el golpe así, pues todo el mundo diría: “¡Quién sabe cuánto habrá perdido ese pobre hombre!”

Aunque, si he de decir la verdad, esperaba que me fuera mejor.

La entrada a la timba no está mal, no; se ve que tuvieron la intención de alzar un templo a la Fortuna con aquellas ocho columnas de mármol. Una puerta muy grande, y dos laterales, más pequeñas. En cada una de éstas leíase este rótulo: «*Tirez*», y hasta aquí si llegaba yo. Caléme también el «*Poussez*» del portalón grande, que indudablemente quería decir lo contrario y empujé y entré.

¡Qué gusto tan pésimo! Lo menos que podían hacer era ofrecerles a los que van allí a dejarse tanto dinero encima del tapete verde la satisfacción de verse en un lugar menos suntuoso y más bello. Todas las poblaciones grandes tienen a gala el poseer un hermoso matadero para los pobres animales, que, como faltos que están de toda educación, no pueden sacarle ningún gusto a estar allí. También es verdad, sin embargo, que la mayor parte de la gente que va a la gran timba en lo que menos piensa es en reparar en el gusto del decorado de aquellas cinco salas, de igual manera que los que se sientan en aquellos divanes no suelen hallarse en condiciones de notar la dudosa elegancia de su hechura.

Por lo general, toman asiento en ellos unos desgraciados a los cuales la pasión del juego les ha sorbido el seso por modo sumamente singular; pónense allí a estudiar muy atentos el llamado equilibrio de las probabilidades y a meditar seriamente las jugadas que puedan aventurarse, urdiendo entre sí todo un plan de juego y hasta consultando apuntes sobre las alternativas de los números; en resumidas cuentas: que se proponen extraer la lógica del caso, que es como si dijéramos sacar agua de una piedra, no dudando lo más mínimo de que hoy o mañana han de lograrseles sus combinaciones.

Pero no hay que maravillarse de nada.

—¡Ah! ¡El doce! ¡El doce! —decíame un señor de Lugano, un hombretón cuya presencia sugería las más consoladoras reflexiones sobre las resistentes energías de la raza humana—. ¡El

doce es el rey de los números! Lo tengo adoptado por mío. ¡No me hace traición nunca! Se divierte, eso sí, y hasta con excesiva frecuencia, en darme achares, pero luego termina siempre recompensándome por mi fidelidad.

Aquel hombretón estaba prendado del número 12, y no atinaba a hablar de otra cosa. Refirióme que el día antes no había querido salir su número ni una sola vez, a pesar de lo cual no se había dado él por vencido, poniendo siempre al doce, firme en la brecha hasta lo último, hasta que, por fin, los *croupiers* anunciaron:

—*Messieurs, aux trois derniers!*

Pues bueno: al primero de aquellos tres últimos golpes, nada; ni tampoco al segundo; pero al tercero y último, ¡pásmense ustedes!, va y sale el 12.

—¡Me habló! —terminaba el punto, con los ojos brillantes de alegría—. ¡Me habló!

Cierto que, como no había hecho en todo el día más que perder, sólo pudo apuntar a la última puesta unos cuantos escudos; de suerte que, en resumidas cuentas, no pudo rehacerse. Mas ¿qué le importaba? ¡El número 12 le había hablado!

Al oír tales razonamientos viniéronseme a la memoria cuatro versos del pobre Pinzone, cuyo álbum de rimas peregrinas, que apareció al levantar la casa, tiene ahora alojamiento en nuestra biblioteca, y quise recitárselos a aquel buen señor:

Estaba ya cansado de aguardar a la Fortuna.

La voluble diosa

tenía, sin embargo, que llegar.

Y llegó, finalmente, mas tiñosa.

El caballero, entonces, llevóse ambas manos a la cabeza y contrajo dolorosamente todo el rostro. Yo lo miré, sorprendido, primero, y luego, consternado.

—¿Qué le pasa a usted?

—No es nada. Que me río —respondióme. ¡Así reía aquel hombre! Le dolía tanto la cabeza, que no podía sufrir la sacudida de la risa. ¡Para que se enamore nadie del número 12!

Antes de probar fortuna —aunque sin pizca de ilusión—, juzgué oportuno estarme algún rato de mirón a fin de percatarme bien de la marcha del juego.

No me pareció tan complicado como imaginara yo por la lectura del opúsculo.

En medio de la mesa, sobre el tapete verde numerado, estaba colocada la ruleta. Todo alrededor, los puntos —caballeros y señoras, viejos y jóvenes, de todos los países y todas las clases sociales—, sentados los unos, y en pie los otros, dábanse una prisa nerviosa a poner montones y montoncitos de luisas y escudos y billetes de Banco en los números amarillos de los cuadritos; los que no lograban acercarse, o no querían tomarse esa molestia, decíanle al *croupier* los números y colores que querían jugar, y en seguida, *el croupier*, con la raqueta, disponía sus puestas según sus indicaciones y con una destreza maravillosa. Hacíase luego el silencio, un silencio extraño, angustioso, casi vibrante, de contenida violencia, únicamente interrumpido de trecho en trecho por la voz monótona y soñolienta del *croupier*:

—*Messieurs, faites vos jeux!*

Mientras de otros sitios, junto a otras bancas, otras voces igualmente monótonas clamaban:

—*Le jeu est fait! Rien ne va plus!*

Hasta que, por último, lanzaba el *croupier* la bola a lo largo de la ruleta.

Tac, tac, tac...

Y todos los ojos volvíanse a ella con diversa expresión de ansiedad, de reto, angustia y terror. Algunos de los que permanecían de pie, a espaldas de los que habían tenido la suerte de

encontrar un asiento, inclinábanse hacia adelante con objeto de ver sus puestas, antes que se las barriesen las implacables raquetas de los *croupiers*.

A lo último iba a parar la bola al cuadrante, y *el croupier* repetía con su voz de siempre la fórmula ritual y cantaba el número agraciado y el color.

Yo arriesgué la primera puesta de unos cuantos escudos en la banca de la izquierda de la primera sala, apuntando a la ventura a un 25; y quedéme también mirando la pérfida bolita, pero sonriendo como por efecto de un peregrino cosquilleo interno en el vientre.

Paró la bola en el cuadrante, y...

—*Vingt—cinq!* —anunció el *croupier*—. *Rouge, impair et passe!*

¡Había ganado! Tendí la mano a mi montoncillo de dinero, que se había multiplicado, y me dispuse a retirarlo, cuando un tío muy alto y anchísimo de hombros, que los tenía algo subidos, y encima de ellos, como remate, una cabecita muy pequeña, con lentes de oro cabalgando sobre la nariz, acaballada, y una frente muy estrecha y unos pelos largos y lacios, que le daban en el pescuezo, entre rubios y grises, como la tirilla y los bigotes, me apartó la mano sin el menor miramiento y arrambló con mis ganancias.

Con lo poquísimos que sabía de francés intenté hacerle notar que se había equivocado, ¡claro que involuntariamente!

Era alemán el tío y chapurreaba el francés todavía peor que yo, aunque tenía, a la verdad, los bríos de un león, y se me echó encima diciendo que quien estaba equivocado era yo y que aquel dinero era suyo. Yo esparcí la vista alrededor estupefacto; nadie chistaba, ni siquiera mi vecino, con todo y haberme visto poner a mí aquel puñado de escudos al 25. Miré a los *croupiers*: ¡inmóviles, impenetrables como estatuas! “¡Ah! ... ¿Sí?», dije entre mí, y con mucha tranquilidad recogí los otros escudos que había puesto en la mesita que tenía delante y me largué.

«¡Vaya un método *potir gagner á la roulette!* —me dije—. Ese no está registrado en mi folleto. ¡Y quién sabe si, después de todo, no será el único!»

Pero la Fortuna, no sé por qué designios secretos suyos, quiso darme un solemne y memorable mentís.

Habiéndome acercado a otra banca donde jugaban fuerte, estúveme un buen rato observando a los puntos que la rodeaban; eran en su mayoría caballeros de frac, y había entre ellos algunas damas, de las cuales más de una parecióme algo equívoca. A lo primero no hubo de inspirarme mucha confianza la vista de un hombrecillo rubio, muy rubio, con unos ojos grandes, azules, inyectados en sangre y sombreados por unas cejas casi blancas; vestía también de frac, pero a la legua se veía que no estaba hecho a llevarlo; tuve curiosidad por verlo en la prueba; apuntó fuerte y perdió; no se inmutó lo más mínimo; volvió a apuntar, fuerte también, y entonces me dije: “¡Bah! Este hombre no es capaz de echarle la zarpa a mis cuartejos.» Aunque al principio hubiera sufrido aquella escaldadura, me avergoncé de mi sospecha. Habiendo allí tanta gente que tiraba a puñados el oro y la plata, como si fuesen arena, sin pizca de temor, ¿iba yo a inquietarme por aquella miseria?

Observé, entre otros, a un pollito, pálido como la cera y con un gran monóculo en el ojo izquierdo, el cual afectaba un aire de soñolienta indiferencia; estaba sentado de medio ganchete y se sacaba los luses del bolsillo del pantalón y los ponía al tuntún a un número cualquiera; y sin mirar a la ruleta, atusándose los cuatro pelos del incipiente bigotillo, aguardaba a que parase la bola, preguntándole entonces a su vecino si había perdido.

No le vi ganar ni una sola vez.

Era su vecino un caballero delgado, elegantísimo y como frisando en los cuarenta; pero tenía el pescuezo demasiado largo y fino, y casi le faltaba la barbilla; tenía además un par de ojillos negros y vivarachos, y un hermoso pelo, negro como la pluma del cuervo, y levantado sobre la coronilla. Saltaba a la vista que gozaba contestándole que sí al joven que perdía. El, por su parte, ganaba algunas veces.

Coloquéme junto a un señor gordo, de tez tan morena que parecía tener como ahumadas las niñas de los ojos y las cejas; tenía el pelo canoso, de color de herrumbre, y el bigote todavía negro y rizado; respiraba fuerza y salud, y, sin embargo, como si el rodar de la bolita de marfil le provocase un ataque de asma, entrábanle unos estertores hondos e irresistibles. La gente volvíase a mirarlo; pero él apenas si lo notaba; cuando se percataba de ello contentase por un instante, esparcía la vista a la redonda con nerviosa sonrisa y volvía a resollar fuerte, sin poderse reprimir, hasta que la bola paraba.

Poco a poco, a fuerza de mirar, volvió a entrarme la fiebre del juego. Los primeros golpes me salieron mal. Luego empecé a sentirme como en un estado de inspirada embriaguez muy curioso; obraba casi automáticamente, obedeciendo a imprevistas e inconscientes corazonadas; ponía siempre el último, después que todos los demás, y ¡zas!, de pronto adquiría la conciencia, la certidumbre de que había de ganar, y ganaba. Al principio ponía poco; pero luego fui aumentando las puestas sin sentir. Aquella suerte de embriaguez lúcida iba creciendo sin cesar en mí, y aunque me viniera la contraria, no se empañaba lo más mínimo, pues aun entonces parecíame como si yo lo hubiera previsto; es más, algunas veces solía decirme para mis adentros: “¡Lo que es ahora perderé; *no tengo más remedio* que perder!” Estaba como electrizado. En determinado momento diome la inspiración por arriesgarlo todo, y así lo hice, despidiéndome por anticipado de mi dinero; pero gané. Zumbábanme los oídos; chorreaba todo mi cuerpo un sudor helado. Parecióme que uno de los *croupiers*, como asombrado de mi continua suerte, me estaba observando. En el estado de agitación en que me encontraba, interpreté la mirada de aquel tío como un reto, y volví a arriesgar de nuevo todas mis ganancias, amén de la cantidad inicial, sin pararme a meditar en lo que hacía; fuéseme la mano tras el mismo número de antes, un 35; estuve por desviarla, pero no: volví a poner allí el dinero como si alguien me lo hubiera mandado. Cerré los ojos. Debía de estar horrorosamente pálido. Hízose un gran silencio y parecióme como si se hubiera hecho por mí solo y que todos tuvieran el alma en un hilo con la misma terrible ansiedad que yo. Rodó la bola; estuvo rodando una eternidad, con una lentitud que agravaba a cada segundo la insufrible tortura. Hasta que al fin paró.

Yo me esperaba que el *croupier* cantarí, como así fue, con su voz de siempre, que a mí me sonaba lejanísima:

—*Trente—cinq, noir, impair et passe!*

Cogí el dinero y tuve que apartarme de allí como un borracho. Dejéme caer en el diván, rendido, y apoyé la cabeza en el respaldo con una necesidad imprevista, irresistible, de dormir, de reponer mis fuerzas con un poco de sueño. Y ya me iba rindiendo a él cuando sentime encima un peso, un peso material, que me hizo dar un respingo. ¿Cuánto había ganado? Abrí los ojos; pero tuve que volver a cerrarlos inmediatamente: se me iba la cabeza. Hacía en la sala un calor sofocante. ¡Cómo! ¿Pero ya era de noche? Había visto las luces encendidas. Pues ¿cuánto tiempo había estado jugando? Me levanté despacito y me fui.

Fuera, en el portal, era aún de día. La frescura del aire me reanimó.

Paseaba por allí mucha gente: personas solas, meditabundas, y también grupos de dos o tres, charlando y fumando.

Me puse a observarlos a todos. Forastero en la población, lleno de cortedad todavía, hubiera querido adaptarme un poco al ambiente, uniformarme, y estudiaba a aquellos paseantes que me parecían más desenvueltos, más dueños de sí; sólo que, cuando menos lo esperaba, alguno de aquéllos poníase de pronto muy pálido, lanzaba la vista al vacío, dejaba de hablar, tiraba el cigarrillo, y entre las risas de sus compañeros volvía a meterse en la sala de juego. ¿Por qué se reírían sus compañeros? También yo sonreía, mirando como un pasmado.

—*A toi, mon cheri!* —sentí que me decía por lo bajo una voz femenina, un tanto bronca.

Volvíme, y vi ante mí una de aquellas señoras que estaban sentadas en torno a la ruleta y que con mucha amabilidad ofrecíame una rosa en tanto ella se quedaba con otra. Habíalas comprado las dos hacía un momento en el puesto de flores del vestíbulo.

¿Pero hasta aquel punto tenía yo cara de bobo?

Me entró una rabia violenta; desairé a la individua, sin darle las gracias, e hice además de volverle la espalda; sólo que ella me cogió, riendo, de un brazo, y afectando al hablarme, delante de la gente, un aire confidencial, me dijo unas cuantas palabras muy aprisa. Parecióme entender que me proponía que hiciese una vaquita con ella, pues había sido testigo de mi buena suerte, y estaba dispuesta a jugar por los dos siguiendo mis indicaciones.

Yo me encogí de hombros, malhumorado, y dejéla plantada.

Poco después, al volver a entrar en la sala de juego, hube de verla hablando con un tío bajito, moreno, barbudo, con los ojos un tanto miopes, y español, a juzgar por la facha. Habíale dado la rosa que antes me ofreciera a mí. De cierto además de entrambos inferí que se estaban ocupando en mi persona, y me puse en guardia.

Pasé a otra sala; acerquéme a la primera mesa, pero sin intención de jugar; y héte aquí que el tío de antes, sin la madama, se acerca también a la mesa, aunque fingiendo no haber reparado en mí. Yo entonces me puse a mirarlo descaradamente, para darle a entender que no me había pasado nada por alto y que conmigo se equivocaba.

Mas no tenía facha de baratero. Lo vi jugar y fuerte; perdió tres veces seguidas; parpadeaba nerviosamente, quizá por el esfuerzo que hacía para disimular su emoción. A la tercera vez que perdió, miróme y sonrióse.

Yo lo dejé allí y me volví a la otra sala, a la mesa donde antes había ganado.

Habíanse relevado los *croupiers*. La mujer de marras estaba allí, en el mismo sitio de antes. Yo me coloqué detrás para que no me viera, y pude observar que jugaba modestamente y no siempre. Adelantéme y viome ella; estaba para jugar y se detuvo, esperando, sin duda, a que jugase yo, para poner donde yo pusiese. Pero aguardó en vano. Al decir el *croupier*: «*Le ieu est fait! Rien ne va plus!*», miréla, y ella alzó un dedo, como amenazándome, en son de broma. Me abstuve de jugar largo rato; pero, al fin, nuevamente excitado a la vista de los demás jugadores, y sintiendo que me volvía la inspiración de antes, dejé de observar a la dama y me puse a jugar.

¿Por qué sugestión misteriosa atinaba yo infaliblemente con la infinita variabilidad de los números y colores? ¿Sería la mía únicamente prodigiosa adivinación en lo inconsciente? Pero ¿cómo explicar entonces ciertas obstinaciones locas, cuyo recuerdo todavía me causa escalofríos, al pensar que me lo jugaba todo, todo, hasta la vida acaso en aquellas puestas, que eran verdaderos retos a la suerte? No; no; yo sentía realmente en mi interior una fuerza diabólica, gracias a la cual dominaba, fascinaba a la Fortuna y sometía su capricho al mío. Y no era yo el único que abrigaba esta convicción, pues se les había contagiado a los demás puntos con pasmosa rapidez, y ya casi todos seguían mi arriesgadísimo juego. No sé cuántas veces se daría el rojo, al cual me había yo empeñado en poner. Hasta aquel pollito que se sacaba los luses de los

bolsillos del pantalón habíase conmovido y animado; y el señor gordo de marras resollaba más ruidosamente que nunca. Subía de punto la emoción a cada instante en torno a la mesa; todo se volvía estremecimientos de impaciencia, respingos nerviosos, un furor contenido a duras penas, angustioso y terrible. Los *croupiers* mismos habían perdido su rígida impasibilidad.

De pronto, ante una jugada formidable, sentí algo así como vértigo. Parecióme como que se me venía encima una responsabilidad tremenda. Estaba poco menos que en ayunas desde por la mañana, y todo mi cuerpo me vibraba, presa de la larga y violenta emoción. No pude resistir más, y después de aquella jugada apartéme de la mesa, tambaleándome. Sentí que me cogían por un brazo. Agitadísimo, con los ojos que le echaban fuego, aquel españolito barbudo y rechoncho de antes quería detenerme. “¡Hombre! No eran más que las once y cuarto; los *croupiers* invitaban a las tres jugadas últimas; ¡podríamos hacer saltar la banca!»

Me hablaba en un italiano chapurreado, la mar de chistoso; porque yo, que ya no coordinaba, me empeñaba en responderle en mi lengua:

—¡No, no! ¡Basta! ¡No puedo más! ¡Déjeme que me vaya, caballero!

Me dejó irme; pero se me vino detrás; montó conmigo en el tren de vuelta a Niza, y se empeñó en que había de cenar con él y hospedarme en su misma fonda.

No me desagradó mucho al pronto la admiración casi temerosa que aquel tipo parecía complacerse en testimoniarme como a un taumaturgo. La vanidad humana no tiene reparo a veces en hacerse un pedestal hasta de cierta estimación que ofende, y aceptar el incienso acre y pestífero de ciertos indignos y mezquinos turiferarios. Yo era como un general que hubiese ganado una cruentísima y desesperada batalla, pero por casualidad y sin saber cómo. Ya empezaba a comprenderlo y a volver en mí, y a medida que recobraba la serenidad resultábame más enojosa la compañía de aquel hombre.

Sin embargo, por más que hice, no pude quitármelo de encima, y al llegar a Niza no tuve más remedio que acompañarle a cenar. En la mesa hubo de confesarme que había sido él quien me había mandado a aquella madamita alegre, a la cual hacía tres días que él la estaba dando alas para que pudiera volar, por lo menos al ras de tierra; alas de billetes de Banco, algunos cientos de liras para que probara fortuna. Y por cierto que la prójima había debido de ganar de lo lindo siguiendo mis pasos, puesto que no se había dejado ver a la salida.

—Qué podo far? La povara habrá trovado de megio. Sono viechio, io. E agradecio Dio antes que me la son levada sobre¹.

Contóme luego que llevaba en Niza una semana, y que todas las mañanitas tomaba el camino de Montecarlo, donde hasta aquella noche había tenido la negra. Quería saber cómo me las arreglaba yo para ganar. Seguramente era un maestro en el juego o poseía alguna regla segura.

Echéme a reír, y respondíle que hasta aquella mañana misma no había yo visto una ruleta ni en pintura, y que no sólo no entendía jota del juego, sino que ni siquiera podía imaginarme que hubiera de jugar y ganar de aquel modo. De lo cual estaba yo más asombrado y atónito todavía que él. No se dio por convencido. Tanto, que encauzando hábilmente la conversación —sin duda creía habérselas con un pícaro de marca mayor— y expresándose con desenfado admirable en aquella jerigonza suya, medio española y medio vaya usted a saber, concluyó por hacerme la misma proposición que ya aquella tarde me hiciera indirectamente, valiéndose como gancho de aquella mujer alegre.

—No, dispense exclamé yo, tirando todavía a endulzar con una sonrisa el resentimiento—. Pero ¿cree usted en serio que para ese juego pueda haber reglas ni secreto alguno? ¡Para ganar a

¹ Sic en el original. (*N. del T.*)

la ruleta lo que se necesita es suerte! Yo la he tenido hoy; puede que no la tenga mañana, y puede también que vuelva a tenerla de nuevo, cosa esta última que espero se realice.

—Ma porqué le? —me preguntó— non ha voludo occi aprovecharse de la sua fortuna?

—Yo aprove...

—Sí; come puedo decir? Avantaciarse? Voilá! —¡Pues con arreglo a mis medios!

—¡Bien! —exclamó él—. Podo ió por lej. Le la fortuna, ió metaró el dinero.

—¡Y quizá perdamos entonces! —concluí yo sonriendo—. No, no... Dispéñseme. Si usted me cree en verdad hombre de tanta suerte —la tendré en el juego, que lo que es en lo demás...—, hagamos una cosa: sin trato alguno y sin que contraiga yo ninguna responsabilidad, que no quiero tenerla, ponga usted donde yo ponga lo poco que acostumbro, como ha hecho hoy; y si sale bien...

No me dejó acabar; estalló en una extraña carcajada, que aspiraba a parecer maliciosa, y dijo:

—Eh, no, segnore mio! No! Occi, si, I'ho fatto, no lo fado domani seguramente! Si le punta forte conmigo, bien; si no, no lo fado, seguramente! Gracie tante!

Lo miré a la cara, esforzándome por comprender qué era lo que quería decir con aquello; sin duda, en sus palabras y en aquella carcajada suya había algo ofensivo para mí. Me acaloré y le pedí una explicación.

El dejó de reírse; pero en su semblante perduró como la huella casi desvanecida de su risa. —Digo che no, che no lo fado —repitió—. No digo altro!

Di un puñetazo en la mesa, y con voz alterada insistí:

—¡No se trata de eso! ¡Lo que quiero es que me diga, que me explique qué sentido se propuso dar a sus palabras y a esa risa tan necia! ¡Porque no lo comprendo!

Según iba yo hablando, vile palidecer y como encogerse; disponíase, sin duda, a pedirme perdón. Me levanté indignado, dando una patada en el suelo:

—¡Bah! ¡Le desprecio a usted y a sus recelos, que ni siquiera alcanzo a comprender!

Aboné la cuenta, y me fui.

Conocí a un hombre venerable y digno también, por sus singularísimas dotes intelectuales, de ser grandemente admirado, pues no lo era ni poco ni mucho; y todo por culpa, a mi juicio, de unos pantalones claros, a cuadros, demasiado ceñidos a las piernas, que tenía muy flacas, y que no había forma de que los dejase. Los trajes que vestimos y su hechura y color pueden dar que pensar de nosotros las cosas más extrañas.

Pero yo sentía ahora un despecho tanto más grande cuanto que no me tenía por mal vestido. Cierto que no iba de frac; pero llevaba puesto un traje negro, de luto, muy decente. Y, además, si vestido de esa guisa había podido tomarme aquel alemanote de marras por un lila, hasta el punto de llevarse me con aquella frescura el dinero, ¿cómo ahora este otro me tomaba por un tahúr? «Puede que sea por estas barbas —pensaba yo en tanto caminaba— o por ir tan rapado ...»

Iba buscando una fonda cualquiera para encerrarme y hacer arqueo de mis ganancias. Me sentía lo que se llama podrido de dinero; en todas partes, en los bolsillos del pantalón y la americana, y hasta del chaleco, abultábanme las monedas y los fajos de billetes, que debían de ser muchísimos.

Oí que daban las dos. Estaban desiertas las calles. Pasó un coche desalquilado y lo tomé. Con nada, como quien dice, había reunido cerca de once mil liras. Hacía mucho tiempo que no veía metales; así que parecióme aquélla una gran cantidad. Pero después, pensando en mi vida de antaño, me sentí lleno de bochorno. ¡Cómo! ¿Me habrían encogido hasta tal punto el corazón aquellos dos años de biblioteca con todas las demás calamidades que me habían ocurrido?

Púseme a picarme con mi nuevo veneno, mirando el dinero que había colocado encima de la cama.

—Anda, hombre virtuoso, manso bibliotecario, anda y vuélvete a casa a aplacarle los nervios a tu suegra con este capitalito. Creerá que es producto del robo y al punto formará una gran idea de ti. Si no, anda y vete a América, como tenías pensado, si lo otro no te parece condigno premio de tu gran esfuerzo. Ahora ya puedes con este viático. ¡Once mil liras! ¡Qué riqueza!

Recogí el dinero, lo metí en el cajón de la cómoda y me acosté. Pero no pude pegar un ojo. ¿Qué era, en fin de cuentas, lo que debía hacer? ¿Volver a Montecarlo a repetir aquel extraordinario golpe de suerte? ¿O volverme a casita y comerte aquellos cuartos muy ricamente sin tentar más aventuras? Pero, ¿sería posible que me entrasen ganas ni medio de gozar de este mundo con aquella familia que me había agenciado? Haría que mi mujer fuese un poco mejor vestida; que Romilda no sólo no se cuidaba ya de agradarme, sino que hasta parecía poner de su parte todo lo posible por resultarme enojosa a la vista, pues se pasaba los días enteros sin peinarse ni ponerse el corsé, y andaba por la casa en chancletas y con el vestido haciéndole alforzas por todos lados. ¿Pensaría quizá que para un marido como yo no valía la pena arreglarse? Además, desde que tuvo el parto no había vuelto a gozar de salud completa. Tocante a genio, cada día tenía más desabrido y áspero, y usaba de peores modales, no sólo conmigo, sino con todo el mundo en general. Y estos enconos y la ausencia de un cariño vivo y verdadero habían fomentado en ella una malhumorada desidia. Ni siquiera había llegado a tomar cariño a aquella niña, cuyo nacimiento, lo mismo que el de su gemela, muerta a los pocos días, representara para ella un fiasco frente al robusto varón de Oliva, nacido cosa de un mes más tarde, hermoso y lucido, de un parto dichosísimo. Así que todos aquellos disgustos, amén de esos choques que sobrevienen cuando la necesidad, cual un gatazo negro y de rizado lomo, se hace un ovillo junto al rescoldo de un hogar apagado, nos habían hecho odiosa a los dos la convivencia. Con aquellas once mil liras, ¿habría tenido bastante para poder restaurar la paz en casa y resucitar al amor, ya inicualemente muerto al nacer a manos de mi suegra? ¡Locura! ¿Y entonces? ¿Embarcarme para América? Pero, ¿para qué ir a buscar tan lejos la fortuna cuando no parecía sino que ella misma había querido que yo me detuviese allí en Niza, sin pensarlo, ante el escaparate de aquella tienda donde se vendían artefactos de juego? Lo que ahora hacía falta era que yo me mostrase digno de ella y de sus favores, si, como parecía, estaba verdaderamente dispuesta a otorgármelos. ¡Ea, se acabó! O todo o nada. Lo peor que podía pasarme era que me volviese como había venido. ¿Qué son once mil liras en el mundo?

Así que al otro día tomé el camino de Montecarlo. Y lo mismo hice durante diez días consecutivos. No tuve ocasión ni tiempo de asombrarme entonces del favor, más fabuloso que extraordinario, de la Fortuna. Estaba fuera de mí, lo que se dice chiflado; ni ahora mismo siento tampoco estupor alguno sabiendo, como sé de sobra, el golpe que me tenía deparado la suerte al favorecerme de aquel modo y en aquella medida. En nueve días llegué a reunir una cantidad verdaderamente enorme, jugando a la desesperada; pero al noveno empecé a perder y aquello fue un desastre. Fuéseme aquella inspiración prodigiosa de marras, cual si ya no encontrase pasto en mi energía nerviosa, del todo agotada. No supe, mejor dicho, no pude detenerme a tiempo. Me detuve, sí, pero no por mi voluntad, sino por la violencia de un horrible espectáculo, nada extraordinario en aquel lugar.

Al entrar en la sala de juego la mañana del duodécimo día salióme al encuentro aquel tío de Lugano, que estaba enamorado del número 12, y muy descompuesto y afanoso participóme, más con gestos que con palabras, que acababa de suicidarse un individuo en el jardín. Pensé al punto

si sería el español de marras, y sentí algo de remordimiento. Estaba seguro de que me había ayudado a ganar. El primer día, después de aquella disputa que tuvimos, no quiso seguirme el juego, y no hizo más que perder; los días siguientes, al verme ganar de aquel modo, intentó emularme; mas entonces fui yo quien no quiso favorecerlo, y como guiado por la mano de la misma Fortuna, presente e invisible, me puse a dar vueltas de una a otra mesa. Llevaba dos días sin verlo, desde que yo también perdía, y quizá por no haber podido él dar conmigo.

Estaba segurísimo, al dirigirme al jardín, de que había de encontrármelo allí, tendido en tierra, muerto. Mas no fue así, sino que en su lugar halléme con aquel pollito pálido que afectaba humos de soñolienta indiferencia al sacarse los luses del bolsillo del pantalón para ponerlos sobre el tapete verde, sin siquiera mirar dónde.

Parecía más pequeño, allí tirado, en medio del paseo; estaba en actitud muy modosa, con los pies juntos, como si hubiera empezado por tenderse para no hacerse daño al caer; tenía un brazo pegado al cuerpo, y el otro un poco levantado, con la mano engarabitada, y un dedo, el índice, todavía encorvado en ademán de disparar. Junto a aquella mano estaba el revólver, y más allá, el sombrero. A lo primero parecióme que la bala le había salido por el ojo izquierdo, del cual habíale manado sobre la cara un río de sangre, ya congelada. Pero no, que aquella sangre habíale brotado, no sólo de allí, sin también de las narices y las orejas, amén de la que copiosamente salírale luego del orificio que tenía en la sien derecha y que había salpicado la arena amarilla del paseo, donde formara charcos coagulados. En torno al cadáver revoloteaban una docena de moscardones, alguno de los cuales hasta se le posaba, voraz, en el ojo. Entre tantos mirones, ninguno había pensado en espantárselos. Yo saqué del bolsillo el pañuelo y cubríle con él la pobre cara horriblemente desfigurada. Nadie me lo agradeció; había suprimido la salsa del espectáculo. Alejéme de allí a escape y me volví a Niza, con intención de tomar el tren para mi tierra, aquel mismo día.

Llevaba encima unas ochenta y dos mil liras.

Lo que menos podía yo pensar era que aquella misma noche hubiera de ocurrirme a mí también algo análogo.

7.

Transbordo

Por el camino iba pensando:

—Rescataré *La Cabaña* y me retiraré allá al campo a hacer de molinero. Se vive mejor en el regazo de la tierra; y quizá todavía mejor... debajo de ella.

Todo oficio tiene en el fondo algo que consuela de la guerra que da. Hasta el de sepulturero. El molinero puede consolarse y distraerse con el ruido de la máquina y el polvo que vuela por los aires emborrizándole.

Seguro estoy de que ahora apenas si se rompe un costal en el molino; pero también lo estoy de que en cuanto sea mío habrá que oír:

—¡Señor Matías, el perno de la palanca! ¡Señor Matías, que se ha roto esto! ¡Señor Matías, que se ha roto lo otro!

Como en vida de mi pobre madre, cuando nos administraba Malagna.

Y mientras yo atiende al molino el aperador me robará la fruta, y si, por el contrario, dedico a ésta mi atención, el molinero me robará la harina. Y el molinero por un lado y el aperador por otro, harán su agosto a costa mía.

Quizá fuera mejor que sacase de la venerable arca de mi suegra uno de los trajes viejos de Francisco Antonio Pescatore, que la viuda guarda con alcanfor y pimienta como reliquias santas, y le mandase ponérselo y la encargase del molino y de vigilar al aperador.

Seguramente el aire del campo le sentará bien a mi mujer. Puede que al verla se le caiga la hoja a algún árbol y que pierdan la voz los pajarillas; pero ¡con tal que no se ciegue el arroyo! Y yo seguiré de bibliotecario, allí solito, en Santa María Liberal.

Así iba yo pensando en tanto corría el tren. No podía cerrar los ojos, porque al punto aparecíame con terrible exactitud, el cadáver de aquel jovencito, tendido allá en el jardín de Montecarlo, tan menudito y modoso, bajo los grandes árboles inmóviles en el frescor de la mañana. Tenía que consolarme de aquello con otra pesadilla no tan sangrienta, materialmente al menos: la de mi suegra y mi mujer. Y gozaba al imaginarme la escena de mi llegada al cabo de aquellos trece días de haber desaparecido misteriosamente.

Estaba seguro —¡parecíame verlas! — de que al entrar yo por las puertas de la casa habían de fingir ambas la más desdeñosa indiferencia. Apenas una mirada, como diciendo:

«¿Tú por aquí otra vez? ¿Pero no te rompiste la crisma?»

Luego, callarían ellas, y yo lo mismo.

Pero no tardaría mucho, sin duda, mi suegra en empezar a escupir bilis, lamentándose del empleo que yo había abandonado.

Habíame llevado conmigo, efectivamente, la llave de la Biblioteca, y al tener noticia de mi desaparición, habrían tenido que descerrajar la puerta de orden del juez; y no encontrándome allí dentro ni vivo ni muerto, y no teniendo tampoco la menor indicación o rastro de mi paradero, los ediles habrían esperado tres, cuatro, cinco días, hasta una semana, mi vuelta, acordando, por último, darle mi empleo a otro ser tan inútil como yo.

Así que, ¿qué hacía yo allí sentado? ¿Cómo había tenido valor para echarme yo mismo en mitad del arroyo? Pues ahora, ya lo sabía, allí me podía estar. Dos pobres mujeres como ellas no tenían obligación ninguna de mantener un haragán, a un sujeto que era carne de presidio, y que se iba así, tontamente, por esos caminos de Dios, si no era que había hecho otras cosas peores...

Y yo callado.

Poco a poco iba creciendo, hervía y rebosaba la bilis de mi suegra, y yo sin decir esta boca es mía.

Cuando me pareciera bien no tendría más que sacarme del bolsillo la cartera y ponerme a contar, encima de la mesa, mis billetes de a mil: uno, dos, tres...

Mi suegra y mi mujer abrirían ojos y boca. Luego, vendría aquello de:

«¿A quién has desvalijado?»

... Setenta y siete, setenta y ocho, setenta y nueve, ochenta, ochenta y uno; quinientas, seiscientas, setecientas; diez, veinte, veinticinco; ochenta y un mil setecientas veinticinco liras con cuarenta céntimos.

Luego, recogería con mucha cachaza los billetes, volvería a guardármelos en la cartera y me levantaría.

«¿De modo que no queréis nada conmigo, verdad? Bueno, pues muchas gracias. Adiós y que sigáis bien.»

Y al imaginar—me la escena no podía contener la risa.

Mis compañeros de viaje me observaban, sonriéndose también con disimulo.

Entonces, para adoptar un talante más serio, poníame a pensar en mis acreedores, entre los cuales tendría que repartir muchos de aquellos billetes de Banco, porque esconderlos no podía. Y además, ¿de qué me habrían aprovechado escondidos?

Aquella canalla no me los hubiera dejado gozar en paz. Para enjugar tanta trampa, con el molino de *La Cabaña* y la fruta del cortijo, habiendo de pagarle también al administrador, que se lo come todo a dos carrillos, quién sabe cuántos años tendrían que aguardar todavía los acreedores; mientras que quizá mediante una oferta al contado podría quitármelos de encima con mucho menos costo. Y echaba las cuentas:

«Tanto a ese moscardón del Recchioni; tanto a Felipe Brisigo —y ojalá que le sirva para costearse el entierro, que así no les chuparía más la sangre a los pobres—; tanto a *Chichín* Lunaro, el turinés; tanto a la viuda de Lippani... ¿Qué más queda todavía? ¡Digo, pues una pequeñez! El pico de Della Piana y el de Bossi, y el de Margottini... ¡Nada, que se me van en eso todas mis ganancias! ¿A qué iba a resultar que había ganado en Montecarlo para que ellos hiciesen su avío? ¡Qué rabia que aquellos dos últimos días me hubiera entrado la negra! De haber seguido ganando, me hubiera hecho rico de nuevo... ¡rico!»

Lanzaba ahora yo unos suspiros tan ruidosos que les chocaban a mis compañeros de viaje todavía más que mis risotadas de antes. Entretanto, yo no hallaba punto de descanso. Oscurecía ya; el aire parecía ceniza, y el traqueteo del tren resultaba insufrible.

En la primera estación italiana compré un periódico, con la esperanza de que me sirviera para conciliar el sueño. Lo abrí, y a la luz de la bombilla eléctrica púseme a leerlo, gracias a lo cual tuve el consuelo de saber que el castillo de Valençay, que por segunda vez había salido a subasta, había sido adjudicado al conde De Castellane por la cantidad de dos millones trescientos mil francos. Las tierras que circundaban el castillo tenían dos mil ochocientas hectáreas; no había en Francia entera otra posesión tan dilatada.

—Una cosa así como *La Cabaña*.

Tuve también ocasión de enterarme de que el Emperador de Alemania había recibido aquel mediodía, en Postdam, a la Embajada marroquí, y que a la recepción habíase hallado presente el secretario de Estado, barón de Richtofen. La Embajada había pasado luego a saludar a la

Emperatriz y después cenado a la mesa imperial, donde sabe Dios lo que habrían tragado los moritos.

También los Zares de Rusia habían recibido en Peterhof a una comisión especial tibetana, la cual habíales presentado a las augustas personas los regalos que les enviaba el Gran Lama por su conducto.

«¿Los regalos del Gran Lama? —preguntéme a mí mismo, cerrando los ojos en actitud meditabunda—. ¿Qué regalos serán éstos?»

Adormideras, porque en seguida me quedé traspuesto. Sólo que adormideras de escasa virtud, ya que no tardé en despertarme al parar el tren en otra estación.

Miré el reloj: eran las ocho y cuarto. Una horita más y estaría en el pueblo.

Tenía todavía en la mano el periódico y lo había doblado para buscar en la segunda plana algún regalo mejor que los del Gran Lama, cuando hubieron de tropezar mis ojos con unas titulares que decían:

SUICIDIO

A lo primero figuréme que sería el de Montecarlo y apresuréme a leer. Mas al punto me detuve, asombradísimo, al encontrarme en la primera línea con estas palabras, impresas en un tipo muy menudo: «Nos telegrafían de Miragno.» «¡Miragno! ¿Quién diablos se habrá suicidado en mi pueblo?»

Y leí:

«Ayer, sábado, 28, encontróse en la presa de un molino un cadáver en estado de putrefacción ya adelantada...»

De pronto nublóseme la vista, pareciéndome cual si en el renglón siguiente hubiese leído el nombre de mi cortijo, y como me empezaba en leer con un ojo aquella letra tan menuda, me puse en pie para acercarme más a la luz.

“... putrefacción. El molino de referencia está sito en un cortijo llamado *La Cabaña*, a unos dos kilómetros del pueblo. Personada en el lugar del suceso la autoridad judicial, amén de un gentío inmenso, procedióse a sacar de la presa el cadáver, como así se hizo con las formalidades de rigor. Más tarde identificóse el cadáver, que resultó ser el de nuestro...”

Dióme un vuelco el corazón y echéles, como alelado, una mirada a mis compañeros de viaje, que dormían a pierna suelta.

«Personada en el lugar del suceso..., a sacar de la presa..., identificóse, el cadáver.... resultó ser el de nuestro bibliotecario...”

—¿Yo?

«Personada en el lugar del suceso.... más tarde.... el de nuestro bibliotecario Matías Pascal, que había desaparecido unos días antes. Causa del suicidio, contrariedades económicas.»

—¿Yo?... *Desaparecido... Identificado... Matías Pascal...*

No sé las veces que leería y relería aquellos pocos renglones, fruncido el ceño y alborotado el corazón. En el primer instante subleváronseme, como protestando contra aquello, todas mis energías vitales, cual si aquella noticia, tan irritante en su impasible laconismo, pudiese tener validez incluso para mí. Ahora que, si para mí no, para los demás tenía fuerza de verdad—, y la certeza que todo el mundo tenía desde el día antes de que yo había pasado a mejor vida, parecíame una odiosa mixtificación, continua, agobiadora, intolerable.

Torné a mirar a mis compañeros de viaje, y, como si también ellos, allí, en mis barbas, descansasen en aquella certidumbre, diéronme tentaciones de sacarlos de sus incómodas y molestas actitudes y despabilarlos diciéndoles que aquello no era cierto.

Pero ¿sería posible? Y volví a leer una vez más la desconcertante noticia.

No podía estarme ya quieto. Hubiera dado algo por que el tren se detuviese o se despeñase por un precipicio; aquel su andar monótono, de autómeta, duro, sordo y pesado, aumentaba todavía más la nerviosidad en que me encontraba. No hacía más que abrir y cerrar las manos a cada momento, hincándome las uñas en las palmas; desdoblaba el periódico y poníalo en alto para leer de nuevo aquella noticia, que ya me sabía de memoria, al pie de la letra.

—¿Identificado? Pero ¿es posible que me hayan identificado?... «En estado de putrefacción ya adelantada...” ¡Qué asco!

Vime por un momento allí, en las aguas verdinosas de la presa, flotando en ellas, sucio, tumefacto, horrible... Con instintivo movimiento de horror, crucé los brazos sobre el pecho y palpéme y apretujéme con las manos.

—Yo no, yo no; pero ¿quién habrá sido? Seguramente alguien que se me parecía... Uno que quizá también se dejase la barba como yo..., que tendría mi misma estatura... ¡Y me han identificado! ... *Desaparecido hacía unos días...* ¡Ah, ya! ¡Hombre, daría cualquier cosa por saber quién ha sido el que me ha identificado! ¿Es posible que aquel desgraciado se pareciese tanto a mí, que fuese vestido como yo, que tuviese tanta semejanza conmigo como para dar el cambiazó? Pero sí, es posible; porque habrá sido ella, mi suegra. ¡Oh! ¡Qué prisa se habrá dado a identificarme! Le habrá parecido mentira seguramente. “¡Es él! ¡Es él! ¡Mi yerno! ¡Ay! ¡Pobre Matías! ¡Ay! ¡Pobre hijo mío!” Y puede que también haya soltado el trapo a llorar, y hasta que se haya hincado de rodillas junto al cadáver de aquel pobrecillo, que, por desgracia, no habrá podido darle un puntapié y decirle: “¡Anda y vete de aquí, que no te conozco!”

Estaba yo que trinaba. Hasta que, por fin, paróse el tren en otra estación. Abrí la portezuela del coche y lancéme al andén, con la vaga idea de hacer algo, en seguida: un telegrama urgente desmintiendo aquel infundio.

El salto que di del vagón al andén fue mi salvación; como si me hubiese ahuyentado del caletre aquella necia idea, vislumbré en un santiamén... ¡eso!: ¡mi redención, mi libertad, una vida nueva!

Llevaba encima ochenta y dos mil liras, que podría guardarme para mí solito. Estaba muerto: no era ya de este mundo; no tenía ya trampas, ni mujer, ni suegra; ¡no tenía a nadie! ¡Libre! ¡Libre! ¡Libre! ¿Qué más quería?

Extraña figura debía yo hacer, mientras revolvía tales pensamientos, sentado en un banco del andén. Había dejado abierta la portezuela del coche. Vi a mi alrededor mucha gente que me gritaba no sé qué; hasta que, por fin, uno fue y me empujó, gritándome más fuerte:

—¡Que se va el tren!

—¡Pues déjelo que se vaya señor mío! —gritéle a mi vez. ¡Yo hago transbordo!

Asáltóme después una duda: la de si no habrían ya desmetido aquella noticia y reconocido en Miragno el error; si no se habrían presentado los parientes del muerto verdadero a rectificar la falsa identificación.

Antes de entregarme a aquella alegría debía cerciorarme bien, procurarme noticias precisas y con pormenores. Pero, ¿cómo agenciármelas?

Metí la mano en el bolsillo en busca del periódico. Me lo había dejado en el tren. Volvíme a mirar la desierta vía del tren, que se alargaba, brillante, un trecho, en el silencio de la noche, y me sentí como perdido en el vacío, en aquella mísera estación de tercer orden. Luego hubo de asaltarme otra duda, todavía peor. ¿No habría yo soñado todo aquello?

Pero no.

«Nos telegrafían de Miragno, ayer, sábado, 28 ...»

Ya lo estaba viendo: podía repetir al pie de la letra el telegrama. ¡No cabía la menor duda! Aunque aquellas pocas líneas no podían bastarme.

Miré el nombre de la estación: «*Alenga*».

¿No podría encontrar por allí otros periódicos? Recordé que era domingo, y, por lo tanto, que aquella mañana habría salido *Il Foglietto*, el único periódico de la localidad. Era menester buscar a toda costa un número del periódico, el cual traería todos los pormenores del suceso, que yo necesitaba. Pero, ¿cómo esperar que en Alenga hubiese números de *Il Foglietto*? Bueno, pues le telegrafiaría con un nombre postizo a la Redacción del periódico. Conocía mucho a su director, Miro Colzi, *Alondrilla*, como todos lo llaman en Miragno desde que siendo un pollito, publicó con tan bello título su primero y último libro de versos.

¡Y poco hueco que se pondría *Alondrilla* al ver que le pedían desde Alenga nada menos que números de su periódico! Seguramente la noticia más *interesante* de la semana, y, por lo tanto, lo más saliente del número, debía de ser mi suicidio. Pero, ¿no me expondría con aquella demanda insólita al riesgo de que *Alondrilla* concibiese alguna sospecha?

—¡Quiá! —pensé después—. *Alondrilla* estará convencidísimo de que me he ahogado de veras. Y creerá que por lo que le piden esos números es por alguna otra cosa que traiga el periódico. Hace ya tiempo que la tiene tomada con el Municipio, a fin de que traiga las aguas al pueblo y ponga alumbrado de gas. Seguramente creerá que esa *campana* suya es la causa de tal expectación.

Salí del andén.

Por fortuna, el auriga del único coche, el del correo, estaba todavía allí charlando con los empleados del tren; el pueblo distaba unas tres horas de la estación, y el camino era todo una pura cuesta.

Monté en aquel decrepito carricoche derrengado y sin faroles, y ¡arrea, cochero, por esas oscuridades!

Con tantas cosas como tenía en que pensar, de cuando en cuando veníaseme de nuevo a la memoria, en aquella negra y desconocida soledad, la violenta impresión sufrida al leer aquella noticia que tan de cerca me tocaba, y entonces sentíame por un momento perdido en el vacío, como poco antes a la vista de la desierta vía del tren, pavorosamente desligado de la vida, sobreviviente de mí mismo, como loco, con la esperanza de vivir más allá de la muerte, sin vislumbrar todavía en qué forma.

Por distraerme, pregunté al cochero si no habría en Alenga alguna agencia periodística.

—¿Cómo dice usted? No, señor.

—Pero, ¿en Alenga no hay periódicos?

—¡Ah! ¡Eso, sí, señor! Quien los vende es el boticario, Grottanelli.

—Y habrá posada, ¿no?

—Sí, señor; la de Palmentino.

Se había apeado del pescante por aligerar un poco al pobre jamelgo, que apenas podía con su estampa. Yo no le veía bien, hasta que por fin hubo de encender la pipa y entonces se me hizo clara su imagen, y pensé para mis adentros: “¡Si supiera a quién lleva en su coche! ...”

Y a renglón seguido híceme la pregunta: «Pero, ¿a quién lleva, si ni siquiera lo sé yo mismo? ¿Quién soy yo ahora? ¡Vamos a ver! ¿Quién soy? Por lo pronto, me hace falta ponerme un nombre, un nombre cualquiera; pero en seguidita, a fin de poder firmar el telegrama y no tener

que andar pensando, si me lo preguntan en la fonda. Por ahora bastará con eso. ¡Vamos a ver! ¿Cómo es mi gracia?

Jamás hubiera sospechado que pudiera costarme tantos sudores y apuros la elección de nombre y apellido. A no ser que se me hubiera secado el cerebro por efecto de la emoción sufrida y las preocupaciones consiguientes. ¡Sobre todo el apellido! Unía sílabas al tuntún, y salían algunos apellidos, como *Strozzani*, *Parbetta*, *Martoni*, *Bartusi*, que me ponían los nervios de punta. No les encontraba la menor propiedad, ni pizca de sentido. Como si, después de todo, hubiesen de tener alguno los apellidos. “¡Ea! —me dije—. ¡Escogeré uno cualquiera! ... Martoni, por ejemplo... ¿Por qué no? Carlos Martoni... Eso es. ¡Ya está!” Pero luego, a renglón seguido, me encogía de hombros: «Sí, Carlos Martello ...» Y vuelta otra vez con la misma...

Llegué al pueblo sin haberme decidido por ningún nombre. Gracias que allí, en la botica, cuyo titular éralo al mismo tiempo de la estafeta postal y telegráfica, amén de ejercer la corresponsalía de los periódicos que llegaban a la localidad, no tuve necesidad de declarar mi gracia. Compré los pocos periódicos que el hombre tenía a la venta, periódicos genoveses: *Il Caffaro e Il Secolo XIX*; luego pregunté si tenía también *Il Foglietto*, de Miragno.

Tenía el tal Grottanelli cara de lechuza, con un par de ojos redondos y como de cristal, que venían a cubrir de cuando en cuando, como con pena, unos párpados cartilagosos, y una nariz acaballada que le llegaba hasta la barba. No tenía cuello, y cojeaba de un pie.

—¿*Il Foglietto*? En mi vida lo he oído nombrar. —Es un periodiquillo de provincia, que sólo se publica una vez a la semana —le expliqué—. Quisiera un número, el de hoy, ¡claro!

—Pues en mi vida lo he oído —repetíme.

—Bueno. Pues mire usted: yo quisiera ponerlo un telegrama a la Redacción pidiendo diez, veinte números, para que me los enviasen en seguida, a fin de recibirlos mañana mismo, o antes, de poder ser. ¿Se podrá?

El hombre no me respondía. Con los ojos fijos, puestos en blanco, seguía repitiendo: «¿*Il Foglietto*?... En mi vida lo he oído nombrar.» Hasta que, por último, decidióse a redactar el telegrama bajo mi dictado, indicando como señas adonde enviar los números su farmacia.

Y al otro día, después de una noche en claro, asaltado de un tempestuoso maremágnum de pensamientos, entregáronme en la posada del Palmentino quince números de *Il Foglietto*.

En los dos periódicos de Génova, que apenas me quedé solo dime prisa en reparar, no encontré la menor indicación referente al dichoso suicidio. Al abrir *Il Foglietto* temblábanme las manos. En primera plana, nada. Recorrí con la vista las dos planas centrales y de pronto metióseme por los ojos una cabecera de luto que encabezaba la tercera plana, y debajo de la cual campeaba mi nombre en letras muy gordas. El suelto decía así:

«MATIAS PASCAL

»No se tenían noticias de él desde hacía algunos días; días de tremenda consternación y de inenarrable angustia para la familia desolada; consternación y angustia compartidas por la flor de nuestro vecindario, que lo quería y apreciaba por la bondad de su alma, la jovialidad de su carácter y aquella su innata modestia, que le había permitido, aparte otras dotes, soportar sin vilipendio y con resignación los adversos azares que, desde la despreocupada holgura, habíanlo reducido en los últimos tiempos a un estado humilde.

»Cuando, al segundo día de su ausencia inexplicable, trasladóse la familia impresionada a la Biblioteca Boccamazza, donde el finado, celosísimo de su deber, pasábase casi todo el día enriqueciendo con doctas lecturas su despejada inteligencia, encontró cerrada la puerta. Súbitamente, ante aquella puerta cerrada, surgió, negra Y trepidante, la sospecha; sospecha pronto alimentada por la esperanza, que duró varios días, pero que poco a poco fue debilitándose, de si se habría extrañado del pueblo por alguna secreta razón.

»Pero, ¡ay!, ¡que la verdad era muy otra!

»La pérdida reciente de su adorada madre, y al mismo tiempo de su única hijita, consecutivas a la pérdida de sus bienes, había trastornado profundamente el espíritu de nuestro pobre amigo. Tanto, que hará unos tres meses ya intentó poner fin a su mísera existencia, precisamente en la presa del mismo molino que le recordaba los pasados esplendores de su casa y sus tiempos felices.

«... Ningún dolor más grande que del tiempo felice recordarse en la miseria...

»Con lágrimas en los ojos y sollozando nos lo refería, ante el desfigurado cadáver que chorreaba agua, un anciano molinero, fiel y devoto a la familia de sus antiguos amos. Habíase cerrado, lúgubre, la noche; habían puesto en el suelo, junto al cadáver, que vigilaban dos guardias civiles, un farolillo encarnado, y el anciano Felipe Brina —se lo recomendamos a la admiración de las almas buenas— hablaba y lloraba con nosotros. La triste noche de marras había logrado disuadirle de su fatal propósito; pero esta segunda vez no estuvo allí —Felipe Brina para impedir la consumación del lúgubre designio. Y Matías Pascal permaneció toda una noche y la mitad del siguiente día en la presa del referido molino.

»No tenemos ni remotamente la pretensión de describir la desgarradora escena que se desarrolló en el lugar del suceso cuando anteayer, al caer la tarde, la desconsolada viuda encontróse delante de los irreconocibles restos mortales de su amado esposo, que había ido a unirse con su hijita.

»El pueblo entero la ha acompañado en su justo dolor, y así ha querido demostrárselo siguiendo hasta la morada postrera al cadáver, al cual dirigió breves y conmovidas palabras de adiós nuestro asesor municipal, caballero Pomino.

»Nosotros hacemos presente a la desventurada familia, sumida en tan horrible duelo, y a su hermano Roberto, ausente de Miragno, la expresión de nuestro pésame más sentido, y con el corazón desgarrado le decimos por vez postrera a nuestro pobre amigo Matías:

»¡Adiós, amigo querido! ¡Adiós!

»M. C.»

Aun sin esas dos iniciales hubiera adivinado que era Alondrilla el autor de la necrología.

Pero debo confesar, ante todo, que la vista de mi nombre, estampado allí, debajo de aquella cabecera negra, con todo y esperarlo, no sólo no me hizo gracia alguna, sino que fue la causa de que se me acelerasen los latidos del corazón en tal forma, que al cabo de unos cuantos renglones vime obligado a suspender la lectura. La *tremenda consternación e inenarrable angustia* de mi familia no me movieron a risa, así como tampoco el afecto y la estimación en que tenían mis virtudes mis paisanos. El recuerdo de aquella tristísima noche del cortijo, a raíz de morir mi madre y mi nena, que el articulista aducía como una prueba, y acaso la más poderosa de mi suicidio, sorprendióme a lo primero como una imprevista y siniestra participación en el lance, ocasionándome luego remordimientos y sonrojo.

¡No! No me había matado por la muerte de mi madre y de mi nena, con todo y haberío pensado aquella noche. Sino que había huido de mi casa, es verdad que desesperado; pero he aquí que ahora volvía de una timba, donde la Fortuna habíame sonreído del modo más peregrino, y continuaba sonriéndome todavía; y, en cambio, otro se había suicidado por mí, seguramente un forastero, al cual yo le robaba el llanto de los parientes lejanos y de los amigos, condenándolo — ¡oh, suprema irrisión!— a sufrir lo que no le correspondía: un llanto postizo y hasta el elogio fúnebre del remilgado caballero Pomino.

Esa fue mi primera impresión al leer aquella mi necrología en *Il Foglietto*. Pero luego hube de recapacitar en que aquel pobre hombre había muerto, no ciertamente por mi culpa, y que yo, con declararme vivo, no había ya de resucitarlo a él, además, caí en la cuenta de que aprovechándome de su muerte no sólo no timaba a sus parientes, sino que hasta les hacía un bien, ya que para ellos el muerto no era el muerto, sino yo, y así podían creerlo desaparecido y abrigar la esperanza de vérselo entrar algún día por sus puertas.

Quedaban mi mujer y mi suegra. ¿Debía yo dar crédito a toda aquella pena por mi muerte, a su *inenarrable angustia*, a su *tremenda consternación*, de que se hacía eco el fúnebre suelto *de Alondrilla*? ¡Pero si bastaba con haberle abierto un ojo a aquel pobre difunto para convencerse de que no era yo! Y aun suponiendo que los dos se los hubiere dejado en el fondo de la presa, ¡por los clavos de Cristo!, que no hay mujer en el mundo que confunda tan fácilmente a su marido con un extraño. ¿Se habrían apresurado a identificarme con aquel muerto? ¿Esperaría mi suegra que ahora Malagna, conmovido y no del todo limpio de remordimientos por mi bárbaro suicidio, acudiese en ayuda de la pobre sobrina viuda? Bueno; ¡pues por mí no había de quedar! ¿Muerto? ¿Ahogado? Está bien; ¡una cruz y no se hable más!

Me levanté, estiré los brazos y lancé un larguísimo suspiro de satisfacción.

8.

Adriano Meis

Inmediatamente, no tanto por engañar a los demás, que habían querido engañarse a sí mismos con una ligereza, no deplorable quizá en mi caso, pero de todas formas nada digna de encomio, cuanto por obedecer a la fortuna y satisfacer un anhelo mío, puse manos a la obra de hacer de mí otro hombre.

Poco o nada tenía que ufanarme de aquel desgraciado al cual se habían empeñado en hacerle acabar miserablemente sus días en la presa de un molino. Con tantas sandeces y simplezas como en vida había cometido, quizá no fuere digno de mejor suerte.

Lo que yo quería ahora era que no sólo en lo exterior, pero ni tampoco por dentro, me quedase a mí el menor resabio de él.

Era ahora solo en el mundo, solo como más no era posible serlo, desligado de todo lazo y de toda obligación, libre, flamante y absolutamente dueño de mi persona, sin tener que cargar más en lo sucesivo con el peso de mi pasado, y con el porvenir ante mí, para forjarlo a la medida de mi deseo.

¡Oh! ¡Y qué par de alas me parecía tener! ¡Qué ligero me sentía!

El concepto que mis pasadas vicisitudes habíanme hecho formar de la vida debía ya para mí en adelante ser letra muerta. Yo debía granjearme ahora un nuevo sentido de la vida, sin poner a contribución lo más mínimo la lamentable experiencia del difunto Matías Pascal.

Era dueño de mí; podía y debía erigirme en artífice de mi nuevo destino, en la medida que la Fortuna habíase dignado concederme. «Y, ante todo —decíame a mí mismo—, seré celosísimo de mi libertad: la sacaré a paseo por caminos llanos y siempre nuevos, y jamás la cargaré con vestiduras gravosas. Cerraré los ojos y pasaré de largo en cuanto el espectáculo de la vida me resulte desagradable. Procuraré habérmelas más bien con las cosas que se suelen llamar inanimadas, y me echaré a la búsqueda de hermosos panoramas y de parajes plácidos y amenos. Poco a poco me iré dando a mí mismo una educación nueva; me transformaré con amoroso y paciente estudio, de forma que a lo último pueda decir con razón, no sólo que he vivido dos vidas, sino que he sido dos hombres.»

Empecé por entrar en una peluquería poco antes de dejar a Alenga, para que me recortasen la barba; de buena gana me la hubiera afeitado del todo allí mismo, en unión de los bigotes, y si no lo hice fue por el temor a dar que sospechar en aquel poblacho.

El peluquero hacía también funciones de sastre, y era un hombre ya de edad, con los riñones casi derrengados en fuerza de estar encorvado siempre en la misma postura, y unas antiparras cabalgándole en la punta misma de la nariz. Debía de ser mejor sastre que barbero. Cual un azote de Dios cerró contra aquellas barbas, que no me pertenecían ya, pertrechado de unas tijeras como de cardador, que requerían para su empleo la ayuda de la otra mano. Yo no me atrevía ni siquiera a resollar; cerré los ojos, y no volví a abrirlos hasta que el figaro no me zarandeó suavemente, dándome a entender que ya había terminado.

El bueno del hombre me ponía delante un espejito para que le dijera si me había dejado a mi gusto.

¡Aquello parecióme demasiado!

—No, gracias —repliquéle, defendiéndome—. Vuelva a ponerlo en su sitio. No quiero asustarlo.

Abrió los ojos como tazas, y me preguntó: —¿A quién?

—¡Pues al espejito, hombre! ¡Es muy majo! Debe de ser antiguo...

Era redondo y con el mango de hueso taraceado. ¡Quién sabe la historia que tendría y cómo habría ido a parar allí, a aquella sastropeluquería. Pero, en fin, por no disgustar al maestro, que seguía mirándome estupefacto, cogí el espejito y me lo puse delante de los ojos.

¡Que si me había dejado a mi gusto!

A la primera ojeada comprendí qué clase de monstruo iba a salir de aquella necesaria y radical alteración de las señas personales de Matías Pascal. ¡Una razón más para odiarle! La barbilla, muy chiquita, en punta y metida, que por espacio de tantos años llevara escondida debajo de aquellas barbas, parecióme una traición. ¡Ahora tendría que llevarla al descubierto! ¡Y qué decir de la nariz que me había dejado en herencia! Pues ¡y aquel ojo! «¡Ah! Lo que es éste —pensé—, siempre será el mismo, y mirará a otro lado, por más que yo cambie de cara. No me queda otro recurso que disimularlo lo mejor que pueda con unos lentes colorados, que contribuirán, seguramente, a agraviarme. Me dejaré crecer el pelo, y con esta frente tan hermosa y despejada, con los lentes y todo afeitado, pareceré un filósofo alemán.»

No había término medio: por fuerza había de ser filósofo con aquella condenada facha. ¡Paciencia! Me pertrecharla de una discreta y sonriente filosofía para cruzar por en medio de esta pobre humanidad, que, por más que yo hiciese, parecíame difícil no me resultase en lo sucesivo un tanto ridícula y menguada.

El nombre se me ofreció en el tren, a las pocas horas de haber partido de Alenga con rumbo a Turín.

Viajaba yo con dos individuos que discutían con mucho calor de Iconografía cristiana, haciendo ambos alarde de mucha erudición, para lo que un profano como yo podía apreciar.

Uno de ellos, el más joven, que tenía una cara muy pálida, oprimida por unas barbas broncas y pobladas, parecía experimentar grande y particular satisfacción al sostener la opinión, que, según él, era antiquísima y contaba en su abono con la autoridad de Justino Mártir, Tertuliano y no sé cuantos doctores más de haber sido Jesucristo muy feo.

Hablaba con una vocecilla cavernosa, que formaba extraño contraste con su aire de iluminado. —Pero ¡si Cirilo de Alejandría llega hasta el extremo de afirmar que Cristo fue el hombre más feo del mundo!

El otro, que era un viejecito muy flaco, plácido en su palidez ascética, pero con un frunce en las comisuras de la boca, que era indicio de sutil ironía, sentado casi sobre el espinazo, con el largo cuello tendido como bajo un yugo, sostenía, por el contrario, que no había que fiar en los textos antiguos.

—Porque la Iglesia, en los primeros siglos, atenta exclusivamente a asimilarse la doctrina y el espíritu de su inspirador, apenas si paraba mientes en su figura corpórea.

En el curso de la discusión hubieron de sacar a relucir a la Verónica y a dos estatuas de la ciudad de Paneade, que eran tenidas por imágenes de Cristo y de la piadosa mujer.

—¡Pero, hombre, si hoy ya no cabe duda! —saltó el joven barbado—. Esas dos estatuas representan al emperador Adriano con la ciudad arrodillada a sus pies.

El viejecillo obstinábase en sostener pacíficamente su opinión, que debía de ser contraria, pues el otro, mirándome, continuaba diciendo:

—¡Adriano!

—...*Beronike*, en griego. Y de *Beronike*, pues *Verónica*...

—¡Adriano! (a mí).

—O también *Verónica*, *Veranicon*; deformación muy probable.

— ¡Adriano! (a mí).

—Porque la *Beroníke* de las Actas de Pilatos... —¡Adriano!

Repitió así “¡Adriano!” no sé cuántas veces, y siempre mirándome a mí.

Luego que ambos se hubieron apeado en una estación, dejándome solo en el coche, asoméme a la ventanilla por seguirlos con la mirada, y al salir del andén iban todavía discutiendo; pero al llegar a cierto punto perdió el viejo la paciencia y puso pies en polvoroso.

—¿Quién lo dice? —preguntóle recio el joven, parándose en seco con aire de desafío.

El otro se volvió para gritarle:

—¡Camilo de Meis!

Parecióme como si aquel nombre me lo brindase también a mí, que aun seguía repitiendo maquinalmente: «Adriano»... Inmediatamente arrojé lejos de mí el *de*, y me quedé únicamente con el *Meis*.

—Adriano Meis. ¡Sí! ... Adriano Meis. ¡Suena bien! ...

Parecióme también que ese nombre había de hacer muy buenas migas con la cara rapada y los lentes y el pelo largo, y el chambergo que pensaba adoptar.

—¡Adriano Meis! ¡Magnífico! ¡Esos tipos me han bautizado!

Borrado por completo de mi memoria todo recuerdo de mi vida anterior, resueltísimo a dar principio desde aquel punto y hora a una nueva vida, sentíame como penetrado y arrebatado de una ingenua e infantil alegría; parecíame como si tuviese virgen y transparente la conciencia, y el espíritu vigilante y pronto a sacar de todo provecho para la construcción de mi yo nuevo. Entre tanto, alborozábaseme también el alma con la alegría de aquella liberación. Jamás había visto de aquel modo los hombres y las cosas; habíase como desvanecido por ensalmo el aire que entre ellos y yo se interponía, y se me antojaban llanas y ligeras las nuevas relaciones que habían de establecerse entre nosotros, ya que en lo sucesivo bien poco necesitaría yo pedirles para mi íntimo goce. ¡Oh, y qué gustosa ligereza del alma! ¡Oh, qué embriaguez tan serena e inefable! La Fortuna habíame desligado de toda traba: de golpe y porrazo me había sacado de la vida común y héchome espectador desinteresado de la lucha en que los demás seguían empeñados, diciéndome con voz admonitoria: “¡Ya verás cómo ahora, que has de mirarla desde lejos, te parece cunosa esa porfía! Y si no, ahí tienes a ése, que se echa a perder el hígado y pone en trance de coger una rabieta a un pobrecito viejo, con tal de sostener que Jesucristo fue el hombre más feo del mundo.»

Yo sonreía. Me sonreía ahora de todo, y a todo le sonreía. Sonreía a los árboles del campo, que me salían al encuentro con peregrinas actitudes en su fuga ilusoria; a las villas desperdigadas acá y allá, donde me placía imaginarme colonos con las mejillas hinchadas de tanto soplar contra la niebla, enemiga de los olivos, y con los puños alzados al cielo, que no se dignaba enviarles agua; y les sonreía también a las vecinas, que se desbandaban, asustadas de aquel fragoroso monstruo negro que se les venía encima; al vibrar de los hilos telegráficos, por los cuales se transmitían a los periódicos ciertos infundios, como el de mi suicidio en el molino de *La Cabaña*; a las pobres guardabarreras, que mostraban al paso del tren la banderita enrollada, preñadas y con el sombrero del marido a la cabeza.

Hasta que de pronto hube de reparar en el anillo de casado que llevaba todavía en el anular de la mano. Hízome aquello una impresión violentísima; cerré los ojos, me cogí la mano aquella con la otra, tirando a quitarme aquél aro de oro como a hurtadillas. Luego recordé que el tal anillo se abría y que en su interior había grabados dos nombres: *Matías—Romilda*; y la fecha del

matrimonio. ¿Qué debía hacer con él? Abrí los ojos y permanecí un rato contemplando el anillo con gesto avinagrado.

A mi alrededor había vuelto a hacerse la sombra.

¡Aquél era todavía un resto de la cadena que me ataba al pasado! ¡Qué anillito tan liviano de por sí, y, sin embargo, tan pesado! Pero ya que se había roto la cadena, era menester tirar también a lo lejos aquel último eslabón.

Disponíame ya a arrojarlo por la ventanilla; pero me contuve. Tan excepcionalmente favorecido de la casualidad, no podía ya fiar en ella, pues de allí en adelante todo debía parecerme posible, incluso que un anillito tirado en mitad del campo fuera a parar casualmente a manos de un rústico, que a su vez se lo enseñase a otro, con aquellos dos nombres y la fecha que llevaba grabados en su interior, y por los cuales podría descubrirse la verdad; a saber: que el ahogado de *La Cabaña* no era el bibliotecario Matías Pascal.

«No, no —pensé—; hay que dejarlo en lugar más seguro... Pero ¿dónde?»

En esto paró el tren en otra estación. Miré, y al momento ocurrióseme una idea que al principio tuve cierto reparo de poner por obra. Digo esto para que me sirva de disculpa con esas personas que gustan del gesto gallardo; gente poco reflexiva, que se complace en no recordar que la Humanidad se halla sujeta a ciertas necesidades, a las que ha de obedecer hasta el hombre más penetrado de un pesar profundo. César, Napoleón y, por más indigno que parezca, hasta la mujer más hermosa... Basta. En un lado ponía *Caballeros*, y en el otro, *Señoras*; bueno, pues allí di sepultura al anillo de casado.

Luego, no tanto por distraerme, cuanto por ver de darle cierta consistencia a mi nueva vida que campaba en el vacío, púseme a pensar en Adriano Meis, y a imaginarle un pasado, y a preguntarme quién fue su padre, dónde nació, etc., muy tranquilamente, esforzándome por verlo todo claro y concretarlo bien, con sus más nimios pormenores.

Era hijo único; sobre esto parecíame ociosa toda discusión.

—Más único que yo lo era... Y, sin embargo, no; ¡que quién sabe cuántos hermanos tengo por esos mundos en la misma situación que yo! Hermanos que dejaron el sombrero y la americana con una cartita en el bolsillo, en el pretil de un puente, y luego, en vez de tirarse de cabeza al río, se marcharon tranquilamente a América. A los pocos días aparece flotando sobre las aguas un cadáver desfigurado, irreconocible, y todo el mundo piensa: «¿Será el del suicida que dejó aquella carta en el pretil del puente?» ¡Y ya no se habla más del asunto! Cierto que yo no he obrado con arreglo a mi voluntad; ni cartita, ni chaqueta, ni sombrero... Pero eso no obsta para que me encuentre en la misma situación que esos falsos suicidas, a los que además les llevó la ventaja de poder disfrutar de mi libertad sin pizca de remordimiento. Ha sido un regalo que me han hecho...

Así que pongamos hijo único. Natural de... Lo más prudente sería no concretar lugar alguno de nacimiento. Pero ¿cómo arreglárselas entonces? No hay quien haya nacido en las nubes, teniendo por comadrona a la Luna, a pesar de haber yo leído en la Biblioteca Boccamazza que los antiguos, amén de otras funciones, atribuíanle también las de partera a la Luna, por lo que las mujeres preñadas la invocaban con el nombre de Lucina.

En las nubes, no; pero a bordo de un barco... Sí; a bordo de un barco se puede venir al mundo. Nada, ya está. En un barco nací yo. Mis padres habían emprendido un viaje... Para que yo naciera a bordo de un barco. Pero dejémonos de cuchufletas...; pensemos algo en serio. Una razón plausible para justificar el que una señora encinta y próxima a dar a luz emprendiese un viaje... ¿Que mis padres habían decidido emigrar a América? ¿Por qué no? ¿No emigran

tantos?... Hasta el pobrecillo de Matías Pascal quería tomar el tole para América... Y entonces estas 82.000 liras ¿diremos que se las había ganado allá mi padre?... ¡Pero no! ... Con 82.000 liras hubiera esperado, antes de embarcarse, a que su mujer diera a luz con toda comodidad en tierra firme. Y, además, que un inmigrante no logra reunir tan fácilmente en América 82.000 liras. Mi padre... —y a propósito: ¿cómo se llamaba mi padre? Pues Pablo. Eso es: Pablo Meis—. Mi padre, Pablo Meis, habíase engañado como tantos otros. Tres, cuatro años anduvo bregando el pobre con la perra vida, hasta que, ya en el colmo de la miseria, escribióle desde Buenos Aires una carta a mi abuelo...

Sí, al abuelo; yo tenía que haberlo conocido también; debía de ser un viejecito por el estilo de aquel que acababa de apearse del tren y que tan enterado parecía en materia de Iconografía cristiana.

¡Caprichos misteriosos de la fantasía! ¿Por qué inexplicable necesidad y de dónde tomaba yo pie para imaginarme en aquel instante a mi padre, a aquel pobre Pablo Meis, como una bala perdida? Pero, sí, ya caigo. ¡Era que le había dado tantos disgustos al abuelito! Habíase casado contra su voluntad y marchádose a América. Seguramente sería también de opinión que Cristo había sido muy feo. Y muy feo en verdad y muy ceñudo habíalo visto allá en América cuando, teniendo a la mujer en vísperas de parto, apenas hubo recibido el socorro que el abuelo le mandaba, embarcóse para Europa.

Pero ¿por qué diantre había tenido que nacer yo durante la travesía? ¿No hubiera sido mejor darme por nacido en América, en la Argentina, pocos meses antes de haberse vuelto a la patria mis padres? ¡Sí! Eso es, precisamente; al abuelito habíale enternecido la inocencia del nietecillo, y por mí, únicamente por mí, había accedido a perdonar al hijo descastado.

De suerte que yo había cruzado el charco, muy pequeñito todavía, y quizá en tercera clase, habiendo pescado durante la travesía una bronquitis, de la que por milagro escapé con vida. ¡Eso es! ¡Como que siempre me lo estaba recordando el abuelito! Sin embargo, yo no debía quejarme, cual suele hacer la gente, de no haberme muerto, cuando sólo tenía unos meses. No; porque, en resumidas cuentas, ¿qué dolores había tenido yo que sufrir en esta vida? Tan solamente uno, a decir verdad: el de la muerte de mi pobre abuelito, con el cual habíame criado. Porque mi padre, Pablo Meis, hombre aturdido e incapaz de aguantar un yugo, había vuelto a marcharse a América a los pocos meses, dejándonos a mi madre y a mí con el abuelito; y allá, en América, habíase llevado al otro barrio la fiebre amarilla. A los tres años habíame quedado yo huérfano también de madre, por lo cual apenas si recordaba a los autores de mis días, no conservando de ellos más que esta ligera idea. Y no paraba ahí la cosa, sino que ni siquiera sabía a punto fijo el lugar donde se meció mi cuna. ¡Había sido en la Argentina, sí! Pero ¿dónde? El abuelito tampoco lo sabía, o por no habérselo dicho nunca mi padre, o por habersele ido de la memoria; y yo no podía recordarlo.

Resumiendo:

- A) Hijo único de Pablo Meis.
- B) Nacido en América, en la Argentina, sin más indicación.
- C) Llegado a Italia de unos meses (bronquitis).
- D) Sin recuerdo ni casi noticia de los padres.
- E) Criado con el abuelo.

¿Dónde? Pues de acá para allá. Primero, en Niza. Recuerdos confusos: Piazza Massena, La Promenade, Avenue de la Gare... Luego en Turín.

A este último punto iba ahora, revolviendo en la mente muchos proyectos; proponíame buscar una calle y una casa determinadas, donde el abuelo habíame tenido hasta edad de diez

años, encomendado a una familia que ya me encargaría yo de inventarla allí, sobre el terreno, para que así tuviese más color local, como se dice ahora; y me proponía también vivir, o mejor dicho, seguir allí con la fantasía, en su tinta, la vida de Adrianito Meis cuando era pequeñín.

Estas pesquisas, esta construcción fantástica de una vida no vivida realmente, sino recogida poco a poco sobre el terreno y de boca ajena, y sentida como propia, procuróme una alegría extraña y nueva, no exenta de cierta tristeza, en mis primeros tiempos de vagabundeo. Sólo que hice de ella una ocupación. Vivía, no sólo en el presente, sino también en el pasado, por aquellos años que Adriano Meis no había vivido.

De todo aquello que a lo primero urdiera no se me quedó nada, o sólo muy poca cosa. No se inventa nada, en verdad, que no tenga alguna raíz, más o menos profunda, en la realidad; y hasta las cosas más peregrinas pueden ser verdaderas; mejor dicho, no hay fantasía capaz de concebir ciertos desatinos, ciertas inverosímiles aventuras que brotan del seno tumultuoso de la vida misma; pero, sin embargo, ¡cuán distinta no resulta la realidad viva y palpitante de todas esas invenciones que de ella podemos sacar! ¡De cuántas cosas sustanciales, sumamente nimias e inimaginables, no necesita nuestra ficción para convertirse nuevamente en aquella misma realidad de donde la sacamos! ¡De cuántos hilos que vuelvan a unirla con la enmarañadísima madeja de la vida, y que nosotros habíamos cortado con el fin de darle independencia!

Ahora bien: ¿qué era yo, sino un hombre inventado? Una ficción ambulante que quería y, además, necesitaba por fuerza que tener una vida propia, aunque basada en la realidad.

Asistiendo al espectáculo de la vida arena y observándola al pormenor, percibía sus infinitos eslabones, y al mismo tiempo veía muchos de mis hilos destrozados. ¿Podría yo volver a anudar con la realidad estos cabos sueltos? ¡Quién sabe adónde me arrastrarían! Pudiera ser que de pronto se volvieran riendas de desbocados corceles que dieran en el fondo de un precipicio con el mísero carro de mi forzada ficción. No. Lo que yo debía hacer era anudar estos cabos sueltos solamente con la imaginación.

Y por calles y jardines íbame a la zaga de los chiquillos de cinco a diez años, y estudiaba sus ademanes y sus juegos, y retenía en la memoria sus expresiones, a fin de poder construir poco a poco la imaginada infancia de Adriano Meis. Y lo logré tan bien, que, por último, esa niñez fantástica cobró en mi mente consistencia como de cosa real.

No quise imaginarme otra madre. Hubiérame parecido que profanaba la memoria viva y dolorosa de mi madre verdadera. Pero mi abuelo, sí; al abuelito de mis primeras fantasías sí me empeñé en crearlo de pies a cabeza.

¡Oh, y de cuántos abuelitos verdaderos, de cuántos viejecillos a los cuales fui siguiendo y estudiando por las calles de Turín, Milán, Venecia y Florencia, vino a componerse aquel abuelito mío! Cogíale a uno la tabaquera; a otro el bastoncillo; a estotro los lentes y la sotabarba; a un cuarto el modo de andar y de sonarse las narices, y a un quinto el de hablar y reír; y con todo ello hice como resultante un viejecito muy pulido, un tanto gruñón, amante de las artes; un abuelito sin prejuicios, que no quiso que yo siguiera un curso regular de estudios, prefiriendo enseñarme *él* de palabra, y llevarme consigo, de acá para allá, por museos y bibliotecas.

Con él a mi lado, como una sombra, visité Milán, Padua, Venecia, Rávena, Florencia, Perusa, y aquel abuelito fantástico acompañábame siempre, hablándome a veces por boca de un *cicerone* viejo.

Pero yo quería vivir también por mi cuenta en el presente. De cuando en cuando asaltábame la idea de aquella libertad mía, ilimitada, única, y experimentaba una inesperada alegría, tan violenta, que me causaba algo así como un vértigo; sentíala entrárseme por el pecho con un

suspiro larguísimo y amplio que me levantaba el alma toda. ¡Solo! ¡Solo! ¡Solo! ¡Dueño absoluto de mis actos! ¡Sin tener que darle cuentas a nadie! ¡A nadie! Podía ir a donde quisiera. ¿A Venecia? ¡Pues a Venecia! ¿A Florencia? ¡Pues a Florencia! Y a todas partes me seguía esa felicidad. ¡Ah! Recuerdo cierta tarde, en Turín, a los primeros meses de mi nueva vida, a orillas del Lungo Po, junto al puente que con un dique contiene el envite de las aguas que fragorosas bullen. Era el aire de maravillosa transparencia; las cosas todas, en sombra, parecían esmaltadas por efecto de aquella limpidez, y yo, contemplando aquel espectáculo, sentíme tan dichoso, tan embriagado de libertad, que hasta temí volverme loco, no poder resistir por más tiempo.

Había ya consumado de pies a cabeza mi transformación exterior; todo afeitado, con unos lentes de color azul claro y el pelo largo, artísticamente revuelto, ¡parecía enteramente otro! Deteníame a veces a hablarme a mí mismo delante de un espejo y no podía contener la risa.

“¡Adriano Meís! ¡Para ti es la vida! ¡Qué lástima que tengas que ir hecho un adefesio! ... Pero, después de todo, ¿qué más te da? Ruede la bola. Si no fuera por este ojo que conservas *de aquel otro*, de aquel bestia, no resultarías tan feo, después de todo, pese a lo estrafalario de tu figura. Cierto que mueves a risa a las señoras. Pero de ello no tienes tú, en el fondo, la culpa. Si aquel otro tío no hubiera gastado el pelo corto no te verías obligado ahora a llevar tu melena; y también me consta que no vas así de afeitado como un cura por tu gusto. ¡Paciencia! Cuando las bellas rían... ríete tú también; es lo mejor que hacer puedes.»

Vivía, por lo demás, conmigo y de mi sustancia. Apenas si cruzaba la palabra con los fondistas, camareros y vecinos de mesa, y jamás entablaba con ellos conversación seguida. Es más: de la cortedad que experimentaba hube de inferir que no era yo dado a la mentira. Esto aparte de que tampoco los demás mostraban mucha gana de pegar conmigo la hebra, acaso porque, al ver mi rara estampa, tomábanme por extranjero. Recuerdo que estando en Venecia tropecé con un anciano gondolero que se empeñó en que yo era alemán o austríaco, sin que hubiera forma de sacarlo de su error. Yo había nacido en la Argentina, sí, señor; pero de padres italianos. Mi verdadera «rareza», digámoslo así, era muy otra, y sólo yo la sabía: que yo no era ya yo; en ningún registro civil constaba mi persona, excepto en el de Miragno, sólo que como muerto y con otro nombre.

No me pesaba de ello; aunque, la verdad, eso de que me tomaran por austríaco no me hacía ni pizca de gracia. Nunca tuve ocasión de pararme a pensar en el sentido de la palabra *patria*. ¡En aquel tiempo tenía yo otros quebraderos de cabeza! Pero ahora, que tenía ocio y vagar, iba dando en la flor de ponerme a meditar sobre una porción de cosas que nunca hubiera pensado que pudieran interesarme lo más mínimo. A decir verdad, paraba mientes en ellas sin querer, y las más de las veces concluía por encogerme de hombros, contrariado. Pero en algo tenía que ocupar el pensamiento cuando me cansaba de dar vueltas y ver cosas. Para sustraerme a las reflexiones molestas e inútiles solía ponerme a emborronar pliegos enteros de papel con mi nueva firma, ensayándome a escribir con otra letra, para lo cual cogía la pluma de modo distinto a como antes lo hiciera. Sólo que luego rasgaba de pronto el papel y tiraba la pluma. ¡Pero si yo podía pasar incluso por analfabeto! ¿A quién tenía yo que escribirle? Ni recibía ni podía recibir en la vida ya cartas de nadie.

Este pensamiento, que no era el único tampoco, hacía que volviese la vista al pasado. Volvía a contemplar con la imaginación mi casa, la Biblioteca, las calles de Miragno y la playa, y preguntábame:

«¿Seguirá todavía de luto Romilda? Puede que sí, por no dar que hablar a la gente. ¿Qué hará?» Y me la figuraba como tantas veces la viera en casa; y también me imaginaba a mi suegra, que seguramente hablaría pestes de mí.

«Ninguna de las dos —pensaba— habrá ido ni siquiera una vez a hacer una visita en el cementerio a ese pobre hombre, con la muerte tan cruel que tuvo. ¡Quién sabe dónde me habrán enterrado! Quizá tía Escolástica no habrá querido gastar en mi entierro lo que gastó en el de mi madre; y mucho menos Roberto, el cual habrá dicho: «¿Quién le mandó matarse? Después de todo, de bibliotecario como estaba podía vivir con sus dos liras diarias de sueldo.» De forma que lo más probable es que me hayan echado a la fosa común lo mismo que a un perro... ¡Pero, en fin, no pensemos más en ello! Sólo lo siento por ese pobre hombre que quizá tuviera parientes más humanos que los míos y que lo hubieran tratado mejor... Aunque, después de todo, ¿qué le importa a él ya tampoco? Ese ya no piensa en nada.»

Continué viajando algún tiempo. Pasé las fronteras de Italia; visité las hermosas comarcas del Rin hasta Colonia, siguiendo el curso del río a bordo de un barco; detúveme en las poblaciones principales: Mannheim, Worms, Maguncia, Bingen, Coblenza... De buena gana hubiera ido más allá de Colonia, internándome por Alemania y alargándome quizá hasta Noruega, sino que luego pensé que debía poner freno a mi libertad. Con el dinero que encima llevaba tenía que mantenerme por toda la vida, y no era gran cosa. Aun podía vivir unos treinta años; y en la situación en que me encontraba, al margen de toda ley, sin documento alguno que probase no ya otra cosa sino mi existencia real, hallame incapacitado para buscar ningún empleo; de suerte que, si no quería acabar mal, tenía que reducirme a una vida modesta. Echadas las cuentas, vi que no debía gastar más de doscientas liras al mes; cierto que era una mezquindad; pero ¿no había vivido ya dos años con menos y teniendo familia?

En el fondo empecé ya a estar un poco cansado de aquel vagabundeo, siempre solo y sin hablar con nadie. Instintivamente, comenzaba a echar de menos algo de compañía. Lo noté un día de noviembre en Milán, recién llegado de mi excursión por Alemania.

Hacía frío y amenazaba lluvia al caer la tarde. Al pie de un farol hube de ver a un viejo que vendía cerillas y que con la caja que llevaba colgada del cuello no podía arrebujarse bien en una raída capa que le cubría los hombros. De los puños, apretados junto a la barba, colgábase hasta los pies una cuerdecilla. Inclinéme a mirarlo mejor, y descubrí que entre las maltrechas botas tenía un perrito muy chiquito y como recién nacido, que tiritaba de frío y gimoteaba, acurrucado entre los pies del hombre. ¡Pobre animalito! Preguntéle al viejo si me lo vendía. Contestóme que sí y que me lo daría por muy poco, con todo y valer mucho, porque cuando fuera mayor sería una gran cosa: un perrazo de tomo y lomo.

—Veinticinco liras...

El pobre perrillo siguió tiritando, sin dar muestras de engreírse con aquellos elogios; sabía de seguro que su dueño, al pedirme por él ese precio, no rendía tributo a sus futuros méritos, sino a la sandez que había creído leerme en la cara.

Yo, entre tanto, había tenido tiempo de reflexionar en que comprando aquel perro me haría, sí, de un amigo discreto y fiel, que para quererme y estimarme no había de preguntarme nunca quién yo fuese de verdad, ni de dónde venía, ni si tenía los papeles en regla. Pero al mismo tiempo de cargar con él había que pagar contribución por tenerlo; ¡yo que no pagaba ninguna! Tal reflexión aguóme la fiesta. Parecióme que iba a comprometer por vez primera mi libertad y que ya la estaba ofendiendo ligeramente.

—¿Veinticinco liras? ¡Adiós! —díjele al cerillero viejo.

Caléme el sombrero hasta los ojos, y bajo la fina llovizna que ya caía del cielo alejéme de allí, aunque considerando por vez primera que sí, que era hermosa, sin duda, aquella mi libertad ¡limitada, pero también un poco tirana, ya que no me consentía ni siquiera comprarme un insignificante perrillo.

9.

Un poco de niebla

El primer invierno, aunque riguroso y lluvioso, habíaseme ido sin sentir, distraído como estaba con las impresiones de mis viajes y la embriaguez de mi flamante libertad. Pero este segundo invierno cogíame ya algo cansado, según dije, de tanto vagabundeo y decidido a poner coto a tanta libertad. Y notaba que... sí, hacía un poco de niebla; y hacía también frío; y advertía yo que, por más que mi espíritu se resistiese a darse por enterado del color del tiempo, no dejaba de sentirlo.

—¡Estaría bueno —decía yo sermoneándome—, que no hubiera de hacer ya nunca niebla, para que tú pudieses gozar a tus anchas de tu libertad!

Ya me había paseado bastante, en aquel correr de acá para allá; Adriano Meis había disfrutado en aquel año su despreocupada juventud; ahora era menester que se volviese hombre y se recogiese en sí mismo, creándose costumbres apacibles y modestas. Lo cual habría de serle sumamente fácil, estando, como estaba, libre por completo y sin obligación alguna.

Tal creía yo; y desparramé el pensamiento, calculando en qué población me convendría fijar mi residencia, ya que no podía seguir por más tiempo cual pájaro sin nido, si era que quería llevar vida ordenada. Pero ¿en dónde? ¿En una población grande o en una pequeña? No acababa de decidirme.

Cerraba los ojos y volaba con el pensamiento a aquellas poblaciones que ya había visitado, trasladándome de una a otra y deteniéndome en cada una el tiempo necesario para ver con toda claridad tal plaza, tal paraje, que se me habían quedado grabados en la memoria. Y decía para mis adentros: “¡Sí! ¡Ahí estuve! ¡Cuánta vida se me escapa ahora, mientras acá y allá sigue agitándose en abigarrada variedad!” Y, sin embargo, en cuántos sitios no dije: «¡Aquí quisiera plantar mis reales! ¡Cómo me gustaría vivir aquí!” Y envidiaba a los vecinos, que, tranquilamente, con sus costumbres y sus cotidianas ocupaciones, podían vivir allí sin pasar por ese estado de angustiosa interinidad que tiene suspenso el ánimo del que viaja. Este sentimiento de angustiosa interinidad seguía atosigándome, y hacía que les tomase aborrecimiento a la cama en que dormía y a los objetos que me rodeaban.

Solemos transformar los objetos según las imágenes que, nos evocan y agrupan, por así decirlo, en torno suyo. Ciertamente un objeto puede agradarnos también por sí mismo y por la diversidad de placenteras sensaciones que suscita en una percepción armoniosa; pero lo más frecuente es que el deleite que un objeto nos proporciona no radique en el objeto mismo. La fantasía lo hermosea, ciñéndolo y como nimbándolo de imágenes gratas. Ni tampoco le vemos como él es en sí, sino de ese modo, cual animado por las imágenes que nos evoca y que en él vinculan nuestras costumbres. Lo que, en suma, nos agrada en el objeto es lo que en él ponemos de nosotros mismos: el acuerdo, la armonía que establecemos entre él y nosotros, el alma que adquiere para nosotros sólo y que se compone de nuestros recuerdos.

¿Y cómo podía sucederme a mí nada de esto en el cuarto de una fonda? Pero ¿podía yo tener ya una casa enteramente mía? ¡Tenía tan poco dinero! ... Pero ¿y una casita modesta, de pocas habitaciones? Poco a poco; hacía falta ver y considerar primero con toda calma muchas cosas. Era verdad que solo, con la maleta en la mano, podía yo ser libre, ubérrimo, rodando de un lado para otro, hoy aquí, mañana allá. Si me detenía en algún sitio, si me hacía propietario de una casa, ¡vendrían en seguida los consiguientes registros y contribuciones! ¿Y tendría que

inscribirme en el Registro de la Propiedad? ¡Naturalmente! Pero ¿cómo? ¿Con un nombre falso? ¡Sí! Pero entonces, ¿quién me aseguraba que no fuera a ser objeto de investigaciones secretas por parte de la Policía?... En una palabra: ¡enredos y líos! ... ¡Nada, que no podía ser! ¡Que no iba a poder tener en adelante ni una casa, ni unos muebles propios! Bueno; pues me metería en una casa de huéspedes, en una habitación amueblada. ¿Iba a apurarme por tan poco?

El invierno, el condenado invierno era el que me inspiraba tan melancólicas reflexiones; de todo tenía la culpa la cercana Navidad, que infunde la nostalgia de un rinconcito grato, el recogimiento e intimidad de la casa.

Cierto que no tenía por qué echar de menos la de mi hogar. La otra, más antigua, la de mi casa paterna, única que yo pudiera recordar con nostalgia, hacía ya mucho tiempo que no existía, sin que hubiera venido a ponerle término mi nuevo estado civil. De suerte que debía conformarme pensando que no tendría nada de grata para mí la Nochebuena si hubiera de pasarla en Miragno, con mi mujer y mi suegra. (El vello se me erizaba.)

Por alegrarme el humor o distraerme, me imaginaba mi llegada a la puerta de mi casa con una hogaza de pan bajo el brazo.

—¿Dan ustedes su permiso? ¿Siguen viviendo aquí la señora doña Romilda Pescatore, viuda de Pascal, y la señora doña Mariana Dondi, viuda de Pescatore?

—Sí, señor. Pero ¿quién es usted?

—Yo soy el difunto esposo de la señora de Pascal, aquel pobre hombre que murió, ahora hará un año, ahogado en el molino. Y vengo del otro mundo a pasar la Nochebuena con mi familia, con la venia de mis superiores. Ahora, que me tengo que volver allá en seguida.

¿Se caería redonda al suelo mi suegra al verme aparecer tan de improviso? ¡Ca! Lo que haría sería obligarme a morir otra vez antes de dos días.

Mi suerte —y de ello era de lo que debía convencerme— consistía precisamente en haberme librado de mi mujer y de mi suegra, de los tramposas y humillantes aflicciones de mi primera vida. Ahora era absolutamente libre. ¿Y no tenía bastante con eso? Ya lo creo. Todavía tenía por delante toda una vida. Y además.... ¡quién sabe cuántos habría en el mundo tan solos como yo!

«Sí; pero esos tales —pensaba yo, inducido por el mal tiempo, por aquella condenada niebla—, o son forasteros, o tienen en otro sitio una casa a la que poder volver el día que se les antoje; o en el caso de que se encuentren sin casa, como yo, pueden tenerla mañana, y contentarse, por lo pronto, con la hospitalidad de un amigo. Mientras que tú, permíteme que te lo diga, serás siempre y doquiera un extranjero; esa es toda la diferencia. Adriano Meis es un extranjero en la vida.»

Me encogía de hombros, molesto, y exclamaba: «¡Bueno! Pues de ese modo estoy más suelto. ¿Qué no tengo amigos? Nadie me impide echármelos ...»

Ya en el restaurante que frecuentaba por aquellos días habíase mostrado con ganas de trabar amistad conmigo mi vecino de mesa. Tendría el tal unos cuarenta años; un tanto calvo, moreno, con lentes de oro, que no se le sujetaban bien en la nariz, quizá por el peso de la cadencia, que era también de oro. ¡Si vierais qué cariñoso! Cuando se levantaba de la mesa y se ponía el sombrero parecía otro: lo que se dice un niño. Lo que tenía defectuoso eran las piernas, tan pequeñas que, sentado, no le llegaban al suelo, pudiendo decirse que no se levantaba de la silla, sino que se apeaba de ella. El hombre procuraba remediar ese defecto usando tacones altos. ¿Qué había de malo en ello? Ciertamente que armaban mucho ruido los dichosos tacones; pero, en cambio, ¡resultaban tan graciosamente imperiosos sus saltitos de perdiz!

Era, esto aparte, de muy buena pasta y muy listo —quizá un poquitín voluble y terco—, pero con puntos de vista muy suyos y originales, y poseía también el título de *Caballero*.

Me había dado su tarjeta, en la cual se leía:

CABALLERO –TITO LENZI

Y a propósito de esta tarjetita: en un tris estuvo que no me forjase yo un motivo de infelicidad del mal papel que creía haber hecho no dándole la mía en cambio. No me había mandado hacer todavía tarjetas, pues experimentaba cierta cortedad para hacérmelas con mi nuevo nombre. ¡Bobadas! ¡Como si no se pudiera vivir sin hacerse tarjetas! Cuando puede uno decir de viva voz su gracia y salir del paso.

Eso fue lo que yo hice; pero decir la verdad, mi verdadero nombre... ¡nunca!

¡Qué hermosos razonamientos sabía expresar el caballero Tito Lenzi! Sabía hasta latín, y citaba a Cicerón como quien no dice nada.

—¡La conciencia! Pero si la conciencia no sirve para maldita la cosa, amigo mío. La conciencia como guía no puede ser bastante. Lo sería quizá si fuere castillo en lugar de ser plaza, por decirlo así; esto es, si pudiésemos llegar a concebirnos aisladamente y no estuviera ella, como lo está, abierta al prójimo. Según yo, en la conciencia existe una relación esencial...; sí, señor, esencial, entre mí que pienso y los demás seres que yo pienso. De donde resulta que no hay ningún absoluto que se baste a sí mismo. ¿Me explico bien? Cuando los sentimientos, las inclinaciones, los gustos de aquellos otros seres que yo pienso no se reflejan en mí o en ella, no podemos sentirnos ufanos, ni tranquilos, ni alegres; tan cierto es que todos nosotros luchamos para que nuestros sentimientos, nuestras ideas, nuestras inclinaciones y nuestros gustos se reflejen en la conciencia de los demás. Y si no sucede tal cosa, porque.... digámoslo así, el ambiente del momento no se presta a transportar y hacer florecer, amigo mío, los gérmenes.... los gérmenes de su idea de usted en la mente del prójimo, usted no puede decir que le basta con su conciencia. ¿Para qué le basta? ¿Para vivir usted solo? ¿Para consumirse en la sombra? ¡Ca!, amigo mío, ¡ca! Oígame: yo odio la Retórica, esa tía vieja, embustera y fanfarrona, lechuza con antiparras. Seguramente ha sido ella la autora de esta hermosa frasecita tan echada hacia adelante: «*Con mi conciencia me basta*». ¡Sí! Ya Cicerón dijo: «*Mea mihi consciencia pluris est quam hominum sermo*.» Pero Cicerón, digámoslo francamente, está muy bien en punto a elocuencia; mas... ¡Dios nos libre, amigo mío! Resulta tan pesado como un estudiante de violín.

Me lo hubiera comido a besos. Sólo que mi simpático hombrecito no quiso seguir adelante en sus ingeniosos y conceptuosos razonamientos de que acabo de daros una muestra. Empezó a tratarme con confianza, y yo, que creía fácil y bien encauzada nuestra amistad, hube de sentir al punto cierto empacho, algo así como una fuerza que me obligada a desviarme de su vera, a retraerme. En tanto, limitóse a hablar él solo, y giró la conversación sobre temas vagos, todo salió a pedir de boca; pero ahora el caballero Tito se empeñaba en tirarme de la lengua a mí.

—Usted no es milanés, ¿verdad?

—No...

—¿Se encuentra aquí de paso?...

—Sí...

—¿Verdad que Milán es muy hermoso?

—Sí, muy hermoso...

Parecía yo un loro amaestrado. Y según iba él estrechándose con sus preguntas, tanto más me alejaba yo con mis respuestas. No tardé en encontrarme en América. Pero en cuanto el

hombrecito me oyó decir que era argentino, levantóse de un brinco de la silla y vino a apretarme calurosamente la mano.

—¡Lo felicito a usted, amigo mío! ¡Envidia le tengo! ¡Oh, América! ... Yo he estado allá.

¿Qué había estado allá? ¡Pues echa a correr, Adrianito!

—En ese caso —apresuráme a decirle—, más bien debo yo felicitarle a usted, que ha estado allá, porque lo que es yo puedo decir que no he estado con todo y ser de allí, ya que me trajeron a Europa de pocos meses; de suerte, que puede decirse que mis pies no han hollado tierra americana.

—¡Qué lástima! —exclamó, apiadado, el caballero Tito Lenzi—. Pero tendrá usted familia allá.

—No, ninguna...

—¡Ah! ¿Se ha venido usted a Europa con toda su familia para afincarse aquí? ¿Dónde vive usted?

Yo me encogí de hombros.

—¡Ay! —suspiré—. ¡No tengo casa ni hogar! ... Ruedo por el mundo...

—¡Oh, y qué gusto! ¡Dichoso usted! ... ¿Conque rueda?... ¿Y no tiene ningún pariente, de verdad ninguno?

—Ninguno...

—¡Oh, y qué gusto! ¡Dichoso usted! ¡Cómo lo envidio!

—¿Entonces, usted tendrá familia? —preguntéle a mi vez, por apartar de mi persona el rumbo de la conversación.

—¡Ah, no! —suspiró él, frunciendo el ceño—. ¡Soy solo en el mundo!; ¡siempre he sido solo!

—¡Entonces como yo! ...

—Pero yo me aburro mortalmente, amigo mío —saltó el hombrecillo—. Para mí la soledad... Sí señor, ya estoy harto de soledad. Tengo muchos amigos; pero, créame usted, que no es nada agradable, cuando se llega a cierta edad, llegar a su casa y no encontrarse a nadie. ¡Ah! Hay quien comprende y quien no, amigo mío. Y el que comprende es el que sale peor librado, porque, al fin y a la postre, viene a encontrarse sin energía ni voluntad. Porque, efectivamente, el que comprende dice: «No debo hacer esto, ni esto otro, por no cometer esta o aquella bestialidad.» ¡Está muy bien! Pero llega un momento en que se entera de que la vida toda es una bestialidad, y entonces, ¿quiere usted decirme a qué conduce el no haber cometido ninguna? Pues a la conclusión de no haber vivido, amigo mío.

—Pero —díjeme yo, intentando consolarlo— usted, por fortuna, aun está a tiempo...

—¿De cometer bestialidades? ¡Oh! ¡He hecho ya tantas! ¡Si usted supiera! —respondió con una sonrisa y un gesto fatuos—. He viajado, he rodado como usted y... he tenido.... sí, señor.... he tenido mis trapisondas. Mire: por ejemplo, una noche en Viena...

Yo me quedé como quien ve visiones... ¡Aventuras amorosas él! Tres, cuatro, cinco nada menos en Austria, en Francia, en Italia..., ¡hasta en Rusia! ¡Y qué aventuras! A cual más atrevida... Como botón de muestra expondré aquí un fragmento de diálogo entre el caballero Tito Lenzi y una señora casada:

EL.—¡Ah, ya lo creo, si se piensa en ello, ya lo sé, señora mía! ... Engañar al marido. ¡Dios nos libre! La felicidad, la honestidad, la dignidad... Tres palabras gordas, tres palabras santas, con el acento en la a... ¡Sin contar el honor! Otra palabra gorda..., enorme... Pero en la práctica, crea

usted que es harina de otro costal, señora mía... ¡Una cosa sin importancia! Y si no, pregúnteselo a aquellas de sus amigas que ya tienen experiencia...

LA SEÑORA CASADA.—¡Sí, ya se lo pregunté, y todas ellas se llevaron un gran desengaño!

EL.—¡Naturalmente! ¡Claro está! Porque cohibidas con esas palabras gordas tardaron nada menos que un año o seis meses, demasiado tiempo en decidirse. Y el desengaño se debe precisamente a la desproporción entre la entidad del acto y las excesivas cavilaciones a que les dio lugar, ¡Hay que decidirse enseguida, señora mía! Yo, en cuanto lo pienso lo hago. ¡Es tan sencillo!

Bastaba mirarlo; bastaba contemplar con un poco de atención su ridícula y menguada facha para comprender al punto que mentía, sin necesidad de más pruebas.

Al asombro sucedió en mí un profundo sentimiento de sonrojo por él, que no se percataba del lamentable efecto que habían de producir, naturalmente, aquellas fanfarronadas suyas, y también por mí, que le veía mentir con tanta frescura y gusto cuando ninguna necesidad tenía de hacerlo; mientras que yo, que no tenía más remedio que mentir, pasaba infinitos apuros para decidirme a soltar un embuste.

Sonrojo e indignación. Ganas me entraban de cogerle de un brazo y decirle:

«Pero, dígame usted, hombre, ¿por qué miente?»

Pero aunque aquel sonrojo y aquella indignación fueran razonables y naturales en mí, sin más que reflexionar un momento caí en la cuenta de que hubiera sido, cuando menos, una sandez el hacerle esa pregunta. Pues, precisamente, la razón de que aquel tipejo se empeñara en hacerme tragar aquellas supuestas aventuras no era otra que la de no tener para qué mentir; mientras que a mí..., a mí me obligaba a ello la necesidad. Lo que para él, en suma, podía ser un solaz y hasta casi el ejercicio de un derecho, era, en cambio, para mí una obligación enojosa, una condena.

¿Y qué se deducía de estas reflexiones? Pues que yo, pobre de mí, condenado sin remedio a mentir por la situación en que me encontraba, no podría tener nunca en la vida un amigo, un amigo de verdad. Así que ni casa, ni amigos... Amistad quiere decir confianza. ¿Y cómo podía yo confiarle a nadie el secreto de mi vida sin nombre ni pasado, nacida como un hongo, del suicidio de Matías Pascal? Yo no podría tener más que relaciones superficiales, ni permitirme con mis semejantes más que un breve cambio de palabras indiferentes.

Pero, en fin, esos eran los inconvenientes de mi buena suerte. ¡Paciencia! ¿Iba a desalentarme por eso?

Viviré conmigo y de mí, como hice hasta ahora.

Pero ese era el quid; que, hablando francamente, temíame mucho no tener motivos para estar ufano ni satisfecho de mi compañía. Y luego, que al pasarme la mano por la cara y sentírmela sin pelo de barba y pasármela después por las melenas y por los lentes, experimentaba una peregrina impresión: la de no ser yo aquel sujeto al que palpaba.

Seamos justos. Yo me había disfrazado de aquella guisa para los demás, no para mí. ¿E iba a continuar aquella mascarada, incluso para conmigo mismo? Pero si todo aquello que yo había urdido e imaginado de Adriano Meis no había de servirme para los demás, ¿para quién iba a servirme? ¿Para mí? ¡Si yo sólo podría creérmelo a condición de que los demás se lo creyesen!

Mas si este Adriano Meis no era hombre con agallas para echar mentiras y andar desembarazadamente por el mundo, sino que se metía en su concha y se retiraba a su albergue, harto de verse solo, aquellos tristes días de invierno, por las calles de Milán, y allí se encerraba

en compañía del difunto Matías Pascal, entonces ya podía dar por seguro que mis asuntos terminarían mal, que la vida no iba a ser para mí una fiesta y que mi buena suerte, entonces...

Pero quizá la verdad fuese ésta: que con aquella mi ilimitada libertad se me hacía muy cuesta arriba empezar a vivir de ningún modo. Siempre que ya estaba a punto de adoptar una resolución cualquiera, sentíame como cohibido y me parecía ver un sinfín de impedimentos y sombras y obstáculos.

Y entonces me echaba de nuevo a la calle, a dar vueltas; lo observaba todo, parábame a mirar cualquier simpleza, me estaba pensando largo rato en la menor cosa. Cansado ya de andar, me metía en un café y me ponía a fisgar a la gente que entraba y salía; hasta que, por último, me salía yo también. Pero la vida, considerada de ese modo, mirada con los ojos de un espectador extraño, antojábaseme huera y sin objeto, y entre aquella barahúnda de gente sentíame como extraviado. Y a todo esto, me atronaba los oídos el fragor, el continuo trajín de la ciudad.

«¡Oh! ¿Por qué los hombres —preguntábame a mí mismo ansiosamente— ponen tanto empeño en complicar cada vez más su género de vida? ¿A qué santo todo este ruido de máquinas? ¿Y qué hará el hombre cuando las máquinas se encarguen de hacerlo ellas todo? ¿Caerá entonces en la cuenta de que el llamado progreso no tiene nada que ver con la felicidad? De todos esos inventos con que la ciencia cree honradamente enriquecer a la Humanidad — cuando lo que hace es arruinarla con lo caro que cuestan—, ¿qué alegría experimentamos nosotros en el fondo, aunque no les regateemos nuestra admiración?»

El día antes habíame tropezado yo en un tranvía con un pobre hombre de esos que no tienen más remedio que comunicarles a los demás cuanto les pasa por la imaginación.

—¡Qué invento tan magnífico! —díjome el tal—. Por diez céntimos, en unos cuantos minutos, le doy la vuelta a Milán.

Aquel pobre hombre sólo se fijaba en los diez céntimos que costaba el trayecto, y no paraba mientes en que moneda a moneda de diez céntimos se le iba como agua su mísero sueldo, resultándole insuficiente para hacer aquella vida fragoroso con tranvía eléctrico, luz eléctrica, etcétera, etcétera.

Y, sin embargo, pensaba yo: La ciencia se forja la ilusión de hacer más fácil y cómoda la vida; pero aun suponiendo que verdaderamente la haga más fácil con sus máquinas tan complicadas, pregunto yo: ¿Y qué servicio más flaco puede hacerle a quien está condenado a una tarea vana que hacérsela fácil y poco menos que mecánica? Volvíame a la fonda.

Allí, en un pasillo, colgada en el vano de la ventana, había una jaula con un canario. No pudiendo hablar con la gente y no sabiendo qué hacer, poníame a charlar con el canario; le hacía el eco con mi voz, y el pobre pajarillo se creía que le decían algo, y se paraba a escuchar, y acaso en aquellos píos míos percibiese aires de arboleda, de libertad... Se revolvía en la jaula, saltaba de una caña a otra, miraba de soslayo meneando la cabecita, y luego me respondía, me interrogaba y se quedaba escuchando. ¡Pobre pajarillo! ¡Cómo me entendía él, mientras que yo me quedaba en ayunas de lo que le hubiera dicho! ...

Aunque bien mirado, ¿no nos ocurre a los hombres algo semejante? ¿No nos creemos también nosotros que la Naturaleza nos habla? ¿Y no nos parece percibir un sentido en sus voces misteriosas, una respuesta, según nuestros deseos, a las anhelantes preguntas que le dirigimos? Y lo más probable es que la Naturaleza, en su grandeza infinita, no tenga ni la más remota idea de nosotros ni de nuestra vana ilusión.

¡Pero hay que ver a qué conclusiones puede conducirle una broma nacida del ocio a un hombre condenado a estar siempre a solas consigo!

Ganas me daban de liarme conmigo a palos. ¿Estaría yo de veras en vísperas de convertirme seriamente en filósofo?

No, no, ¡ea! No era lógica mi conducta. De suerte que no hubiera podido seguir observándola mucho tiempo. Era preciso que yo venciese toda cortedad y adoptase a toda costa una resolución.

En una palabra: yo tenía que vivir. ¡Vivir!

10.

La pila del agua bendita y el cenicero

A los pocos días estaba ya en Roma, con intenciones de plantar allí mis reales.

¿Por qué en Roma y no en otro sitio? La verdadera razón la veo ahora, después de todas las cosas que me han ocurrido; sólo que me la callo, por no echar a perder mi relato con reflexiones que en esta sazón serían inoportunas. Opté entonces por Roma, ante todo, porque me gustó más que ciudad alguna, y, además, por parecerme la más a propósito para alojar, entre tanto extranjero, otro extranjero como yo.

La búsqueda de la casa, es decir, de un cuartito decente, en una calle tranquila, con una familia discreta, me costó no pocos pasos. Hasta que, por último, la encontré en la calle Ripetta, con vistas al río. A decir verdad, la primera impresión que me hizo la familia que había de hospedarme fue muy poco grata; tanto, que, de vuelta a la fonda, permanecí largo rato perplejo, pensando si no me convendría irme de allí.

Encima de la puerta, en el cuarto piso, campeaban dos rótulos, en uno de los cuales se leía: PALEARI, y en el otro, PAPIANO. Por debajo de este último veíase una tarjeta de visita, sujeta con dos tachuelas, y en la cual se leía: SILVIA CAPORALE.

Salió a abrirme un viejecito de más de sesenta años —¿Paleari? ¿Papiano?—, en calzones blancos con los pies descalzos, metidos en unas zapatillas que eran una lástima; desnudo el sonrosado torso; calvo completamente, sin un pelo siquiera; con las manos llenas de jabón y un hervoroso turbante de espuma en la cabeza.

—¡Oh! ¡Usted dispense! —exclamó—. Creía que era mi hija... Disimule que haya salido así... ¡Adriana! ¡Tirencio! ¡Pronto, aquí, que hay un caballero! ... Aguarde un momento; haga el favor de aguardar... ¿Qué era lo que deseaba usted?

—¿No es aquí donde se alquila una habitación amueblada?

Sí, señor. Mire usted: aquí está ya mi hija. Entiéndase usted con ella. ¡Adriana, que vienen por la habitación!

Dejóse ver en aquel momento, toda confusa, una muchachita muy bajita, rubia, pálida, con ojos azules llenos de dulzura y tristeza, como la cara toda.

—¡Adriana, como yo! ¡Hay que ver! —díjeme para mí—. ¡Ni buscada de encargo!

—Pero ¿y Terencio, dónde anda? —preguntó el tío del turbante de espuma.

—¡Por Dios, papá! ¿No sabes que se fue ayer a Nápoles? ¡Retírate, hombre; métete dentro! ¡Si te vieses!... —respondióle la señorita, mortificada, con una vocecita muy tierna, que, aun enojada como parecía, dejaba traslucir su buena pasta.

Retiróse el viejo, repitiendo: “¡Ah, ya! ¡Ah, ya!”), chancleando y sin parar de enjabonarse la calva cabeza y también la barba canosa.

No pude menos de sonreírme, aunque benévolamente, por no mortificar a la hija. Esta entornó los ojos, como por no ver mi sonrisa.

Primero, parecióme una niña; luego, reparando en la expresión de su semblante, comprendí que era ya mujer, y que por eso llevaría aquel vestido largo, que, por no ceñírsela al cuerpo ni a sus formas, tan menuditas, la embastecía. Vestía alivio de luto.

Hablando muy bajito y esquivando mi mirada —¡Dios sabe qué impresión le haría yo a lo primero!—, condújome, por un corredor oscuro, a la habitación que se alquilaba. No bien abrió la puerta, sentí que se me ensanchaba el pecho ante el aire y la luz que entraban por dos grandes

ventanas que daban vista al río. Allá, en el fondo, veíase el Monte Mario, el Ponte Margherita y todo el barrio nuevo de Prati, hasta el castillo de Sant'Angelo; dominábase el antiguo puente de Ripetta y el nuevo que, al lado, estaban levantando; más allá, el puente Umberto y todo el viejo caserío de Tordinona, que seguía la amplia curva del río; al fondo, por esta otra parte, divisábanse las verdes alturas del Janículo, con la gran fuente de San Pedro en Montorio y la estatua ecuestre de Garibaldi.

En atención a aquel espacioso panorama, alquilé el cuarto, que estaba revestido, por cierto, con graciosa sencillez, de un papel claro, blanco y celeste.

—Esta azoteíta que ve usted —díjome la niña vestida de largo—, también es nuestra; por lo menos, ahora, pues, según dicen, piensan derribarla, porque hace saliente...

—¿Qué hace?

—Saliente. ¿No se dice así? Ahora, que va para largo, porque antes han de terminar el Lungotevere.

Al oírla hablar tan bajito, con tanta seriedad y vestida de aquella guisa, sonreí, y dije:

—¡Ah! ... ¿Sí?

Ella dióse por ofendida. Bajó los ojos y se mordió los labios. Pero yo entonces, por contenerla, adopté también un tono serio:

—Usted dispense, señorita. Pero no habrá niños en casa, ¿verdad?

Movió ella la cabeza, sin despegar los labios. Acaso en mis palabras viese ribetes de ironía, siendo así que no había tenido yo esa intención, pues dije *niños* y no *niñas*. Así que apresuréme a reparar de nuevo aquel agravio.

—Y dígame usted, señorita: supongo que no alquilarán más habitaciones, ¿verdad? —Esta es la mejor de la casa —respondióme, sin mirarme—. Ahora, si no le gusta... —No lo decía por eso... Se lo preguntaba por saber si...

—Alquilamos también otra —díjome mi tocaya, alzando los ojos con aire de postiza indiferencia—. La otra de fuera... que da a la calle. La tiene alquilada una señorita, que lleva ya con nosotros dos años; da lecciones de piano.... pero no en casa.

Esbozó, al decir esto, una ligerísima sonrisa, algo triste. Y añadió:

—En casa somos el abuelo y mi cuñado...

—¿Paleari?

—No; Paleari es el abuelo; mi cuñado se llama Terencio Papiano... Pero tendrá que irse de aquí con su hermano, que ahora vive también con nosotros. Mi hermanita se nos murió... hará seis meses.

Por desviar la conversación, preguntéle el importe del alquiler, no tardando en ponernos de acuerdo. Preguntéle después si quería que le dejase señal, y respondióme:

—Como usted guste. Aunque, si no, con dejar su tarjeta...

Llevéme la mano al pecho, sonriendo nerviosamente, y dije:

—El caso es que.... que..., que no me queda ni una tarjeta... Yo me llamo Adriano, eso es; lo mismo que usted, ¿no es verdad, señorita? Puede que no le haga a usted gracia...

—¡Que no! Y ¿por qué? —exclamó ella, reparando, sin duda, en mi extraña cortedad, y echándose a reír, ahora como una verdadera chiquilla.

Reíme yo también, y añadí:

—Bueno; pues si no lo lleva usted a mal, mi nombre es Adriano Meis. Y ahora, dígame usted: ¿podría dormir esta noche misma aquí, o será mejor que vuelva mañana?...

Mi tocaya respondióme:

—Como usted guste.

Pero yo salí de la casa convencido de que le hubiera hecho un gran favor no volviendo a aportar por allí. ¡Ahí era nada lo que le había hecho! ¡No guardarle la consideración debida a su falda larga!

Sin embargo, a los pocos días pude convencerme de que la pobre muchacha no tenía más remedio que llevar aquel vestido, del cual con mucho gusto acaso se hubiera deshecho. ¡Todo el peso de la casa gravitaba sobre sus hombros! ¡Ay, si no hubiera sido por ella!

El padre, Anselmo Paleari, aquel viejecillo que había salido a abrirme con un turbante de espuma en la cabeza, tenía también de espuma el cerebro. El mismo día de plantar yo mis reales en la casa, presentóseme, no tanto, según me dijo, con objeto de repetirme que le dispensase por el modo tan poco decente como se me había mostrado la primera vez, cuanto por el gusto de hablar conmigo, pues parecía enteramente un erudito o un artista.

—¿No estoy en lo cierto?

—No, señor; no lo está usted. Artista..., ni por asomo. Erudito..., así, así... Me gusta un poco la lectura; pero nada más.

—¡Como que tiene usted muy buenos libros! —exclamó él, pasando revista a los lomos de los, muy pocos por cierto, que ya había yo colocado encima de la mesa—. Un día de éstos le enseñaré los míos. Que también los tengo buenos, no vaya usted a creerse. ¡Vaya!

Y, encogiéndose de hombros, quedóse allí plantado, con la mirada perdida en el vacío, olvidado, indudablemente, de todo, incluso de dónde estaba y con quién. Repitió otras dos veces: “¡Vaya! ... ¡Vaya!” frunciendo hacia abajo la comisura de los labios, y, dando media vuelta, fuese, sin despedirse.

Aquel talante suyo hubo de causarme cierta maravilla; pero luego, cuando me enseñó un día sus libros, según me prometiera, explíqueme, no sólo aquellas distracciones suyas, sino también todo lo demás. Los tales libros ostentaban títulos de este jaez: *La mort et l'au delà*, *L'Home et ses corps*, *Les sept principes de l'homme*, *Karma*, *La clef de la Theosophie*, *A B C de la Theosophie*, *La doctrine secreta*, *Le plan astral*, etc., etc...

El señor don Anselmo Paleari era un adepto de la escuela teosófica.

Habíanlo jubilado, antes de tiempo, de jefe de negociado en no sé qué Ministerio, con lo que habíanlo arruinado, no sólo hiriéndole en sus intereses, sino también dejándole ocio y vagar para que se engolfase a placer en sus fantásticos estudios y nebulosas meditaciones, abstrayéndose cada vez más de la vida de la materia. La mitad, por lo menos, de su jubilación debía de irsele en comprar aquellos libros. Había reunido ya una bibliotequita. Pero, a la cuenta, no debía satisfacerle del todo la doctrina teosófica. Sin duda, roíale el espíritu la carcoma de la duda, pues junto a aquellos libros teosóficos tenía también una copiosa colección de ensayos y estudios filosóficos, antiguos y modernos, y libros de investigación científica. En aquellos últimos tiempos había se dedicado también a experimentos de espiritismo.

A la señorita Silvia Caporale, profesora de piano, su inquilina, habíale descubierto extraordinarias facultades de médium, no bien desarrolladas todavía, a decir verdad, pero que, sin duda, se desarrollarían con el tiempo y la práctica, hasta revelarse superiores a las de los médiums más famosos.

Yo, por mí, puedo certificar no haber visto nunca en una cara tan fea y vulgar, de máscara carnavalesca, un par de ojos más tristes que los de la señorita Silvia Caporale. Eran unos ojos negrísimos, intensos, ahuevados, y daban la impresión como si dentro tuviesen un contrapeso de

plomo, cual los de las muñecas automáticas. Tenía la señorita Silvia Caporale más de cuarenta años, y también un hermoso bigote, por debajo de la nariz, en forma de bola, siempre colorada.

Más tarde hube de saber que la pobre solterona estaba enberrenchinada por los amores, y empinaba el codo; no se le ocultaba que era fea y vieja ya, y se daba a la bebida de puro desesperada. Algunas noches volvía a casa en un estado verdaderamente deplorable: con el sombrerillo ladeado, la bola de la nariz encarnada como una remolacha y los ojos entornados y más tristes que nunca.

Tendíase en la cama, y al punto echaba fuera cuanto vino había bebido, convertida en un mar de llanto. La pobre de Adriana, como una mamaíta vestida de largo, iba a consolarla y se estaba con ella hasta muy entrada la noche; tenía una lástima que podía más que el asco; sabía que estaba la pobre sola en el mundo, y que era muy desgraciada, con aquel berrenchín dentro del cuerpo, que le hacía odiar la vida, que por dos veces intentara quitarse. Mi tocaya la exhortaba con hábiles palabras, hasta que la arrancaba la promesa de ser buena en adelante y no volver a las andadas; y, efectivamente, al día siguiente la veíamos llegar muy peripuesto y adornada y con ademanes y gestos de niña ingenua y caprichosa.

Las contadas liras que cogía alguna vez, en pago de enseñarle canciones a alguna artista incipiente de café—concierto, gastábaselas en vino o en perifollos; de suerte que no pagaba la habitación ni su comida en familia. Pero no era posible echarla. Porque ¿cómo se hubiera arreglado sin ella el señor don Anselmo Paleari para sus experimentos de espiritismo?

Aunque había, en el fondo, otra razón. La señorita de Caporale, dos años antes, a raíz de morírsele la madre, levantó la casa y se vino a vivir con los Paleari, entregándole unas seis mil liras, que sacara de la venta del moblaje, a Terencio Papiano, para que las empleara en un negocio que éste habíale propuesto, muy productivo y saneado; y las seis mil liras no se habían vuelto a ver. Cuando la propia señorita de Caporale, lloriqueando, me hizo esta confesión, yo disculpé en cierto modo al señor Paleari, que a lo primero pensaba yo que sólo por lo chiflado que estaba podía consentir en tener en su casa a una mujer de tal calaña conviviendo con su hija.

Cierto que la cosa no era de temer por Adrianita, que daba señales de ser, instintivamente, muy buena, y hasta demasiado juiciosa y sensata, pues era la primera en dolerse y sentirse ofendida de que el padre se entregase a aquellas prácticas misteriosas de invocar a los espíritus por mediación de la señorita de Caporale.

Tenía Adrianita un fondo religioso. Lo noté desde el primer día, con sólo fijarme en una pila de agua bendita, de cristal azul, que había colgada de la pared, encima de la mesilla de noche, al lado de mi cama. Yo me acosté con el cigarrillo todavía encendido en la boca, y me puse a leer uno de aquellos libracos del abuelo; y, distraído, hube de tirar la colilla en la pila del agua bendita. Al otro día ya había volado de allí la pila, y en su lugar habíanme puesto, encima de la mesilla de noche, un cenicero. Preguntéle a Adriana si era ella quien había descolgado y llevádose la pila del agua bendita; y la joven, con algo de rubor, repúsome:

—Sí, señor. Usted dispense; pero creí que lo que le hacía más falta a usted era un cenicero. —Pero ¿tenía agua bendita?

—¡Claro! ¡Como que tenemos enfrente la iglesia de San Roque! ...

Y se fue. ¿Me tendría quizá por beato aquella minúscula mamaíta, cuando había ido a la fuente de San Roque por agua bendita para ella y para mí? Para ella y para mí seguramente; porque su padre no debería de usarla. Y cuanto a la señorita de Caporale, a ésa, si algo había que echarle en la pila del agua bendita, no era agua, ¡sino vino!

La menor cosa —pendiente de un cabello como me sentía yo de algún tiempo a aquella parte inducíame a largas reflexiones. Aquel pormenor de la pila del agua bendita hizome recordar que desde que era un niño no había vuelto a observar las prácticas religiosas ni puesto nunca los pies en una iglesia, luego que se nos acabó el pobre de Pinzone, que algunas veces nos llevaba a misa a Berto y a mí por encargo de nuestra madre. Jamás había sentido la necesidad de preguntarme a mí mismo si verdaderamente creía en algo. Y Matías Pascal había muerto de mala manera, sin Sacramentos.

De pronto hube de verme en una situación bastante peregrina. Para cuantos conocíanme, yo me había quitado de encima, bien o mal, el pensamiento más enojoso y aflictivo que torturarnos puede: el de la muerte: ¡Quién sabe cuántos en mi pueblo no dirían!: “¡Dichoso él, que, después de todo, ya resolvió su problema!” —cuando, en realidad, no había resuelto nada.

Encontrábame ahora con los libros de Anselmo Paleari en las manos, y estos libros me decían que los muertos, los de verdad, se hallaban en mi misma situación, en las «envolturas» del *Kamaloka*, sobre todo los suicidas, a los que el señor Leadbeater, autor del *Plan Astral* —primer grado del mundo invisible, según la Teosofía—, nos pinta como acuciados de toda suerte de apetitos humanos, que no pueden satisfacer, faltos, como se hallan, del cuerpo físico, que creen conservar todavía.

“¡Es notable! —pensaba yo—. ¡Como que pudiera ser que fuera verdad que me había ahogado en el molino de *La Cabaña* y me esté haciendo la ilusión de seguir todavía en el mundo!”

Sabido es que ciertas especies de locura son contagiosas. Y la de Paleari hubo de —pegárseme a mí con todo y haberme rebelado contra ella al principio. No es que yo me creyese de verdad que me había muerto, lo que no hubiera sido un gran mal, ya que es fuerte cosa morir, y luego de muerto no creo que a nadie le queden ganas de volver a la vida. De pronto caí en la cuenta de que todavía tenía que morirme. ¡Eso era lo malo! ¿Quién se acordaba ya de tal cosa? A raíz de mi suicidio en *La Cabaña*, yo no había visto delante de mí más que a la vida. Y he aquí que ahora salía el señor Paleari poniéndome de continuo ante los ojos la sombra de la muerte.

¡El santo varón no atinaba a hablar de otra cosa! Eso sí, hablaba de la otra vida con tanto fervor y soltaba de cuando en cuando, en el ardor de sus razonamientos, ciertas imágenes y expresiones tan peregrinas, que, al oírlo, entrábanme ganas de quitarme el mal sabor de la boca e irme a vivir al otro barrio. Por lo demás, la doctrina y la fe del señor Paleari, con todo y parecerme pueriles en el fondo, tenían algo de consoladoras, y como, al fin y al cabo, habíaseme metido en la cabeza que tarde o temprano tendría que morirme de veras, no me desagradaba oírle expresarse en aquellos términos.

—¿Hay lógica en el mundo? —preguntóme cierto día, después de haber leído unas páginas de un libro de Finot, henchidas de una filosofía tan sentimentalmente macabra, que parecía el sueño de un sepulturero morfinómano, nada menos que sobre la vida de los gusanos nacidos de la descomposición del cadáver—. ¿Hay lógica en el mundo? Materia, sí; materia. Demos de barato que todo sea materia; pero es que hay formas de formas y modos de modos y cualidades de cualidades; hay la piedra y hay el éter imponderable. En mi mismo cuerpo tengo uñas, y dientes, y pelo, y, ¡diantre!, el finísimo tejido ocular. Ahora bien, señor mío, ¿quién le dice a usted que no? Será materia, si usted quiere, lo que llamamos alma; sólo que convendrá usted conmigo en que esa materia no será como la de las uñas, los dientes o el pelo, sino algo así como el éter, o ¡sabe Dios! Al éter, si lo admite usted como hipótesis. ¿Y al alma, no? ¿Hay lógica en el mundo? Que todo es materia, bueno, sí, señor; pero tómese la molestia de seguir con atención

mi razonamiento y ya verá usted adónde voy yo a parar con parecer que se lo concedo a usted todo. Vengamos a la Naturaleza. Nosotros consideramos actualmente al hombre como al descendiente de una serie innumerable de generaciones, ¿no es eso?; como el fruto de una elaboración lentísima de la Naturaleza. ¿Sostiene usted, mi querido señor Meis, que el hombre sea también un animal como los demás, mejor dicho, una fiera, y, en general, muy poco digno de alabanza? Pues también eso se lo concedo a usted; nada, que el hombre representa en la escala de los seres un peldaño no muy elevado; pongamos ocho, siete, cinco grados desde el gusano al hombre. Pero, ¡por los clavos de Cristo!, la Naturaleza ha tardado miles y miles de siglos en subir estos cinco peldaños desde el gusano al hombre; ha tenido que evolucionar, ¿no es eso?, esta materia para alcanzar como forma y como sustancia ese quinto grado, para convertirse en este animal que roba, en esta fiera que mata, en esta alimaña que echa mentiras; pero que, además, es capaz de escribir la *Divina Comedia*, señor Meis, y de sacrificarse como se sacrificaron por nosotros su madre de usted y la mía. ¿Y todo eso ha de quedar reducido a cero de golpe y porrazo? ¿Qué lógica es ésa? Se me convertirán en gusanos la nariz, el pie, pero no el alma; que será materia también, ¿quién se lo niega, señor mío?, pero no de la misma índole que la nariz o el pie. ¿Hablo con lógica?

—Usted dispense, señor Paleari —le objetaba yo—. Pero fíjese: supongamos que un gran hombre, estando paseándose, tiene la desgracia de caerse y romperse la crisma y quedarse lelo. ¿Adónde va a parar su alma?

El señor Paleari quedóseme mirando de hito en hito, como si de pronto le cayese a los pies un pedrusco.

—¿Que adónde va a parar el alma?

—Sí; y lo mismo si nos ocurre esa desgracia a usted o a mí, que, aunque no soy un gran hombre, sin embargo.... ¡vamos!, razono. Suponga usted que me caigo, me rompo la crisma y me quedo lelo. ¿Qué se ha hecho de mi alma?

Paleari juntó las manos, y con expresión de benigna lástima, me repuso:

—Pero, ¡Dios santo!, ¿por qué quiere usted caerse y romperse la crisma, querido señor Meis? —Es una hipótesis...

—Pues no, señor; siga usted paseándose tranquilamente. Cojamos a los viejos que, sin necesidad de caerse ni romperse la crisma, se vuelven chochos. Bien; ¿qué quiere decir esto? ¿Tendría usted la pretensión de querer probarme, apoyándose en esa circunstancia, que al quebrantarse el cuerpo debilitase también el alma, y que la extinción del uno supone la extinción del otro? Pues, si es así, haga usted el favor de imaginarse el caso contrario; es decir, cuerpos en el colmo de la extenuación y en los cuales, sin embargo, refulge potentísima la luz del alma: Giacomo Leopardi y tantos ancianos, como, por ejemplo, Su Santidad León XIII, sin ir más lejos. ¿Qué dice usted a esto? Pero supóngase usted ahora un piano y un pianista, y que, al estarlo tocando, el piano, de pronto, desafina: no suena ya esta tecla, dos o tres cuerdas saltaron. Pues bien: naturalmente, con un instrumento tan estropeado, por fuerza ha de tocar mal el pianista, por más diestro que sea. Pero y si, por fin, el piano deja de ser, ¿será que no existe ya tampoco el pianista?

—¿Quiere usted dar a entender que el cerebro es el piano y el alma el pianista?

—Eso mismo, señor Meis. Y si el cerebro se estropea, por fuerza el alma ha de parecer mema o loca o qué sé yo. Lo cual quiere decir que si el pianista rompió, no por accidente, sino por inadvertencia o adrede, el instrumento, habrá de pagarlo. El que rompe paga; se paga todo, sí, señor; todo. Pero ésta es otra cuestión. Dispénsese usted; pero dígame: ¿no hace mella alguna en

su ánimo ver que la Humanidad toda, hasta donde hay noticia de ella, alimentó siempre la aspiración a otra vida más allá? Este es un hecho, señor mío; un hecho, una prueba positiva.

—Dicen que el instinto de conservación...

—Pues no es así, para que usted se entere. Porque lo que es yo, me chincho, ¿sabe usted?, en esta vil pelleja que me envuelve. Me pesa, y si la soporto, es porque sé que debo soportarla; pero en probándome, ¡voto a Cristo!, que, después de haberla estado soportando por espacio de otros cinco o seis o diez años, aun no habré pagado mi escote de algún modo, y que todo ha de acabar aquí, pues, ¡nada!, que ya me la estoy arrancando. ¿Y quiere usted decirme dónde está, entonces, el instinto de la conservación? Yo sigo tirando únicamente porque siento que la cosa no puede parar en eso. Sólo que a esto salen diciéndome que una cosa es el individuo y otra la Humanidad. El individuo acaba, la especie sigue evolucionando. ¡Vaya un modo de discurrir! Fíjese, si no, un poco, señor Meis. ¡Como si usted, o el vecino de al lado, todos, en una palabra, no fuésemos la Humanidad! ¿Y no pensamos todos nosotros, allá en nuestro fuero interno, que sería el colmo del absurdo, la cosa más atroz, el que todo hubiera de reducirse a este mundo, a este mísero soplo de nuestra vida terrena: cincuenta, sesenta años de calamidades, sinsabores y luchas? Y todo, ¿por qué? ¡Pues por nada! ¡Por la Humanidad! Pero ¿y si la Humanidad no ha de ser tampoco eterna? Fíjese usted, señor Meis: ¿a qué habrán venido, entonces, toda esta vida, todo este progreso, toda esta evolución? ¿A nada?... Pero ¡si luego salen diciéndonos que la nada, la nada pura, no existe! ... La curación del planeta, como dijo usted el otro día, ¿verdad? Bueno: supongamos que sea la curación; sólo que hay que ver en qué sentido. Lo malo que tiene la ciencia, señor Meis, es eso precisamente: que no ve más allá de la vida...

—¡Hombre! —suspíré yo, sonriendo—. Puesto que tenemos que vivir...

—Pero ¡también tenemos que morir! —replicóme Paleari .

—Conformes; pero ¿por qué pensar tanto en ello?

—¿Que por qué? Pues porque no podemos atinar con el sentido de la vida, si de algún modo no nos explicamos también la muerte. El criterio director de nuestros actos, el hilo para salir de este laberinto, la luz, en suma, señor Meis, la luz hemos de recibirla de allá, de la muerte.

—¿Con la oscuridad que allí reina?

—¿Oscuridad? ¡La habrá para usted! Pero pruebe usted a encender una lamparilla de fe con el aceite puro del alma. En faltándonos esta lamparilla, no hacemos más que dar tumbos de acá para allá en esta vida, como ciegos, pese a toda la luz eléctrica que hemos inventado. Buena, bonísima resulta para la vida la luz eléctrica; pero nosotros, señor Meis, necesitamos también de esa otra lamparita que nos alumbrá un poco las sombras de la muerte. Mire usted: yo muchas noches procuro encender también cierto farolillo de cristal color de rosa; no hay más remedio que ingeniarse por todos los modos posibles de echar el resto para intentar ver... Ahora se encuentra en Nápoles Terencio, mi yerno; pero dentro de unos meses estará de vuelta, y entonces yo le invitaré a usted a asistir, si quiere, a alguna de nuestras modestas sesiones. Y quién sabe si ese farolillo... Pero punto en boca, que por hoy ya le he dicho bastante.

Como se ve, no era muy amena la compañía de Anselmo Paleari. Pero, bien mirado, ¿podía yo, sin correr peligro, o mejor dicho, sin verme en la precisión de mentir, aspirar a otra compañía menos alejada de la realidad? Todavía me acordaba del caballero Tito Lenzi. El señor Paleari, en cambio, contentábase con la atención que yo prestaba a sus razonamientos, sin sentir curiosidad por saber nada de mi persona. Casi todas las mañanas, después del consabido baño general, me acompañaba en mis paseos; y nos íbamos al Janículo, o al Aventino, o al Monte Mario, cuando no nos alargábamos hasta Ponte Nomentano, sin que se nos cayera de la boca el tema de la

muerte: “¡Hay que ver —pensaba yo— lo que he salido ganando con no haberme muerto de veras!” A veces intentaba hacerle hablar de otras cosas; pero no parecía sino que el señor Paleari no tuviese ojos para el espectáculo de la vida que le rodeaba. Iba siempre sombrero en mano, y de pronto lo levantaba en alto, como saludando a una sombra, y exclamaba: “¡Chocheces!”

Sólo una vez disparóme a boca de jarro esta preguntita:

—Y usted ¿a qué ha venido a Roma, señor Meis?

Yo me encogí de hombros, y le respondí: —Pues por el gusto de verla...

—¡Con lo triste que es Roma! observó mi hombre, meneando la cabeza—. Son muchos los que se hacen cruces de que aquí no prospere ninguna empresa ni arraigue ninguna idea viva. Pero esos tales se maravillan de ello porque no quieren reconocer que Roma está muerta.

—¿Muerta también Roma? —exclamé, consternado.

—¡Y desde hace mucho tiempo, señor Meis! Y, créame usted, es inútil cuanto se haga por volverla a la vida. Encerrada en el sueño de su grandioso pasado, no quiere ya enterarse de esta menguada vida que se obstina en bullir a su alrededor.

Cuando una ciudad ha tenido una vida como la de Roma, con caracteres tan marcados y particulares, ya no puede ser nunca una población moderna, esto es, una población como las demás. Roma yace ahí, con su gran corazón destrozado, a espaldas del Capitolio. ¿Son, por ventura, de Roma estas casas nuevas? Mire usted, señor Meis. Mi hija Adriana me contó lo de la pila del agua bendita que tenía usted en su cuarto; ¿se acuerda? Adriana se la quitó a usted de la cabecera de la cama; pues bien: el otro día se le cayó de las manos y se le quebró, quedando sólo la concha, que ahora tengo yo en mi cuarto, encima de la mesa escritorio, sirviéndome de ella para lo mismo que usted la primera noche, distraídamente, hizo de ella. Pues idéntico, señor Meis, es el destino de Roma. Los papas hicieron de ella —a su modo, ¡claro está! — una pila de agua bendita; nosotros los italianos la hemos convertido —a nuestro modo también— en un cenicero. De todas partes hemos venido aquí a echar en ella la colilla de nuestro cigarro, que es además el símbolo de la frivolidad de esta menguadísima vida y del amargo y ponzoñoso deleite que nos brinda.

11.

De noche, mirando al río

A medida que iba subiendo de punto la familiaridad, por efecto de la consideración y benevolencia que me atestiguaba el amo de la casa, iba aumentando también para mí la dificultad en el trato, la secreta desazón que ya antes había experimentado, y que ahora solía adquirir la agudeza de un remordimiento, al verme allí, metido de hoz y de coz en aquella familia, como un intruso, con nombre postizo y la cara desfigurada, con una existencia ficticia y poco menos que inconsciente. Y formaba el propósito de mantenerme al paño, en cuanto me fuere posible, recordándome continuamente a mí mismo que no debía acercarme demasiado a la vida ajena, sino, por el contrario, rehuir toda intimidad y contentarme con vivir al margen. “¡Libre!”, decía yo todavía; pero ya comenzaba a penetrar el sentido y a medir los linderos de esta libertad mía.

Porque esa libertad mía significaba, por ejemplo, el estarme allí por las noches mirando al río,

que corría negro y callado por entre los muelles nuevos y los puentes, que en él reflejaban las luces de sus faroles, temblonas como sierpecillas de fuego; seguir con la fantasía el curso de aquellas aguas desde la remota fuente apenina, al través de tantos campos, y ahora al través de la ciudad, para volver luego a cruzar nuevos campos, hasta llegar a su desembocadura, y fingirme después con el pensamiento el mar tenebroso y palpitante en el que aquellas aguas, tras tanto correr irían a perderse, y, finalmente, abrir la boca ¿e fastidio.

«Libertad... Libertad», murmuraba yo. Pero ¿no sería lo mismo también en otro sitio?

Algunas noches veía en la azoteilla de al lado a la madrecita de casa, a la niña vestida de largo, regando las macetas. “¡Esa es la vida!”, pensaba yo, y seguía con la mirada a la simpática nena en aquella su hermosa tarea., esperando a cada instante que alzase los ojos hacia mi ventana. Pero en vano. Sabía que estaba yo allí; mas cuando estaba sola fingía no advertirlo. ¿Por qué?

¿Sería sólo efecto de su timidez tal cortedad, o que no se le había pasado aún el enojo y me guardaba rencor en secreto por la poca consideración con que yo, cruelmente, me obstinaba en tratarla?

Ahora la muchachita, dejando la regadera, habíase asomado al retillo de la azotea y contemplaba también el río, quizá por darme a entender que no le daba frío ni calor mi presencia, y que tenía otras cosas mucho más serias en qué pensar en aquella actitud, y aun ansias de estar sola.

Yo sonreía para mis adentros al pensar en estas cosas; pero luego, al ver que se iba de la azotea, reflexionaba que quizá pudiera equivocarme en mi juicio, a causa del despecho que sentimos al ver que no reparan en nosotros. «Y, después de todo —preguntábame—, ¿a santo de qué habría ella de reparar en mí ni de dirigirme la palabra sin necesidad? Yo personifico aquí la desgracia de su vida, la locura de su padre, y quizá represente para ella una humillación. Acaso eche de menos aquel tiempo en que su padre era empleado en activo y no necesitaba alquilar parte de sus habitaciones ni meter extraños en casa. ¡Y un extraño de mi catadura! ¡Quién sabe si le infundiré miedo con este ojo y estas gafas! ...» El rumor de algún coche al pasar el cercano puente de madera sacábame de esas reflexiones; daba un bufido y me apartaba de la ventana; pasaba revista con los ojos a la cama y los libros, y concluía por encogerme de hombros, ponerme el sombrero y echarme a la calle, con a esperanza de ahuyentar así aquel enojoso tedio.

Ibame, según me daba, o a las calles de más tráfico o a parajes solitarios. Recuerdo cierta noche, en la plaza de San Pedro, la impresión de sueño, de un sueño casi remoto, que me hizo aquel mundo secular allí recogido, entre los brazos del majestuoso pórtico, en el silencio, que parecía subir de punto con el continuo fragor de las dos fuentes. Acerqueme a una de ellas, y entonces parecióme que aquel agua era la única cosa viva que había allí, antojándoseme todo lo demás como espectral y profundamente melancólico en la solemnidad silenciosa y quieta.

Al volver por la calle de Borgo Nuovo hube de toparme con un borracho, el cual, al pasar junto a mí y verme que iba tan pensativo, inclinóse; luego levantó la cabeza, mirándome a la cara de hito en hito, y, por último, díjome, zarandeándome ligeramente el brazo:

—¡Alégrese, hombre!

Yo me paré en seco, sorprendido, y quedéme mirándole de pies a cabeza.

—¡Alégrese! —repitió el borracho acompañando la exhortación con un gesto de la mano, que significaba: «¿Qué haces? ¿En qué piensas? ¡No te preocupes por nada!»

Y alejóse dando tumbos, cogiéndose con una mano a las paredes.

A semejante hora, en aquella calle desierta, tan cerca del gran templo, y revolviendo en la mente los pensamientos que me sugiriera la aparición del borracho y su extraño consejo, cariñoso y de filosófica piedad, dejéronme desconcertado, y quedéme no sé cuánto rato siguiendo con la vista a aquel hombre, hasta que, por último, todo aquel asombro mío hubo de resolverse en una gran carcajada. “¡Alegrarse!” Sí, eso está muy bien, amigo mío. Sólo que yo no puedo irme a la taberna, como tú, a buscar esa alegría que me aconsejas en el fondo de un vaso. ¡No sabría encontrarla, de fijo! ¡Ni allí, ni en parte alguna! Yo voy al café, amigo mío, entre gente de pro, que fuma y charla de política. Alegres todos podríamos serlo, y hasta felices, según un ahogadete imperialista que frecuenta mi café; sólo con una condición: la de que habría de gobernarnos un buen rey absoluto. Tú, pobre borrachín filósofo, no entiendes de estas cosas; ni siquiera te pasan por la imaginación. Pero la verdadera causa de todos nuestros males, de esa calamidad nuestra, ¿sabes tú cuál es? Pues la democracia, amigo mío, la democracia; esto es, el gobierno de la mayoría. Porque cuando el poder está en manos de un solo individuo, éste sabe que es uno solo y que tiene que contentar a muchos; mientras que cuando los muchos gobiernan, sólo piensan en contentarse a sí mismos, y entonces tienes la tiranía más pesada y odiosa: la tiranía disfrazada de libertad. ¡Naturalmente! O, si no, ¿por qué crees que yo estoy triste? Pues precisamente por esa tiranía disfrazada de libertad... Pero ¡volvámonos a casa!”

Mas estaba de Dios que aquélla había de ser la noche de los encuentros.

Al pasar poco después por Tordinona, que estaba casi a oscuras, hube de oír un recio grito, entre otros sofocados, en una de las callejuelas que van a desembocar a esta calle. Y de pronto atravesóseme en el camino un grupo de hombres que reñían. Eran cuatro miserables, pertrechados de gruesos garrotes, que la habían emprendido con una mujerzuela del arroyo.

Menciono esta aventura, no por hacer alarde de un acto de valor, sino por confesarles el miedo que hube de pasar con las consecuencias que pudo traerme el lance. Eran cuatro aquellos tíos, pero yo también llevaba mi buen bastón de hierro. Cierto que dos de ellos sacaron contra mí navajas; pero defendíme lo mejor que pude, haciendo el molinete y dando saltos a tiempo de acá para allá, a fin de que no me cogieran en medio, hasta que logré por fin asestarle al de más cuidado un porrazo tremendo en la cabeza con el puño de hierro del bastón. Tambaleóse el desalmado y luego echó a correr; y sus tres acompañantes, temiendo acaso que acudiese alguien más a los alaridos de la mujer pusieron también pies en polvoroso. Yo resulté, no sé cómo, con una herida en la frente. Rogué a la mujer, que no paraba de gritar pidiendo auxilio, hiciese el

favor de callarse; pero ella, al verme con la cara chorreando sangre, no pudo contenerse, y llorando, toda temblona, hizo por socorrerme, vendándome con el pañuelo de seda que llevaba al pecho y que en la reyerta habíasele hecho jirones.

—No, no, gracias —díjeme, apartándome con repugnancia—. Basta... No ha sido nada. ¡Quítate de en medio en seguida, que no te vean!

Y encaminéme a la fuente que hay bajo la rampa del puente cercano, para lavarme la frente. Pero estando en esa operación, llegaron dos guardas desalados, empeñados en saber lo que había ocurrido. En seguida la mujer, que era de Nápoles, púsose a contarles lo que me había pasado, deshaciéndose en las palabras más afectuosas y admirativas de su repertorio dialectal a mi respecto. Costóme la mar de trabajo verme libre de aquellos dos guardas, tan celosos de su profesión, que se habían empeñado en que les acompañase a la Comisaría para presentar una denuncia. Pero ¡no faltaba más que eso: que tuviera yo que habérmelas con la Comisaría y salir al día siguiente en la sección de sucesos convertido en un cuasi héroe, en lugar de estarme calladito en la sombra, sin que nadie supiese de mí!

¡Yo ya no podía ser héroe de verdad sino a condición de morir en la refriega! ... ¡Y ya estaba muerto!

—¿Es usted viudo, por casualidad, señor Meis, y usted dispense la pregunta?

Esta preguntita disparóme a boca de jarro una noche la señorita de Caporale, estando en la azoteílla en compañía de Adriana y mía, pues habíanme invitado a hacerles tertulia al aire libre.

Al pronto quedéme de una pieza; pero luego respondí:

—No. ¿Por qué?

—Pues porque siempre está usted andándose con el pulgar en el dedo del corazón, como si quisiera darle vueltas a un anillo. ¿Verdad, Adriana?

¡Hay que ver en lo que se fijan las mujeres o, mejor dicho, ciertas mujeres, porque Adriana declaró que ella no había reparado en tal detalle! —Eso será que no te has fijado —exclamó la señorita de Caporale.

Tuve que reconocer que, aunque tampoco yo había reparado nunca en ello, podría ser que tuviese aquella costumbre.

—Efectivamente —vime obligado a añadir—: llevé puesto mucho tiempo un ajustador que luego tuve que mandar a un platero para que me lo cortara, porque me apretaba mucho el dedo y me hacía daño.

—¡Pobre anillito! —suspiró, retorciendo los brazos, la cuarentona, que aquella noche estaba en vena de hacer monadas infantiles—. ¿Tan ajustado le venía? Y, con todo eso, ¿no se decidía usted a sacárselo? Quizá fuera recuerdo de un...

—¡Silvia! —atajóla Adrianita en tono de reproche.

—Pero ¿qué hay de malo en lo que digo? —continuó la solterona—. Quería decir de un primer amor. Vamos a ver, señor Meis: díganos algo de su vida. ¿Es posible que esté siempre tan callado?

—Pues para que vean ustedes que soy franco. Me choca la consecuencia que ha sacado Silvia de la costumbre que tengo de andarme en el dedo del corazón. Me parece una consecuencia completamente arbitraria, señorita. Porque los viudos, que yo sepa, no acostumbran a quitarse el anillo de alianza. Resulta pesada alguna vez la mujer, no el anillo, en faltando aquélla. Antes bien, así como a los veteranos les gusta ufanarse de sus medallas y veneras, así el viudo se complace en lucir su alianza.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó la señorita de Caporale—. ¡Con qué habilidad desvía usted la conversación!

—¡Cómo! ¡Si lo que hago es ahondar más en ella!

—¿Quién habla de ahondar? Yo no ahondo nunca en las cosas. Me pareció eso que le he dicho, y nada más.

—¿Le pareció a usted que yo tenía cara de viudo?

—Sí, señor. ¿No te lo parece a ti también, Adriana?

Adriana probó a posar en mí la mirada, alzando los ojos, que volvió a bajar enseguida, no acertando, con lo tímida que era, a sostener la ajena mirada. Sonrió levemente, con aquella su sonrisa dulce y triste, y dijo:

—¡Qué sé yo de la cara que tengan los viudos! ¡Hay que ver si eres curiosa!

En aquel instante debió de cruzarle por la mente un pensamiento, alguna imagen, pues dio muestras de turbación y se puso a mirar al río. La otra entendió lo que quería decir aquello, sin duda, pues lanzó un suspiro y se volvió también a mirar al río.

Una cuarta persona, invisible, había venido seguramente a interponerse entre nosotros. Yo también hube de comprender enseguida el gesto de Adriana, al reparar en que llevaba alivio de luto, y al punto deduje que Terencio Papiano, aquel cuñado suyo, que a la sazón se hallaba en Nápoles, no debía de tener cara de viudo desconsolado, y que, por consecuencia, era yo quien la tenía, al decir de la señorita de Caporale.

Confieso que me holgué no poco de que la conversación terminase de aquella manera. Pues la pena que le había entrado a Adriana al recuerdo de la hermana difunta y de Papiano, el viudo, era para la pianista el justo castigo de su indiscreción.

Sólo que, si hemos de ser justos, esa que a mí parecíame indiscreción, ¿no era en el fondo una curiosidad natural y disculpabilísima, en cuanto que por fuerza había de ocasionarse con aquella suerte de extraño silencio que había difundido en torno a mi persona? Y puesto que la soledad se me había hecho ya insufrible, y yo no sabía resistir a la tentación de acercarme al prójimo, que estaba en su derecho al querer saber con quién tenía que habérselas, era menester que yo respondiese a sus preguntas, satisfaciendo su lógica curiosidad del mejor modo posible, esto es, mintiendo e inventando. ¡No había término medio! La culpa no era de nadie, sino mía; y ahora iba a agravarla, es verdad, con la mentira; pero si no me avenía a ello, si me dolía mentir, lo que debía hacer era quitarme de en medio, irme de aquella casa y reanudar mi vida solitaria y errante.

Noté que Adriana misma, la cual nunca me hacía pregunta alguna que no fuere discretísima, era toda oídos en tanto yo contestaba a las preguntas de la pianista, que, a decir verdad, solía rebasar los límites de la curiosidad natural y excusable.

Una noche, por ejemplo, estando en la azoteílla, donde acostumbrábamos a reunirnos a la sazón, cuando yo volvía a casa, después de cenar, preguntóme riendo y apartando a Adriana, que le gritaba en el colmo de la agitación: “¡No, Silvia! ¡Te lo prohíbo! ¡No le digas nada!”:

—Usted dispense, señor Meis. Pero Adriana tiene curiosidad por saber por qué no se deja usted el bigote...

—¡Diga usted que no es verdad! —gritó Adriana—. ¡No la crea usted, señor Meis! Ha sido ella la que... Yo...

Y la simpática madrecita echóse a llorar de pronto. La pianista trató de consolarla, diciéndole:

—¡Pero, por Dios, Adrianita, no te pongas así! ... ¡Que no es nada malo! ...

Adriana apartóla de un codazo.

—¡Sí que es malo, porque echas una mentira y me la cargas a mí! ... ¡Y por eso me pongo como me pongo! Mire usted, señor Meis: le voy a contar la verdad... Estábamos hablando de los cómicos, que van todos... así, y entonces Silvia fue y me dijo: “¡Como el señor Meis! ¿Por qué no se dejará bigote?» Y entonces fui yo y repetí como un eco: ¿Por qué no se lo dejará?»

—Eso es —asintió la pianista—. Pero quien dice por qué, es que quiere saberlo.

—Pero ¡si fuiste tú la primera que lo dijo! —protestó Adriana, en el colmo de la agitación. —¿Me permiten ustedes que conteste a esa pregunta? —pregunté yo, a fin de poner paz entre ellas.

—No. Usted dispense, señor Meis; pero yo me voy. ¡Buenas noches! —exclamó Adriana, y se levantó para irse.

La pianista la cogió de un brazo.

—¡Pero, mujer; no seas tonta! ¡Si lo dije por broma! ... Don Adriano es tan bueno, que se hace cargo. ¿No es verdad, don Adriano? ¡Vamos, hombre! Dígale usted por qué no se deja el bigote.

Aquella vez echóse Adriana a reír, aunque con los ojos cuajados todavía de lágrimas. —Eso es un misterio —respondí yo entonces alterando cómicamente la voz—. ¡Es que... ando metido en una conspiración!

—¡No lo creemos! —exclamó la pianista en el mismo tono; pero luego añadió—: Aunque, oiga usted, lo parece; ¡no cabe duda! Y si no, dígame: ¿qué fue a hacer esta tarde, por ejemplo, después de comer, a Correos?

—¿Yo, en Correos?

—sí, señor; en Correos. No lo niegue usted, que lo vi yo con estos ojos que se ha de comer la tierra. A eso de las cuatro. Pasaba yo por la plaza de San Silvestre...

—Pues se habrá usted equivocado, señorita. Le aseguro que no era yo.

—¡Ya, ya! —exclamó la pianista, incrédula—. Correspondencia secreta... Porque aquí, en casa, ¿verdad, Adrianita?, nunca hay carta para este caballero... Lo sé por la criada.

Adriana revolvióse molesta en la silla.

—No le haga caso —me dijo, dirigiéndome una rápida mirada condolidada y casi acariciante.

—¡Ni en casa ni en la lista de Correos! —respondí yo—. Tiene usted razón, señorita. Nadie se acuerda de escribirme, por la sencilla razón de que no tengo ningún amigo.

—¿Ni uno siquiera? Pero ¿es posible? ¿Ni uno?

—Ni uno. Yo no tengo más que a mi sombra en esta vida. Hasta ahora no he hecho más que pasearla conmigo de acá para allá, y nunca me detuve en ningún sitio el tiempo necesario para hacerme de algún amigo.

—¡Dichoso usted —exclamó la solterona, suspirando—, que ha podido viajar tanto! Bueno; pues oiga usted: si no quiere hablarnos de otra cosa, ¿por qué no nos cuenta algo de sus viajes?

Poco a poco, vencidos los escollos de las primeras preguntas desconcertantes, y dando de lado a otros con los remos de la mentira que me servían de palanca y de puntal, agarrándome como con ambas manos a los que más de cerca me amagaban, a fin de orillarlos con mucho tino y prudencia, logró por fin la barquilla de mi ficción salir a alta mar e izar la vela de la fantasía.

Después de año y pico de forzado silencio, sentía yo un gran gusto en hablar por los codos todas las noches, en la azoteílla, de lo que viera en mis viajes, de las observaciones que hiciera y de los lances que me sucedieran andando por esos mundos. Maravillábame yo mismo de haber recogido en mis viajes tantas impresiones que con el silencio estaban como enterradas en mi

interior, y que ahora, al dar rienda suelta a la lengua, resucitaban y fluían con admirable vivacidad de mis labios. Esta íntima maravilla prestaba extraordinario colorido a mis relatos, y del deleite que las dos mujeres atestiguaban sentir al escucharme, iba naciendo en mí el pesar por no haber gozado antes de aquel bien, pesar que hacía subir de punto más todavía el aliciente de mi narración.

Al cabo de unas noches no más, ya habían cambiado radicalmente la actitud y el tono de la pianista para conmigo. Sus mustios ojos llenáronsele de una languidez tan intensa, que hacían pensar más que nunca en la imagen del contrapeso interno de plomo, resaltando más grotesco que nunca el contraste entre ellos y la carota de máscara carnavalesca. ¡No cabía duda: la señorita de Caporale habíase enamorado de mí!

La ridícula sorpresa que hubo de causarme aquel descubrimiento fue causa de que advirtiera que todas aquellas disertaciones mías de por las noches no habían ido enderezadas, ni remotamente, a ella, sino a la otra, que siempre me escuchaba silenciosa. Saltaba a la vista, sin embargo, que aquella otra habíalo comprendido así, pues a poco hubo de establecerse entre nosotros como un tácito acuerdo de holgarnos a hurtadillas del cómico e imprevisto efecto que mis razonamientos habían surtido en las sensibilísimas fibras sentimentales de la cuarentona pianista.

Mas no se crea que con este descubrimiento dejaron de ser absolutamente puros los pensamientos que Adriana me inspiraba. Aquella su candoroso bondad, impregnada de tristeza, no podía inspirar pensamientos de otra índole; pero, a pesar de eso, llenábame de alegría aquella primera confidencia que ella me otorgaba, tenue y silenciosa confidencia, tan extremada cuanto su delicada timidez lo consentía. Reducíase a una fugaz mirada, comparable a un destello de suavísima gracia; a una sonrisa de conmiseración por la ridícula presunción de aquella pobre solterona; a alguna benévola llamada al orden, que me hacía con los ojos, y a un leve ademán de cabeza cuando yo me extralimitaba un poco, para nuestro secreto solaz, al darles jarilla a las esperanzas de aquélla, que ya tocaba en el ápice de la dicha, ya se despeñaba en el abismo del desconsuelo por alguna salida mía, inesperada y violenta.

—¡Qué mal debe usted andar del lado izquierdo —díjome cierta vez la pianista—, si es verdad eso que usted dice, y yo no creo, de haber atravesado hasta ahora incólume por la vida!

—¿Incólume?

—Sí; quiero decir sin haber caído nunca en las redes de una pasión.

—¡Ah! ¡Eso, nunca, señorita; nunca!

—Bueno; pero usted no ha llegado a decirnos todavía la procedencia de aquel anillito que le mandó cortar a un platero porque le venía demasiado justo.

—Y me hacía daño... ¿No se lo expliqué ya?... Sí, señorita. ¡Era un recuerdo de mi abuelo!

—¡A otra con ésa!

—Como usted quiera: pero haga cuenta que puedo decirle a usted hasta cuándo me lo regaló. Fue un día, en Florencia, al salir de la Galería degli Uffizzi, por haber confundido yo, que entonces tendría unos doce años, un cuadro del Perugino con otro de Rafael. En premio de aquella coladura, regalóme mi abuelito del anillo. Porque ha de saber que mi abuelo creía firmemente que aquel cuadro del Perugino era obra de Rafael. ¡Ya tiene usted explicado el misterio! Y ahora comprenderá usted que entre la manecita de un chico de doce años y esta manaza de que en la actualidad disfruto, hay alguna diferencia. ¿Ve usted? Ahora todo yo soy así como esta manaza mía, que no se aviene a llevar anillitos graciosos. Corazón, lado izquierdo, como usted dice, puede que lo tenga; pero yo soy justo conmigo mismo, señorita, y cada vez que

me miro al espejo con este lucido par de gafas, a las que, después de todo debo estarles agradecido, siento que se me caen los palos del sombrero, y me digo: ¿Cómo puedes hacerte la ilusión, querido Adriano, de que vaya a enamorarse de ti ninguna mujer?

—¡Vaya una ocurrencia! —exclamó la pianista—. Usted cree ser justo consigo mismo al hablar así y, en cambio, resulta usted el colmo de la injusticia para con nosotras. Porque, para que usted lo sepa, señor Meis, la mujer es más generosa que el hombre y no se limita, como éste, a fijarse en el físico.

—Pues entonces debemos reputar a la mujer por más valiente que el hombre. Porque yo, francamente, reconozco que, aparte la generosidad, se necesitaría también un poquito de valor para querer a un hombre de mi estampa.

—¡Quite usted allá! Usted, por lo visto, goza en sentar plaza de feo, según lo que dice y hace, que no parece sino que quiere pasar por más feo de cuanto lo sea.

—En eso tiene usted razón; pero ¿sabe usted por qué hago eso? Pues para que nadie tenga que tenerme lástima. Si hiciese por disimular en algún modo mi fealdad, no faltaría quien dijese: «Miren a ese desgraciado que va tan orondo creyendo que, por haberse dejado el bigote, ya parece más guapo». Mientras que así nadie puede decir nada. ¿Que soy feo? Bueno; pero lo soy con colmo, a la luz del sol, sin andar con paños calientes. ¿Qué me dice usted a esto?

La pianista lanzó un profundo suspiro.

—Digo que hace usted mal —me respondió—. Si probase usted a dejarse un poco de barba, por ejemplo, ya vería cómo usted mismo notaba que no es ese monstruo de fealdad que pretende parecer.

—Pero ¿y este ojo? —preguntéle.

—Hombre, puesto que habla usted de él con tanto desparpajo —saltó la pianista—, le diré con toda franqueza lo que hace días tengo en la punta de la lengua: ¿Por qué no se somete usted, y usted dispense, a una operación que hoy día resulta facilísima? De querer usted, no tardaría en verse libre de ese ligero defecto.

—¿Lo ve usted señorita? —concluí yo—. Será verdad eso de que la mujer es más generosa que el hombre; pero fíjese usted en que, con mucha suavidad, acaba usted de aconsejarme que haga por ponerme otra cara.

¿Por qué insistía yo tanto sobre aquel tema? ¿Acaso porque hubiera deseado que la pianista me declarase allí sin rodeos, en presencia de Adriana, que ella era capaz de quererme; es más, que ya me quería, tal y como era: todo afeitado y con aquel ojo extraviado? Nada de eso. Tanto porfiar y tanto hacerle a la solterona preguntitas premeditadas, obedecían a haber notado yo que Adriana experimentaba un placer acaso inconsciente al oír las contestaciones victoriosas que aquélla me daba.

Llegué a comprender de esa suerte que, no obstante mi estrambótico aspecto, ella *podía* quererme. No se lo dije ni a mi sombra; pero, a partir de aquella noche, antojóseme más blando el lecho que yo ocupaba en aquella casa, más simpáticos cuantos objetos me rodeaban, más ligero el aire que aspiraban mis pulmones, más azul el cielo y más espléndido el sol. Empeñéme en creer que todo aquel cambio se debía a haber muerto Matías Pascal en el molino de *La Cabaña* y a haber yo recobrado, finalmente, el equilibrio después de andar extraviado algún tiempo en mi nueva e ilimitada libertad y alcanzado el ideal que me propusiera; a saber: hacer de mí otro hombre y vivir otra vida, de la que ahora ya sentíame henchido.

Y el alma volvióseme jovial, como cuando era un jovencuelo, y sacudió de sí el veneno de la experiencia. Hasta dejó de parecerme tan pesado el señor Paleari; la sombra, la niebla, el humazo

de su filosofía habíanse desvanecido al sol de mi nuevo alborozo. ¡Pobre don Anselmo! De las dos cosas en que, según él, debíamos pensar los mortales, no se percataba él, que sólo pensaba en una, aunque, ¡qué diantre!, también él había rendido tributo a la vida allá en sus mocedades. Más digna de compasión era la señorita de Caporale, que ni siquiera empujando el codo lograba la *alegría* de aquel inolvidable borracho de la calle de Borgo Nuovo. Ella, la pobre, quería vivir, y consideraba poco generosos a los hombres, que sólo reparan en la hermosura física. ¿Pero tan hermosa de alma sentíase ella? ¡Quién sabe de cuáles y cuántos sacrificios hubiera sido capaz verdaderamente de haber dado con un hombre *generoso*! Quizá entonces no hubiera catado el vino.

«Si nosotros mismos reconocemos —pensaba yo— que el errar es propio del hombre, ¿no resulta la justicia una crueldad?»

Y formé el propósito de no volver a ser cruel con la pianista. Formé el propósito; pero, ¡ay de mí!, que fui cruel sin saberlo; y tanto más cruel cuanto menos quise serlo. La amabilidad con que la trataba añadió nuevo pábulo a su natural fuego. Y sucedía que, en tanto yo hablaba, la pobre de la solterona se ponía muy pálida, mientras que a Adriana le salían los colores. Yo apenas si me percataba de lo que decía; pero sí sentía que jamás alguna de mis palabras, ni su tono y expresión, llegaban a extremar tanto la turbación de aquella a quien, en realidad, iban dirigidas, como para romper la armonía secreta que ya, sin que pudiera yo explicar la causa, reinaba entre nosotros.

Tienen las almas un modo particular de entenderse, de entrar en intimidad unas con otras y hasta de tutearse, mientras nuestros cuerpos se hallan todavía sujetos al comercio de vulgares palabras y a la esclavitud de las exigencias sociales. Tienen las almas sus necesidades especiales y sus aspiraciones propias, de las que se veda a sí mismo el cuerpo adquirir conciencia y sentido cuando ve la imposibilidad de satisfacerlos y traducirlos en acto. Y siempre que dos seres que se comuniquen de esta suerte entre sí, únicamente con las almas se encuentran solos en algún lugar, sienten una turbación angustiosa y casi una repugnancia violenta aun al más mínimo contacto material; un sufrimiento que los aleja y separa y que cesa de pronto, en cuanto aparece un tercero. Pasada ya entonces la congoja aquella, las dos almas sollispadas se buscan y sonríen desde lejos.

¡Cuántas veces no hice yo con Adriana la experiencia de lo que acabo de decir! Sólo que la cortedad que yo le inspiraba entonces era efecto de su natural pudoroso y tímido, y la mía creía yo se debiese al remordimiento que me dejaban las mentiras que me veía obligado a urdir frente al candor y la ingenuidad de aquella plácida y dócil criatura.

Yo la veía ya con otros ojos. Pero ¿no sería que, efectivamente, habíase transformado de un mes a esta parte? ¿No se encendían ahora en una más viva luz interior sus fugaces miradas? ¿Y no delataban sus sonrisas no costarle ya tanto aquel esfuerzo por dárselas de madrecita juiciosa? Sí; quizá ella también obedeciera instintivamente a mi misma necesidad, al ansia de crearse la ilusión de una nueva vida, sin meterse a averiguar cuál ni cuál no. Un deseo vago, cual una aura del alma, habíale abierto a ella, lo mismo que a mí, una de las ventanas del futuro, por la cual llegaba hasta nosotros un rayo de luz de mareante tibieza, que nos bañaba benigna, mientras no nos decidíamos a acercarnos a aquella ventana ni para cerrarla de nuevo ni para ver qué panorama se divisaba desde ella.

La pobre de la pianista experimentaba los efectos de aquella nuestra purísima embriaguez.

—¿Sabe usted, señorita —hube yo de decirle cierta noche—, que estoy casi resuelto a seguir su consejo?

—¿Cuál? —me preguntó.

—Pues el de ir a que me opere un oculista.

La solterona batió palmas muy contenta.

—Muy bien —exclamó—. Vaya usted a ver al doctor Ambrosini. Es el mejor. A mi pobre mamá, que esté en gloria, le hizo la operación de las cataratas. ¿Ves, Adriana, cómo el espejo habló por fin? ¿Qué te decía yo?

Adriana sonrióse, y yo también me sonreí.

—No ha sido que me haya hablado el espejo, señorita —respondíle yo—, sino que la necesidad aprieta. De algún tiempo a esta parte ha dado en dolerme el ojo, y aunque en la vida me sirvió de nada, no querría, sin embargo, perderlo.

Mentía como un bellaco. Tenía razón la pianista: el espejo me había hablado, y me había dicho que si con sólo una operación relativamente ligera lograba borrarle del rostro aquella desairada seña personal tan característica del difunto Matías, ya podría Adriano Meis hasta quitarse las gafas azules, dejarse el bigote y ponerse en consonancia del mejor modo posible, corporalmente, con el cambio experimentado por sus condiciones de espíritu.

Pero de estas últimas debía, sin embargo, apearle de improviso, pocos días después, una escena nocturna, a la que asistí escondido detrás de las maderas de una de las ventanas de mi cuarto.

Desarrollóse la escena en la azoteilla, donde hasta las diez habíame estado yo de palique con las dos mujeres. Al retirarme a mi cuarto, púseme a leer distraído uno de los libros predilectos del señor Paleari sobre la *reencarnación*. En cierto momento parecióme oír que hablaban en la azoteilla, y agucé el oído por ver si estaba allí Adriana. No. Eran dos personas las que hablaban, quedo y con mucha animación; pero una de las voces era de hombre, y no la del señor Paleari. Hombres en la casa no habíamos más que él y yo; así que, lleno de curiosidad, asoméme a la ventana y miré por las maderas. Parecióme distinguir en la oscuridad a la pianista. Pero ¿quién era el individuo con quien hablaba? ¿Habría llegado inesperadamente de Nápoles Terencio Papiano?

Por cierta palabra que hubo de pronunciar más alto la pianista, comprendí que se estaban ocupando en mi persona. Acerquéme más a la persiana y agucé todavía más el oído. Aquel sujeto mostrábase enojado por las noticias que seguramente le habría dado de mí la pianista; ésta procuraba ahora serenarlo.

—¿Es rico? —preguntó el hombre, una vez en el curso del coloquio.

Y la pianista repuso:

—No lo sé a punto fijo..., aunque lo parece. Porque él vive sin hacer nada...

—¿Y está en casa siempre?

—¡Ca, no! Además, ya lo verás mañana...

Dijo exactamente así: *verás*. Luego lo tuteaba.

Luego el tal Papiano, que no podía ser otro el sujeto, era amante de la señorita de Caporale. Pero entonces, ¿cómo me había estado haciendo aquella tantos arrumacos?

Subió de punto mi curiosidad; pero cual si lo hicieran adrede, ellos bajaron todavía más la voz. No pudiendo ya valerme del oído, apelé a la vista. Y pude comprobar que la solterona le tenía puesta una mano en el hombro a su interlocutor, el cual no tardó en apartarla con malos modos. —Pero ¿cómo podía yo evitarlo? —exclamó la pianista, alzando un poco la voz con desesperación intensa—. ¿Quién soy yo ni qué represento en esta casa?

—Anda y llama a Adriana ordenó el otro con imperio.

Al oír el nombre de Adriana pronunciado en aquel tono, apreté yo los puños y sentí que la sangre se me alborotaba.

—Está durmiendo —dijo la pianista.

A lo que el otro, hosco y amenazador, repuso: —Bueno, pues ve y despiértala enseguida. No sé cómo me contuve para no abrir con furia la ventana.

El esfuerzo que hice para imponerme aquel freno hizo que por un momento volviese en mí; las mismas palabras que acababa de pronunciar con tanta desolación la pobre pianista se me vinieron a los labios: «¿Qué soy yo ni qué represento en esta casa?»

Apartéme de la ventana. Pero al momento recordé la disculpa de que me traían a mí en boca aquellos dos personajes, que hablaban de mí, y que el tipo aquel quería todavía interrogar, por lo visto, a Adriana; así que yo tenía el deber de averiguar y poner en claro cuáles eran sus condiciones y sentimientos para conmigo.

Pero la facilidad con que admití aquella disculpa por la indelicadeza que cometía espiando y fisgando a hurtadillas, dióme a entender y dejóme traslucir que si yo echaba por delante lo de mi interés personal, hacía lo únicamente por no darme por enterado de aquel otro interés, más vivo, que otra personita me inspiraba en aquel instante.

Torné a mirar por los resquicios de la persiana. Ya no estaba la pianista en la azotea. El otro individuo habíase quedado solo y ahora se había puesto a mirar al río, con los codos sobre el pretil y la cara entre las manos.

Presa de una ansiedad loca, aguardé agachado, apretándome enérgicamente las rodillas con las manos, la llegada de Adriana a la azoteílla. Aquella larga espera no se me hizo ni pizca de pesada, sino que, por el contrario, hubo de procurarme una viva y creciente satisfacción, pues inferí de ella que Adriana resistíase a rendirse al imperio de aquel bellaco. Quizá la pianista la estuviese rogando con las manos juntas que acudiese a su llamada. Y el otro, en tanto, allí, en la azoteílla, esperaba comido del despecho. Llegué hasta hacerme la ilusión de que la solterona iba a venir a decirle a aquel tío que Adriana no quería levantarse. Pero no, que ya estaba allí.

Papiano salióle enseguida al encuentro.

—¡Váyase usted a acostar! —intimóle a la pianista—, que tengo que hablar con mi cuñada.

Obedeció la solterona, y entonces Papiano aprestóse a cerrar la puerta de comunicación de la azotea con el comedor.

—¡Eso no! —gritó Adriana, tendiendo un brazo hacia la puerta.

—Es que tengo que hablarte —saltó el cuñado con tono desabrido, esforzándose por bajar la voz.

—Pues habla de una vez. ¿Qué es lo que quieres decirme? —exclamó Adriana—. ¿Tanta prisa te corría, que no has podido aguardarte a mañana?

—No. ¡Tengo que hablarte ahora mismo! —replicó el otro, cogiéndola de un brazo y tirando de ella.

—Pues acaba, hombre —gritó Adriana zafándose airadamente.

Yo no pude contenerme ya y abrí la persiana. —¡Oh, señor Meis! —exclamó Adriana—. ¿Quiere usted hacer el favor de venir un momento?

—¡Allá voy, señorita! —respondí al punto.

El corazón dióme un brinco de alegría y de gratitud; de un salto me planté en el corredor; pero al salir, encontréme junto a la puerta de mi cuarto, casi acurrucado encima de un baúl, a un jovencito esmirriado, muy rubio, con una cara entre larga y muy descolorida, que abría como a

duras penas un par de ojos azules, muy lánguidos y bobalicones. Quedéme un momento sorprendido, mirándolo; luego pensé que sería el hermano de Papiano, y salí a la azotea.

—Señor Meis —díjome Adriana—, aquí le presento a mi cuñado Terencio Papiano, que acaba de llegar de Nápoles.

—¡Mucho gusto en conocerle! —exclamó aquél, descubriéndose.

Y, haciéndome una reverencia, estrechóme calurosamente la mano.

—Siento haber estado tanto tiempo ausente de Roma; pero estoy seguro de que mi cuñadita habrá sabido atenderle debidamente; ¿no es verdad? Si echase de menos alguna cosa, no tiene más que decirlo, ¿eh?... Si necesitase, por ejemplo, una mesa de escribir más grande... o algún otro mueble, díganoslo sin andar con ceremonias... Nosotros tenemos a gala el complacer a nuestros huéspedes...

—Gracias, gracias —repuse yo—; pero no me hace falta nada absolutamente.

—No tiene que darme las gracias, que ésa es nuestra obligación... Y si me necesita para alguna cosa, no tenga reparo en disponer de mí... pero, Adriana, hija mía, tú ya te habías acostado. Vuélvete a la cama, si quieres...

—¡Ya, para qué! —exclamó Adriana sonriendo con su acostumbrada melancolía—. Ya que estoy levantada...

Y se arrimó al pretil para mirar al río.

Comprendí que no quería dejarme solo con el cuñado. ¿Qué era lo que temía? Quedóse allí absorta, al parecer, en la contemplación del río, mientras el hombre, sin ponerse el sombrero, me hablaba de Nápoles, donde había tenido que estarse más tiempo del que pensaba, copiando infinitos documentos del archivo particular de la duquesa Teresa Ravaschieri Fieschi, *nuestra madre la duquesa*, como la llamaban todos, o *nuestro paño de lágrimas*, como en justicia debía llamarse; documentos de extraordinario valor, llamados a arrojar nueva luz sobre el fin del reino de las dos Sicilias, y principalmente sobre la figura de Cayetano Filangieri, príncipe de Satriano, que el marqués de Giglio, don Ignacio Giglio d'Auletta, con el cual estaba Papiano de secretario, proponíase ilustrar con una biografía prolija y veraz. Veraz, por lo menos, en cuanto se lo consintiera su fidelidad y adhesión a los Borbones.

Parlaba por los codos. Saltaba a la vista que se escuchaba a sí mismo, complaciéndose en aquella verborrea, empleando expresiones de folletín por entregas y recalcando sus palabras con risas y gestos oportunos. Yo le escuchaba sin pestañear, asintiendo de vez en cuando con la cabeza a lo que decía, y echando alguna que otra furtiva mirada a Adriana, que seguía absorta en la contemplación del río.

—¡Claro! —exclamó Papiano con voz de barítono—. ¡Como que el marqués de Giglio d'Auletta es un partidario de los Borbones y un clerical de tomo y lomo! Y haber de servirle yo de secretario... yo, que... (tengo que andar con tapujos para decirlo hasta en mi misma casa); yo que todas las mañanas lo primero que hago es saludar con la mano la estatua de Garibaldi en el Janículo. ¿No la ha visto usted? Desde aquí se divisa admirablemente. Yo me quedaría ronco de gritar: “¡Viva el veinte de septiembre!” ¡Le digo a usted...! Aunque, por lo demás, el marqués es una bellísima persona, sólo que reaccionario a machamartillo... ¡Qué vamos a hacerle! Todo por el cocido. ¡Le juro a usted que algunas veces me entran unas ganas de escupirle! Y de rabia de no poder hacerlo, se me forma en la garganta un nudo que me ahoga... Pero ¡qué hemos de hacerle! ¡El cocido!

Encogióse por dos veces de hombros, levantó los brazos y se aporreó los muslos.

—Oye, tú, Adrianita —exclamó luego, llegándose a la joven y ciñéndole el talle con ambas manos—. Anda, vete a acostar; ya es tarde. Y este caballero tendrá sueño.

Delante de la puerta de mi cuarto estrechóme la mano Adriana con inusitada energía. Yo, al quedarme solo, tuve algún tiempo cerrado el puño como para prolongar la presión de su mano. Toda la noche me la pasé cavilando y dándoles vueltas en el magín a mil pensamientos. La ceremoniosa hipocresía, el zalamero y locuaz servilismo de aquel tipo y su mala índole eran tales como para hacerme intolerable la permanencia en aquella casa, en la cual —no había duda— quería mandar como amo y señor, aprovechándose de la bonachería del suegro. ¡Quién sabe qué mañas emplearía a ese fin! Podía figurármelo, al ver la facilidad con que cambiara radicalmente de actitud en mi presencia. ¿Pero por qué vería con tan malos ojos el que yo viviese en la casa? ¿Por qué no sería yo para él un huésped como cualquier otro? ¿Qué sería lo que la pianista le había contado de mí? ¿Podía él seriamente sentir celos de mí por culpa de aquella estrambótico amante? ¿O tendrían sus celos otro origen? Aquella su manera de proceder, arrogante y recelosa; el modo como echó de la azotea a la pianista para quedarse a solas con Adriana, a la que al principio interpelara con tanta violencia; la rebeldía de la joven y su oposición a que cerrara la puerta; la turbación de que daba muestras cada vez que se le mentaba a su cuñado ausente, todo eso corroboraba para mí la odiosa sospecha de que el tal cuñadito tenía sus miras particulares sobre ella.

Pero, aunque así fuere, ¿por qué me devanaba yo tanto los sesos? ¿No era dueño, al fin y al cabo, de irme de aquella casa en cuanto el tal Papiano me resultara molesto? ¿Quién me sujetaba allí? Nadie. Sólo que con ternísima complacencia recordaba luego que Adriana había me llamado desde la azoteilla como implorando mi protección, y que al despedirse me había apretado muy fuerte la mano...

Había dejado abierta la persiana. Y en su vano dejóse ver de pronto la luna, ni más ni menos que si hubiera querido fisgarme y cogermelo desvelado todavía en la cama para decirme:

—¡Estoy al cabo de la, calle de todo, rico! Y tú, ¿no lo estás?... ¿De veras?...

12.

El ojo y Papiano

—¡La tragedia de Orestes en un teatrillo de fantoches! —vino a anunciarme el señor Paleari —. Fantoches automáticos, de nueva invención. Esta noche, a las ocho y media, en la calle del Prefetti, número cincuenta y cuatro. Sería cosa de ir allá. ¿No le parece, señor Meis?

—¿La tragedia de Orestes?

—¡La misma! *Doña Apres Sophocle, dice* el prospecto. Supongo que será la *Electra*. Y oiga usted la idea tan peregrina que se me ha ocurrido. Si en el momento culminante, es decir, cuando el fantoche que representa a Orestes está a punto de vengar en Egisto y en su madre la muerte del padre, se abriese una brecha en el cielo de papel del teatrillo, ¿qué pasaría? Diga usted.

—No atino —respondíle, encogiéndome de hombros.

—Pues es muy fácil, señor Meis. Pasaría que Orestes se quedaría terriblemente desconcertado a la vista de aquel desgarrón del cielo.

—¿Y por qué?

—Déjeme hablar. Orestes seguiría animado de sus impulsos de venganza, y con delirante afán querría ponerlos por obra; pero, a pesar suyo, se le irían los ojos tras de aquel agujero, por el cual bajarían ahora a la escena toda suerte de malos influjos, y al pobre concluirían por caerse los brazos. Es decir, que Orestes se convertiría en un Hamlet. Toda la diferencia entre la tragedia antigua y la moderna consiste en eso; no le dé usted vueltas, señor Meis: en una brecha abierta en un cielo de papel.

Y después de endilgarme ese razonamiento, fuese, arrastrando sus chanclas. Desde las brumosas cumbres de su abstracción, dejaba caer así de cuando en cuando el señor Paleari, en forma de aludes, sus peregrinos pensamientos. La razón, el nexos y oportunidad de los mismos quedábanse allá arriba, en las nubes, y esa era la causa de que sus oyentes se quedasen con frecuencia en ayunas de lo que quería decir.

La imagen del fantoche de Orestes, desconcertado a vista de aquel desgarrón del cielo, quedóseme, sin embargo, grabada para largo rato en la memoria. Hubo un momento en que suspiré: «¡Dichosos los fantoches, sobre cuyas cabezas de palo se conserva el cielo tan lisito! ¡Ni perplejidades angustiosas, ni timideces, ni estorbos, sombras o piedad! ¡Nada! Y pueden aguardar tranquilamente a cobrarle afición a su comedia, y a quererse y estimarse a sí propios, sin jamás sufrir vértigos ni mareos, ya que ese cielo es un techo proporcionado a su estatura y sus acciones.»

«Y el arquetipo de estos fantoches, mi querido don Anselmo —seguí pensando—, en su misma casa lo tiene usted, en la persona de su indigno yerno Papiano. ¿Quién más pagado que él de ese cielo de papel, tan bajito, que tiene encima, cómoda y plácida mansión de ese Dios proverbial, de manga ancha, pronto siempre a hacer la vista gorda y echar la absolución; de ese Dios que repite soñoliento a cada bellaquería: «Ayúdate, que Yo te ayudo»? Y no cabe negar que sí que le ayuda en todas formas a su Papianito. La vida le resulta a éste un juego de habilidad. ¡Y cómo disfruta metiéndose en camisa de once varas! ¡Y qué alegre, y bullidor, y dicharachero es el tal Papiano de mis culpas!» Frisaba Papiano en los cuarenta, y era alto de estatura y doblado de miembros; un poco calvo; con unos bigotazos entrecanos, que le arrancaban de la misma nariz, de temblonas aletas; y tenía los ojos grises, agudos y vivarachos, como las manos. Lo veía todo, y todo lo tocaba. Mientras estaba, por ejemplo, hablando conmigo, notaba, no sé por qué artilugio,

que Adriana andaba detrás de él, ocupada en limpiar y volver a su sitio algún objeto de la habitación, y en seguida exclamaba: “¡Usted perdone!”

Y derecho como una flecha, íbase a Adriana y le quitaba de las manos lo que fuera: —No, hija. Esto se hace así.

Y lo limpiaba él, y volvía a colocarlo en su sitio; y luego venía y seguía hablándome como si tal cosa.

Otras veces advertía que su hermano, que padecía de convulsiones epilépticas, estaba con el aura, y en seguida corría a auxiliarlo, y la emprendía con él, dándole sopapos en los carrillos y papirotazos en la punta de la nariz:

—¡Escipión! ¡Escipión!

O se ponía a soplarle en la cara, hasta que el otro volvía en sí.

¡Quién sabe cuánto me hubiera divertido en aquella casa, de no haberse atravesado por medio aquel maldito secreto de mi personalidad!

El condenado de Papiano hubo de olérselo desde el primer día; y desde aquel punto y hora empezó a tratarme con muchos miramientos y empleando unas atenciones que iban todas encaminadas a tirarme de la lengua. Yo di en la flor de figurarme que cada palabra suya, hasta la más inocente, era un pretexto para hacerme hablar, un lazo que me tendía. No quería, sin embargo, dejar traslucir la menor desconfianza, por no dar pábulo a sus sospechas; pero, a pesar de todo, no podía disimular por completo la contrariedad que me causaba aquella manera que él tenía de tratarme, cual oficioso espía.

Esa contrariedad procedía también de otras dos causas internas y secretas. Era una el que yo, con todo y no haber cometido nunca una mala acción ni héchole a nadie el menor daño, tenía que andar siempre con escama y recelo, como si no tuviera la conciencia tranquila. La otra no quería confesármela ni a mí mismo, y por eso, precisamente, me irritaba más y sacaba de quicio a la sordina.

—¡Vamos, hombre! ¡No seas, idiota! Despeja el campo y quítate de encima a ese moscón.

Pero no despejaba el campo; no me iba, porque no podía irme.

Aquella lucha que sostenía conmigo mismo por no darme por enterado de lo que por Adriana sentía, impedíame recapacitar sobre las consecuencias de mi anormalísima posición frente a tal sentimiento. Y me estaba las horas muertas en perplejo, comido de tedio y de asco de mí mismo, mejor dicho, en un continuo orgasmo, por más que procurase disimularlo y hasta mostrarme alegre.

Aun no había logrado sacar nada en claro de lo que descubriera aquella noche escondido tras la persiana. Parecíame que la mala impresión que de mi persona recibiera Papiano por los informes de la pianista se hubiera desvanecido al conocerme. Ciertamente que no me dejaba en paz, molestándome cuanto podía; pero hacíalo como si no tuviese más remedio, y no con la secreta intención de botarme de la casa, sino todo lo contrario. ¿Qué andaría urdiendo? Desde su regreso, había vuelto Adriana a las melancolías y esquiveces de marras. La pianista hablábale de usted a Papiano delante de la gente, pero él, en cambio, tuteábala con la mayor frescura delante de todo el mundo; y hasta llegaba a llamarla algunas veces *Rea Silvia*; yo no sabía cómo interpretar aquella manera que tenía de tratarla, entre confianzudo y burlón. Ciertamente que aquella desventurada no merecía mucho respeto por el desorden de su vida; pero no el ser tratada de aquel modo por un tío que no tenía nada que envidiarle.

Una noche —hacía luna llena y parecía de día— hube de verla desde mi ventana, solita y triste, en la azoteilla, donde ahora sólo nos reuníamos ya de tarde en tarde y no con el gusto que

antes, debido a la presencia de Papiano, que no dejaba hablar a nadie, haciendo él todo el gasto. Movido de la curiosidad, se me ocurrió ir allá y sorprenderla en aquel instante de abandono.

Como de costumbre, encontréme en el corredor, pegado a la puerta de mi cuarto y hecho un ovillo encima del baúl, al hermano de Papiano, de la misma conformidad que lo viera la vez de marras. ¿Era que había plantado allí sus reales, o que su hermanito le mandaba que se apostase allí para espiar mis pasos?

La pianista estaba llorando como una Magdalena en la azoteílla. A lo primero no quiso franquearse conmigo, diciéndome que tenía un jaquecazo terrible. Pero luego, como adoptando una determinación repentina, volvió la cabeza y mirándome de hito en hito, tendióme la mano y me preguntó:

—¿Es usted mi amigo?

—Si usted quiere hacerme ese honor... —respondíle, inclinándome.

—Gracias. ¡No me venga con cumplidos, por favor! ¡Si usted supiese qué necesidad tengo en este instante de un amigo, de un verdadero amigo! ¡Usted debería comprenderlo, ya que es solo como yo! ... ¡Pero usted es hombre! ¡Si usted supiese!..., ¡si usted supiese! ...

Mordió el pañolito que tenía en la mano para no llorar, y como le fallase el intento, cogió el pañuelo y se puso a hacerlo trizas, con rabia. —¡Mujer, fea y vieja! —exclamó—. ¡Tres desgracias para las que no hay remedio! ¿Por qué no me llevará Dios?

—Cálmese usted, Silvia —roguéle consternado—. ¿Por qué se pone así?

No acerté a decirle otra cosa.

—Pues porque... —saltó ella, pero se detuvo de pronto.

—Hable usted —díjale, animándola—. Si tiene necesidad de un amigo...

Se llevó a los ojos el pañolito hecho jirones, y...

—¡De lo que yo tengo más necesidad es de que Dios me haga el favor de llevarme! —gimió con tan profundo e intenso desaliento, que a mí se me hizo un nudo en la garganta.

Jamás olvidaré la mueca dolorosa de aquella boca marchita y desairada al proferir tales palabras, ni tampoco el temblor de su barbilla, erizada de algunos pelos negros.

—¡Pero ni Dios quiere nada conmigo! —continuó la solterona—. ¡Usted perdone, señor Meis! Pero ¿qué ayuda podría usted prestarme? Ninguna. A lo sumo, un poquito de compasión. Soy huérfana y no tengo más remedio que seguir aquí, aunque me traten como a...; quizá lo habrá usted notado. ¡Y no tienen derecho a tanto!, ¿sabe usted? Porque no vaya usted a creer que me dan ninguna limosna...

Y al llegar a este punto, contóme la pianista lo de las seis mil liras que le había timado Papiano y que ya referí más atrás.

Por más que no dejaran de interesarme las cuitas de aquella desgraciada, no era eso lo que yo quería saber de sus labios. Y aprovechándome —lo confieso— de la excitación en que se encontraba, quizá por haberse ido de la mano en el vino, aventuréme a preguntarle:

—Usted dispense, Silvia; pero ¿por qué le dio usted ese dinero?

—¿Que por qué? —y apretó con rabia los puños—. ¡Verá usted qué doble perfidia! Se lo di para demostrarle que había comprendido lo que quería de mí. ¿Lo entiende usted? En vida todavía de la mujer, ese mal hombre...

—Comprendido.

—¡Figúrese usted! —continuó ella con vehemencia—. La pobre de Rita...

—¿Su mujer?

—Sí; Rita, la hermana de Adriana... Llevaba dos años enferma, entre la vida y la muerte... Figúrese usted si yo... Pero aquí todos saben cómo me porté; lo sabe Adriana, y por eso me quiere como me quiere la pobrecilla. Pero ¿cómo me veo yo ahora? Por su culpa he tenido que vender hasta el piano, que era para mí... todo, como usted comprenderá, ¡no sólo porque me hacía falta para ganarme el pan, sino porque yo hablaba con el piano! Siendo todavía una niña, en la Academia, ya componía yo música, y después, con el título, seguí componiéndola; ahora es cuando ya le di de lado. Pero cuando aún tenía el piano seguía componiendo para mí sola, improvisando... ; así me desahogaba el alma... Me embriagaba hasta rodar al suelo, muchas veces, sin conocimiento... Ni yo misma sé lo que en esas ocasiones me brotaba de dentro; yo y el piano éramos una sola cosa, y no eran ya mis dedos los que hacían vibrar las teclas, sino mi alma entera la que lloraba y daba gritos. Baste decirle a usted que una noche —era cuando yo vivía con mi mamá en un entresuelo— junté gente en la calle, y que al final me dio el público una ovación. ¡A mí me entró hasta miedo!

—Usted dispense, Silvia —propúsele entonces por consolarla de algún modo—. ¿No se podría alquilar un piano? A mí me gustaría tanto, tanto, oír música, y si usted...

—No —atajóme ella—. ¡Qué voy a tocar yo ya! Eso se acabó para mí. Ahora aporreo de cualquier manera las teclas, acompañando unas canciones vulgares, sin pizca de alma... Para mí se acabó ya la música...

—Pero el señor Papiano —aventuréme a preguntarle de nuevo— ¿no le ha prometido a usted devolverle esa cantidad?

—¿El? —exclamó con airado temblor la pianista—. ¿Quién se lo ha pedido tampoco? Aunque sí, ahora me dice que me lo devolverá, pero si yo le ayudo... ¡Ya! Quiere que le ayude yo precisamente... Y ha tenido el descaró y la frescura de decírmelo en mi cara...

—¿Que le ayude? ¿Y en qué?

—Pues en otra perfidia. ¿No cae usted? Pero sí; ya veo que ha caído.

—¿Adri..., Adriana? —balbuceé.

—Eso mismo. Y quiere que yo la convenza. ¡Yo! ¿Comprende usted? ¿Para que se case con él?

—¡Naturalmente! ¿Y sabe usted por qué?

Pues porque tiene, o mejor dicho, debería tener la pobrecilla doce mil liras de dote; es decir, la dote de su difunta hermana, que Papiano está en la obligación de devolverle al señor Paleari, ya que Rita no dejó hijos. No sé qué enredo ha tramado, que ha pedido un año de plazo para hacer la restitución. Y ahora se cree el infame que yo... Pero..., ¡chitón! que viene Adriana.

Ensimismada y más arisca que de costumbre, llegóse a nosotros Adriana; echóle un brazo a la cintura a la pianista y a mí dedicóme un ligero saludo. Después de aquellas confidencias, sentía yo ahora una violenta indignación al verla tan dócil y cuasi esclava de la odiosa tiranía de aquel tunante. Pero a poco dejóse ver en la azotea, como una sombra, el hermanito de Papiano. —Ahí lo tienes —díjole la pianista por lo bajo a Adriana.

Esta cerró los ojos, sonrió amargamente, movió la cabeza y se fue de la azotea, diciéndome:

—Con su permiso, señor Meis. ¡Buenas noches!

—Es su sombra —díjome al oído la pianista, señalando al epiléptico.

—Pero ¿a qué le tiene miedo, Adriana? —exclamé yo, impelido de la rabia—. ¿No comprende que con su conducta le da alas al otro para que se ensoberbezca y la tiranice? Mire usted, Silvia; le confieso que tengo mucha envidia a esas criaturas que aman la vida, y hasta las

admiro. Entre quien se resigna a hacer el papel de víctima y quien, aunque sea empleando la violencia, aspira a erigirse en tirano, mis simpatías están con el último.

La pianista notó la animación con que yo me había expresado, y con aire retador me dijo:

—¿Y por qué, entonces, no prueba usted a rebelarse el primero?

—¿Yo?

—Sí; usted, usted mismo —insistió ella, mirándome a los ojos.

—Pero ¿qué pito toco yo en todo esto? —respondí—. La única forma en que yo podría rebelarme sería yéndome de aquí con la música a otra parte.

—Sí; pero quizá sea eso precisamente lo que no quiere Adriana —concluyó maliciosamente la pianista.

—¿No quiere que yo me vaya?

La pianista ondeó en el aire el pañolito hecho jirones, y luego se lo enroscó a un dedo, suspirando:

—¡Quién sabe!

Yo me encogí de hombros.

—¡Me voy a cenar! —díjele; y la dejé en la azotea.

Para empezar, aquella noche mismo, al pasar por el corredor, paréme ante el baúl donde estaba otra vez acurrucado Escipión, y le dije:

—Usted dispense, pero ¿no tiene otro sitio más cómodo donde sentarse? ¿No ve que aquí me estorba el paso?

El me miró con unos ojos lánguidos e inocentes.

—¿No ha oído? —insistí yo, zarandeándolo por un brazo.

Pero ¡que si quieres! ¡Como si se lo hubiera dicho a la pared! Pero en aquel momento abrióse la puerta del fondo del corredor y dejóse ver Adriana.

—Señorita —le dije—, haga usted el favor de hacerle comprender a este desgraciado que podría irse a sentar a otra parte.

—Es un enfermo —repuso Adriana disculpándolo.

—Pues por eso mismo —repliqué yo—, aquí no está bien; no hay aire.... y, además, estará incómodo encima del baúl... ¿Quiere usted que se lo diga yo a su hermano?

—No, no —apresuróse a responderme ella—; se lo diré yo.

—Comprenderá usted —añadí— que no soy, por desgracia, ningún rey para tener centinela a la puerta.

A partir de aquella noche perdí ya el dominio de mí mismo, y empecé a combatir abiertamente la timidez de Adriana; cerré los ojos y abandonéme, sin pensarlo más, al torrente de mis sentimientos.

¡Pobre madrecita! A lo primero parecía como cogida entre dos fuegos, suspensa entre el temor y la esperanza. No se decidía a fiar en esta última, adivinando que yo obraba movido del despecho; pero, al mismo tiempo, comprendía yo que sus miedos nacían de la esperanza, hasta entonces secreta y como inconsciente, de no perderme a mí; y por eso, dando pábulo a aquella su esperanza, con mi proceder resuelto, no lograba, sin embargo, que ella depusiese por completo sus temores.

Su delicada indecisión y su honesta reserva fueron causa de que yo pudiera ahondar en el análisis de mis sentimientos y de que, por lo tanto, me empeñase más en mi tácita lucha con Papiano.

Aguardaba yo que éste me hiciese cara desde el primer día, prescindiendo de sus acostumbrados cumplidos y miramientos. Mas no fue así, sino que lo que hizo fue retirar al hermano de su centinela y hasta bromear conmigo sobre la actitud de cortedad y aturdimiento que Adriana observaba en mi presencia.

—Compadézcala usted, señor Meis; mi cuñadita es tan remilgada como una monja.

Su mansedumbre y frescura diéronme en qué pensar. ¿Adónde iría a parar el tal Papiano?

Una noche vímelo entrar en casa con un sujeto que daba golpes con el bastón en el suelo, como si, por llevar los pies calzados en zapatos de paño, que no hacían ruido alguno, quisiera convencerse, armando aquel estrépito con el bastón, de que andaba.

—¿Adónde está mi querido pariente? —empezó a gritar con marcado acento turinés, sin quitarse de la cabeza el sombrero de alas levantadas, que llevaba calado hasta los ojos, unos ojillos entornados de borrachín, ni tampoco de la boca aquella pipa, en la cual parecía recocerse la nariz, una nariz todavía más coloradota que la de la pianista.

—Aquí lo tiene usted —dijo Papiano, señalando hacia mí; y luego, encarándose conmigo, añadió—: Don Adriano, ¡vea qué grata sorpresa le traigo! A don Francisco Meis, de Turín, pariente suyo.

—¿Pariente mío? —exclamé yo turulato.

El presunto pariente abrió los ojos, levantó en el aire una garra como de oso y túvola un rato en suspenso, esperando que yo se la estrechase.

Yo lo dejé en esa actitud, en tanto le contemplaba; y luego pregunté:

—¿Se puede saber a qué viene esta comedia?

—No es comedia, señor Meis —exclamó Terencio—; aquí, don Francisco, me ha asegurado que es pariente suyo...

—Primo —recalcó aquél sin abrir los ojos...—. Todos los Meis somos parientes.

—¡Pero yo no tengo el gusto de conocerle a usted! —protesté.

—¡Esa sí que es buena! —saltó el turinés—. ¡Pues por eso precisamente he venido a verle!

—¿Meis? ¿Y de Turín? —pregunté yo, fingiendo hacer memoria—. ¡Pero si yo no soy de Turín!

—¡Cómo! Usted dispense —terció Papiano; pero, si no recuerdo mal, usted me dijo que hasta la edad de diez años se había criado en Turín.

—¡Claro! —exclamó el presunto pariente, llevando muy a mal que se pusiese en tela de juicio lo que para él era cosa certísima—. ¡Somos primos! Aquí este caballero... ¿Como es su gracia?

Terencio Papiano, para servir a usted.

—Bueno; pues aquí, don Terencio, díjome que tu padre se había ido a América. ¿Qué más necesitaba yo oír para comprender en seguida que eres el hijo de Antonio, el que se fue a América? Así que somos primos.

—¡Pero si mi padre se llamaba Pablo! ...

—¡Qué había de llamarse Pablo, hombre! ¡Te digo que se llamaba Antonio!

—Y yo le repito a usted que se llamaba Pablo, Pablo, ¿lo oye usted bien? ¡A ver si va usted a saberlo mejor que yo!

El otro se encogió de hombros e hizo una mueca.

—A mí me parecía que se llamaba Antonio —dijo, acariciándose la quijada, donde le apuntaba una barbaza de cuatro días lo menos, casi enteramente cana—; pero, en fin, no te quiero porfiar; dejémoslo en Pablo. Yo no lo recuerdo bien, porque no llegué a conocerle.

¡Pobre hombre! Tenía más motivos que yo para saber cómo se llamaba aquel tío suyo que se había ido a América; y, sin embargo, conformóse con lo que yo le decía, empeñado a todo trance en ser pariente mío. Contóme que su padre, el cual se llamaba Francisco, como él, y era hermano de Antonio..., esto es, de Pablo, mi padre, había salido de Turín de edad de siete años, y hecho vida errabundo, sin pasar nunca de empleadillo de mala muerte. Esa era la razón de que él no supiese gran cosa de sus parientes, paternos o maternos; aunque, a pesar de todo estaba muy seguro de ser mi primo.

Pero y a mi abuelo ¿no lo había conocido tampoco? Se lo pregunté, y sí lo había conocido, aunque no recordaba bien si en Pavía o en Piacenza.

—¡Ah, sí! ¿Conque lo conoció usted? ¿Y cómo era? Pues era... ¡Nada que no se acordaba!

—¡Como han pasado ya sus treinta años! ...

No parecía que procediese de mala fe; más bien hacía el efecto de un desventurado que hubiese echado su alma al vino para hacerse más llevadero el peso de la pobreza. Bajaba la cabeza, con los ojos cerrados, asintiendo a cuanto yo le decía por divertirme; seguro estoy que si le hubiera dicho que nos habíamos criado juntos y que no pocas veces le senté la mano, hubiera dicho también que sí. Lo único que no consentía que yo pusiera en duda era el parentesco; sobre este particular mostrábase intransigente; lo había acordado así y no admitía réplica.

Sin embargo, al mirar a Papiano y verlo que también se sonreía del pobre hombre, quitáronseme las ganas de embromarlo. Y despedílo, diciéndole:

—¡Vaya usted con Dios, querido primo!

Y preguntéle a Papiano, mirándolo bien a los ojos, para darle a entender que yo no era hombre capaz de aguantar bromas:

—¿Quiere usted decirme de dónde ha sacado usted ese majagranzas?

—Usted dispense, don Adriano —exclamó aquel lioso, al que, a pesar de todo, no podía negársele cierta genialidad—. Comprendo que no he estado feliz...

—¡Pero si usted lo está siempre! —exclamé yo. —No; comprendo que no le ha hecho a usted gracia. Pero crea usted que todo ha sido obra de la casualidad. Mire usted: esta mañana tuve yo que ir al Negociado de Contribuciones, por encargo de mi jefe, el marqués. Y estando allí oigo que llaman a gritos: “¡Señor Meis! ¡Señor Meis!” Me vuelvo creyendo que sería usted, que habría ido allí a algún asunto, y que quizá pudiese yo servirle a usted de algo. Pero al volver la cabeza encontréme con ese individuo tan estafalarío; y... por curiosidad, más que por nada, lleguéme a él y preguntéle si de veras se llamaba Meis y que de dónde era, pues yo tenía el honor y el placer de hospedar a un señor Meis en mi casa... Ese fue el motivo de todo..., pues el majagranzas, como usted dice muy bien, salió asegurándome que usted debía de ser pariente suyo y que quería venir a saludarle...

—¿Y dice usted que fue en el Negociado de Contribuciones?

—Sí, señor; está empleado allí de agente auxiliar...

¿Debía darle crédito? Quise cerciorarme por mí mismo; y, efectivamente, era verdad. Pero no lo era menos que Papiano, escamado, mientras que yo quería cogerlo de frente para desarmar sus secretos manejos, huíame el bulto y se ponía a hurgar en mi pasado, para acometerme por la espalda. Conociéndolo a fondo, como lo conocía, sobrabanme las razones para temer que, habiéndose puesto a ventear los aires, no diese luego con ellos; y, ¡ay de mí!, como lograrse atinar con el más ligero rastro, ya no lo dejaría hasta parar en el molino de *La Cabaña*.

Figuraos, pues, mi espanto cuando, de allí a pocos días, estando yo en mi cuarto leyendo, hirió mis oídos desde el corredor, como desde el otro mundo, una voz que aún perduraba viva en mi memoria:

—*¡Agradeció Dios, antes, que me la son levada de sobre!*

¿El español de marras? ¿Aquel españolote barbudo que conociera en Montecarlo, que se empeñó en que había de jugar a medias conmigo, y con el cual acabé riñendo en Niza?... ¡Dios santo! ¡Nada, que ya había Papiano dado con la pista!

Púseme en pie de un brinco, apoyándome en la mesita para no caer, por efecto de la angustiada sorpresa; atónito, casi aterrado, agucé el oído, con ánimo de poner pies en polvoroso no bien los dos —Papiano y el español—, porque él era, no había duda —lo había visto en su voz—, atravesasen el pasillo. ¿Huir? ¿Y si Papiano, al entrar, le había preguntado a la criada si estaba yo en casa? ¿Qué hubiera pensado de mi fuga? Pero, por otra parte, ¿y si ya sabía que no era yo Adriano Meis? Calma, hombre, calma. ¿Qué noticias podía tener acerca de mi persona el español? Que me había visto en Montecarlo. Bueno; pero ¿me había dado yo a conocer a él con el nombre de Matías Pascal?... Quién sabe... Ya no recordaba...

Encontréme de pronto ante el espejo, sin advertirlo, como si alguien me hubiese llevado de la mano. Miréme en él. ¡Aquel condenado ojo! Quizá por su culpa me conociese el español. Pero ¿cómo diablos había podido Papiano llegar a seguirme las huellas hasta la aventura de Montecarlo? Esto era lo que más me maravillaba. Y ¿qué hacer a todo esto? Nada. Esperar que— sucediese lo que estuviera escrito.

No sucedió nada. Y, sin embargo, estuve muerto de miedo todo aquel día, y ni siquiera se me pasó el susto por la noche, cuando Papiano, explicándome el misterio, para mí insoluble y terrible de aquella visita, puso de manifiesto ante mis ojos que no era que anduviese husmeando en el rastro de mi vida anterior, sino que la casualidad, de la que ya llevaba yo tiempo gozando los favores, había querido jugarme otra trastada, poniendo en mi camino a aquel condenado español, que quizá no se acordase ya, después de todo, de mi nombre y estampa.

Según lo que Papiano me contó de él, no tenía yo más remedio que tropezármelo al ir a Montecarlo, pues era jugador de profesión. Ni tampoco era extraño que ahora me lo encontrase en Roma, o más bien que al venir yo a Roma me lo encontrase en una casa donde también él tenía entrada. Seguramente, de no haber andado yo con aquella escama, no me hubiera parecido tan peregrino el lance, pues ¿cuántas veces no nos ocurre darnos de manos a boca inopinadamente con alguna persona que conocimos en otro sitio, sin que en ello intervenga otra cosa que la casualidad? Aparte esto, él tenía, o creía tener, sus razones para venir a Roma y visitar a Papiano. La culpa era mía, o mejor dicho, del azar, que me había puesto en el caso de afeitarme y mudar de nombre.

Unos veinte años atrás, la hija única del marqués de Giglio d'Auletta, cuyo secretario era Papiano, había contraído matrimonio con don Antonio Pantogada, agregado a la Embajada de España cerca de la Santa Sede. A raíz de la boda, la Policía hubo de encontrar en un garito a Pantogada en unión de otros aristócratas de Roma, por lo que el Gobierno español apresuróse a llamarlo a Madrid. Allí, lejos de enmendarse, Pantogada hizo aún cosas más gordas, teniendo, al fin y al cabo, que abandonar la carrera diplomática. A partir de aquel momento, el marqués d'Auletta no tuvo ya un minuto de reposo, viéndose obligado a mandarle continuamente dinero y dinero para que pagase sus trampas del tapete verde, que el español era lo que se llama un punto fuerte, de la clase de los incorregibles. Hacía cuatro años que había muerto la esposa de Pantogada, dejando una hijita de unos dieciséis años, de la que el marqués había querido hacerse

cargo, para evitar que cayese en las manos de su despreocupado yerno. Pantogada había porfiado para quedarse él con la niña; sino que luego, apremiado de urgente necesidad de dinero, había consentido en dejársela al marqués. Ahora se dedicaba a amenazarle continuamente con quitarle la niña, y con tal propósito había venido a Roma, a fin de darle otra buena arremetida a los caudales del suegro, segurísimo como estaba de que aquél consentiría en todo antes que separarse de su nieta Pepita, a la que quería con locura.

Papiano condenaba con palabras de fuego el indigno proceder de Pantogada. Su generosa cólera era verdaderamente sincera. Y en tanto le oía, no podía yo menos de admirar el privilegiado temple de su conciencia, que, con todo, e indignarse así, con tanto calor, ante las truhanerías de los demás, permitíale a él luego cometerlas iguales o poco menos, con la mayor frescura, en detrimento del pobre de Paleari, su suegro. A todo esto, el marqués de Giglio resistía. De ahí que Pantogada hubiese prolongado su estancia en Roma y venido a ver a su casa a Terencio Papiano, con el cual debía de hacer muy buenas migas. De suerte que el día menos pensado había de darme yo de manos a boca con el español. ¿Qué hacer?

No pudiendo aconsejarme con nadie, aconsejéme con el espejo. Y la imagen del difunto Matías Pascal, saliendo del fondo del espejo como si surgiese del fondo de la presa del molino, con aquel ojo que era lo único que de él me quedaba, hablóme así:

—¿En qué escollo tan peligroso has venido a dar, Adriano Meis? Confiesa que le tienes miedo a Papiano. ¿O querrías echarme la culpa a mí, sólo por haber reñido en Niza con el español? De sobra sabes que tenía razón para acabar por malas con él. Pero ¿te crees de verdad que todo puede arreglarse de momento con sólo que te borres del rostro hasta el último vestigio de mi persona? Pues entonces sigue el consejo de la señorita Caporale y vete a ver al doctor Ambrosini para que te ponga el ojo en su lugar. Luego..., ya verás más despacio lo que te conviene hacer.

13.

El farolillo

Cuarenta días a oscuras en mi cuarto.

Como salir, salió la operación a pedir de boca. Sólo que el ojo había de quedarme quizá un poco más grande que el otro. Paciencia.

Tuve ocasión de comprobar en mí mismo que el hombre, cuando sufre, se forma una idea muy particular del bien y del mal; es decir, del bien que los demás podrían hacerle, según él desea y pretende, como si el hecho de sufrir le confiriese derecho a una compensación; y del mal que él les puede hacer a sus semejantes, como si también para ello le autorizase el sufrimiento. Y en no haciéndoles los demás el bien como en cumplimiento de un deber, ya está acusándolos y disculpándose a sí mismo de cuanto mal pueda inferirles como investido de un derecho.

A los pocos días de aquella prisión ciega, el ansia, la necesidad de algún consuelo subió de punto en mí hasta rayar en la exasperación. Tenía presente, sí, que me hallaba en una casa extraña, y que, por lo tanto, debía estarles agradecidísimo a mis huéspedes por las atenciones delicadísimas que para conmigo tenían. Mas esas atenciones no llegaban a satisfacerme del todo, antes me enojaban, como si me las tuviesen por despecho. ¡Claro! Porque adivinaba de quién venían. Mediante ellas, dábame a entender Adriana que con el pensamiento estaba casi el día entero en mi cuarto; pero ¿de qué me servía ese consuelo, si yo, desvariando, la seguía con la calenturienta imaginación en sus idas y venidas por toda la casa? Sólo ella podía consolarme, y debía hacerlo, ya que estaba capacitada mejor que nadie para comprender cuánto tenía que pesar sobre mi alma el tedio y hasta qué punto había de consumirme el ansia de verla o, por lo menos, de sentirla a mi lado.

Y el tedio y las ansias, que me atosigaban, subían de punto con la rabia que me entrara al saber que Pantogada ya no estaba en Roma. Porque de haber yo sabido que iba a parar allí tan poco tiempo, ¡cualquier día me decido a estarme cuarenta días metido en mi cuarto, y a oscuras!

Con intención de consolarme, el señor Paleari se propuso demostrarme que la oscuridad era puramente imaginaria.

—¿Imaginario esto? —clamé yo.

—Tenga usted paciencia, y deje que me explique.

Y empezó a exponer—me —quizá también a modo de preparación y prólogo a las sesiones espiritistas que habían de celebrarse ahora en mi cuarto, con objeto de distraerme, empezó, digo, a exponerme una teoría suya, especialísima, que acaso pudiéramos bautizar con el nombre de *Farolillosofía*.

De cuando en cuando, el bueno del señor Paleari se interrumpía para preguntarme:

—¿Se duerme usted, señor Meis?

Y a mí me entraban tentaciones de responderle:

—Sí señor; estoy dormido. Muchas gracias.

Pero como en el fondo su intención era buena, no siendo otra que la de hacerme compañía, yo le replicaba que todo lo contrario; que le oía con mucha atención e interés y que hiciese el favor de seguir adelante.

Y haciéndolo así, el bueno de don Anselmo demostrábame que, por desgracia, no somos como el árbol que vive y no siente, y al que la tierra, el sol, el aire, la lluvia y el viento, no le parece que sean cosas que él no sea: cosas amigas u hostiles. A nosotros los mortales nos tocó en

suerte al nacer un triste privilegio: el de tomar como una realidad exterior a nosotros nuestro sentido interno de la vida, mudable y vario, según los tiempos y casos y según la fortuna.

Y este sentido de la vida precisamente era don Anselmo como un farolillo que cada lleva consigo encendido; un farolillo, gracias al cual vemos, perdidos, cómo andamos por el mundo y discernimos el bien y el mal; un farolillo que proyecta a nuestro alrededor un círculo de luz más o menos amplio y más allá del cual empieza la sombra negra, la sombra medrosa, que no existiría de no estar encendido el farolillo; pero que nosotros, a veces, no tenemos más remedio que creer verdadera, en tanto llevamos encendido el farolillo. Pero luego que éste se apague de un sople, ¿iremos a parar de veras en esa sombra ficticia? ¿Nos hundiremos en esa noche perpetua, después del caliginoso día de nuestra ilusión, o quedaremos más bien a la merced del Ser, que habrá ya roto las vanas formas de nuestra razón?

—¿Se ha dormido usted, señor Meis?

—Siga usted, don Anselmo; que estoy muy despierto y le escucho. Hasta me parece que veo el farolillo.

—Bueno, bueno... Pero puesto que tiene usted el ojo malo, no nos metamos muy adentro en filosofías, ¿eh?, y procuremos más bien seguir por pasatiempo a esas luciérnagas extraviadas, que vienen a ser nuestros farolillos en la lobreguez y oscuridad del humano destino. Empezaría por decir que los hay de todos colores —¿eh? ¿Qué tal?—, según el cristal que nos proporciona la ilusión, gran traficante en cristales de colores. Pero a mí me parece, señor Meis, que en ciertas épocas de la Historia, y lo mismo en ciertos períodos de la vida del individuo, podría determinarse el predominio de un color particular, ¿no es esto? Porque, efectivamente, en todas las épocas llega a establecerse entre los hombres cierta armonía de sentimientos que provee de luz y color a esos farolones que son los términos abstractos: *verdad*, *virtud*, *belleza*, *honor*, y qué sé yo cuántas cosas más... ¿Y no le parece a usted, por ejemplo, que fuese color de rosa el farolón de la virtud pagana? ¿Y de color violeta, color deprimente, el de la cristiana virtud? La luz de una idea común alimentase del sentimiento colectivo, que, en viniendo a faltar éste, podrá, sí, seguir en pie el farolón del término abstracto, pero la llama de dentro empezará a chisporrotear y a desmayar y a lanzar suspiros, cual suele ocurrir en todos esos períodos que llamamos de transición. Ni son tampoco raras en la historia ciertas ventoleras que apagan de golpe y porrazo todos los faroles. ¡Qué gusto! En la repentina oscuridad ármase entonces un revuelo de farolillos individuales indescriptible: éste tira hacia acá; el otro, hacia allá, los hay que retroceden y los hay que empiezan a dar vueltas de un lado para otro; ninguno atina ya con el camino; chocan unos con otros; agrúpanse por un momento en número de diez o de veinte; pero luego, no logrando ponerse de acuerdo, tornan a desperdigarse en gran confusión con angustiosa furia; igual que las hormigas cuando encuentran tapado el hormiguero por mano de algún niño cruel. Y para mí, querido señor Meis, que nos encontramos actualmente en uno de esos momentos históricos. ¡Gran oscuridad y gran confusión! Todos los farolones se apagaron. ¿Adónde debemos enderezar nuestros pasos? ¿Por ventura hemos de volver atrás? ¿En busca de las lucecillas sobrevivientes que los próceres muertos dejaron encendidas en sus tumbas? Recuerdo, a este propósito, una hermosa poesía de Nicolás Tommaseo:

La lamparilla mía

no cual Sol resplandece ni como incendio humea; no abrasa ni devora; mas como su llama tiende al cielo, de que vino.

Viva estará en mi tumba; ni la lluvia ni el viento ni el tiempo han de apagarla, y los que errantes pasen con su luz apagada, la encenderán en ella.

Pero ¿y si a nuestra lámpara le faltase el aceite sagrado que alimentaba la del poeta? No son pocos todavía los que van a la iglesia para proveer a sus farolillos del aceite necesario. Son, en su mayoría, pobres viejos y pobres mujeres, a los que la vida no les cumplió sus promesas y que siguen adelante, por la oscuridad de la existencia, con ese su sentimiento encendido a modo de lamparilla votiva, a la que, con patético cuidado, resguardan del gélido soplo de los últimos desengaños, para que se conserve encendida hasta el final, hasta el fatal abismo que ha de tragárselos, con los ojos fijos en la llama y pensando sin cesar: *¡Dios me ve!*, a fin de no oír los clamores de la vida que les rodea y que suenan en sus oídos como otras tantas blasfemias. *¡Dios me ve!*, porque lo ven ellos, no sólo en sí mismos, sino en todo, hasta en su pobreza, hasta en sus sufrimientos, que, al fin y a la postre, han de tener su premio. La luz, débil, pero apacible, de estos farolillos nos infunde cierta envidia a muchos de nosotros; pero, en cambio, a otros que se creen armados, como Júpiter, del domeñado rayo de la ciencia, y en lugar de aquellos farolillos llevan en triunfo bombillas eléctricas, les inspira una conmiseración desdeñosa. Pero ahora pregunto yo, señor Meis, ¿y si toda esa lobreguez, este enorme misterio sobre el cual al principio especularon tanto y tan inútilmente los filósofos, y que en nuestros días, aunque desistiendo de indagar su naturaleza, no elimina la ciencia, no fuese en el fondo sino un engaño más, un engaño de nuestra mente, una fantasía que carece de color? ¿Y si nosotros acabásemos de persuadirnos de que todo este misterio no existe fuera de nosotros, sino en nuestro interior única y necesariamente, por el famoso privilegio de sentido que poseemos de la vida, esto es, del farolillo de que le estoy hablando? ¿Y si, en una palabra, la muerte, que nos mete tanto miedo, no existiese, y fuera simplemente, no la extinción de la vida, sino el soplo que nos apaga el farolillo, el lamentable sentido que de ella tenemos, triste y medroso, por causa de estar limitado y definido por ese círculo de sombra ficticia, más allá del breve ámbito de la menguada luz que nosotros, pobres luciérnagas desperdigadas, proyectamos a nuestro alrededor y en el que la vida está como presa, como excluída por algún tiempo de la vida universal, eterna, en la que nos parece que hemos de volver a entrar algún día, siendo así que ya estamos en ella y en ella hemos de quedarnos, aunque sin experimentar ya esa sensación de destierro que nos atosiga? El límite de nuestra individualidad es ilusorio, y depende de nuestra poca luz; en la realidad de la Naturaleza no existe. Hemos vivido siempre —no sé si esto le hará a usted mucha gracia—, y siempre seguiremos viviendo con el Universo; aun ahora mismo, en esta nuestra forma, participamos en todas las manifestaciones del Universo, sólo que no lo sabemos ni lo vemos, porque este maldito farolillo pesimista sólo nos deja ver lo poquísimo que alcanza a alumbrar. ¡Y si siquiera nos lo dejara ver como es realmente! ¡Pero no, señor; que nos lo colora a su modo, y nos hace ver ciertas cosas de que, con razón, tenemos que dolernos, cuando quizá en otra forma de existencia no tendríamos bocas bastantes para reírnos de ellas; para reírnos, señor Meis, a carcajada limpia, de todas las vanas y necias aflicciones que el tal farolillo ha acarreado, de todas las sombras y de todos los fantasmas ambiciosos y extraños que hizo surgir ante nosotros y de los sustos que nos hizo pasar! ...

¿Por qué el señor Paleari, con todo y renegar tanto y tan fundadamente del farolillo que cada cual lleva dentro de sí encendido, quería él ahora encender otro, de cristal de color de rosa, allí, en mi cuarto, para sus sesiones de espiritismo? ¿No había ya de sobra con aquél?

Preguntélelo y me respondió:

—Se trata de enmendar un farolillo con otro. Además, que el segundo, llegado cierto momento, se apaga.

—¿Y le parece a usted que sea ése el mejor medio de ver algo? —atrévime a observar. —Es que —refutóme el señor Paleari— la que llamamos luz puede servirnos para que veamos engañosamente en esta que llamamos vida; pero para ver lo que hay más allá, crea usted que, antes que servir, perjudica. De corazón menguado y más menguado intelecto dan muestra los hombres científicos, que, para su mayor comodidad, salen diciendo que con estos experimentos se infiere ultraje a la Ciencia o a la Naturaleza. ¡No hay nada de eso, no, señor! Nosotros lo que buscamos es descubrir otras leyes, otras fuerzas, otra vida en la Naturaleza, que sigue siendo tal, ¡diantre! Queremos dilatar la estrecha comprensión que de ella suelen darnos nuestros sentidos. Y dígame usted, ¿no eligen los hombres de ciencia en sus experimentos ambiente y condiciones adecuados para que salgan bien? ¿Es posible prescindir de la cámara oscura en la fotografía? ¡Pues entonces! Además, ¡hay tantos medios de comprobación!

Pero el bueno del señor Paleari, según pude ver de allí a pocas noches, no empleaba ninguno. ¡Claro que eran experimentos en familia! ¿Cómo iba él a sospechar nunca que la pianista y Papiano se pusiesen de acuerdo para engañarle? Y, además, ¿por qué habían de hacerlo? ¿Qué gusto habían de sacarle? Don Anselmo estaba más que convencido, y no había menester de aquellos experimentos para confirmarse en su fe. Como era tan alma de Dios, no pasaba siquiera a suponer que pudieran engañarle con otros fines. Cuanto a la triste y pueril mezquindad de los resultados, ya la Teosofía se encargaba de darle una explicación sumamente plausible. Los seres superiores del *plano mental*, o de más arriba todavía, no podían bajar a comunicarse con nosotros por conducto de un medio; así que era menester contentarse con aquellas burdas manifestaciones de almas de difuntos de poco pelo, del *plano astral*; es decir, del más próximo al nuestro; así hablaba la Teosofía. ¿Y quién iba a desmentirla?

Sabía yo que Adriana habíase siempre resistido a asistir a estos experimentos. Desde que yo estaba metido en mi cuarto, a oscuras, no había aparecido por allí sino muy rara vez, y nunca sola, a preguntarme cómo seguía. Y a mí se me antojaba que me dirigía la consabida pregunta solamente por cumplir. ¡De sobra sabía ella cómo estaba yo! Hasta quería traslucir ribetes de ironía en su voz, pues ignorando ella la razón de que yo me hubiera resuelto de pronto a que me operasen, debía de imaginarse que yo padecía ahora por culpa de mi vanidad, por querer sentar plaza de guapo, o de menos feo, con el ojo arreglado según el consejo de la pianista.

—Estoy muy bien, Adriana —le respondía—. No veo gota.

—Eso es ahora, pero verá usted luego cómo ve mejor —saltaba Papiano.

Yo, aprovechándome de la oscuridad, alzaba el puño como para lanzárselo a la cara. Me decía aquellas cosas, sin duda alguna, para hacerme perder la poca paciencia que aún me quedaba. No era posible que no se percatase de lo molesta que me era su presencia, pues yo se lo daba a entender de todos los modos posibles: bostezando, dando bufidos, y, sin embargo, él erre que erre, seguía entrando en mi cuarto y visitándome casi todas las noches. Y allí se me estaba las horas muertas, hablando por los codos. En aquella oscuridad quitábame casi el aliento su voz, y era causa de que yo me revolviere en la silla como en un potro y engarabitase los dedos, por no lanzarme a él y estrangularle, según las intenciones que me daban. ¿Lo adivinaría él? Precisamente en tales ocasiones era cuando más melosa y remilgada ponía la voz.

Necesitamos siempre tener a quien echarle la culpa de nuestros sinsabores y contratiempos. Papiano, en el fondo, ponía de su parte todo lo posible para que yo me fuera de la casa; y yo, de haber hablado en mis adentros, por aquellos días, la voz de la razón hubiera debido agradecersele. ¿Pero cómo iba yo a escuchar la bendita voz de la razón, si ésta me hablaba precisamente por boca de Papiano, al cual yo no podía ver, teniéndole por majadero y mentecato?

¿No era claro, efectivamente, que él quería echarme de la casa para quedarse dueño del campo y desplumar a su sabor al señor Paleari y a Adriana? De todos sus razonamientos y chácharas sólo esto sacaba yo en limpio. ¿Era posible que la voz de la razón escogiese precisamente la boca de Papiano para hacerse oír de mí? Aunque quizá fuese yo mismo, que, por tener una disculpa, poníala en su boca para que me pareciese injusta, yo, que ya me sentía cogido en las redes de la vida y deliraba, sin que tuviesen nada que ver en el ajo ni la oscuridad en que me hallaba ni el enojo que me producía escuchar a Papiano.

¿De qué me hablaba éste? ¡Ah, sí! El tema único de todas sus conversaciones era Pepita Pantogada.

Por más que yo hiciese vida muy modesta, a él se le había metido en la cabeza que era rico. Y con el fin de desviar mi pensamiento de Adriana, puede que anduviese él buscando el hacer que yo me enamorase de aquella nieta del marqués de Giglio, a la que pintaba como una señorita juiciosa y honesta, muy lista y despejada, llena de voluntad, resuelta en su conducta, franca y vivaracha, y, además, hermosísima; una preciosidad: morena, esbelta, finita y, al mismo tiempo, metidita en carnes; toda fuego, con un par de ojos fulminantes y una boquita que estaba pidiendo besos. Y no digamos nada de la dote —¡Una barbaridad!—: los caudales todos del marqués d'Auletta, nada menos. El marqués, sin duda, se consideraría dichosísimo con poderla casar pronto, no sólo por verse libre de Pantogada, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra, sino también porque entre abuelo y nieta no reinaba la mejor armonía. El marqués era un hombre débil de carácter y se hallaba metido de hoz y de coz en aquel su mundo muerto, mientras que Pepita, en cambio, saltaba de puro viva.

No caía el pobre en la cuenta de que, cuanto más me ponderaba a la tal Pepita, más antipatía me iba inspirando la muchacha, aun antes de conocerla. Me decía que podía conocerla cualquier tarde, pues tenía pensado engatusarla para que viniera a presenciar nuestras sesiones de espiritismo. Y también podía conocer al marqués d'Auletta, que tenía, por su parte, muchas ganas de conocerme a mí, de tanto como Papiano había hablado de mi persona. Sólo que el marqués apenas salía de casa, y además sus ideas no le consentirían asistir a sesiones de espiritismo.

—¡Cómo! —exclamé yo—. ¿De suerte que él no puede venir y, en cambio, va a dejar que venga su nieta?

—¡Eso, sí! Porque sabe a dónde la manda... —respondióme con mucho empaque Papiano.

No quise insistir más. ¿Por qué Adriana se resistía a asistir a esas sesiones? Por sus escrúpulos religiosos. Pero si la nieta del marqués llegaba a asistir a ellas, con la venia de su clerical abuelo, ¿no podía también imitarla Adriana? Muy orondo con este argumento, intenté yo persuadirla la víspera de la primera sesión.

Había entrado ella en mi cuarto con su padre, el cual, oído que hubo mi proposición, saltó y dijo:

—¡Siempre estamos en las mismas, señor Meis! —suspiró—. La religión, frente a este problema, levanta unas orejas de burro y se asusta, lo mismo que la ciencia, y, sin embargo, nuestros experimentos, como ya estoy harto de decírselo y explicárselo a mi hija, no son, ni por lo más remoto, enemigos de la una ni de la otra. Es más: sobre todo para la religión, son otra prueba a favor de las verdades que proclama.

—¿Y si fuera que me diese miedo? —objetó Adriana.

—Miedo, ¿de qué? —replicó el padre—. ¿De la prueba?

—¿O de la oscuridad? —añadí yo—. ¡Pero si estamos aquí todos con usted, Adriana! ¿Va a ser usted la única que falte?

—Es que yo... —respondió, cohibida, la joven—, yo no creo en eso; no..., no puedo creer, por más que hago...; y, además, que no sé explicarme.

No hubo forma de sacarle nada más. Pero por el tono de su voz y por la cortedad de que daba muestras, hube de comprender que no era sólo la religión quien le impedía a Adriana asistir a aquellos experimentos. El miedo, que la joven alegara como disculpa, podía tener otro origen, que el señor Paleari no se sospechaba. ¿Sería que le daba grima asistir al espectáculo lamentable de su padre, puerilmente engañado por Papiano, en connivencia con la pianista?

No tuve valor para insistir más.

Pero ella, cual si me hubiese leído en el corazón el disgusto que su desaire me causaba, dejó escapar, en la lobreguez de mi cuarto, un “¡Después de todo! ...”, que yo hube de pescar al vuelo. —¡Vaya! ¡Por, fin! ¿Conque asistirá usted, Adriana?

—Sólo mañana, ¿eh? —concedió ella, riendo.

Al día siguiente, ya anochecido, vino Papiano a preparar la habitación; metió en ella una mesita rectangular, de abeto, sin cajón y sin dar de barniz: una mesa como cualquiera otra; desocupó un rincón del aposento; colgó una sábana de una cuerda, y, finalmente, trajo una guitarra, un collar de perro con muchos cascabeles y otros chismes. Todos estos preparativos se hicieron a la luz del farolillo color de rosa. Y mientras Papiano les daba remate, no dejó ni por un momento —¡naturalmente! — de hablar:

—Esta sábana sirve, ¿sabe usted?, sirve..., no atino con la palabra...; bueno; pues de acumulador, digámoslo así, de esta fuerza misteriosa. Ya la verá usted moverse, señor Meis, hincharse como una vela e iluminarse a veces con una luz muy rara, que yo llamaría sideral. ¡Sí, señor! Hasta ahora no hemos logrado conseguir materializaciones, pero luces, sí; ya las verá usted, si Silvia se encuentra esta noche de vena. Silvia comunica con el espíritu de un antiguo condiscípulo suyo de Academia, que murió —¡Dios nos libre!— tísico, a los dieciocho años, el pobre. Era de... no sé donde, aunque me parece que de Basilea, sino que llevaba muchos años en Roma, con su familia. Un genio de la música, así, como suena, al que la muerte, cruel, hubo de llevárselo antes de que pudiera dar fruto. Por lo menos, eso dice Silvia. También comunicaba ésta, cuando todavía estaba ignorante de sus facultades medianímicas, con el espíritu de Max. Sí, señor; éste era su nombre... Max... Espere usted un momento, que lo tengo en la punta de la lengua... Eso es; Max Oliz, si no estoy equivocado. ¡Pues, sí, señor! Como le digo a usted, penetrada de ese espíritu, improvisaba en el piano, hasta rodar por tierra desvanecida muchas veces. Y una noche, hasta se juntó gente en la calle, y al terminar le dieron una ovación...

—Sí; y a la señorita de Caporale le entró como miedo —añadí yo, con la mayor cachaza.

—¡Ah! ¿Pero lo sabía usted? —exclamó Papiano, haciendo una pausa.

—Me lo contó ella misma. ¿De suerte que aplaudieron la música de Max tocada con las manos de la señorita de Caporale?

—Eso mismo. ¡Lástima que no tengamos piano en casa! Tenemos que contentarnos con algunas variaciones en la guitarra. A Max, ¿sabe usted?, le da mucha rabia; tanto, que a veces hace saltar las cuerdas del instrumento... Pero ya tendrá ocasión de oírlo esta noche. Me parece que todo está ya en regla.

—Y dígame usted, amigo Papiano; es una pura curiosidad —quise preguntarle antes que se fuera—: ¿usted cree en el espiritismo? ¿Cree usted de verdad?

—Mire usted —contestóme al punto, cual si hubiese previsto mi pregunta—. Si le he de decir a usted la verdad, no acabo de verlo claro. ¡No porque los experimentos se hagan en la oscuridad, no; por eso, no, naturalmente! Los fenómenos, las manifestaciones, son reales; no hay pero que ponerles; son lo que se dice innegables. ¡No podemos desconfiar de nosotros mismos!

—¡Hombre! ¿Y por qué no? —exclamé—. A mí me parece todo lo contrario.

—¿Cómo? ¡No le entiendo!

—¡Solemos engañarnos con tanta facilidad!... Máxime cuando nos agrada creer en una cosa... —¡Pues a mí no me pasa eso! —protestó Papiano—. Mi suegro, que está muy empollado en estos estudios, cree en ellos. A mí, entre otras cosas, me sucede que ni siquiera tengo tiempo para pensar en estas cuestiones.... lo que tampoco me apetece. ¡Me dan tanta guerra esos condenados Borbones del marqués, que me traen a mal traer, sin dejarme un instante de respiro! Suelo perder alguna que otra noche en estos experimentos. Pero lo que es yo, estoy convencido de que, mientras Dios nos tiene en este mundo, no podemos saber nada de la muerte; así que ¿no le parece a usted inútil el devanarse los sesos pensando en ella? ¡Procuremos vivir lo mejor Posible! ¡Esa es la fija! Por lo menos, eso es lo que digo yo, señor Meis. Conque hasta luego, ¿eh? Ahora voy escapado a la calle Del Pontefici, a recoger a la señorita de Pantogada.

Volvió, al cabo de media hora, muy cariacontecido, acompañando a la señorita de Pantogada y a su institutriz. Venía también cierto pintor español, que Papiano presentóme, mascullando su nombre a la carrera, como amigo de casa del marqués. Llamábase el tal pintor Manuel Bernáldez, y hablaba correctamente el italiano; mas no había forma de que acertase a pronunciar mi apellido; no parecía sino que siempre que iba ya a soltarlo sentía miedo de lastimarse la lengua —Adriano Meis —decía, como si de golpe y porrazo nos hubiéramos hecho íntimos amigos.

A mí me daban ganas de contestarle: —Adriano Tu!.

Entraron las señoras: Pepita, la institutriz, Silvia y Adriana.

—¿También tú? ¡Qué novedad! —díjole Papiano, con gesto desabrido.

No se esperaba aquel golpe. Yo, a todo esto, por el modo como habían recibido a Bernáldez, comprendía que el marqués de Giglio no debía de estar enterado de su asistencia a la sesión, habiendo, de seguro, gato encerrado en aquello de venir acompañando a Pepita.

Pero el gran Terencio no renunció a su plan. Disponiendo en torno a la mesita la cadena medianímica, hizo que Adriana se le sentase al lado, y colocó junto a mí a la señorita de Pantogada.

—¿Que si estaba yo contento? No. Ni Pepita tampoco. Expresándose como el padre, protestó enseguida:

—*Gracie tanto. Así no puede ser Io voglio estar entre el signor Paleari e la mi gobernante, caro signor Terencio!*

La rosada penumbra apenas permitía distinguir los contornos; así que no pude apreciar hasta qué punto respondía la señorita de Pantogada al retrato que de ella me hiciera Papiano, aunque el conjunto de sus facciones, la voz y aquel súbito tono de rebeldía concordaban perfectamente con la idea que de ella me hiciera, con arreglo a aquella descripción.

Cierto que al rechazar tan desdeñosamente el puesto que Papiano había adjudicado junto a mí ofendíame la nieta del marqués; pero yo, no sólo no se lo tomé a mal, sino que hasta se lo agradecí.

—¡Tiene usted razón! —exclamó Papiano—. Pero podemos hacer una cosa: que doña Cándida se siente al lado del señor Meis, y usted, junto a ella, Pepita. Mi suegro puede quedarse donde está; y lo mismo nosotros tres. ¿Está bien ahora?

No, tampoco estaba bien así; nos parecía muy mal, no sólo a mí, sino a Silvia y a Adriana, e incluso —según luego se vio— a la propia Pepita, la cual se encontró mucho más a su gusto en una nueva cadena, dispuesta por el genialísimo espíritu de Max.

Por lo pronto, yo tuve que aguantar a mi lado a un como fantasma de mujer, con una especie de tenderete en la cabeza —¿pelo, cofia, peluca o qué diablos era aquello?—. Por debajo de aquel tinglado enorme salían de cuando en cuando unos suspiros, que remataban en breves gemidos.

A nadie se le había ocurrido presentarme a la tal doña Cándida, y ahora, al tenernos que coger de la mano para formar la cadena, la dueña suspiraba. Aquello no le parecía bien. ¡Dios mío, y qué mano tan fina!

Con la otra mano así yo la izquierda de Silvia, que estaba sentada a la cabecera de la mesa, vuelta de espaldas a la sábana, que colgaba de un rincón; la diestra se la tenía cogida Papiano. A la otra banda estaba Adriana, con el pintor a su lado; el señor Paleari ocupaba la otra cabecera de la mesa, frente por frente a la pianista.

Papiano dijo:

—Ante todo, sería conveniente explicarle al señor Meis y a la señorita de Pantogada el lenguaje... ¿Cómo se dice?

—Tiptológico —declaró el señor Paleari.

—Y también a mí —clamó doña Cándida, revolviéndose en su asiento.

—Tiene usted razón. ¡También se le explicará!

—Bueno; pues miren ustedes —empezó a explicar don Anselmo—: dos golpecitos quieren decir *sí*...

—¿Golpecitos? —interrumpió Pepita—. ¿Qué golpes son éstos?

—Golpecitos —respondió Papiano— que sonarán encima de la mesa, o de las sillas, o de algún otro sitio, y se dejarán sentir también hasta en forma de tocamientos.

—¡Ah! ¡No, no, no! —saltó entonces Pepita, poniéndose en pie—. ¡Lo que es a mí, no me toca nadie! ¿Y quién dice usted que va a dar esos golpes?

—Pues el espíritu de Max, Pepita —explícole Papiano—. Ya se lo dije al venir. Esté usted tranquila, que no le harán daño esos golpecitos.

—Tiptológicos —recalcó doña Cándida, con aire de conmiseración, echándoselas de sabihonda.

—De modo que —siguió diciendo don Anselmo— dos golpes quieren decir *sí*; tres, no; cuatro, *apagad las luces; cinco, hablad*; seis, luz. Con esto, basta. Y ahora, concentremos el pensamiento, señoras y señores.

Hízose el silencio.

14.

Las proezas de Max

¿Aprensión? No. Ni por asomo. Lo que yo sentía era una viva curiosidad y hasta cierto temor de que Papiano hubiese de quedar muy malparado en aquella sesión; aunque parecía lógico que esa perspectiva me agradase, no era así. Porque ¿quién no experimenta tristeza y sonrojo al asistir a una comedia mal representada por cómicos de la legua?

“Una de dos —pensaba—: o él es muy habilidoso, o su terquedad en no separarse de las faldas de Adriana no le deja ver claro a lo que se expone, dejándonos a Bernáldez y Pepita, a Adriana y a mí, chasqueados, y, por lo tanto, en situación de descubrir su trampa sin experimentar, en cambio, el menor gusto. La que lo notará más pronto será Adriana, que es la que está a su lado; y diz que ya tiene sospechas de sus fullerías, y anda escamada. No pudiendo estar a mi lado, quizá ya esté preguntándose a sí misma por qué razón asiste a esta farsa, que no sólo le resultaba desaborido, sino hasta indigna y sacrílega. Y lo mismo, sin duda, se preguntarán también Bernáldez y Pepita. ¿Cómo no lo advierte Papiano, ya que ha visto que le falló el tiro de sentarme a mi lado a la señorita de Pantogada? ¿Tanta confianza tiene en su habilidad? Pues vamos a verlo.»

En tanto me hacía estas reflexiones, no me acordaba lo más mínimo de la pianista. Y de repente, rompió ésta a hablar, como si estuviera medio dormida.

—¡La cadena! —dijo—. ¡Hay que variar la cadena!

—¿Está aquí ya Max? —preguntó ansiosamente el bueno de don Anselmo.

La respuesta de la pianista hízose esperar un largo rato.

—Sí —dijo por último, como a duras penas—; pero somos demasiados esta noche...

—¡Eso sí es verdad! —saltó Papiano—. Pero yo creo que así es mejor.

—¡Silencio! —ordenó Paleari—. Oigamos lo que dice Max.

—La cadena —continuó la pianista— no le parece bien equilibrada. Aquí, a este lado —y me levantó a mí la mano—, hay dos señoras juntas. Convendría que don Anselmo cambiase de sitio con la señorita de Pantogada.

—¡Ahora mismo! —exclamó el señor Paleari, levantándose—. Ande usted, Pepita, siéntese aquí.

Pepita no rechistó lo más mínimo, y obedeció al viejo. Estaba al lado del pintor.

—Además —añadió la pianista—, doña Cándida...

Papiano interrumpióla:

—Debe cambiar de sitio con Adriana, ¿verdad?

Ya se me había ocurrido a mí. ¡Pues admirable!

Yo le apreté a Adriana la mano con fuerza, hasta lastimársela, no bien se hubo sentado junto a mí. Al mismo tiempo, la pianista me apretaba a mí la otra mano, como preguntándome: «¿Está usted contento?» «¡Claro que sí! ¡Contentísimo!» respondíle yo con otro apretón, que significaba también: «¡μhora ya pueden ustedes hacer lo que gusten!»

—¡Silencio! —ordenó otra vez don Anselmo.

¿Quién había hablado? ¿Quién había de hablar? La mesa. ¡Cuatro golpes! ¡Apagad las luces!

Yo, por mí, juro que no sentí los tales golpes.

Sólo que, no bien apagado el farolillo, sucedió una cosa que dio al traste, de golpe y porrazo, con todas mis suposiciones. La pianista lanzó un agudo alarido, que nos hizo saltar de los asientos. —¡Luz! ¡Luz!

¿Qué había ocurrido?

Pues que la pobre pianista había recibido en la boca un puñetazo formidable; tanto, que le chorreaban sangre las encías.

Pepita y doña Cándida levantáronse, despavoridas. También se levantó Papiano, volviendo a encender el farolillo. De pronto, Adriana retiró su mano de la mía. El señor Bernáldez sostenía en alto una cerilla encendida, y sonreía, entre asombrado e incrédulo, mientras el señor Paleari, en el colmo de la desolación, exclamaba:

—¡Un puñetazo! Pero, ¿cómo se explica esto?

La misma pregunta hacía yo, desconcertado. ¿Un puñetazo? Luego aquel cambio de sitios no estaba convenido de antemano entre ellos. ¿Un puñetazo? Luego la pianista habíase rebelado contra la voluntad de Papiano. ¿Qué iba a pasar ahora?

Pues pasaba que la pianista, dándole un empujón a la silla y llevándose un pañuelo a la boca, decía que para ella se habían acabado las sesiones de espiritismo. Y Pepita Pantogada ponía el grito en el cielo, diciendo:

—*Gracie, signori! Gracie! Aquí se dano cachetes!*

—¡Quiá! ¡No lo crea usted! —exclamó don Anselmo—. Señoras y señores: este es un caso nuevo, sumamente extraño. Hay que pedir explicaciones.

—¿A Max? —pregunté yo.

—¡Claro que sí! ¡Silvia, mujer! ¿No habrá usted interpretado mal sus indicaciones al disponer la cadena?

—¡Es probable! ¡Es probable! —saltó Bernáldez, echándose a reír.

—Y usted, señor Meis, ¿qué piensa de esto? —preguntóme el señor Paleari, al cual no le hacía feliz el pintor.

—Pues yo pienso lo mismo que usted —respondíle.

Pero la pianista negó con la cabeza.

—Pero, entonces, ¿cómo se explica lo ocurrido? —siguió diciendo el pobre de don Anselmo—. ¿Max, iracundo? ¿Cuándo se le vio así? ¿Qué dices tú, Terencio?

Terencio, recatado en la penumbra, no decía nada; lo único que hizo fue encogerse de hombros.

—Bueno —díjele yo entonces a la pianista—. ¿Quiere usted, Silvia, que le demos gusto a don Anselmo? Pidámosle una explicación a Max; que, si después de eso, vuelve a las andadas, poniendo de manifiesto que es un espíritu poco... espiritual, con mandarlo a paseo, asunto concluido. ¿No le parece a usted, Papiano?

—¡Admirable! —respondió aquél—. Voto por que se le pidan explicaciones a Max.

—Pues yo voto por todo lo contrario —protestó la pianista, encarándose con él.

—¿Y a mí que me cuenta usted? —exclamó Papiano—. Si es partidaria de que le espantemos...

—Sí, será lo mejor —aventuró, tímidamente, Adriana.

Pero al punto, don Anselmo salió diciendo:

—¡Miren a la muy miedosa! ¡Todo eso son puerilidades, caramba! Y usted dispense, Silvia, que también va con usted lo que digo. Usted conoce de sobra a ese espíritu, que le es familiar, y sabe que ésta es la primera vez que... ¡Vamos! Que sería una lástima espantarle; porque, después

de todo —y aun reconociendo que el incidente no ha podido ser más desagradable—, esta noche prometían los fenómenos manifestarse con una energía insólita.

—¡Con demasiada energía, don Anselmo! —exclamó Bernáldez, prorrumpiendo en una carcajada y contagiando de su hilaridad a la reunión. —A mí, la verdad, no me haría mucha gracia que me dieran un puñetazo en este ojo, como lo tengo.

—¡Ni a mí tampoco! —añadió Pepita.

—¡Siéntense todos! —ordenó entonces Papiano resueltamente—. Sigamos el consejo del señor Meis. Pidámosle una explicación a Max. Y si los fenómenos vuelven a manifestarse con demasiada energía, pues lo dejamos, y en paz. ¡Siéntense!

Y apagó, de un soplo, el farolillo.

Yo busqué, a tientas en la sombra, la mano de Adriana, que temblaba, aterida. A lo primero, respetando su temor, no me atreví a estrechársela; pero luego, poco a poco, se la fui apretando, como para infundirle calor, y, con él, la confianza en la feliz prosecución de la velada. No cabía, en efecto, duda alguna de que Papiano, arrepentido acaso de su violento proceder, había cambiado de, modo de pensar. Sea de ello lo que fuere, por el momento había derecho a esperar una tregua, después de la cual Max nos tomara a Adriana y a mí por el blanco de sus iras. “¡Bueno! —díjeme para mis adentros—. En cuanto la broma me resulte pesada, con ponerle remate, ¡asunto concluido! ¡No estoy dispuesto a tolerar que nadie haga sufrir a Adriana!”

A todo esto, el señor Paleari estaba ya hablando con Max, exactamente igual que lo hubiera hecho con una persona de carne y hueso que se hubiera hallado presente:

—¿Estás aquí?

Dos golpecitos en la mesa: ¡allí estaba!

—¿Y cómo se explica, Max —continuaba el señor Paleari, en tono de cariñoso reproche—, que tú, que eres tan bueno y amable, hayas tratado tan malamente a la señorita Silvia? ¿Quieres decirnos por qué ha sido eso?

Aquella vez la mesita tambaleóse un poco, sonando luego en su centro tres golpes secos y rotundos. Tres golpes; luego quería decir que no; que no quería dar explicaciones.

—¡No insistamos! —exclamó el señor Paleari—. Estás todavía un poco sobreexcitado, ¿eh? Lo siento, porque te conozco..., te conozco... ¿No querrías decirnos, por lo menos, si te agrada la forma en que ahora tenemos hecha la cadena?

No había acabado Paleari de formular esa pregunta, cuando yo sentí que me hurgaban por dos veces en la frente, como con la yema de los dedos.

—¡Sí! —exclamé de pronto, denunciando el fenómeno; y apretéle la mano a Adriana.

Debo confesar, sin embargo, que aquel inopinado *tocamiento* prodújome una extraña impresión. Estaba seguro de que si hubiera levantado la mano me hubiera encontrado con la de Papiano; pero, a pesar de todo... La delicada ligereza del tacto, así como lo certero del mismo, resultaban, de todas formas, prodigiosos. Además, repito que no me lo esperaba. Pero, a todo esto, ¿por qué Papiano me había elegido a mí para expresar por mi conducto su satisfacción? ¿Sería que había querido tranquilizarme con aquella señal, o que, por el contrario, tenía ésta un sentido de reto, como diciéndome: *Ahora verás si estoy satisfecho?*

—¡Bravo, Max! —exclamó el bueno de don Anselmo.

Y yo pensé para mis adentros: «Ya verá el bravo la tunda que le voy a dar.»

—¡Bueno! Pues ahora, si no te desplace —siguió diciendo el dueño de la casa—, ¿querrías darnos una prueba de que no estás enojado con nosotros?

Cinco golpes en la mesa indicaron: —¡Hablad!

—¿Qué quieren decir esos golpes? —preguntó doña Cándida, asustada.

—¡Pues que hay que hablar! —explicó Papiano con la mayor frescura.

Y Pepita:

—¿Con quién?

—¡Pues con quien usted quiera, señorita! Con su vecino, por ejemplo.

—¿Fuerte?

—Sí —dijo don Anselmo—. Esto quiere decir, señor Meis, que Max va a prepararnos mientras tanto alguna manifestación brillante. Quizá una luz.... ¿quién sabe? ¡Hablemos, hablemos! ...

¿Pero qué decir? Yo ya hacía rato que estaba al habla con la mano de Adriana, y no se me ocurría, ¡ay de mí!, nada más. Traíame con aquella manecita un largo monólogo, intenso, enérgico y, al mismo tiempo, acariciante, que ella escuchaba toda trémula y rendida; habíala obligado ya a abandonarme sus dedos y entrelazarlos con los míos. Ardiente embriaguez había hecho presa en mí, que gozaba lo indecible con el espasmo que le costaba el esfuerzo que hacía para contener su caprichosa fuga, y expresarse, en vez de eso, con el lenguaje de una suave ternura, según cumplíale al candor de aquella alma tímida y delicada.

Pero en tanto nuestras manos sostenían este palique tan íntimo, hube de notar algo así como si estuviesen arañando en el travesaño de la silla, entre las dos patas de atrás, de lo que recibí cierto sobresalto. Papiano no podía alcanzar hasta allí con el pie; y puesto caso que pudiera, hubiéraselo impedido el travesaño de las patas delanteras. ¿Sería que se habría levantado de la mesa y venido a colocarse detrás de mi silla? Pero, en ese caso, doña Cándida no hubiera dejado de notario, a menos de estar lela. Antes de comunicarles a los demás el fenómeno, hubiera querido explicármelo en alguna forma; pero luego pensé que, habiendo conseguido ya lo que yo anhelaba, estaba ahora casi en la Obligación de secundar la trampa, sin meterme en más averiguaciones, a fin de no irritar todavía más a Papiano. Y declaré en voz alta lo que estaba sintiendo.

—¿Es de verdad? —exclamó Papiano, desde su sitio, con un asombro que me pareció sincero. La pianista mostró también maravillarse.

Yo sentí que se me ponían de punta los pelos de la frente. ¿De modo que aquello iba de veras?

—¿Ha sentido usted como si arañasen? —preguntó ansiosamente don Anselmo—. ¿Cómo hacían? ¿Cómo hacían?

—Pues así —confirmé yo casi enfadado—. ¡Y todavía sigue! Parece exactamente como si por aquí detrás anduviese un perrillo...

Una ruidosa carcajada acogió aquella explicación mía.

—¡Hombre! ¡Entonces será *Minerva*! ¡*Minerva es*! —gritó Pepita Pantogada.

—¿Y quién es *Minerva*? —pregunté yo, mortificado.

—¡Pues mi perritas —exclamó la joven, sin dejar de reír—. *La viechia mia, signore, che se grata assi soto tute le sedie! Con permissso! Con permissso!*

Bernáldez encendió otra cerilla, y Pepita se levantó, cogiendo a la perrilla, que se llamaba *Minerva*, y acomodándosela en la falda.

—¡Ahora me explico —dijo, contrariado, don Anselmo—, ahora me explico el enojo de Max! ¡Hemos procedido con muy poca seriedad esta noche!

Por parte del señor Paleari, quizá la hubiese; pero por la nuestra, si he de ser franco, no hubo tampoco mucha seriedad en las noches sucesivas, tocante al espiritismo, se entiende.

¿Quién podía ya llevar la cuenta de las picoezas que Max hacía en la oscuridad? La mesita crujía, movíase, hablaba con golpes rotundos o leves; oíanse más golpes también en los tableros de las sillas y hasta en los muebles de la habitación, amén de roces, arañazos y demás rumores; extrañas luces fosfóricas, semejantes a fuegos fatuos, encendíanse y brillaban un instante en la sombra, dando volteretas; y hasta la sábana, iluminábase y se hinchaba como la vela de un barco; y una mesita de ésas para poner el tabaco dio no sé cuantos paseos por la habitación, llegando una vez incluso a montársele encima a la mesa en torno a la cual estábamos sentados; y la guitarra, cual si le hubiesen salido alas, saltó del testero de la pared donde estaba colgada y se nos vino encima... Pero a mí parecióme que como más gallardamente demostraba Max sus eminentes facultades musicales era con el collar de cascabeles de marras, que en determinado momento resultó tenerlo ceñido al cuello la pianista; lo que hubo de parecerle al bueno de don Anselmo una broma cariñosa e ingeniosísima de Max, bien que a la solterona no le hiciese ni pizca de gracia.

Saltaba a la vista que había entrado en escena, a favor de la oscuridad, Escipión, el hermanito de Papiano, con instrucciones particularísimas. Era el muchacho epiléptico, pero no tan idiota como su hermano Terencio y él mismo querían hacernos creer. Acostumbrado ya a la oscuridad, debía de tener la virtud de ver en ella. Y en verdad que no podría decir hasta qué punto era el chico diestro en aquellas trampas, convenidas de antemano con su hermanito y la pianista; para nosotros, es decir, para mí y para Adriana, y para Pepita y Bernáldez, todo cuanto hiciere estaba bien hecho, por mal que le saliera; a quienes tenía que contentar era a don Anselmo y a doña Cándida, y a fe que lo lograba a maravilla el indino. Ciertamente que ni el uno ni la otra eran muy exigentes. El señor Paleari no cabía en el pellejo de puro alborozado; en ciertos momentos parecía un chiquillo en un teatro de fantoches, y algunas de sus pueriles exclamaciones hacíanme sufrir, no sólo por la vergüenza que me daba ver a un hombre, que no era ciertamente un memo, portarse como tal, hasta un grado inverosímil, sino también porque Adriana dábame a entender que sentía remordimientos de gozar así, a costa de la seriedad de su padre y aprovechándose de su ridícula bonachonería.

Esto era lo único que, de cuando en cuando, nos aguaba la fiesta. Sin embargo, conociendo, como conocía yo, a Papiano, ya hubiera debido figurarme que cuando se resignaba a dejar que Adriana se sentase a mi lado, y, contrariamente a mis temores, no nos molestaba valiéndose del espíritu de Max, sino que, al revés, como que nos favorecía y amparaba, era que había echado a rodar la imaginación por otro lado para prepararnos alguna otra trastada. Pero era tal la alegría que me procuraba aquella libertad sin trabas, en la sombra, que ni siquiera se me ocurrió esa sospecha.

—¡No! —gritó de pronto una vez la señorita de Pantogada.

Y a renglón seguido don Anselmo:

—Diga usted, señorita, ¿qué ha sido eso? ¿Qué ha sentido usted?

También Bernáldez instóla para que lo dijese con mucha porfía; hasta que Pepita declaró por fin:

—*Aquí, su un lado, una careccia...*

—¿Con la mano? —preguntó don Anselmo—. Muy suave, ¿verdad? Fría, furtiva y delicada... ¡No! Es que Max, cuando quiere, sabe ser galante con las damas... Vamos a ver, Max: ¿podrías repetir la caricia que le has hecho a esta señorita?

—¿Qué quiere decir? —preguntó don Anselmo.

—¡Aquí está! ¡Aquí está! —exclamó de pronto Pepita, riéndose.

—*Rifa, rifa, me... acareccia.*

—¿Y un beso, Max? —propuso entonces don Anselmo.

—¡No! —tornó a chillar Pepita.

Pero, a pesar de ello, asestáronle un sonoro beso en un carrillo.

Casi involuntariamente llevéme yo a los labios la mano de Adriana; luego, no contento todavía, inclinéme en busca de su boca, y de esa suerte fue como cambiamos ella y yo nuestro primer beso, largo y mudo.

¿Qué pasó después?

Largo rato hubo de transcurrir antes que yo, transtornado por la confusión y la vergüenza, pudiera recobrar la serenidad en aquel impensado desorden. ¿Se habrían percatado de aquel beso nuestro? Oyéronse gritos. Brillaron una, dos cerillas; y después una vela, la del farolillo color de rosa. ¡Pusiéronse todos en pie! ¿Por qué, por qué, Dios santo? Un gran golpetazo, un porrazo formidable, cual descargado por el puño de un gigante invisible, sonó encima de la mesa, así como estábamos, en plena luz. Pusímonos todos muy pálidos, especialmente Papiano y la pianista.

—¡Escipión! ¡Escipión! —gritó Terencio.

El epiléptico había rodado por tierra, donde jadeaba afanoso.

—¡Siéntense todos! —gritó el señor Paleari—. ¿Es que ha caído en *trance*? ¡Miren, miren cómo se mueve y se levanta la mesa! ... ¡La levitación! ¡Bravo, Max! ¡Viva!

Y era lo cierto que la mesa, sin que ninguno de nosotros la tocase, se había levantado más de un palmo del suelo, volviendo luego a caer pesadamente.

La pianista, lívida, trémula, aterrorizada, vino a esconder la cara en mi pecho. La señorita de Pantogada y su institutriz escaparon del cuarto, mientras Paleari gritaba en el colmo de la indignación:

—Pero, ¡por los clavos de Cristo, vengan acá! ¡No rompan la cadena, que ahora viene lo bueno! ¡Max! ¡Max!

—Pero ¿qué Max ni qué ocho cuartos? —exclamó Papiano, recobrándose, por fin, del terror que hasta entonces lo tuviera paralizado, y llegándose al hermano para sacudirlo y volverlo en sí.

El recuerdo del beso quedó por el momento sofocado en mí por el estupor de aquella revelación verdaderamente extraña e inexplicable que había presenciado. Si, como sostenía don Anselmo, la fuerza misteriosa que en aquella ocasión había obrado, a la luz y ante mis ojos, procedía de un espíritu invisible, era indudable que el tal espíritu no era el de Max; para convencerse de ello bastaba con mirar a Papiano y la pianista.

Ese Max era invención suya. Pero, entonces, ¿quién era el autor de todo aquello? ¿Quién había descargado sobre la mesa tan formidable puñetazo?

Acudieronme en confuso tropel a la mente un sin fin de cosas leídas en los libros de Paleari; y con un calofrío de terror pensé en aquel desconocido que pereciera ahogado en el molino de *La Cabaña*, y que por mi culpa veíase privado del luto de sus deudos y extraños.

—¿Si habrá sido él? —dije para mis adentros—. ¿Si habrá venido aquí para vengarse, descubriendo toda la tramoya?...

A todo esto, el bueno de don Anselmo, que era el único que no había experimentado maravilla ni susto, no acababa todavía de explicarse cómo un fenómeno tan sencillo y corriente como el de la levitación de la mesita había podido hacernos tanta impresión, después de las demás cosas peregrinas que ya viéramos en sesiones anteriores. El no le daba importancia alguna al hecho de haberse manifestado el fenómeno a —Plena luz. Lo que sí le asombraba, no

hallándole ninguna explicación, era que Escipión hubiera aparecido allí, en mi cuarto, cuando él lo daba por dormido en su lecho.

—Lo extraño —nos decía—, porque generalmente este cuitado no se preocupa por nada. Y ahora, según se ve, estas nuestras misteriosas sesiones le han despertado cierta curiosidad; habrá venido a hurtadillas a ver lo que hacíamos..., y de pronto, ¡paf!, el patatús. ¡Porque es innegable, señor Meis, que los extraordinarios fenómenos de la mediumnidad derívense en gran parte de las neurosis epiléptica, cataléptica e histérica! ¡Max coge acá y allá, y hasta a nosotros mismos nos quita buena parte de energía nerviosa, valiéndose de ella para la producción de sus fenómenos! ¡Está comprobado! ¿No se siente usted, señor Meis, efectivamente, como si le hubiesen arrebatado alguna cosa?

—Todavía no, a decir verdad.

Hasta casi el amanecer estúveme dando vueltas en la cama, desvariando con aquel infeliz que yacía en el camposanto de Miragno, enterrado con mi nombre y apellido. ¿Quién sería? ¿De dónde habría venido? ¿Por qué se quitaría la vida? Quizá quería el pobre que su triste fin tuviese resonancia; acaso su acto fuera un desagravio, una expiación.... y yo me había aprovechado de él. Confieso que más de una vez sentí aquella nohecita un terror que me helaba los huesos. No era yo el único que había oído aquel tremendo puñetazo sobre la mesa. ¿Sería él quien lo había descargado? ¿Y no seguiría aún allí, en el silencio, presente e invisible, a mi lado? Aguzaba el oído, por si sentía algún rumorcillo en el aposento. Al cabo me dormí y asaltáronme terribles pesadillas.

Al otro día, lo primero que hice fue abrirle la ventana a la luz.

15.

Yo y mi sombra

Me ha sucedido varias veces, al despertarme en el corazón de la noche —la cual, en este caso, no da muestra verdaderamente de tener corazón—, me ha sucedido, repito, experimentar en la oscuridad y en el silencio un extraño asombro, un peregrino empacho, al recuerdo de algo que hiciera de día, a la luz, sin pensar en ello; y me he preguntado entonces a mí mismo si a determinar nuestros actos no concurrirán también los colores, la vista de las cosas circundantes y el vario tránsito de la vida. Indudablemente que sí, y ¡quién sabe cuántos factores más! ¿No vivimos, según el señor Paleari, en relación con el Universo? Ahora hay que ver cuántas sandeces nos hace cometer este condenado Universo, y de las cuales echamos luego la responsabilidad a nuestra pobre conciencia, atraída, como se encuentra, por fuerzas exteriores, y deslumbrada por una luz que fuera de ella radica. Y, por el contrario, ¡cuántas maduras deliberaciones, cuántos bien meditados propósitos, cuántos expedientes urdidos durante la noche no se nos antojan luego vanos, desplomándose y desvaneciéndose a la luz del día! Así como una cosa es el día y otra la noche, puede que también seamos nosotros una cosa de día y otra cosa de noche, aunque, en resumidas cuentas, cosa de muy poco valor, ¡ay de mí!, lo mismo de noche que de día.

Recuerdo que al abrir, después de cuarenta días, las ventanas de mi habitación, no experimenté alegría alguna al ver de nuevo la luz. Empañóme ésta horriblemente la idea de lo que hiciera durante aquellos días pasados a la sombra. Todas las razones, excusas y persuasiones que en aquella lobreguez tenían su peso y su valor, hubieron de perderlo por completo no bien abrí las ventanas, tornándose lo contrario de lo que habían sido. Y en vano aquel pobre yo, que tanto tiempo se había estado con las ventanas cerradas, e intentándolo todo con tal de hacer más llevadero el tedio de la clausura, tímido ahora cual perro vapuleado, andaba junto a aquel otro que me abría las ventanas y se despertaba a la luz del día, ceñudo, severo, iracundo; en vano hacía por ahuyentarle los malos pensamientos, instándole a alegrarse más bien delante del espejo, del éxito de la operación y de haber vuelto a crecerle la barba y hasta de aquella palidez que le ennoblecía el rostro.

—Pero, idiota, ¿qué has hecho? ¿Qué has hecho?

—¿Qué había de haber hecho? Nada, seamos justos ¡Había hecho el amor! ¿En aquella oscuridad tenía yo la culpa?— no había ya visto ningún obstáculo, perdiendo el freno que hasta allí me impusiera. Quería Papiano quitarme a Adriana; la pianista había hecho que se sentara a mi lado, lo cual hubo de valerle a la pobre aquel tremendo puñetazo en la boca; andaba yo a mal traer —¡naturalmente!— con los dolores del ojo operado; créame, como todo infeliz (léase hombre), con derecho a una compensación, y teniéndola tan a la mano, no pude menos de tomármela; hacíanse allí los experimentos de la muerte, y Adriana, junto a mí, era la vida, la vida que aguarda un beso para abrirse a la alegría; luego, Manuel Bernáldez hubo de besar en lo oscuro a su Pepita, y entonces yo también...

—¡Ah!

Dejéme caer en la butaca con las manos en las mejillas. Sentía que los labios me temblaban; aquel recuerdo... ¡Adriana! ¡Adriana! ¿Qué esperanzas había yo infundido en el corazón con aquel beso? Mi esposa, ¿no es verdad? Abiertas las ventanas, ¡holgorio y regocijo!

Había tenido ya ocasión de ver cómo aquella libertad mía, que a lo primero me pareciera ilimitada, no era sino limitadísima, atendidos mis pocos dineros; luego había caído en la cuenta que la tal libertad no era, después de todo, más que soledad y aburrimiento, condenándome a un terrible castigo: el de mi propia compañía, que había sido la razón de que yo buscase el trato de mis semejantes; pero, y aquel propósito que yo formara de no volver a anudar, por flojamente que fuere, los lazos de la vida, ¿de qué me había valido? Hete aquí que los tales lazos habían vuelto a anudarse ellos solos; y la vida, no obstante haberme puesto yo en guardia contra sus arrumacos, había tirado de mí con fuerza irresistible, ¡y esa vida no podía ser ya para mí! ¡Ah! ¡Ahora lo veía claro! Ahora, que no podía ya con vanos pretextos, con fingimientos casi pueriles ni con piadosas y menguadas excusas librarme de adquirir conciencia de los sentimientos que me inspiraba Adriana, ni atenuar el alcance de mis intenciones, palabras y actos. Hartas cosas había dicho sin hablar, apretándole la mano y obligándole a entrelazar sus dedos con los míos; hasta que, finalmente, selló un beso nuestro amor. ¿Y cómo responder ahora con los actos a las promesas? ¿Podía yo hacer mía a Adriana? Porque si en la presa del molino de *La Cabaña* me habían ahogado a mí aquellas dos buenas mujeres de Romilda y mi suegra, ¡ellas no se habían ahogado! ¡Y la que había quedado libre había sido mi mujer, no yo, que me había avenido a hacerme el muerto, lisonjeándome con la ilusión de poder convertirme en otro hombre y hacer otra vida! ¡Otro hombre, pase, pero a condición de no hacer nada! Pero ¿y qué hombre? ¡Una sombra de hombre! ¿Y qué vida? En tanto me di por satisfecho con estarme metido en mi concha y ver vivir a los demás, pude, mal que bien, hacerme la ilusión de que yo también vivía otra vida; pero en cuanto me acerqué a esa vida ajena, propasándome al extremo de coger un beso de unos labios apetitosos, ya lo estáis viendo, me apartaba horrorizado, cual si hubiese besado a Adriana con los labios de un muerto, de un muerto que no podía resucitar por su amor. Labios mercenarios, sí, hubiera podido besar; pero ¿qué sabor de vida gustar en tales labios? ¡Oh! Si Adriana, enterada de mi extraño lance... ¿Ella? No, no... ¡Ni siquiera pensarlo! ... ¡Con lo candoroso y tímida que ella era! ... Pero ¿Y si el amor pudiera en su ánimo más que todo, sobreponiéndose a todo miramiento social?... ¡Ay, pobre Adriana! ¿Cómo podía yo encerrarla conmigo en el vacío de mi destino, hacerla compañera de un hombre al cual había de serle imposible en absoluto mostrarse a la luz y probar su existencia? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Dos golpes que sonaron a la puerta me hicieron saltar de la butaca. Era ella, Adriana.

Por más que con violento esfuerzo hiciese yo por reprimir el tumulto de mis pensamientos, no pude evitar, sin embargo, que ella advirtiese el estado de agitación en que me encontraba. Presa era ella también de turbación por efecto de sus pudores, que no le consentían mostrarse alegre, según hubiera deseado, al volverme a ver finalmente curado, a la luz y contento... ¿Que no? ¿Por qué?

Apenas si alzó los ojos para mirarme; ruborizóse y entregóme un sobre: —Esto, que ha venido para usted...

—¿Una carta?

—No lo creo. Será la cuenta del doctor Ambrosini. Dice el criado que si espera contestación.

Le temblaba la voz. Sonrióse.

—Ahora veremos —dije yo.

Pero de pronto acometióme un arrebató de ternura, comprendiendo que con el pretexto de la cuenta había venido, en realidad, en demanda de una palabra mía que la corroborase en sus esperanzas; una piedad profunda y congojosa se apoderó de mí, piedad de mí y de ella, piedad cruel, que me impulsaba con irresistible vehemencia a acariciarla y acariciar en ella a mi dolor,

que sólo en ella, con todo y ser su causa, podía hallar lenitivo. Y aun sabiendo que de esa suerte me comprometía todavía más, no acerté a resistir; tendíle las dos manos, y ella, abandonada, rendida, aunque con las mejillas como la grana, levantó las suyas y me las puso en las mías. Después de lo cual cogíle la rubia cabecita y estrechéla contra mi pecho, acariciándole el pelo con suave tacto.

—¡Pobre Adriana!

—¿Por qué? —preguntóme ella, bajo el halago de mi caricia—. ¿No somos felices?

—Sí...

—Entonces, ¿por qué me llama usted pobre? Asaltóme en aquel instante un ímpetu de rebelión; estuve tentado a revelárselo todo, y decirle:

«¿Que por qué? Pues escucha: porque te amo, y no puedo, no debo amarte. Aunque si tú quisieras ...» Pero ¡no! ¿Qué podía hacer aquella criaturita tan mansa? Estreché fuerte contra mi pecho su cabecita rubia y comprendí que sería mayor crueldad aún despegarla desde lo alto de aquella alegría a que, ignorante de todo, se entregaba, en los abismos de la desesperación que constituían mi infierno.

—Pues porque —dije soltándola—, porque sé tantas cosas que se oponen a que usted sea feliz...

Dio muestras Adriana de dolorosísimo asombro al ver que mis brazos dejaban de ceñirle el cuerpo así tan de repente. ¿Esperaría, acaso, que después de aquellas caricias empezase yo a llamarla de tú? Quedóseme mirando, y, al notar mi agitación, preguntóme afanosa:

—Pero ¿qué cosas... son esas que usted sabe... de usted... o de aquí... de casa?

Yo respondíle con un gesto: «De aquí, de aquí», por conjurar la tentación, que cada vez se me hacía más fuerte, de hablar y contárselo todo.

¡Ojalá y lo hubiera hecho! Causándole de pronto aquel golpe, recio, sí, pero único, habríale ahorrado otros muchos, y yo no me hubiera metido en nuevos y más complicados enredos. Sólo que estaba aún harto reciente mi triste descubrimiento; necesitaba todavía profundizar más en su examen, y el amor y la piedad quitábanme ánimos para echar por tierra así, tan súbitamente, sus esperanzas y dar al traste con mi vida, es decir, con esa sombra de ilusión de vida que, en tanto callase, podía seguir acariciando. Comprendía, además, cuán odiosa hubiera resultado la declaración que era forzoso hacerle de que todavía vivía mi esposa. ¡Sí! ¡Sí! ¡Al confesarle que yo no era Adriano Meis, volvía a ser Matías Pasea], *muerto y todavía casado!* ¿Cómo es posible decir tales cosas? Aquel era el colmo de la persecución de que una mujer pueda hacer blanco a su marido; emanciparse ella, dándolo por muerto en el cadáver de un pobre ahogado, y seguir pesando sobre él, hasta después de muerto. Hubiera podido, sí, a raíz del lance, rebelarme, declararme vivo... Pero ¿quién, puesto en mi caso, no hubiera procedido como yo? Todos, todos, de haberse encontrado en mi pellejo, hubieran considerado, de seguro, como una suerte el verse libres por modo tan inesperado e inesperable de la mujer, de la suegra, de las trampas y de aquella menguada y mísera vida que yo llevaba. ¿Cómo podía yo figurarme que ni después de muerto podría verme libre de mi costilla; que ella sí podrá verse libre de mí y yo de ella no, y que aquella vida, que a lo primero viera dilatarse ante mí libre hasta más no poder, no era, en el fondo, sino mera ilusión, que no podría pasar a convertirse en realidad sino superficialísimamente, resultando más esclava que nunca, esclava de las ficciones y mentiras que tan de mala gana veíame obligado a inventar, y esclava también del temor a que me descubriesen, con todo y no haber cometido ningún delito?

Adriana reconoció que no tenía verdaderamente en su casa motivos para estar muy contenta; pero ahora... Y con los ojos y con una triste sonrisa preguntóme si podía ser un obstáculo para mí lo que para ella era una causa de dolor... «Supongo que no, ¿verdad?», querían decir aquella su mirada y aquella su sonrisa.

—Bueno; pero, a todo esto, hay que pagarle la cuenta al doctor Ambrosini —exclamé, fingiendo acordarme de pronto de la cuenta y del criado que aguardaba contestación.

Rasgué el sobre, y sin demora, esforzándome por adoptar un tono chancero:

—¡Cuatrocientas liras! —dije—. Mire usted, Adriana: aquí tiene una de esas malas partidas que nos juega la naturaleza; de modo que tras de condenarme a cargar por tantos años con un ojo digámoslo así, desobediente; cuando a costa de dolores y de estarme encerrado en mi cuarto, por enmendar su yerro, lo consigo, por fin, todavía resulta que me toca pagar. ¿Le parece a usted justo?

Adriana sonrióse con tristeza.

—Puede —repuso— que el doctor Ambrosini no se diese por satisfecho con que usted le contestase que fuera a cobrarle la cuenta a la naturaleza. Lejos de eso, creo que hasta se sentirá acreedor a su agradecimiento, ya que el ojo...

—¿Le parece a usted que ha quedado bien?

Hizo un esfuerzo ella para mirarme, y dijo con voz queda, volviendo en seguida a bajar los ojos:

—Sí... Nadie diría que es el mismo...

—¿Quién? ¿Yo o el ojo? —usted.

—Quizá con estas barbas...

—No... ¿Por qué? ¡Si le caen muy bien! ...

¡Dichoso ojo? v con qué gusto me lo hubiera sacado con los dedos! ¿—Qué más me daba ya tenerlo o no en su sitio?

—Y, sin embargo —dije—, puede que él, por su parte, estuviese antes más contento... Ahora me da algo que hacer... Aunque espero que se me Pasará...

Luego dirigíme al armario de pared donde tenía guardado el dinero. Adriana hizo ademán de retirarse; pero Yo, ¡necio de mí!, le dije que no se fuese. ¿Cómo iba yo a figurarme lo que había ocurrido?...

Al ir a abrir el armario, noté que la llave no daba la vuelta a la cerradura; dile un empujón a la puerta y cedió al punto. ¡El armario estaba abierto!

—¿Cómo! —exclamé—. ¿Es posible que yo lo haya dejado así?

Al notar mi inopinada turbación, púsose Adriana lívida. Miréla:

—¡Mire usted, Adriana! —dije—. ¡Aquí ha debido de andar alguien!

Dentro del armario todo estaba revuelto; habían sacado los billetes del Banco del bolsito de cuero donde yo los guardaba y andaban diseminados por las tablas. Adriana, horrorizada, tapóse la cara con las manos. Yo recogí febrilmente los billetes y me puse a contarlos.

—¿Es posible? —exclamé, después de hecho el arqueo, pasándome la mano por la frente, transida de glacial sudor.

Adriana estuvo para desmayarse; pero apoyóse a tiempo en una mesita que allí cerca había, y díjome con voz que no parecía la suya:

—¿Lo han robado?

—Aguarde usted, aguardé usted. ¿Pero cómo es posible? —exclamé yo.

Y volví a contar los billetes, sobándolos con rabia, como si a fuerza de eso hubieran de parecer los otros que faltaban.

—¿Cuánto? —preguntóme Adriana, demudada por efecto del horror y el espanto, no bien hube terminado aquel segundo arqueo.

—Doce..., doce mil liras —balbucí—. Eran sesenta y cinco mil.... y ahora sólo hay cincuenta y tres mil. Cuento usted...

De no haber acudido oportunamente a sostenerla, hubiera rodado Adriana por tierra como un bulto. Pero haciendo todavía un supremo esfuerzo, logró recobrar las fuerzas, y sollozando, convulsa, intentó desasirse de mí, que quería sentarla en la butaca, e hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—¡Voy a llamar al abuelo! ¡Voy a llamar al abuelo!

—No —le grité, deteniéndola y obligándola a sentarse. ¡No haga eso, por el amor de Dios! Me aflige usted todavía más... ¡No quiero, no quiero! ¿Por qué tiene usted que ponerse así? Sosiéguese, por Dios... Déjeme primero recapacitar un poco; porque si el armario estaba abierto...; pero yo no puedo, no quiero pasar a creer todavía en un robo tan cuantioso... Vamos, estése tranquila.

Y obedeciendo a un último escrúpulo, volví a contar los billetes; y aun sabiendo, como sabía perfectamente, que en el armario guardaba yo todo el dinero, púseme a rebuscar por todas partes, incluso donde no era posible que yo hubiera puesto tal cantidad, de no haberme vuelto loco o idiota. Y a fin de no levantar mano de tales pesquisas, que a cada momento parecíanme más absurdas e inútiles, esforzábame por creer inverosímil la audacia del ladrón. Pero Adriana, como delirando, con las manos en la cara y la voz entrecortada por los sollozos, gemía:

—¡No busque usted más! ¡Es inútil! ... Ladrón.... ladrón... Por si algo le faltaba, también eso... Lo preparó todo de antemano... Sí, sentí en la oscuridad una cosa.... y me entró una sospecha...; sólo que no quería creerlo capaz de tanto...

Se refería a Papiano, si; no podía ser otro el ladrón sino él, secundado por su hermanito, durante las sesiones de espiritismo.

—Pero ¿cómo es posible —seguía gimiendo Adriana— que tuviese usted en casa, así, a la buena de Dios, tanto dinero?

Yo me volví a mirarla como pasmado. ¿Qué responderle? ¿Iba a decirle que por la situación especialísima en que me encontraba no tenía más remedio que llevar a todas partes mi dinero conmigo? ¿Podía explicarle que me estaba vedado emplearlo en nada ni confiárselo a nadie? ¿Que ni siquiera podía depositarlo en ningún Banco, ya que si por casualidad surgía luego alguna dificultad inesperada cuando fuese a retirarlo, no tendría medio alguno de probar que aquel dinero era mío?

Así que por no parecer sandío fui cruel. —¿Quién iba a figurarse? —dije.

Adriana volvió a cubrirse la cara con las manos, y gimió desolada:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

El pánico que hubiera debido entrarle al ladrón al cometer su robo, entróme a mí al pensar en lo ocurrido. Papiano no podía seguramente suponer que fuera yo a culpar del robo al pintor español, ni a la pianista, ni a la criada de la casa o al espíritu de Max; debía de tener la certeza de que, con la responsabilidad de lo sucedido, habían de cargar él y su hermano; y, a pesar de todo, nada, que me habían desvalijado como en son de reto.

¿Y yo? ¿Qué podía yo hacer? ¿Denunciarlo? ¿Pero cómo? Nada, nada, que no podía hacer nada; así como suena, ¡nada! Me sentí anonadado, aniquilado. Era el segundo descubrimiento

que llevaba a cabo aquel día. Conocía al ladrón y no podía denunciarlo. ¿Qué derecho tenía yo a la protección de la ley? Yo estaba al margen de toda ley... ¿Quién era yo? Nadie. Para la ley, como si no existiera... Todo aquel que quisiera podría robarme; y yo, ¡callado!

Pero Papiano no podía saber nada de eso. ¿Cómo, entonces, se había arrojado a tanto?

«¿Cómo habrá podido hacerlo? —dije entre mí—. ¿De dónde habrá sacado tanta osadía?» Adriana quitóse las manos del rostro y miróme estupefacta, como diciendo: «Pero ¿no te lo figuras?»

—¡Ah, ya! —exclamé con súbita intuición. —Debe usted denunciarle —exclamó ella levantándose—. Déjeme usted, por favor, que llame al abuelo... ¡Verá usted lo que tarda en presentar la denuncia!

Detúvela por segunda vez. Por si lo sucedido era poco, sólo faltaba ahora que Adriana me obligase a denunciar el robo. ¿No era bastante el que me hubiese robado, así como así, doce mil liras? Lo que debía yo procurar era que el robo no llegara a saberse, rogarle a Adriana que no lo divulgase, que no se lo dijera a nadie, por caridad. Pero Adriana —y ahora me lo explico perfectamente— no podía consentir, en modo alguno, que yo me callase, obligándola también a ella a guardar silencio; no podía en absoluto aceptar aquella que le parecía generosidad de mi parte por muchas razones; primera, por su amor, y luego por la honorabilidad de su casa y el odio que le tenía al cuñado.

Sólo que en aquel trance parecióme excesivo su justo empeño, y exasperado díjele:

—Usted se callará, porque se lo mando yo. No le dirá una palabra a nadie. ¿Me oye? ¿O es que quiere usted escándalo?

—No, no —apresurase a protestar llorando—. ¡Yo quiero limpiar mi casa del borrón de ese hombre!

—Pero él lo negará todo —insistí yo—. Y tendremos que comparecer ante la Justicia todos los de esta casa. ¿No comprende?

—Sí que lo comprendo. ¡De sobra! —respondió Adriana con vehemencia, trémula de enojo—. Pero que niegue cuanto quiera. Nosotros, por nuestra parte, tenemos otra cosa por qué denunciarle... Sí, denúnciele usted... No le guarde consideraciones; no pase pena por nosotros... ¡Nos hará usted un gran favor, créalo! Así vengará a mi pobre hermana... Crea usted, señor Meis, que lo tomaré a mal si no lo hace... Quiero, pero así, quiero que usted lo denuncie... Y si no lo hace usted, lo haré yo. ¿Cómo quiere usted que, tanto yo como mi padre, nos avengamos a cargar con esta mancha? ¡No! ¡No! ¡No! Y además, que...

Estrechela entre mis brazos, olvideme del dinero robado al verla sufrir de aquel modo y desvariar en el paroxismo de la desesperación, prometiéndole hacer cuanto quisiese con tal de sosegarla. Pero ¿qué mancha decía? No podía haberla ni para ella ni para su padre; hartó sabía yo quién había sido el autor de aquel robo. ¿De forma que Papiano había juzgado que mi amor a ella valía bien doce mil liras y había yo de demostrarle que estaba en un error? ¿Denunciarlo? Bueno, sí, lo haría, no por mí, sino por limpiar su casa de aquel desalmado; sólo que con una condición: que, ante todo, había ella de sosegarse, de suspender sus lloros. ¡Ea! Y además había de jurarme, por lo que más quisiera en el mundo, que no hablaría con nadie del robo hasta tanto que no consultase yo a un abogado, a fin de calcular las consecuencias que podrían resultar de la denuncia y que, tan sobreexcitados como estábamos ahora, ni ella ni yo podíamos prever.

—¿Me lo jura usted, Adriana, por lo que más quisiera usted en el mundo?

Jurómelo ella, y sonriendo por entre sus lágrimas, diome a entender por qué me lo juraba, qué era lo que más quería en el mundo.

¡Pobre Adriana!

Quedéme, por fin, solo en mitad del cuarto, aturdido, mareado, aniquilado, como si se me hubiese acabado el mundo. ¿Cuánto tiempo tardaría en reponerme? ¿Ni cómo lo logré? ¡Lelo..., lelo! ... Como un lelo fui a mirar a la puerta del armario, por ver si descubriría en ella señales de fractura. No, ni la menor huella; habían llevado a cabo la operación con suma pulcritud, valiéndose de una ganzúa, mientras yo guardaba en mi bolsillo con tanto cuidado la llave.

—¿Y no se siente usted como si le hubieran sustraído alguna cosa? —hubo de preguntarme el bueno de don Anselmo en la última sesión.

—¡Doce mil liras!

De nuevo el pensamiento de mi absoluta impotencia, de mi nulidad, sobrecogióme, agobiador. Aquello de que hubiesen de robarme y yo no sólo no pudiera delatar al ladrón, sino que, lejos de eso, estuviera temblando no fuera que se descubriese el robo, cual si lo hubiera cometido yo, y no un ratero en mi daño, era cosa en que jamás pensara.

—¿Doce mil liras? Después de todo, no es mucho; podrían robármelo todo, hasta la camisa que llevo puesta; y yo, ¡chitón! ¿Qué derecho tengo a hablar? Lo primero que harían sería preguntarme. Bueno; pero y usted, ¿quién es? ¿De dónde le vino ese dinero? Y aún sin denunciarlo, si esta noche voy y lo cojo del pescuezo y le digo: “¡Venga acá en seguida ese dinero que me has robado del armario, so ladrón“, pues pondrá el grito en el cielo, y negará, y hasta es muy posible que me diga: «Sí, señor. Ahí lo tiene usted, que se lo cogí por equivocación.» Si así fuere, no habría más que hablar. Pero ¿y si en vez de eso le da por presentarme una querrela por difamación? ¡Nada; punto en boca! ¿No me pareció una gran cosa el que me hubieran dado por muerto? Pues nada, muerto estoy. ¡Qué digo, muerto! Peor todavía; y don Anselmo me lo ha recordado, porque los muertos no tienen ya que morir, y yo sí; yo vivo todavía para la muerte y soy ya un cadáver para la vida. Porque, con efecto, ¿cuál puede ser mi vida?

¿El tedio de marras, la soledad, la compañía de mí mismo?

Cubríme la cara con las manos y me desplomé en la butaca.

¡Oh! Si siquiera hubiera sido un pícaro, quizá hubiese podido adaptarme a quedarme así, suspenso en la incertidumbre de la suerte, abandonado a la casualidad, expuesto a un riesgo continuo, sin base ni consistencia. Pero ¡yo!, ¡Yo, no! ¿Y qué hacer ahora? ¿irme de aquella casa? ¿Adónde? ¿Y Adriana? Pero ¿de qué podía yo valerla? De nada..., de nada... ¿Y cómoirme así sin dar ninguna explicación, después de todo lo ocurrido? Ella le echaría la culpa de todo al robo de las doce mil liras y pensaría para sus adentros: «¿Por qué habrá querido salvar al culpable y castigar a la inocente?» ¡Ah! ¡No! ¡No, pobre Adriana! Por otra parte, no pudiendo yo hacer nada, ¿cómo esperar que mi conducta para con ella resultase menos fea? Por fuerza tendría que portarme como inconsecuente y cruel. Inconsecuencia y crueldad eran patrimonio de mi destino, y yo era el primero en sufrir por su culpa. Hasta Papiano, el ladrón, al cometer el robo, había procedido con más consecuencia y menos crueldad de la que forzosamente hubiera tenido yo que demostrar.

El quería casarse con Adriana por no tenerle que devolver al suegro la dote de la primera mujer ¿No había hecho yo por quitarle a Adriana? Pues que fuera yo quien me encargase de restituírle la dote de su hija a don Anselmo.

Para un ladrón no podía pedirse más consecuencia.

¿Ladrón? Ni siquiera eso; porque la sustracción, en el fondo, resultaba más aparente que real, ya que, constándole a él la honradez de Adriana, no podía pasarle por la imaginación la idea de

que yo quisiera hacer de ella mi amante, sino mi mujer legítima; y en este caso, tendría que recobrar mi dinero en forma de dote de Adriana, con la añadidura de una mujercita juiciosa y buena. ¿Qué más podía pedir?

¡Oh! Estaba yo seguro de que, pudiendo esperar, y con tal que Adriana tuviese tesón para guardar el secreto, habíamos de ver cómo Papiano prometía restituir en menos de un año la dote de su difunta.

Cierto que ese dinero no podía venir a parar a mis manos, ya que Adriana no podía ser mi mujer; pero iría a las de ella, si sabía callar ahora, siguiendo mi consejo, y podía yo permanecer un poco más tiempo en la casa. Tendría que proceder con mucha maña; pero Adriana, por lo menos, a falta de otra cosa, saldría ganando esto: la devolución de la dote.

Tranquiliceme un poco, cuando menos por ella, al recapacitar en cuanto antecede. ¡Ah, por mí, no! Porque yo tenía que apechugar con el dolor del otro fraude descubierto: el de mi ilusión, comparado con el cual nada significaba el de las doce mil liras; antes era un bien, si llegaba a resolverse en beneficio de Adriana.

Vime excluido para siempre de la vida, sin posibilidad de volver a ella. Con ese pesar en el corazón, con esa experiencia consumada, me iría ahora de allí, de aquella casa, a la que ya me había acostumbrado, y donde encontrara un poco de sosiego y de paz y me formara como un nido para deambular de nuevo por esas calles de Dios, sin objeto ni fin, dando volteretas en el vacío. El miedo a volver a enredarme en los lazos de la vida haría que me apartase cada vez más de los hombres y anduviese solo, enteramente solo, lleno de desconfianza y resquemor, y el suplicio de Tántalo se renovarían en mí.

Salí de la casa como un loco. Anduve sin saber por dónde, hasta encontrarme por fin con que estaba en la calle Flaminia, cerca de Ponte Molle. ¿Qué había ido yo a hacer allí? Esparcí la vista alrededor; luego hubieron de fijarse mis ojos en la sombra de mi cuerpo y quedéme un rato contemplándola, hasta que por último levanté el pie y se lo puse encima. Pero no; yo no podía pisar mi sombra.

—¿Cuál de las dos era más sombra? ¿Ella o yo? ¡Dos sombras!

Así, tiradas por tierra; y todos podían ponernos el pie encima, aplastarme la cabeza, aplastarme el corazón; y yo, callado, ¡y la sombra, callada!

—La sombra de un muerto: esa es mi vida...

Pasó un carro, y yo, allí, firme, adrede; primero, el caballo con las cuatro patas; luego, las ruedas.

—Así, así. ¡Fuerte! ¡En el pescuezo! ¡Y tú, también, chucho! Anda, valiente, anda; levanta la pata ¡Levanta la pata!

Estallé en una carcajada maligna, y el perrillo echó a correr, asustado, mientras el carretero se volvía a mirarme. Yo entonces eché a andar y la sombra también, delante de mí. Apreté el paso a fin de arrojarla debajo de otros carros y de los pies de los transeúntes voluptuosamente. Habíame entrado una manía de mala índole, hasta que por último se me hizo insoportable la vista de aquella mi sombra, y hubiera querido sacudírmela con los pies. Volvíme, y nada, no se había ido; ahora me venía siguiendo.

—¿Y si arranco a correr? —me dije— ¿Correrá detrás de mí?

Restreguéme la frente, temiendo no fuera a volverme loco, atosigado por aquella idea fija. ¡Pero si era así! Aquella sombra era el símbolo, el espectro de mi vida; yo estaba allí tirado por los suelos, a merced de los pies de los transeúntes. Eso era cuanto quedaba de Matías Pascal, el que se ahogó en *La Cabaña*: su sombra caminando por las calles de Roma.

Aquella sombra tenía un corazón y no podía amar; dineros, y cualquiera podía robárselos, y una cabeza, pero para pensar y comprender que era la cabeza de una sombra y no la sombra de una cabeza. ¡Así era la verdad!

Entonces sentí como si aquella mi sombra hubiera sido una cosa viva, y me dio pena de ella; como si aquel caballo y las ruedas del carro y los pies de los transeúntes la hubiesen hecho verdaderamente daño. Y no quise que siguiera allí tirada por los suelos. Pasó un tranvía y monté en él.

Y al entrar en casa...

16.

El retrato de «Minerva»

Ya antes de que me abrieran la puerta, adiviné que algo grave había pasado en casa, pues oíanse a Papiano y don Anselmo dando voces. La pianista saliome al encuentro, toda descompuesta.

—Pero ¿es verdad eso? ¿Doce mil liras?

Detúveme, anhelante y aturdido. Escipión Papiano atravesó en aquel momento la salita de entrada, descalzo, con las botas en la mano, muy pálido, en mangas de camisa; en tanto el hermano chillaba:

—Y ahora, denuncia, denuncia.

De pronto acometiome un impulso de altiva cólera contra Adriana, que, no obstante mi prohibición y su juramento, había hablado.

—¿Quién lo ha dicho? —contestéle a la pianista—. Nada de eso es cierto. ¡Ya pareció el dinero!

La pianista mirome estupefacta.

—¿El dinero? ¿Que ya pareció? ¿De veras? ¡Ah! ¡Alabado sea Dios! —exclamó, alzando los brazos.

Y conmigo detrás corrió muy alborozada al comedor, donde seguían Papiano y don Anselmo dando voces, mientras Adriana lloraba.

—¡Que ya pareció el dinero! ¡Que ha parecido! Aquí está el señor Meis, que lo puede decir, ¿verdad?

—¿Cómo?

—¿Que ha parecido?

—Pero ¿es posible?

Quedáronse como pasmados los tres; pero Adriana y su padre tenían la cara como la grana, mientras que Papiano, en cambio, estaba lívido y descompuesto.

Mirele un instante. Debía yo de estar más pálido que él y todo temblón. Bajó los ojos como aterrado y dejó caer de las manos la chaqueta del hermanito. Yo me fui derecho a él hasta casi dar pecho con pecho, y le tendía la mano.

—¡Usted dispense! ¡Dispense usted, y que me dispensen todos! —dije.

—¡No! —gritó Adriana, indignada; pero inmediatamente se metió el pañuelo en la boca.

Papiano la miró y no se atrevió a tenderme la mano. Yo volví a decirle:

—¡Dispéñeme usted! ...

Y tendíle aún más la mano, hasta sentir el contacto de la suya, que temblaba. Parecía la mano de un muerto, y también sus ojos, turbios y casi apagados, parecían los de un cadáver.

—Siento mucho —añadí— el disgusto, el trastorno que, sin querer, he ocasionado...

—No, señor... Es decir, sí, verdaderamente —balbució don Anselmo—. Era una cosa que... Sí, no podía ser, ¡diantre! ¡Me alegro mucho! No sabe usted cuánto me alegro, señor Meis, de que haya usted encontrado ese dinero, porque...

Papiano resolló fuerte; pasóse ambas manos por la frente, bañada en sudor, así como la cabeza, y, volviéndonos la espalda, púsose a mirar la azoteílla.

—Me ha pasado —dije yo, haciendo por sonreír— lo que a aquel del cuento, que buscaba al burro e iba montado en él. Las doce mil liras las tenía yo aquí, encima de mí, en la cartera.

Adriana no pudo contenerse ya más.

—¡Pero si usted —dijo— lo revolvió todo estando yo delante, inútilmente! Sí, allí, en el armario...

—Sí, señorita —interrumpíla con fría y severa entereza—; pero, sin duda, busqué mal, cuando luego ha aparecido el dinero... Le ruego a usted también, y particularísimamente, que me perdone por mi atolondramiento, pues ha debido usted de sufrir más que nadie. Espero, sin embargo, que...

—¡No! ¡Tanto, no! —gritó Adriana, rompiendo a sollozar y saliéndose precipitadamente de la habitación, seguida de la pianista.

—No comprendo... —exclamó don Anselmo, estupefacto.

Papiano volvióse colérico:

—Pues, de todos modos, yo me voy de aquí hoy mismo... Según parece..., ya no hay necesidad de... de...

Interrumpióse, como si le faltase el aliento; hizo ademán de volverse a mí, pero no tuvo ánimos para mirarme a la cara.

—Yo... yo no he tenido fuerzas, créame usted, ni para decir que no... cuando me han cogido... aquí... entre todos... Me abalancé a mi hermano, que..., en su inconsciencia..., enfermo, como es... irresponsable... ¡quién sabe! Puede usted figurarse que... Tiré de él, y me lo traje acá... ¡Una escena bárbara! Me vi obligado a desnudarlo..., a registrarlo... por todas partes, hasta las botas... Y él... ¡ah! ...

En este instante subiósele el llanto a la garganta, como haciéndole un nudo; cuajáronsele de lágrimas los ojos, y, como agobiados bajo el peso de su congoja, añadió:

—Ya han podido convencerse de que... Pero ya comprenderá usted... que, después de esto, yo no tengo más remedio que irme.

—¡Quiá, hombre! ¿Por qué? —exclamé yo—. ¿Por mi culpa? No, señor. Usted debe quedarse aquí. Yo soy quien debo irme.

—¿Qué está usted diciendo, señor Meis? —saltó, afligido, el señor Paleari.

También Papiano, cohibido por el llanto, que trataba de reprimir, hizo un ademán negativo; después dijo:

—¡No, no! ¡Debo irme yo... debo irme! Es más: todo esto ha sucedido porque yo inocentemente... a la buena de Dios, anuncié mi propósito de irme, por causa de mi hermano, al que no se puede tener en casa... Tengo ya en mi poder una carta del marqués para el director de un hospital de Nápoles, adonde tengo que ir también por otros documentos que el marqués necesita Y entonces, mi cuñada, que le tiene a usted y con razón... naturalmente..., en tanta estima fue y dijo que ninguno nos podíamos mover de la casa..., que teníamos que estarnos aquí..., porque usted... no sé..., había descubierto... ¡Decírmelo eso a mí, a su cuñado! ... Pues así me lo dijo... ¡sí, señor! ... quizá porque yo, pobre, pero honrado, soy todavía en deberle aquí, a mi suegro...

—¡Pero hombre!, ¿a qué sacas eso a colación? —exclamó, interrumpiéndole, el anciano.

—¡No! —replicó Papiano con vehemencia—. ¡Es que no tengo más remedio que hacerlo! ¡A mí no se me olvida ese pico! ... Y si me voy de esta casa..., ¡pobre, pobre de Escipión!

Y, no atinando ya a reprimirse, prorrumpió en desatado llanto.

—¡Bueno! —dijo don Anselmo, turulato y conmovido—. Pero ¿a qué viene eso?

—¡Pobre hermano mío! —continuó Papiano con tales acentos de sinceridad, que hasta yo mismo sentíme transido de misericordia.

Comprendía, al través de aquel llanto, el remordimiento que debía de experimentar en aquel instante por el hermano, del cual se había valido para sus fines, y al que le habría echado toda la culpa del robo, si yo lo hubiera denunciado, habiéndole ya infligido la afrenta de aquel cacheo.

Nadie mejor que él sabía que yo no había podido encontrar el dinero. Aquella inesperada declaración mía, que venía a salvarlo en el preciso instante en que, creyéndose perdido, acusaba al hermano o, cuando menos, dejaba entender —según el plan que tendría tramado— que sólo aquél podía haber sido el tutor del robo, habíalo materialmente anonadado. Ahora lloraba de aquella manera por la necesidad de desahogarse el alma, tan tremendamente conmovida, y quizá también por comprender que sólo así, deshecho en llanto, podía afrontar mi presencia. Con aquel llanto era como si se me postrase a los pies de hinojos, aunque a condición de que yo mantuviese mi afirmación de haber encontrado el dinero; que, de haberme yo aprovechado de su decaimiento para volverme atrás de lo dicho, se hubiera alzado contra mí furioso. El —ni qué decir tenía— no sabía ni debía saber nada de tal robo, y yo, con aquella afirmación mía, sólo venía a salvar a su hermano el cual, en fin de cuentas, aunque yo lo hubiera Denunciado, no saldría perdiendo nada, ya que la enfermedad lo eximía; cuanto a él, a Papiano, se comprometía, según ya dejaba entrever, a devolverle a su suegro la dote.

Todo esto parecióme deducir de aquellos lloros. A lo último, Papiano, ante las exhortaciones del suegro y mías, serenóse; dijo que se volvería enseguida de Nápoles, no bien internase a su hermano en el hospital y obtenido determinados informes acerca de *cierto negocio que había planteado allí con un amigo suyo*, y procurándose los documentos que le había encargado el marqués.

—Y a propósito —me dijo, encarándose conmigo—; ya se me olvidaba con todo este trajín... El señor marqués me ha dicho que si no le parecía a usted mal, hoy.... en compañía de mi suegro y Adriana...

—¡Ah, sí! —exclamó don Anselmo, sin dejarlo acabar—. ¡Sí, iremos todos! ¡Me parece que ahora ya no hay por qué estar tristes! ... ¿Qué dice usted a esto, don Adriano?

—Por mí... —respondí, abriendo los brazos. —Pues entonces, a eso de las cuatro... ¿Les parece bien? —propuso Papiano, enjugándose definitivamente los ojos.

Yo me retiré a mi cuarto. Mi pensamiento voló hacia Adriana, que, después de aquel mentís mío, se había salido de la habitación sollozando. ¿Vendría ahora a pedirme explicaciones? Era indudable que no podría creerse tampoco aquello de que Yo hubiese encontrado el dinero. Y siendo así, ¿qué iría la pobre a figurarse ahora? Pues que o, al negar lo del robo, había querido castigarla a ella, por haber faltado a su juramento. Pero ¿por qué? indudablemente, porque el abogado, con quien le había dicho que pensaba consultar antes de proceder a denunciar el robo, me había dicho que, de hacerlo así, habían de verse envueltos en responsabilidad ella y todos los inquilinos de la casa. Pero bueno: ¿no me había dicho ella que estaba dispuesta a afrontar con gusto el escándalo? Sí; pero yo —era claro— no había consentido en ello, Prefiriendo sacrificar las doce mil liras... Y entonces, ¿debía dejarla en la creencia de que todo aquello era generosidad de mi parte, un sacrificio que hacía por amor a ella? He aquí a qué, otra mentira me obligaba mi extraña situación, repugnante mentira, que me engalanaba con el airón de una exquisita y delicada prueba de amor, atribuyéndome una generosidad tanto mayor cuanto que nadie me la había pedido, ni siquiera deseado. Pero no. ¡Eso no podía ser! ¿Qué era lo que estaba pensando? A otras conclusiones muy distintas había de llegar, siguiendo la lógica de aquella mentira mía, necesaria e inevitable. ¡Cuánta generosidad! ¡Qué sacrificio! ¡Qué prueba de amor! ¿Qué más hubiera podido hacer por lisonjear a aquella pobre muchacha? No; lo que debía hacer, en

adelante, era sofocar mi pasión; no volverle a dirigir en la vida ni una mirada, ni una palabra de amor. Pero, entonces, ¿cómo iba a poder ella conciliar aquella aparente generosidad mía con la reserva que desde ahora había de guardar en nuestras relaciones? De suerte que me veía obligado, a la fuerza, a aprovecharme de aquel robo, que ella había divulgado contra mi voluntad, y desmentido yo, a fin de romper toda relación con ella. Mas ¿qué lógica era ésta? Porque, una de dos: si yo había sido víctima de aquel robo, conociendo, como conocía, al ladrón, ¿por qué, en lugar de denunciarle, la pagaba con ella, retirándole mi amor, como si también ella fuera culpable? O si había recuperado, efectivamente, el dinero, ¿por qué no seguir amándola?

Sentí que el empacho, la ira y el odio a mí mismo sofocábame. ¡Si siquiera hubiese podido decirle que no era generosidad la mía! ¡Que yo no podía, en modo alguno, denunciar el robo! ... Pero, en tal caso, tendría que exponerle alguna razón... ¿La diría que aquel dinero mío era robado? ¿O que era un fugitivo comprometido, al que perseguía la Justicia, un individuo que debía vivir en la oscuridad, incapacitado para todo, incluso para unir su suerte con la de una mujer?

Pero no más mentiras a la pobre muchacha, ¡no! ... Además, la verdad, que a mí mismo antojábaseme ahora increíble, fábula absurda, sueño insensato, ¿podría decírsela a ella? ¿Habría de confesarle, por no mentirle ahora, que no había hecho hasta entonces sino mentir? He ahí adónde me hubiera conducido la revelación de mi extraño estado. Y después de todo, ¿para qué? Porque con eso, ni yo hubiera podido disculparme, ni consolarse ella.

Todavía, exasperado como estaba y fuera de mí, en aquel instante se lo hubiera confesado todo a Adriana si ésta, en vez de enviarme a la pianista, hubiese venido personalmente a mi cuarto a explicarme la razón de haber faltado a su juramento.

Razón que ya sabía yo, por haberla oído de labios de Papiano. Añadió la pianista que Adriana estaba inconsolable.

—Y ¿por qué? —preguntéle con forzada indiferencia.

—Pues porque no pasa a creer —respondióme— que usted haya encontrado el dinero.

Ocurrióseme entonces la idea —que, por lo demás, se avenía muy bien con el estado de mi ánimo y con aquella rabia que contra mí mismo sentía —de hacerle perder a Adriana toda la estimación que me tenía, a fin de que dejase de amarme, mostrándome a sus ojos falso, duro, voluble e interesado... De esa suerte me castigaría a mí mismo por el mal que le había hecho. Y aunque, de momento, hubiera de hacerle todavía más daño, de él se seguiría su curación.

—¿Qué no lo cree? ¿Y por qué no? —díjele con triste sonrisa a la solterona—. Pues doce mil liras..., ¿son una gota de agua? ¿Se figura ella que iba yo a estar tan tranquilo si de verdad me las hubiesen robado?

—Pero Adriana me ha dicho... —intentó añadir aquélla.

—Nada. ¡Sandeces! ¡Gana de hablar! —atajéle yo—. Es verdad, lo confieso, que al pronto sospeché... Pero también lo es que ya le dije a Adriana que no pasaba a creer en un robo... Y, efectivamente, así era. Además, ¿por qué iba yo a decir que había encontrado el dinero, de no ser exacto?

La pianista se encogió de hombros.

—Quizá crea Adriana que usted tenga alguna razón para...

—¡Nada de eso! —apresuréme a interrumpirla—. Le repito a usted que andaban por medio doce mil liras... ¡Si hubieran sido treinta o cuarenta, todavía!... Pero no, ¡yo no soy tan generoso! ... ¡Caramba, se necesita ser un héroe! ...

Al salir de mi cuarto la pianista, para transmitirle a Adriana mis palabras, quedéme yo retorciéndome y mordiéndome las manos. ¿Estaba bien que yo hiciese aquello? ¿Qué me aprovechase de aquel robo, cual si con el dinero robado quisiera pagarle a ella, compensarla de sus defraudadas esperanzas? ¡Ah! ¡Aquella conducta mía era vil! ... Seguramente, ella ahora clamaría al cielo, de rabia y me despreciaría..., sin comprender que su dolor era también el mío. Pero ¡así tenía que ser! Era menester que ella me odiara y despreciase, como yo me odiaba y despreciaba a mí mismo. Y hasta, para que me tomase más odio y concibiese por mí mayor desprecio, procuraría aún mostrarme muy cariñoso con Papiano, su enemigo, como para desagraviarle, a los ojos de ella, de la sospecha de que le hiciera blanco. Y, de esa suerte, desconcertaría también al propio ladrón, hasta hacer creer a todos que me había vuelto loco... ¡Y, por si era poco, recordé que habíamos quedado en ir a casa del marqués de Giglio, y me propuse empezar aquel mismo día a hacerle el amor a la señorita de Pantogada! ...

“¿Con eso me despreciarás más todavía, Adriana! —sollocé, dejándome caer en el lecho—. ¿Qué más, qué más podría yo hacer por ti?»

Poco después de las cuatro vino a llamar a mi puerta el señor Paleari.

—¡Ya voy! —le dije; y me endosé aprisa el abrigo—. ¡Vamos allá!

—Pero ¿va usted a venir así? —preguntóme don Anselmo, mirándome maravillado. —¿Por qué? —exclamé yo.

Mas al punto advertí que llevaba todavía en la cabeza el gorro de viaje, que solía ponerme en casa. Guardémelo en el bolsillo, y me encasqueté el sombrero, en tanto mi patrón se sonreía, como si él...

—¿Adónde va usted así también, don Anselmo? —Es verdad. Aguarde usted un poco... ¡Hay que ver cómo iba a salir yo!... —respondió, riendo, y me mostró sus pantuflas—. Pase usted un momento al comedor, que allí está Adriana...

—¿Va a venir también con nosotros? —pregunté.

—Al principio no quería —respondióme don Anselmo, dirigiéndose a su cuarto—; pero, al fin, he logrado convencerla. ¡Ande usted! En el comedor la encontrará, ya lista...

¡Con qué dura mirada de rencor acogióme la pianista! Ella, que tanto había sufrido por culpa del amor y recibido tantas veces consuelo de aquella pobre muchacha, ignorante de todo, ahora que a Adriana se le habían abierto los ojos también y tenía el corazón herido, procuraba consolarla a ella, a su vez, halagadora y llena de buena voluntad, y se rebelaba contra mí, por parecerle injusto que yo hiciera sufrir a una criatura tan hermosa y tan buena. Ella, —Por su parte, no era hermosa ni buena, y así, aun podían tener una sombra de disculpa los hombres si se portaban mal con ella; pero ¿por qué hacerle sufrir de aquel modo a Adriana?

Todo esto me dijo con los ojos, invitándome a mirar a mi víctima.

¡Qué pálida estaba! Conocíasele todavía en los ojos que había llorado. ¡Quién sabe cuántos angustiosos esfuerzos habríale costado el tenerse que vestir para salir conmigo! ...

No obstante el estado de ánimo con que hube de hacer aquella visita, despertaron en mí viva curiosidad la persona y la casa del marqués de Giglio d'Auletta. Sabía que vivía en Roma porque ya no se le alcanzaba otro recurso para lograr la restauración del reino de las Dos Sicilias sino luchar por el triunfo del Poder eclesiástico; restituyéndole Roma al Pontífice, tendría que quebrantarse la unidad de Italia, y entonces..., ¿quién sabe? No quería el marqués aventurar profecías; por el momento, su misión estaba bien clara: luchar sin cuartel en el campo clerical. Y su casa veíase frecuentada por los más intransigentes prelados de la Curia y los más fervorosos paladines del partido negro.

Pero aquel día, en el amplio salón, espléndidamente decorado, no vimos a nadie. Había, en su centro, un caballete con un lienzo no más que abocetado, que quería ser el retrato de *Minerva*, la perrilla de Pepita, negra del todo, tendida en una butaca blanca y con el hocico entre las patas.

Díjonos Papiano que aquélla era obra de Bernáldez.

Se nos presentaron, primero, Pepita Pantogada y su dueña, doña Cándida.

Ya las había visto yo a las dos en la semioscuridad de mi cuarto; pero ahora, a plena luz, la señorita de Pantogada parecióme otra, no del todo, sino por lo que se refería a aquella nariz que gastaba... ¿Es posible que en casa no se la hubiera visto? Habíame figurado que tenía una naricilla respingona, atrevidilla, y ahora resultaba que la tenía aguileña y no tan corta. ¡Pero era, a pesar de todo, tan hermosa, con aquella tez morena, ojos de brasa, pelo negrísimo, brillante y rizado, y labios de carmín! El traje, oscuro con motas blancas, sobrio y elegante, veníale que ni pintado a su esbelto y airoso cuerpo. Junto a ella palidecía la suave hermosura rubia de Adriana.

¡Y, por fin, pude explicarme qué era lo que doña Cándida llevaba en la cabeza! Una magnífica peluca rubia, muy rizada, y, encima de la peluca, un gran pañolón de seda celeste; mejor dicho, una toquilla, anudada artísticamente por debajo de la barba. Todo lo brillante que resultaba el marco, tenía de pálido y descolorido aquella carita flaca y fofa, muy dada de polvos y afeites.

A todo esto, *Minerva*, la perrilla, no nos dejaba hablar, con sus roncós y forzados ladridos. Aunque el pobre bicho no se dirigía a nosotros, sino que sus ladridos iban contra el caballete y contra aquella butaca blanca, que a ella debían parecerle instrumentos de tortura; ladridos con los que protestaba y daba suelta a la exasperación de su alma perruna. De buena gana hubiera *Minerva* echado del salón a aquel condenado chisme de tres patas; pero, visto que seguía allí plantado, inmóvil y amenazador, era ella la que se apartaba, ladrando, y luego daba una carrera hacia él, enseñando los dientes, y volvía a echarse hacia atrás, colérica.

Verdaderamente, la tal *Minerva*, tan rechoncha y pelicorta, con sus cuatro patitas tan finas, no resultaba nada airosa; tenía ya los ojos que se le hacían agua, de puro vieja; sembrado de canas el pelo de la cabeza, y el lomo, junto al nacimiento de la cola, pelado por la costumbre de rascarse curiosamente en las patas de los armarios y en los travesaños de las sillas, dondequiera y como le venía a pelo.

Pepita la cogió del gañote con muy malos modos, y echóse la en los brazos a doña Cándida, gritándole:

—*Cito!*

En esto entró en la sala don Ignacio Giglio d'Auletta. Con una carrerilla, encorvado, casi partido en dos, fuese hacia la butaca que había junto a la ventana, y, apenas sentado, poniéndose el bastón entre las piernas, lanzó un profundo resuello. El semblante demacrado, todo surcado de arrugas verticales y afeitado, mostraba palidez cadavérica; pero, en cambio, los ojos despedían vivísimos y ardientes destellos, casi juveniles. Por las mejillas y las sienes corríansele, por modo extraño, ciertas mechuzas de pelo, que parecían lenguas de limpia ceniza.

Acogiéronos con mucha cordialidad, expresándose con marcado acento napolitano, y rogóle al secretario que siguiera enseñándonos los recuerdos de que estaba lleno el salón, y que atestiguaban su fidelidad a la dinastía borbónica. Luego que hubimos llegado a un cuadrado cubierto con una cortina verde, en la que había, bordada, esta leyenda: «No oculto, resguardo; levántame y lee», díjole a Papiano que descolgase el cuadrado y nos lo enseñase. Debajo del cristal, y con su correspondiente marco, encontrábase una carta de Pedro Ullua, con fecha de septiembre de 1860, es decir, cuando el reino ya estaba en las últimas, invitándole al marqués de

Giglio d'Auletta a formar parte del Ministerio, que no llegó a constituirse; y al lado estaba el borrador de la carta del marqués aceptando, altanera misiva que disparaba rayos contra todos aquellos que se habían negado a cargar con la responsabilidad del Poder en aquellos instantes de supremo peligro y angustioso desorden con el enemigo, el filisbutero Garibaldi, ya a las puertas de Nápoles.

Leyendo en voz alta el documento, enardecióse el marqués y conmovióse tanto, que con todo y no ser de mi gusto lo que leía, no pude menos de admirarle. También él, en lo suyo, habíase portado como un héroe. Del cual tuve otra prueba al oír de sus labios la historia de cierta flor de lis, de madera dorada, que había allí en el salón. La mañana del 5 de septiembre de 1860 salía el rey del palacio de Nápoles, en un coche cubierto, en unión de la reina y dos palaciegos; llegado el coche a la calle de Chiaja, tuvo que detenerse, por haberse obstruido el paso, por la afluencia de carros y coches, delante de una farmacia, en cuya muestra campeaban unas flores de lis de oro. Una escalera, apoyada contra la muestra, impedía el tránsito. Dos obreros, encaramados en lo alto de la misma, ocupábanse en quitar las flores de lis de la muestra. Hubo de notario el rey, e indicóle con la mano a la reina aquel acto de vil Prudencia del boticario, que, en otros tiempos, solicitara el honor de decorar su tienda con aquel emblema real. En aquel momento acertó a pasar por allí el marqués D'Auletta, e indignado, furioso, lanzóse al interior de la botica, cogió de la solapa de la americana al bellaco, sacólo fuera, enseñóselo al rey, escupirle después a la cara y, blandiendo una de aquellas flores de lis que acababan de quitar de la muestra, rompió a gritar con voz estentóreo: “¡Viva el rey!”

La flor de lis de madera recordábale ahora al marqués, en su salón, aquella triste mañana de septiembre, y una de las últimas veces que sus soberanos pasearon por las calles de Nápoles, gloriándose de aquella simbólica flor casi tanto como de la *llave de oro* de gentilhomme de cámara y de las insignias de caballero de San Jenaro, y de tantas otras condecoraciones como se dejaban ver allí, bajo un gran retrato de Francisco II.

Poco después, con objeto de poner por obra mi lamentable propósito, dejé al marqués con Paleari y Papiano, y acerquéme a Pepita.

Noté enseguida que era muy nerviosa e impaciente. Lo primero que hizo fue preguntarme la hora.

—*Quattro e meccio? Bene! Bene!*²

No debió de hacerle mucha gracia que fueran las cuatro y media, según el modo como pronunció aquel *bene!, bene!*, a regañadientes, y el voluble y casi agresivo discurso en que luego arremetió contra Italia entera, y particularmente contra Roma, tan hueca con su pasado. Entre otras cosas, díjome que «también» allá, en España tenían un Coliseo como el nuestro, de la mayor antigüedad; sólo que no le hacían el menor caso: —*¡Piedra muerta!*³

Para los españoles valía infinitamente más una *plaza de toros*⁴. Sí, y especialmente para ella, valía muchísimo más que todas las obras maestras del arte antiguo aquel retrato de *Minerva*, obra del pintor Bernáldez, que, por cierto, ya se tardaba. A lo cual, y no otra cosa, debíase la impaciencia de Pepita, que ya tocaba a su colmo. Estremecíase al hablar, pasábase rápidamente, de cuando en cuando, un dedo por la nariz; mordíase los labios, abría y cerraba las manos, y a cada instante ibánsele los ojos a la puerta.

² Sic en el original. (*N. del T.*)

³ Sic en el original. (*N. del T.*)

⁴ Sic en el original. (*N. del T.*)

Hasta que, por último, anunció el criado su llegada, y acto seguido presentóse Bernáldez muy acalorado y sudoroso, como si hubiera venido echando el bofe. Pepita le volvió la espalda y esforzóse por adoptar una actitud de fría indiferencia; pero en cuanto él, después de cumplimentar al marqués, acercóse a nosotros, o, mejor dicho, a ella, y hablándole en su idioma pidióle perdón por su tardanza, ya la joven no pudo contenerse, y con vertiginosa rapidez respondióle:

—*Prima de tuto le parli italiano, porque aquí siamo a Roma, dove ci sono aquesti signori que no comprendono lo spagnolo e no me par bona crianza che le parli conmigo spagnolo. Poi le digo che no me importa niente del suo retardo e che poteva pasarse de la excusa.*⁵

El pintor, mortificadísimo, sonrió nerviosamente, haciendo una reverencia; luego preguntóle si podía seguir trabajando en el retrato, ya que todavía había un poco de luz.

—*Ma comodo!* —respondióle ella con el mismo talante y en el mismo tono—. *Le puede pintar senza de mí o también borrar lo pintado, como glie par*⁶.

Manuel Bernáldez hízole otra reverencia, y dirigióse a doña Cándida, que seguía con la perrita en los brazos.

Entonces renovóse el suplicio de *Minerva*. Sólo que su verdugo hubo de sufrir un suplicio todavía más cruel. Pepita, para castigarlo por su tardanza, púsose a coquetear conmigo en una forma que a mí mismo parecióme excesiva para el objeto que me proponía. Dirigiendo de cuando en cuando una mirada de soslayo a Adriana, pude advertir cuánto sufría la pobre. De suerte que el suplicio no era sólo para Bernáldez y *Minerva*, sino también para Adriana y para mí. Yo sentía que las mejillas me echaban fuego, como si se me subiese a la cabeza el disgusto que sabía le estaba ocasionando a aquel pobre chico, con todo y no inspirarme piedad, porque quien de los presentes me la inspiraba era Adriana, y habiendo yo de hacerla sufrir a ella, poco me importaba que otros también sufrieran, de rechazo; es más: cuanto más me parecía que sufría el pintor, tanto menos se me antojaba que había de sufrir Adriana. Poco a poco fue subiendo de punto la violencia que cada uno de nosotros se hacía a sí mismo, en tales proporciones, que, al fin y al cabo, no tuvo más remedio que estallar.

Dio para ello pie *Minerva*, la cual, no teniendo aquella tarde la sujeción de otras, pues su amiguita no reparaba en ella, no bien el pintor dejaba de mirarla para fijar los ojos en el lienzo, abandonaba con mucho sigilo la postura en que la habían colocado y metía las patas y el hocico en el frunce que formaban el respaldo y el asiento de la butaca, cual si quisiera esconderse, presentándole al artista las partes traseras y meneando la cola, tiesa. Doña Cándida habíala ya vuelto a colocar varias veces en la postura debida. El pintor aguardaba a que lo hiciera dando bufidos, y, cogiendo al vuelo alguna palabra mía dirigida a su tormento, comentábala para sus adentros, refunfuñando. Más de una vez, habiéndolo notado, estuve por decirle: “¡Hable usted más claro, hombre!” Pero, al fin, fue él quien perdió los estribos, y le dijo a Pepita:

—¡Por favor! ¿Quiere usted hacer que ese animal se esté quieto?

—*Animale, animale!* —saltó Pepita, manoteando, muy excitada—. *Sara animale, man non glie se dice!*

—¡Quién sabe si el pobrecillo lo entenderá! —se me ocurrió observar a mí, encarándome con Bernáldez.

Después de soltar aquella frase caí en la cuenta de que podía tener un doble sentido. Yo me refería, naturalmente, a la perrilla, como diciendo: “¡Quién sabe lo que ella se figurará que le

⁵ Sic en el original. (*N. del T.*)

⁶ Sic en el original. (*N. del T.*)

queremos hacer!»; pero Bernáldez dio otra interpretación a mis palabras, y con extremada violencia, comiéndome con los ojos, replicó:

—¡Quien da muestras de no entender es usted!

Ante su firme y retadora mirada, y con lo excitado que estaba yo, no pude menos de responderle:

—¡Señor mío! Yo entiendo muy bien que usted podrá ser un gran pintor; pero...

—¿Qué pasa? —preguntó el marqués, reparando en nuestras actitudes agresivas.

Bernaldez, perdiendo por completo los estribos, vino a plantárseme delante, diciendo: —Un gran pintor... ¡Acabe usted!

—Un gran pintor, ¡sí! ... Pero, a lo que veo, tan poco simpático, que infunde miedo a las personas...

—¡Está bien! —replicó Bernáldez—: ¡Ya veremos si solamente a las perrillas!

Y se retiró.

De pronto, prorrumpió Pepita en un llanto extraño, convulsivo, y desplomóse, desmayada, en brazos de doña Cándida y Papiano.

En el revuelo que con esto se produjo, mientras yo, lo mismo que los demás, estaba mirando a la señorita de Pantogada, tendida en el canapé, sentí que me cogían de un brazo, y, al volverme, encontréme de manos a boca con Bernáldez, que se había echado hacia atrás. Dióme tiempo a repeler la mano, que ya había levantado para agredirme, y lo aparté con violencia; pero él volvió a abalanzarse a mí, y rozóme la cara con su mano. Yo me fui a él furioso; pero Papiano y don Anselmo acudieron a sujetarme, mientras Bernáldez retrocedía, gritando:

—¡Téngasela usted por dada! ... ¡Estoy a sus órdenes! ... ¡Aquí saben mis señas! ... El marqués habíase levantado a medias del sillón, todo trémulo, y pronunciaba frases de censura contra el agresor; en tanto, yo forcejeaba con Papiano y don Anselmo, pugnando por desasirme de ellos y correr tras el artista. El marqués mismo probó a serenarme, diciéndome que, a fuer de caballero, debía yo de mandarles los padrinos a aquel villano, para darle una lección, ya que había demostrado tener tan poco respeto a su casa. Apenas si le pedí perdón por el enojoso incidente, y me retiré enseguida, en unión de Papiano y su suegro. Adriana quedóse junto a la desmayada, a la que se habían llevado a sus habitaciones.

Cumplíame ahora pedirle a mi ladrón que me sirviese de padrino; pues ¿a quién sino a él y a don Anselmo iba a dirigirme?

—¿Yo? —exclamó estupefacto don Anselmo—. ¡Quia! ¡No, señor! ¡Usted no hablará en serio! Yo no entiendo de esas cosas... ¡Esas son niñadas y simplezas, con perdón de usted, señor Meis! —¡Usted lo hará por mí! —díjele con energía, ya que no era aquél el momento indicado para ponernos a discutir—. Usted irá con su yerno a ver ese señor.... y...

—Pues lo que es yo, ¡no voy! —atajóme él—. ¡Es inútil que usted insista, señor Meis! Cualquier otro favor que usted me pidiera me faltaría tiempo para hacérselo; pero eso, ¡no! Y, además, que ya le he dicho a usted que todo eso son niñadas, a las que no hay que conceder importancia... —¡No! ¡Eso, no! —saltó Papiano, notando lo furioso que yo estaba—. ¡Y tanto como hay que concedérsela! El señor Meis está en todo su derecho al pedir una satisfacción, y hasta me atrevería a decir que está en la obligación de demandarla. ¡Claro que sí! Debe hacerlo, debe...

—¡Bueno! Pues, entonces, irá usted con un amigo suyo —díjele, no esperando de él un desaire.

Pero Papiano abrió los brazos muy contrito. —¡Ya se figurará usted con cuánto gusto lo complacería! —respondióme.

—Entonces, ¿por qué no lo hace? —gritéle fuerte, en mitad de la calle.

—Pues porque... ¡Vamos por partes, señor Meis! —rogóme él, humilde—. Óigame y recapacite... Considere mi desgraciadísima situación de subalterno..., de mísero secretario del marqués...

—¿Y qué tiene que ver eso? —exclamé—. El marqués mismo... ya lo ha oído usted...

—Sí, señor —replicó Papiano—. Pero ¿y mañana? Con lo clerical que es, ¿qué ira a decir cuando... el partido le eche en cara... que su secretario se mete en libros de caballería?... ¡Ay, Dios mío! ¡Usted no sabe cómo son! Y, además, ¿no ha reparado usted en la chica? Está enamorada hasta las cachas de ese zopenco del pintor... Figúrese usted que mañana hacen las paces, como no tienen más remedio que hacerlas, y entonces, ¿quiere usted decirme en qué lugar quedo yo? ¡Hágase cargo usted de esto, señor Meis! ¡Piense en lo que le digo! ...

—Según eso, ¿piensan dejarme solo en este aprieto? —exclamé yo exasperado—. Porque yo no conozco a nadie en Roma...

—Pero hay un remedio. ¿Hay un remedio? —saltó de pronto Papiano—. Iba a decírselo antes... Tanto mi suegro como yo, créalo usted, no entendemos de estas cosas; es la verdad... Usted tiene razón para estar como está, que le veo cómo tiembla de rabia; ¡qué diantre!, la sangre no es horchata. Bueno, mire usted: lo mejor es que se dirija a dos oficiales del ejército; éstos no podrán negarse a servir de padrinos a un caballero como usted en un lance de honor... Usted va y les refiere lo ocurrido... No es la primera vez que hacen favor semejante a un forastero.

Habíamos llegado a casa. En la puerta díjele a Papiano: “¡Está bien!”, y volviéndoles las espaldas a él y al suegro, fuíme de allí, solo, con gesto huraño, y eché a andar por la calle, sin rumbo fijo.

Había vuelto a presentármeme con toda claridad el agobiador pensamiento de mi absoluta impotencia. ¿Podía yo batirme con nadie en las condiciones en que me encontraba? ¿No acababa de enterarme de que yo no podía hacer nada? ¡Dos oficiales! Pero éstos, lo primero que hubieran querido saber, y con razón, era quién fuese yo. ¡Ah! Ya podían escupirme a la cara, abofetearme, darme de palos; que lo único que yo haría sería rogarle a mi agresor que me diese con todas ganas, sí, pero en silencio, sin armar demasiado ruido... ¡Dos oficiales! Y si iba y les revelaba mi verdadera condición, hubieran empezado por no creerme; luego, quién sabe lo que hubieran sospechado, y, en fin de cuentas, no me hubiera valido de nada —lo mismo que en el caso de Adriana—, pues, aun creyéndome, habríanme aconsejado, lo primero de todo, rehacerme una vida, ya que los muertos no reúnen los requisitos que exige el código de honor...

¿De suerte que tenía que aguantarme con la afrenta, lo mismo que ya apechugara con el robo? ¿Y después de verme insultado, abofeteado casi, y desafiado, quitarme de en medio como un cobarde y desaparecer así, en la oscuridad de la insufrible suerte que me aguardaba, objeto de desprecio y aborrecimiento para mí mismo?

¡No, no! ¿Cómo iba a poder vivir en adelante ni sufrir mi vista? ¡No, no! ¡Basta ya! Me detuve. Todo daba vueltas a mi alrededor, y sentí que me flaqueaban las piernas ante el inesperado surgir de un oscuro pensamiento, que me hizo temblar de pies a cabeza, transido de horrible calofrío.

—Pero, a lo menos, antes... —dije entre mí, desvariando—, a lo menos, antes..., intentar... ¿Por qué no?... Si me saliese bien... Por lo menos, intentarlo..., aunque sólo sea por no hacerme a

mí mismo esta impresión tan vil... Si me saliese bien..., quizá no me tuviese a mí mismo tanto asco... Después de todo, no tengo nada que perder... ¿Por qué no intentarlo?

Estaba a dos pasos del café Aragno. “¡Ahí, ahí, a la ventura!” Y espoleado por la ciega ira que me dominaba, penetré en el café.

En la primera sala, en torno a una mesa, hallábanse sentados cinco o seis oficiales de Artillería, y como uno de ellos, al verme allí parado, agitado e indeciso, se volviese a mirarme, yo lo saludé, y con voz afanosa le dije:

—Le ruego... Usted dispense... ¿No podría usted hacerme el favor de escucharme dos palabras?

Era un jovencito sin pelo de barba, que seguramente habría salido aquel año mismo de la Academia, con los galones de teniente. Al punto se levantó y acercóseme con mucha cortesía:

—¡Hable usted, caballero!

—Empezaré por hacer mi presentación: Adriano Meis. Soy forastero aquí y no conozco a nadie... Acabo de tener un... lance de honor, eso es. Me harían falta dos padrinos... Y no sé a quién dirigirme... Si usted y alguno de sus compañeros fuesen tan amables.

Sorprendido, perplejo, el oficial quedóseme mirando un instante, y luego, volviéndose a sus compañeros, gritó:

—¡Grigliottil

Este, que era un teniente ya viejo, con unos bigotes a lo Káiser, y el monóculo metido a la fuerza en un ojo, muy afeitado y dado de cosmético, levantóse sin dejar de charlar con los compañeros (pronunciaba las erres a la francesa) y se llegó a nosotros, haciéndome a mí un leve y ceremonioso saludo.

Yo, al verlo levantarse, estuve por decirle al otro tenientillo: “¡No, ése, no, por Dios, hombre! ¡Otro cualquiera menos ése!” Pero era la verdad que ningún otro de los del corro parecía más indicado para el caso que aquel atildado militar, que parecía tener en la punta de los dedos los artículos todos del código del honor.

No podría referir con todos sus pormenores todo cuanto tuvo a bien decirme acerca de mi caso, ni todo cuanto quería que yo hiciese... Telegrafiar no sé dónde ni a quién, exponer, precisar, ir a ver al coronel *Ca va sans dire*..., según había hecho él una vez, cuando todavía no era militar y en ocasión de haberle ocurrido el mismo lance que a mí... Porque en materia de honor... y venga citar artículos, y precedentes, y controversias, y tribunales de honor, y qué sé yo cuántas cosas más...

Con sólo verlo ya me había dado a mí mala espina. ¡Figuraos lo que sería ahora que lo oía hablar! Hubo un momento en que ya no pude más, habíaseme subido toda la sangre a la cabeza, y exclamé:

—¡Ya, ya estoy al tanto de todo! Sé muy bien lo que usted quiere decir... Pero ¿a quién quiere usted que telegrafíe? Yo soy solo en el mundo... Y quiero batirme, y se acabó. ¡Quiero batirme enseguida, mañana mismo, si es posible... y sin más historias! ¿Qué quiere usted que entienda yo de estas cosas? Me he dirigido a ustedes con la esperanza de que no harían falta tantas formalidades, tonterías y pamplinas. ¡Y usted dispense!

Después de aquel ex abrupto mío, degeneró la conversación poco menos que en disputa, terminando inesperadamente en una carcajada general de todos los oficiales presentes. Yo me fui de allí como loco, con la cara como la grana, ni más ni menos que si me hubiesen breado a golpes.

Lléveme las manos a la cabeza, como para detener a la razón, que se me iba; y perseguido por aquellas risas, eché a correr, por alejarme de aquel sitio y esconderme en cualquier parte... ¿En dónde? ¿En casa? Me entró pánico al pensarlo. Y seguí andando, de acá para allá, al tuntún; luego, poco a poco, fui aflojando el paso, hasta que, por último, casi sin aliento, hice un alto, como si no pudiese ya con mi alma, fustigada por aquella brutal, tremebundo y henchida de una plúmbea y congojosa tristeza. Permanecí largo rato como pasmado; luego eché a andar de nuevo, con la cabeza huera, aligerado de pronto, por modo extraño, de toda preocupación; y vuelta a vagar de un lado para otro, no sé cuánto tiempo, parándome de trecho en trecho ante los escaparates de las tiendas, que poco a poco se iban cerrando, pareciéndome a mí que se cerraban para siempre, y que las calles se despoblaban también para que yo me quedara solo en ellas, en medio de la noche, dando vueltas por entre casas silenciosas y oscuras, con todas sus puertas y balcones cerrados, cerrados para mí para siempre; encogíase la vida toda, apagábase y enmudecía con la noche, y yo la veía como desde lejos, cual si ya no tuviese para mí objeto ni sentido. Y he aquí que, por último, sin querer, como guiado por el oscuro sentimiento de que todo mi ser habíase apoderado, cada vez con más pujanza, encontréme otra vez en el Puente Margherita, apoyado en el pretil, contemplando con tamaños ojos el río, negro en la oscuridad de la noche.

—¿Ahí?

Sobrecogíome un calofrío de espanto, que fue causa de que, inesperadamente, surgieran con rabioso ímpetu todas mis vitales energías, armadas de un sentimiento de odio feroz contra aquellos que desde lejos me obligaban a acabar mis días, como ellos habían decidido, allí, en el molino de *La Cabaña*. Ellas, Romilda y su madre, habíanme puesto en este trance; yo, por mí, jamás hubiera pensado en simular un suicidio por ver—me libre de ellas. ¡Y he aquí que ahora, después de haber andado dando vueltas por el mundo, como una sombra, en aquella ilusión de vida de ultratumba, veíame obligado, reducido, arrastrado por los pelos, al cumplimiento de mi condena! ¡Me habían matado de verdad! ¡Y ellas eran quienes se habían libertado de mí! ...

Sacudíome un temblor de rebeldía. Y en vez de matarme, ¿no podía yo tomar venganza? ¿A quién iba yo a matar? ¿A un muerto..., a nadie! ...

Quedéme como deslumbrado a la vista de una extraña e inesperada luz. ¡Vengarme! ¡Pero para eso tendría que volver a Miragno!; salir de aquel ambiente de mentira, que me ahogaba y que ya se me había hecho insufrible; volver allá vivo, para su castigo, con mi verdadero nombre y en mis verdaderas condiciones, con mi legítima y propia infelicidad. Pero ¿y mi condición presente? ¿Podía quitármela de encima tan fácilmente como quien se quita una carga de los hombros? ¡No, no! Comprendía que no podía hacerlo. Y seguía desvariando allí, en el puente, todavía perplejo acerca de mi destino.

A todo esto, en el bolsillo del gabán apretaban mis dedos una cosa que no lograba atinar con lo que fuese. Hasta que, por último, en un arranque de ira, fui y lo saqué. Era mi gorro de viaje, que, al salir de casa para ir a visitar al marqués de Giglio, me guardara impensadamente en el bolsillo. Hice ademán de tirarlo al río; pero en aquel preciso momento ocurrióseme una idea. Una reflexión que ya hiciera anteriormente durante el viaje de Alenga a Turín, acudió con toda claridad a mi memoria.

—Aquí... —dije casi inconscientemente para mi capote—, en este pretil... el sombrero..., el bastón. ¡Eso es! Como aquél de marras que se ahogó en el molino, como aquel Matías Pascal, voy a hacer ahora yo, Adriano Meis... Ahora me toca a mí. ¡Volveré allá vivo y me vengaré!

Un arrechucho de alegría, mejor dicho, un venate de locura, apoderóse de mí, levantándome en vilo el alma. Eso. ¡Eso! Yo no debía matarme a mí, que era tanto como matar a un muerto,

sino matar a aquella absurda y loca ficción que por espacio de dos años había sido mi tortura y mi suplicio; matar a aquel Adriano Meis, condenado de por vida a ser un bellaco, un embustero, un miserable; al que yo debía matar era a aquel Adriano Meis, que, siendo como era, un nombre postizo, hubiera debido tener de estopa el cerebro, de cartón piedra el corazón, y en las venas, en vez de sangre, un poco de agua teñida; sí, a él era a quien yo debía matar. ¡Fuera, pues, semejante odioso fantasma! ¡Al río con él! ¡Que se ahogue ahí como se ahogó en el molino Matías Pascal! ¡Ahora era la mía! Aquella sombra de vida, surgida de una mentira macabra, tendría digno remate en otra macabra mentira. ¡Así se reparaba todo! ¿Qué otra satisfacción hubiera podido darle a Adriana por el daño que le había hecho? Pues y el insulto de aquel tunante, ¿había de tragármelo? El muy bellaco habíame acometido a traición. ¡Oh! Estaba seguro de que el tal no me infundía ningún miedo! Pero no había sido yo el ofendido, sino Adriano Meis. ¡Y ahora Adriano Meis iba a suicidarse!

¡No había para mí otra salvación!

A todo esto, me había entrado un temblorcillo, ni más ni menos que si hubiera ido a suicidarme de veras. Pero el cerebro se me había, en cambio, limpiado por completo de nubes, y aligerándoseme el corazón, gozando yo en aquel momento de una lucidez de espíritu casi alegre.

Miré a mi alrededor. Temí no fuera que allí, en el Lungotevere, hubiera alguien, algún guardia, que —al ver el rato que ya llevaba en el puente se hubiera puesto a espiarme. Creí conveniente cerciorarme bien, y fui y miré, primero, en la plaza de la Libertad, y luego por el Lungotevere de Mellini. ¡Nadie! Entonces me volví al punto de partida; pero antes de subir al puente me paré entre los árboles, al pie de un farol; saqué un cuadernito de bolsillo y escribí en él con lápiz: «Adriano Meis». ¿Qué más? Nada. La dirección y la fecha. Con eso había bastante. Lo dejaría todo, ropas y libros, en casa. El dinero sobrante, después del robo, lo llevaba encima.

Volvíme al puente, muy despacito, con la cabeza baja. Me flaqueaban las piernas y el corazón me daba brincos en el pecho. Elegí el sitio menos alumbrado por los faroles, y de pronto me quité el sombrero, prendile en la cinta el papelito doblado, y luego lo dejé en el pretil, con el bastón al lado; encasqueteme en la cabeza la gorra de viaje que había sido mi salvación, y me fui de allí, amparado en la sombra, como un ladrón, sin volver la cara atrás.

17.

Reencarnación

Llegué a la estación a tiempo de tomar el tren de las doce, que va a Pisa.

Después de sacar el billete, acomodeme en un coche de segunda, con la visera de la gorra de viaje calada hasta los ojos, no tanto porque no me vieran como por no ver yo a nadie. Pero seguía viendo, a pesar de todo, con el pensamiento, lo que no quería ver; atosigábame la visión de aquel sombrero y aquel bastón que dejara encima del pretilillo del puente. Quizá alguno, al pasar por allí, los hubiese ya visto..., si no había ido ya algún sereno con el parte a la Comisaría... ¡Y yo estaba todavía en Roma! ¿Qué pasaría? Estaba que no vivía...

Hasta que, por último, arrancó el tren. Por fortuna no había subido ningún otro viajero a mi coche. Me puse en pie, alcé los brazos y lancé un interminable suspiro de satisfacción, como si se me hubiese quitado un peso de encima. ¡Ah! Volvía a contarme en el número de los vivos; a ser yo, ¡Matías Pascal! Me hubiera puesto a participárselo a todo el mundo a grito pelado: “¡Que soy yo, Matías Pascal! ¡Que soy yo! ¡No me había muerto! ¡Estoy aquí!» ¡Y no tenía ya que mentir, ni por qué temer que me descubrieran! Es decir, todavía no, hasta que no llegase a Miragno... Allí era donde tendría que darme a conocer como del mundo de los vivos e injertarme de nuevo en mis sepultas raíces... ¡Loco de mí ¿Cómo había podido figurarme que un tronco pudiese vivir cercenado de sus raíces? Y, sin embargo, todavía me acordaba de aquel otro viaje de Alenga a Turín; lo mismo que ahora, habíame considerado entonces feliz... ¡Loco! ¡Había sido un loco! “¡La liberación!”, decía. ¡Aquello habíame parecido la liberación! ¡Sí, con la capa de plomo de la mentira auestas! ¡Una capa de plomo encima de una sombra! ... Ahora volvería a cargar con la mujer y la suegra, es cierto... Pero ¿no había tenido que cargar con ellas también cuando era un muerto? Ahora, por lo menos, estaría vivo y podría defenderme. ¡Ah! ¡Ya nos las veríamos!

Al pensar en ello de nuevo, antojábaseme inverosímil la ligereza con que dos años atrás me lanzara yo fuera de la ley, a la ventura. Y volvía a verme en aquellos primeros días, dichoso en medio de la inconsciencia, o por mejor decir, de la locura, en Turín, primero, y después en otras poblaciones, en callada romería, mudo, solo, Metido en mi concha, saboreando a mis anchas el sentimiento de lo que en aquella época antojábaseme mi felicidad; y evocaba mi paseo por Alemania, a lo largo del Rin, en un vapor. ¿Habría sido un sueño todo aquello? No, señor; que había sido realidad. ¡Oh, si hubiera podido yo hacer siempre aquella vida... viajar como un forastero del vivir! ... Pero luego, en Milán.... aquel pobre chucho que estuve a punto de comprarle a aquel viejo que vendía cajas de cerillas... Ya entonces

Torné con el pensamiento a Roma. Y entreme como una sombra en la casa abandonada. ¿Dormirían todos? Adriana, quizá no; quizá me está aguardando todavía, esperándome de un momento a otro; le habrán dicho que yo he ido a buscar dos padrinos para batirme con el pintor Bernáldez; y como tardo, le entra mucho miedo y llora...

Apreteme la cara con ambas manos, sintiendo que el corazón se me encogía de angustia.

—Pero si yo no podía ser un viviente para ti, Adriana —gemí—, ¿no es mejor que ahora me creas muerto? e—Muertos los labios que cogieron aquel beso de tu bocas... ¡Olvídame, pobre Adriana, olvídamme!

¡Ah! ¿Qué ocurriría en aquella casa cuando a la mañana siguiente se presentase alguien de la Comisaría con el cuento de lo ocurrido? Pasado el primer instante de aturdimiento, ¿a qué razón atribuirían mi suicidio? ¿Al duelo inminente? ¡No! Hubiera sido muy extraño, cuando menos,

que un hombre que nunca diera señales de ser un cobarde se hubiera matado por miedo a un desafío... Entonces, ¿podría atribuirse a la circunstancia de que no hubiera podido hallar padrinos? ¡Fútil pretexto! O, acaso..., ¡quién sabe!, ¿no sería que aquella extraña existencia mía encerrase algún misterio?...

¡Oh, sí! Sin duda que pensarían esto al ver que me había suicidado así, sin ninguna razón aparente, sin siquiera haber dejado traslucir que abrigara tal propósito. Aquellos últimos días había hecho algunas cosas bastante raras; sobre todo, el infundio del robo, desmentido luego inesperadamente... ¿Sería, quizá que aquel dinero no era mío, que tenía que devolvérselo a alguien, y, habiéndome apropiado indebidamente parte de él, había ideado lo de hacerme pasar por víctima de un robo, arrepintiéndome luego y quitándome, finalmente, la vida? ¡Quién sabe! No cabía duda que siempre había procedido en todo con el mayor misterio; no se me conocía un amigo, no había recibido jamás una carta de ninguna parte...

¡Cuánto mejor hubiera sido que hubiera apuntado en aquel papelito alguna otra cosa además del nombre y las señas; una razón cualquiera que explicase el suicidio! ... Pero en aquellos instantes... Y, además, ¿qué razón? ¿Que estaba cansado de la vida? ¿Y precisamente en vísperas de un desafío?...

—¡Quién sabe —pensé— el ruido que ahora armarán los diarios en torno a ese misterioso Adriano Meis! ... Con toda seguridad saldrá a relucir aquel famoso primo mío, aquel Francisco Meis, de Turín, agente auxiliar en la Oficina de Contribuciones, el cual se apresurará a presentarse en la Comisaría a dar informes de su pariente; se realizarán diligencias, siguiendo la pista de esos informes, y vaya usted a saber en qué parará todo eso. Sí; pero ¿y el dinero? ¿Y la herencia? Adriana vio todos aquellos billetes de Banco... Figurémonos a Papiano. ¡Asalto al armario!... Sólo que lo encontrará vacío... Y, entonces, ¿qué fue de los billetes? ¿Habrán ido a parar al fondo del río? ¡Qué lástima! ¡Qué rabia no habérselos robado todos de una vez! La Justicia se incautará de mis ropas y libros... ¿En qué manos caerán? ¡Oh, por lo menos, un recuerdo para la pobre Adriana! ¿Con qué ojos mirará ella, de ahora en adelante, mi cuarto vacío?

De esta suerte, preguntas, suposiciones y pensamientos agitábanse tumultuosamente en mi imaginación en tanto el tren corría por entre las sombras de la noche, y no me concedían punto de reposo.

Creí conveniente detenerme un día en Pisa, a fin de no dar lugar a que se estableciera ninguna relación entre la aparición de Matías Pascal en Miragno y la desaparición de Adriano Meis, de Roma, relación que hubiera podido fácilmente llamar la atención, sobre todo si los diarios de Roma le daban mucho aire al suicidio. En Pisa aguardaría los periódicos de Roma, los de la mañana y los de la noche; y luego, si no armaban mucho ruido en torno al suceso, antes de dirigirme a Miragno iría a Oneglia, a ver a mi hermano Roberto, con el fin de observar qué efecto le hacía mi resurrección. Pero debía tener especial cuidado de no aludir ni remotamente a mi estada en Roma ni a las aventuras y lances que allí me ocurrieran. Le diría a Roberto que aquellos dos años y medio me los había pasado viajando por luengas tierras, de las que le daría noticias fantásticas... ¡Ah! Y ahora, que volvía ya vivo, podría permitirme el gustazo de echar alguna que otra mentirilla, aunque fuere del calibre de aquellas del caballero Tito Lenzi. Quedábanme todavía más de cincuenta y dos mil liras. Mis acreedores, habiéndome tenido por muerto dos años atrás, se habrían seguramente dado por satisfechos con el cortijo de *La Cabaña* y el molino. Habrían vendido ambas cosas; y repartídose equitativamente su importe; así que ahora no me

molestarían más, ni yo era un hombre para consentir que me molestasen. Con cincuenta y dos mil liras podría vivir en Miragno muy decorosamente.

Al apearme del tren en Pisa, lo primero que hice fue comprarme un sombrero de la misma forma y medida de los que solía gastar Matías Pascal, y a renglón seguido me hice cortar las melenas de aquel imbécil de Adriano Meis.

—Meta usted bien la tijera —díjele al barbero.

Me había vuelto a crecer la barba; de suerte que con eso y el pelo corto empecé a recobrar mi verdadero aspecto, aunque muy mejorado, más agraciado y fino, puesto que ya se me había arreglado lo del ojo, aquel ojo extraviado, que en Matías Pascal era pormenor tan característico.

Sin duda que todavía debía de quedarme en la cara algún resabio de Adriano Meis; pero, no obstante, ¡me parecía ahora tanto a Roberto! ¡Como que nunca lo hubiera creído!

Mis apuros fueron cuando, después de quitarme de encima toda aquella pelambre, fui a encasquetarme el sombrero que acababa de comprarme. ¡Se me coló hasta el pescuezo! Tuve que proveer al remedio, metiéndole por debajo del forro, con ayuda del barbero, una horma de papel.

Por no entrar con las manos vacías en una fonda, me compré una maleta, en la que guardaría, por lo pronto, el traje y el abrigo que llevaba puestos. Tenía que proveerme de todo allí, en Pisa, pues no era de esperar que, después de tanto tiempo, conservase mi mujer, en Miragno, mis prendas de vestir ni mi ropa interior. Así que me compré un traje hecho en una tienda, y me lo puse; y con la maleta flamante fui a alojarme al Hotel Neptuno.

Ya otra vez, cuando era Adriano Meis había estado en Pisa, alojándome entonces en el Albergo di Londra. Había ya admirado todas las maravillas de arte que la población encierra; y ahora, rendido de tantas y tan fuertes emociones, en ayunas desde la mañana del día antes, estaba que me caía de hambre y de sueño. Así que tomé un bocado y me eché a dormir hasta la caída de la tarde.

Pero, apenas despabilado, hubo de asaltarme una agobiadora manía. Aquel día, que se me había ido sin sentir, entre las cosas que hiciera por la mañana y el sueño de plomo en que después me sumiera, ¡quién sabe cómo habría transcurrido allá, en Roma, en casa de don Anselmo! Revuelo, estupefacción, morbosa curiosidad de los extraños, apresuradas pesquisas, sospechas, hipótesis extravagantes, insinuaciones, rebuscas inútiles, y mis ropas y mis libros, allí, expuestos a esas miradas de consternación que inspiran los objetos que fueron propiedad de alguien que murió trágicamente.

¡Y yo había podido dormir tan a pierna suelta! Y ahora, en esta expectación angustiosa, tendría que aguardar a la mañana del día siguiente para enterarme de algo por la Prensa de Roma.

Entretanto, no pudiendo irme en seguida a Miragno, ni siquiera a Oneglia, no tenía más remedio que estarme allí en situación tan desagradable, metido en una suerte de paréntesis de dos, tres o, quizá más días; muerto allá en Mira—no, como Matías Pascal, y muerto también en Roma, como Adriano Meis.

No sabiendo qué hacer, y con el ansia de olvidar por un momento tantos motivos de aflicción, decidí sacar de paseo a aquellos dos difuntos por las calles de Pisa.

¡Oh, y qué paseo más agradable aquél! Adriano Meis, que ya había estado en Pisa otra vez, quería servir como de guía y cicerone a Matías Pascal; sólo que éste, agobiado por tantas cosas como andaba revolviendo en el magín, encogíase de hombros con hoscas modales y alargaba el brazo como para quitarse de encima aquella sombra odiosa, melencuda, con levita larga, sombrero de anchas alas y anteojos.

—Anda y vete de aquí. Ve y tírate al río, cuerpo de ahogado.

Recordaba que también Adriano Meis, paseando dos años atrás por aquellas mismas calles, habíase visto importunado de igual modo por la sombra, no menos odiosa, de Matías Pascal, quitándosela de encima con el mismo gesto, diciéndole que lo dejase en paz y se volviese a lo hondo de la presa del molino de *La Cabaña*.

Como Dios me dio a entender, logré pasar aquella interminable noche de inquietud y desasosiego, hasta que, por fin, a la mañana, pude leer los periódicos de Roma.

No diré que la tal lectura me tranquilizase, porque no podía ser. Pero sí haré constar que hubo de servirme de lenitivo a la aflicción que me torturaba el ver que la Prensa de Roma no daba a mi suicidio otras proporciones que las de un vulgar suceso. Todos aquellos periódicos venían a decir lo, mismo: el hallazgo del sombrero y el bastón en el puente Margherita con la lacónica esquela; que yo era turinés y hombre algo raro, ignorándose las razones que me habían impulsado a consumir el fatal propósito. Sin embargo, había un periódico que insinuaba la suposición de que acaso hubiese de por medio una *razón íntima*, fundándose en mi «altercado con un joven pintor español en casa de un conocidísimo personaje del mundo clerical».

Otro decía: «Probablemente, por contrariedades económicas.» Noticias vagas y lacónicas, en resumidas cuentas. Sólo un periódico de la mañana, que solía referir difusamente los sucesos del día, aludía «a la sorpresa y el dolor de la familia del caballero Anselmo Paleari, jefe de negociado, jubilado, del Ministerio de Instrucción pública, en cuya casa vivía Adriano Meis, el cual era muy querido de todos por su discreción y cortesía.» —¡Gracias!— Este mismo periódico, refiriendo mi desafío con el pintor español M. B., dejaba traslucir que la causa del suicidio debía atribuirse a una secreta pasión amorosa.

En una palabra, que me había suicidado por Pepita Pantogada. Después de todo, más valía así. No habían salido a relucir el nombre de Adriana ni tampoco mis billetes de Banco. La Comisaría, por lo visto, había llevado a cabo sus diligencias con el mayor sigilo. Pero ¿qué pista habría seguido?

Podía tomar el tren para Oneglia.

Encontré a Roberto ocupado con las faenas de la vendimia. Fácilmente comprenderéis la alegría que hube de experimentar al ver de nuevo aquella tierra mía, donde ya no pensaba volver a poner los pies. Sólo que tal alegría alterábanmela el ansia por llegar, el temor a que algún extraño me viera antes que mis parientes y la emoción, cada vez mayor, que me causaba la idea de lo que sentirían al verme vivo, de pronto otra vez delante de ellos. De sólo pensarlo nublábaseme la vista, oscurecíanseme el cielo y el mar, helábaseme la sangre y me daba vuelcos el corazón. ¡Y me parecía como si no fuera a llegar nunca!

Cuando acudí, por último, el criado a abrirme la verja de la bonita villa que la mujer de Roberto aportara en dote, al atravesar aquel sendero, pareciome que verdaderamente volvía yo del otro mundo.

—Usted dispense —díjome el criado, cediéndome el paso—. ¿A quién anuncio?

Faltome voz para responder. Y disimulándolo con una sonrisa, balbucí:

—Dígale... que soy... un amigo suyo... íntimo, que... viene de muy lejos... Sí; eso es...

El criado se figuraría, por lo menos, que yo era tartamudo. Dejó mi maleta al pie del perchero y me invitó a pasar al vecino salón de espera.

En tanto aguardaba yo, estaba nerviosísimo: reía, respiraba fuerte y esparcía la vista a la redonda por aquel saloncillo claro, muy bien puesto, con muebles nuevos de laca verde. De pronto, en el umbral de la puerta por donde había entrado, vi asomar a un niño muy mono, de

unos cuatro años, llevando una regaderita en una mano y en la otra un escardillo de juguete. El niño me miraba con tamaños ojos.

A mí entrome una ternura indecible; debía de ser un sobrinito mío, el hijo mayor de Berto; hícele con la mano seña de que entrase; sólo que le dio miedo, y se fue.

En aquel instante sentí abrirse la otra puerta del salón. Alcé la frente, y los ojos se me empañaron por efecto de la emoción, mientras una suerte de convulsivo risa me borboteaba en la garganta.

Roberto habíase quedado mirándome, lleno de turbación, casi pasmado.

—¿Con quién...? —exclamó.

—¡Berto! —grítele, abriendo los brazos—. ¿No me conoces?

Al eco de mi voz púsose muy pálido, pasose rápidamente una mano por la frente y los ojos y tambaleóse balbuciendo:

—¡Cómo! ... ¡Cómo! ... ¿Cómo es posible?

Yo acudí a sostenerlo, por más que él se echase atrás como con miedo.

—¡Pero si soy yo, Matías! ¡No tengas miedo! ¡No estoy muerto! ... ¿No me ves? ¡Tócame! ¡Soy yo, Roberto; más vivo que nunca! ¡Anda, hombre, domina tu susto!

—¡Matías! ¡Matías! ¡Matías! —exclamaba el pobre Roberto, sin acabar de dar crédito a sus ojos—. Pero ¿cómo es posible? Tú. ¡Dios mío! ... ¡Mi hermano! ¡Mi querido Matías!

Y abriéndome los brazos estrechome fuerte, muy fuerte, contra su pecho. Yo solté el trapo a llorar como un chico.

—Pero ¿cómo ha sido esto? —siguió preguntando Berto, que también lloraba—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?

—Pues ya lo estás viendo... Aquí me tienes. He vuelto... no del otro mundo..., que nunca llegué a salir de este pícaro mundo de aquí abajo...; pero cálmate, hombre..., que ahora te lo contaré todo.

Roberto, todavía estupefacto, con los ojos llenos de lágrimas, mirábame de hito en hito, sin soltarme.

—Pero ¿cómo..., allí, en el molino, no encontraron ...?

—No era yo, Berto Ya te lo explicaré. Me confundieron con otro Yo estaba a muchas leguas de Miragno y me enteré, por los periódicos, lo mismo que tú, de mi suicidio en *La Cabaña*.

—¿De modo que no eras tú? —exclamó Berto—. ¿Y qué, has hecho en todos estos años?

—Pues el muerto. Cállate, y te lo contaré todo. Ahora no puedo; pero te diré, por lo menos, que he andado dando tumbos de acá para allá, creyéndome feliz al principio, ¿sabes?, hasta que luego, a vuelta de... muchas peripecias, hube de caer en la cuenta de que me había equivocado y que no es nada conveniente hacerse el muerto; y aquí me tienes, vuelto otra vez a la vida.

—¡Siempre dije que te faltaba algún tornillo! —exclamó Berto—. ¡Ay, y qué alegrón me has dado! ¿Quién se lo podía imaginar? Matías vivo... y aquí. ¡Como que todavía no acabo de creerlo! ¡Deja que te mire bien! ¡Si me pareces otro!

—¡Claro! ¿No ves que me he arreglado el ojo?

—¡Ah, ya! ¡Ahora caigo! Eso era... Te miraba y remiraba... y no sé; encontraba algo raro... Pero, bueno, vamos ahora a ver a mi mujer. Aunque primero..., escucha...; tú...

Detúvose de pronto y miro me perplejo. —¿Tú piensas volver a Miragno? —¡Claro que sí! Esta misma noche.

—¿Luego no sabes nada?

Cubriose la cara con las manos y sollozó:

—¡Desgraciado! ¿Qué, has hecho? ¿Qué has hecho? Pero ¿no sabes que tu mujer...?

—¿Murió? —exclamé anhelante.

—No. Algo peor que eso. ¡Se ha... vuelto a casar!

Yo me quedé de una pieza.

—¿Que se ha vuelto a casar?

—Sí. ¡Con Pomino! Me mandaron invitación. Hace ya más de un año.

—¡Pomino! Pomino casado con mi... —balbuceé. Pero de pronto subiome a la garganta una cosa amarga, como un vómito de bilis, y prorrumpí en estridente carcajada.

Roberto mirábame asombrado y contrito, temiendo quizá no fuera que hubiese perdido el juicio.

—Pero ¿lo tomas a risa?

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! —gritele zarandeándolo de un brazo—. ¡Cómo que es lo mejor que podía haber ocurrido! ¡Esto se llama tener suerte!

—Pero ¿qué estás diciendo? —exclamó Roberto casi furioso—. Tener suerte; pero ¿y ahora, cuando te presentes tu allí?...

—¡Y que pienso ir volando! Figúrate.

—Pero no sabes, hombre, que vas a tener que cargar otra vez con ella?

—¡Yo! ¿Cómo?

—¡Claro! —suspira Berto, mientras yo lo miraba atónito—. El segundo matrimonio no tiene valor y tú estás obligado a cargar otra vez con tu esposa.

Creí que perdía el sentido.

—¡Cómo! Pero ¿qué ley es ésa? —exclamé—. ¿De suerte que mi mujer ha vuelto a casarse y yo?... Pero, ¡quía, hombre!, no desbarres. Eso no es posible —pues yo te digo y te repito que es absolutamente cierto —insistió mi hermano—. Pero aguarda, que aquí está mi cuñado, que es abogado, y te lo explicará mejor que yo. Anda, vamos a verlo, O si no, aguarda aquí un poco, que tengo a mi mujer encinta y hay que evitar que tu inopinada presencia le haga demasiada impresión... Voy a prevenirla... Aguárdame un momento, ¿eh?

Y me llevó, cogido de la mano, hasta el umbral del aposento, como si temiese que, al soltarme y dejarme allí solo, aunque sólo fuere un momento, pudiera yo desaparecer otra vez.

Al quedarme solo, púseme a dar vueltas arriba y abajo por el saloncito como león enjaulado.

—¡Haberse vuelto a casar! ¡Y con Pomino Claro! ... ¡Hasta la misma mujer! ... ¡Como antes ya estuvo enamorado de ella... ¡Le habrá parecido mentira! Ahora, casada con Pomino, será rica... Y mientras tanto, yo allá, en Roma... ¡Y ahora tener que cargar otra vez con ella!... ¿Es posible?

A poco volvió Berto muy alborozado. Pero yo estaba tan trastornado todavía por aquella noticia inesperada, que no acertaba a responder a los cumplidos que me dirigían mi cuñada y su madre y su hermano. Advirtiolo Berto e interpeló en seguida al cuñado sobre lo que tanto me interesaba saber.

—Pero ¿qué ley es esa? —exclamé yo de nuevo—. Usted dispense; pero me parece propia de musulmanes.

Sonriose el joven abogado y afianzóse los lentes en la nariz, con aire de suficiencia.

—Pues así es, amigo mío —respondióme—. Tiene razón Roberto. No recuerdo a punto fijo el artículo de la ley; pero el caso está previsto: el segundo matrimonio queda anulado al presentarse de nuevo el primer cónyuge.

—Y yo tengo que apechugar de nuevo —exclamé airado— con una mujer que, a sabiendas de todo el mundo, ha sido durante un año entero la esposa de otro hombre, el cual...

—Pero, hombre, usted dispense que le diga que la culpa de todo la ha tenido usted — interrumpióme el abogadito, sin dejar de sonreír.

—¿Qué he tenido yo la culpa? ¡Cómo! —exclamé—. ¿De modo que esa buena señora se equivoca, tomando por mío el cadáver de un infeliz que se ahoga; se da prisa luego a casarse y, sin embargo, es mía la culpa de todo? ¿Y tengo que volver a cargar con ella?

—Así es —respondió el otro—, toda vez que usted, señor Pascal, no tuvo a bien rectificar a tiempo; esto es, dentro del plazo marcado por la ley, el error de su esposa; error que hasta pudo proceder, no lo niego, de mala fe por parte de ella... Usted aceptó esa identificación equivocada y se aprovechó de lo ocurrido... Y crea usted que en esto lo aplaudo; a mi juicio, hizo usted muy bien. Es más: me duele ver a usted preso de nuevo en las intrincadas redes de nuestras estúpidas leyes sociales. Yo, en su lugar de usted, no hubiera resucitado.

La flema, la sorna descarada del abogadillo concluyeron por exasperarme.

—¡Eso lo dice usted porque no sabe el alcance de sus palabras! —exclamé, encogiéndome de hombros.

—¡Cómo! —continuó él—. ¿Cabe pedir mayor suerte, mayor felicidad que ésa?

—¿Sí? Pues nada. ¡Haga usted la prueba! —repliqué encarándome con Berto, resuelto a dejar plantado allí al abogadete.

Pero tampoco por aquel lado encontré el cielo abierto.

—¡Oh! ¡A propósito! —preguntome mi hermano—. ¿Y cómo te las has arreglado en todo ese tiempo para ...?

Y se restregó el pulgar con el índice, dando a entender que se refería al dinero.

—¿Qué cómo me las he arreglado? —repuse—. Sería muy largo de contar. Y ahora no estoy en condiciones de hacerte el relato... Pero no te apures, que he tenido dinero de sobra, y sigo teniéndolo. ¡No vayas a creerte que mi vuelta a Miragno es motivada por la falta de dinero!

—Pero ¿te empeñas en volver allá —insistió Berto—, después de las noticias que acabamos de darte?

—¡Y tanto que me empeño! —exclamé—. ¿Te parece que después de tanto como he experimentado y sufrido me quedan todavía ganas de seguir haciendo el muerto? No, hombre, no; quiero tener mis papeles en regla, volver a sentirme vivo, aunque para eso tenga que cargar de nuevo con mi costilla... Pero dime, y su madre, ¿vive todavía?

—¡Oh, no sé! —respondióme Berto—. Ya comprenderás que, después de ese segundo matrimonio... Aunque sí, creo que no se ha muerto...

—¡Vaya, hombre! —exclamé—. Aunque, después de todo, se me da un comino... Estoy resuelto a vengarme, y me vengaré... No soy ya el que era, ¿sabes? ¡Lo único que siento es que voy a hacerle el caldo gordo a ese imbécil de Pomino!

Echáronse todos a reír. En esto vino el criado a anunciarnos que la mesa estaba servida. Tuve que quedarme allí a almorzar; pero tan irritado estaba, que ni siquiera paraba mientes en la comida aunque a lo último hube de percatarme de que no lo había hecho mal. La fiera que había en mí había tragado de lo lindo, preparándose para la acometida inminente.

Berto me propuso que me quedara allí con ellos siquiera aquella noche, y a la mañana siguiente iríamos los dos juntos a Miragno. Quería, sin duda, regodearse con la escena de mi inesperada vuelta a la vida, con aquella mi aparición súbita como la de un buitre en el nido de Pomino. Pero yo hice oídos de mercader a sus instancias y le rogué me dejara ir allá, yo solo y aquella misma noche sin más demoras.

Tomé el tren de las ocho; a la media hora estaría en Miragno.

18.

El difunto Matías Pascal

Dividido el ánimo entre la ansiedad y la ira, no sabía cuál de las dos me tuviese más soliviantado, aunque puede que en el fondo fueran una misma cosa: ansiosa ira e ira ansiosa; no me cuidé ya de que me viese alguien o no, antes de apearme o al apearme en Miragno.

La única precaución que había adoptado era meterme en un coche de primera. Había oscurecido ya; y, aparte esto, tranquilizábame el experimento que con Roberto hiciera; convencidos firmemente como todos estaban de mi triste fin, acaecido dos años atrás, a nadie iba a ocurrírsele pensar que yo pudiera ser el difunto Matías Pascal resucitado.

Asomé la cabeza por la ventanilla, a guisa de prueba, por ver si la contemplación de los parajes conocidos despertaba en mi ánimo alguna otra emoción menos violenta; mas sólo sirvió para aumentar mi inquietud y mi ira. Al fulgor de la luna vislumbré en lontananza el cerrete de *La Cabaña*.

—¡Asesinas! —murmuré entre dientes—. Allí fue. ¡Pero lo que es ahora! ... ¡Cuántas cosas me había olvidado de preguntarle a Roberto, aturdido por efecto de la inesperada noticia! ¿Habían llegado a venderse el cortijo y el molino, o se hallaban aún, por común acuerdo de los acreedores, sujetos a una administración provisional? Y Malagna, ¿se había muerto? ¿Qué había sido de tía Escolástica?

Parecíame mentira que hubiesen transcurrido solamente dos años y pico; antojábaseme aquel tiempo una eternidad y pensaba que lo mismo que a mí me habían acaecido lances extraordinarios, debían de haberles sucedido también a mis paisanos. Y, sin embargo, lo más probable era que nada de particular hubiese ocurrido en el pueblo, salvo el casamiento de Romilda con Pomino, suceso vulgarísimo en sí, y que sólo por mi aparición inminente había de resultar extraordinario y peregrino.

¿Adónde me dirigiría luego que me apease en Miragno? ¿Al nido de los amores de la nueva parejica?

Demasiado humilde resultaba para Pomino, rico e hijo único, la casa donde yo, pobre de mí, viviera. Además, que Pomino, tierno de corazón, no se hubiera encontrado allí a gusto, asediado por mi inevitable recuerdo. Quizá se habría llevado a la mujer al *palacio* del padre. ¡Habría que ver los humos de matrona que tendría ahora mi suegra! Pues ¿y aquel pobre caballero Pomino, Jerónimo 1, tan delicado, fino y pazguato, entre las garras de la bruja? ¿Qué escenas se armarían! Algo podía apostarse a que ni el padre ni el hijo se habrían atrevido a quitársela de encima. Y ahora, ¡qué rabia!, iba a libertarlos yo...

Sí; a casa de Pomino era adonde primero debía enderezar mis pasos; que, si no los encontrase allí, ya me diría la portera dónde podría dar con ellos.

¡Oh, y qué revuelo iba a armarse al otro día en aquel pueblecito mío, tan tranquilo, en cuanto se divulgase la noticia de mi resurrección!

Hacía luna aquella noche, y todos los faroles estaban ya apagados, según costumbre, en las calles, desiertas, por hallarse a aquella hora todo el mundo en sus casas, cenando.

Por efecto de la extremada excitación nerviosa, casi había perdido la sensibilidad de las piernas, y caminaba como si no hollase la tierra con los pies. No podría describir ahora cuál fuese entonces el estado de mi espíritu; sólo conservo la impresión como de una enorme y homérica carcajada que, en un espasmo violento, conmovía todo mi organismo, sin poder llegar a estallar,

que, de haberlo conseguido, hubiera hecho saltar, como muelas, los pedruscos de la calle y tambalearse las casas.

Llegué en un santiamén a casa de Pomino; pero en aquella suerte de mostrador que hay en el zaguán no encontré a la portera; y, trémulo de ira, llevaba ya aguardando un rato, cuando en una de las hojas del portalón hube de distinguir una faja de luto, ya descolorida y polvorienta, que probablemente llevaba allí ya varios meses prendida. ¿Quién habría muerto? ¿El caballero Pomino? Pero Berto no me había dicho ni palabra... Sin embargo, no tenía más remedio que ser él el difunto. Y entonces, ¿estarían mis tórtolos allá arriba? No tuve paciencia para aguardar más, y me lancé a brincos escaleras arriba. Pero en el segundo rellano salióme al paso la portera.

—¿El caballero Pomino?

Por la estupefacción con que hubo de mirarme aquella tortuga vieja, comprendí que el propio caballero era el finado.

—¡El hijo! Pregunto por el hijo —rectifiqué inmediatamente, sabiendo ya a qué atenerme, y seguí escaleras arriba.

No sé qué refunfuñaría la vieja. Al llegar al último tramo, tuve que detenerme: ¡me faltaba el aliento! Miré a la puerta, y pensé: “¿Quizá estén cenando ahora los tres juntitos..., sin el menor recelo! Pero dentro de un instante, en cuanto yo llame a esa puerta, quedará malparada su vida... ¡En mi mano está todavía la suerte que se cierne sobre sus cabezas!”

Subí los últimos escalones. Con el cordón de la campanilla en la mano, en tanto el corazón me daba brincos, subiéndoseme a la garganta, agucé el oído. Ningún rumor. Y en aquel silencio escuché el lento *tin, tin, tin* de la campanilla, de la cual tiraba yo muy flojito.

Subióseme toda la sangre a la cabeza y empezaron a zumbarme los oídos, como si aquel leve tintineo, que se había extinguido en el silencio, retumbase, furioso y ensordecedor, dentro de mí.

A poco rato, reconocí, sobresaltado, al otro lado de la puerta, la voz de la viuda de Pescatore:

—¿Quién va?

No pude, al pronto, responder; y me apreté el pecho con los puños, temiendo no se me saltase el corazón. Luego, con voz sombría, casi silabeando, dije:

—¡Matías Pascal!

—¿Quién? —chilló la voz de dentro.

—¡Matías Pascal! —repetí, con voz todavía más cavernosa.

Sentí echar a correr a la bruja de mi suegra, aterrorizada sin duda, y al punto imagineme lo que en aquel instante estaría sucediendo al otro lado de la puerta. Ahora vendría Pomino, el hombre, ¡el valiente!

Pero antes fue menester que volviese a llamar como antes, muy flojito. Apenas, abriendo de par en par la puerta, me hubo visto Pomino, erguido, echado para adelante, plantado frente a él, retrocedió aterrado. Yo me adelanté, diciendo:

—¡Soy Matías Pascal, que viene del otro mundo!

Pomino dejose caer en el suelo, dando un gran resbalón, con los brazos para atrás y de par en par los ojos.

—¡Matías! ¿Tú?

Mi suegra, que había acudido, llevando la luz en una mano, lanzó un alarido agudísimo, como de parturienta. Yo cerré la puerta de un empellón, y de una manotada le quité la luz, que ya se le caía de la mano.

—¡Silencio! —díjele en los mismos morros—. ¿De veras me toma usted por un fantasma?

—¿¡Vivo! —exclamó ella, pasmada, con las manos en la cabeza.

—¡Vivo! ¡Vivo! ¡Vivo! —repetí yo, con feroz alegría—. Me habías dado por muerto, ¿no es verdad? ¿Ahogado en el molino?

—Y ¿de dónde vienes? —preguntome, temblando de terror.

—¡Pues del molino, so bruja! —gritéle—. ¡Toma la luz, mírame bien! ¿Soy o no soy yo? ¿No me reconoces? ¿O te sigo pareciendo aquel desgraciado que se ahogó en *La Cabaña*?

—Pero ¿no eras tú?

—¡Así revientes, bruja de los demonios! ¡Yo estoy aquí vivo! ¿No me ves? ¡Ea, levántate, mala pécora! ¿Dónde está Romilda?

—¡Por caridad! —gimió Pomino, levantándose del suelo presuroso—. La pequeña..., tengo miedo..., la leche...

Yo lo cogí de un brazo, y, a mi vez, me detuve:

—¿Qué pequeña?

—Mi... mi hija... —balbució Pomino.

—¡As... sesino! —clamó mi suegra.

No pude responderle, aturdido por la impresión de aquella nueva noticia.

—¡Tu hija! —murmuraba—. ¿Una hija, además?... ¿Y está ahora...?

—Está tomando el pecho de Romilda. ¡Por el amor de Dios! —conjuróme Pomino.

Pero había acudido tarde. Porque ya Romilda, con el corpiño flojo y la pequeñuela en el regazo, toda en desorden, como si al oír los gritos hubiese saltado presurosa y azorada del lecho, habíase adelantado hacia nosotros, y me vio:

—¡Matías!

Y dejóse caer en brazos de Pomino y de su madre, los cuales cargaron con ella y se la llevaron de allí, dejando, en aquel destartalo, a la pequeña en mis manos.

Encontréme a oscuras en el recibimiento, sosteniendo en mis brazos a la niña, que lanzaba vagidos con la vocecilla acre de la leche. Consternado, poseído de agitación, seguía oyendo el grito de aquella que fuera mi mujer y era ahora la madre de esta niña, no mía, sino de otro, mientras que a la mía no le había tenido cariño. Por lo cual yo, ahora, ¡no, por Dios vivo!, no debía tener piedad. ¡Había vuelto a casarse! Pero, a todo esto, la niña seguía gimiendo, y yo no sabía qué hacer. Hasta que, por último, me la acomodé bien contra el pecho y empecé a acariciarla suavemente, pasándole una mano por sus hombritos, y a mecerla para que se durmiese. Enturbióseme el odio y cedió la violencia. Y poco a poco fue quedándose callada la niña.

Pomino llamó en lo oscuro, sobresaltado:

—¡Matías...!, ¿y la nena?

—¡Cállate! ¡La tengo aquí!

—¿Y qué haces?

—Pues ya ves, ¡comérmela a bocados! ... ¡Hay que ver la pregunta! ¿Que qué hago? Me la habéis puesto en los brazos..., y todavía me preguntáis que qué hago... Ahora, lo mejor que podéis hacer es dejar en paz a la nena... Ya está tranquilita... ¿Y Romilda? ¿Dónde está?

Pomino se me acercó, todo tembloroso y remiso, cual perra que ve a su crío en manos del amo.

—¿Romilda? ¿Para qué la quieres? —preguntóme.

—¡Para hablarle, hombre! —respondíle con rudeza.

—Se ha desmayado, ¿sabes?

—¿Que se ha desmayado? ¡Pues ya haremos que vuelva en sí!

Pomino se me plantó delante, implorando:

—¡Por el amor de Dios! ... Oye..., tengo miedo... ¿Cómo es posible que seas tú?... ¡Vivo!... ¿Dónde estuviste tanto tiempo? ¡Dios santo!... Oye..., ¿no te sería lo mismo decirme a mí lo que le fueras a decir a ella?

—¡No! —gritéle—. ¡Tengo que hablar con ella! ¡Tú aquí no eres ya nadie!

—¡Cómo!

—Como te lo digo. Tu matrimonio no tiene validez.

—Pero, ¡hombre, por Dios! ... ¿Qué dices?... ¿Y la niña?

—La niña..., la niña... la niña... —mascullé—. ¡Habrás visto qué poca vergüenza! ¡En dos años, casados y con una niña! ¡Calla, rica calla! Vamos a ver a la mamá... ¡Anda, hombre! Ve tú delante, guiando... ¿Por dónde hay que echar?

No bien hube entrado en la alcoba con la niña en mis brazos, hizo ademán mi suegra de abalanzarse como una hiena.

Yo la rechacé con furioso codazo.

—¡Váyase usted de aquí, so tía brujas! Que aquí tiene usted a su yerno. Si tiene usted algo que rezongar, ¡dígaselo a él, que yo no la conozco!

Inclinéme sobre Romilda, que lloraba a lágrima viva, y presentéle a la pequeña:

—¡Tómala! Aquí la tienes. ¡No llores! ... ¿A qué viene ese llanto? ¿A que estoy vivo? ¿Luego querías que me hubiera muerto de veras? ¡Mírame..., mírame bien a la cara! ¿Estoy vivo o estoy muerto?

Ella hizo un esfuerzo para mirarme por entre sus lágrimas, y con voz entrecortado por los sollozos, balbució:

—¿Pero... cómo.... tú? ¿Qué.... qué hiciste en todo este tiempo?

¿Que qué hice? —suspiré—. ¿Y a mí me lo preguntas? ¿De modo que tú te volviste a casar... con ese sandio ahí presente... y trajiste al mundo una niña, y todavía tienes valor de preguntarme a mí que qué hice en este tiempo?

—¿Y ahora? —gimió Pomino, cubriéndose la cara con las manos.

—Pero tú, ¿dónde has estado? Si te fingiste muerto y te largaste... —gritó mi suegra, adelantándose hacia mí con los brazos alzados.

Yo le cogí uno de ellos y se lo retorcí, gritando:

—¡Cállese usted, vuelvo a decirle! ¡Estése usted quieta, porque como la sienta resollar a usted, va a acabármela piedad que me inspiran ese imbécil de su yerno y esa criaturita, y voy a aplicarles a todos la ley monda y lironda! ¿Y sabe usted lo que dice la ley? Pues que yo debo volverme a reunir ahora con Romilda...

—¡Con mi hija! ¡Tú! ¡Pero tú estás loco! —exclamó la vieja, impertérrita.

Mas Pomino, impresionado por mis amenazas acercósele diligente, rogándole que se callara, por lo que más quisiera.

Y entonces fue la bruja y me soltó a mí y la emprendió con él, poniéndolo de sandio, de bragazas, de inútil, y echándole en cara que no sabía hacer más que llorar y lamentarse como una hembra...

—¡Acabe usted ya! —grité en cuanto pude contenerme—. ¡Os la dejo! ¡Os la dejo a vosotros con muchísimo gusto! ¿O me cree usted de veras tan chiflado como para avenirme a ser otra vez su yerno? ¡Ay, pobre Pomino! ¡Pobre amigo mío, dispénsame, ¿oyes?, si te llamé imbécil! Pero ya has oído que también te lo ha llamado tu suegra, y puedo jurarte que, también, desde un principio, me lo había dicho Romilda, nuestra mujer..., ¡sí, sí, ella misma!..., que le parecías un

memo, un estúpido, un pazguato... y no sé cuantas cosas más por este estilo... ¿No es cierto, Romilda? ¡Anda, mujer, di la verdad! ... ¡Anda, no llores más rica! ¡Tranquilízate, criatura! ¿No ves que puede sentarle mal a tu nena? Yo he vuelto a la vida... ¿no lo ves?... y quiero estar alegre... ¡Alegre!, como decía aquel borracho... ¡Alegre, Pomino! ¿Te parece que sea capaz de dejar sin madre a una criaturita? ¡No, hombre! Yo ya tengo un hijo sin padre... ¿Lo ves, Romilda? Estamos en paz: yo tengo un hijo que es hijo de Malagna, y tú tienes ahora una hija que es hija de Pomino. Si Dios quiere, en su día los casaremos ¡Ahora ya no debes llevar a mal lo de ese hijo mío! ... Pero hablemos de cosas alegres... Dime: ¿cómo tú y tu madre, os arreglasteis para darme por muerto allá en *La Cabaña*?...

—¡No fueron ellas solas! —exclamó Pomino—. También yo te di por muerto. ¡Y todo el mundo, aquí, en el pueblo!

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Conque tanto se me parecía el interfecto?

—Tenía tu misma estatura..., tu misma barba... Vestía como tú, de negro... ¡Y como, además, llevabas tantos días sin aparecer! ...

—¡Claro! Me había fugado, ¿no es verdad? ¡Como si no hubieran sido ellas la que me echaron de casa! ... ¡Esta, ésta misma! ... ¡Y, sin embargo, tenía intención de volver..., ¡sí, señor!, ¡y cargado de oro! Mientras, aquí..., que es..., que no es... muerto, ahogado, putrefacto... e identificado, por añadidura... ¡Gracias a Dios que me he divertido estos dos años! En tanto, vosotros, aquí, noviazgo, casorio, luna de miel, fiestas y alegrías; la nena... El muerto al hoyo y el vivo al bollo..., ¿eh?

—¿Y ahora? ¿Qué vamos a hacer ahora? —repitió Pomino, gimiendo, como puesto en un potro.

Romilda se levantó para acomodar en la cuna a la pequeña.

—¡Vámonos de aquí —dije yo—, que la pequeña ha vuelto a dormirse! En otro sitio discutiremos.

Nos trasladamos al comedor, donde, encima de la mesa, aun sin levantar, veíanse los restos de la cena. Todo tembloroso y descompuesto, con cadavérico palidez en el semblante, parpadeando sin cesar y con los ojos como de yeso, horadados en su mitad por dos puntitos negros y agudos, de pasmo, Pomino se rascaba la frente y repetía, como delirando:

—¡Vivo! ... ¡Vivo! ... ¿Qué vamos a hacer?

—No me jorobes! —le grité—. ¡Ya lo veremos!

Romilda, que ya se había echado una falda, vino a buscarnos al comedor. Al verla a la luz, quedéme maravillado: estaba tan hermosa como en otro tiempo, por no decir más.

—¡Déjame que te vea bien!... —le dije—. Con tu permiso, ¿eh, Pomino? No creo que esté mal..., porque también yo soy su marido, y el primero, y soy antes que tú. ¡Vaya, Romilda, no te dé vergüenza! ¡Mira, mira cómo se retuerce Mino! Pero ¿qué culpa tengo yo de no haberme muerto de veras?

—¡Eso no es posible! —rezongó Pomino, lívido.

—¿No ves que la asustas? —díjele yo, señalando a Romilda—. ¡Cálmate, Mino! ... ¡Te he dicho que te la cedo, y mantengo mi palabra! ¡Sólo que, espera un poco!... ¡con tu permiso!

Lleguéme a Romilda y le estampé un beso muy fuerte en la mejilla.

—¡Matías! —gritó Pomino, todo trémulo.

Yo echéme de nuevo a reír.

—¿Celos? ¿Tienes celos de mí? ¡Vamos, hombre! ¡Yo tengo aquí primacía! Además, que eso se borra, ¿verdad Romilda?... Mira, al venir para aquí, pensaba yo —y que me dispense

Romilda—, pensaba yo, querido Mino, que te haría un gran favor librándote de ella; y este pensamiento me traía a mal traer, pues quería vengarme, y aun lo querría, ¡no vayas a creer!, quitándote a Romilda, ahora que veo que la quieres y que ella... Sí, me parece un sueño; me parece la de aquellos tiempos, ¿no te acuerdas, Romilda?... Pero ¡no llores! ¿Por qué otra vez esos llores?... ¡Ay, qué tiempos aquéllos! ¡Ya no volverán!... ¡Ea, ea! Vosotros tenéis ya una hijita; así que... ¡punto en boca! Me voy y os dejo en paz, ¡qué diantre! —Pero ¿no anularán el matrimonio? —gritó Pomino.

—¿Y qué te importa a ti que lo anulen? —le dije—, Lo anularán *pro forma*, si es que lo anulan, porque lo que es yo no he de hacer valer mis derechos, y ni siquiera pienso darme a conocer oficialmente como vivo, a no ser que materialmente me obliguen. A mí me basta con que todos vuelvan a verme y sepan que estoy vivo de hecho, para salir de esta muerte postiza, que, creedlo, es una muerte verdadera. Y si no, ya lo ves: ¡te has podido casar con Romilda como si estuviera viuda! ... Lo demás me importa un comino. Tú contrajiste matrimonio públicamente, y todos saben que Romilda lleva un año de ser tu mujer, y como tal, seguirá en adelante. ¿Quién crees que piensa ya en el valor legal de su primer matrimonio?

Aguas pasadas... Romilda *ha sido* mi mujer; pero desde hace un año lo es *tuya* y madre, además, de una hija de los dos. De aquí a un mes, ya nadie se acordará de lo ocurrido. ¿No digo bien, suegra por partida doble?

La viuda de Pescatore, malhumorada y ceñuda, asintió con la cabeza. Pero Pomino, con agitación creciente, preguntó:

—¿Y tú piensas quedarte a vivir aquí, en Miragno?

—Sí; y alguna que otra nohecita me vendré por aquí a tomar con vosotros una tacita de café o un vasito de vino, a vuestra salud.

—¡Eso, no! —saltó mi suegra, poniéndose en pie.

—¡Pero si lo dice en broma! —observó Romilda, con los ojos bajos.

Yo me eché a reír, como antes.

—¿Lo estás viendo, Romilda? —le dije—. Tienen miedo, no sea que volvamos a enamorarnos... ¡No estaría mal! Pero ¡no, no hagamos sufrir a Pomino! ... Quiere decir que, si no le hace gracia verme en su casa, me pondré a pasearte la calle y rondarte el balcón. ¿Qué tal? ¡Ya verás las serenatas que voy a darte!

Pálido y trémulo, daba vueltas Pomino por la estancia, refunfuñando:

—¡No es posible! ... ¡No es posible! ...

De pronto, se paró en seco, y me dijo:

—El hecho es que ésta... estando tú aquí, vivo, no será ya mi mujer.

—¡Pues hazte cuenta que me he muerto! —respondíle con mucha flema.

El volvió a sus paseos:

—¡Cómo voy a hacerme esa cuenta!

—Pero ¿crees de verdad —añadí— que yo vaya a hacerte sombra, no queriendo Romilda? Aunque, ¡claro!, como soy mucho más guapo que tú...

—Pero quiero decir ante la ley, ¡ante la ley! —gritó él, volviendo a pararse.

Romilda lo miraba, angustiada y perpleja.

—En ese caso —hícele observar—, me parece que quien debía dolerse antes que nadie era yo, que en lo sucesivo tendré que aguantarme y ver a mi hermosa media naranja vivir maritalmente contigo...

—Pero también ella —exclamó Pomino, no siendo ya mi mujer...

—¡Bueno! En una palabra —salté yo—: que quería vengarme, y no me vengo; te dejo la mujer y te dejo a ti en paz, ¿y todavía no estás contento? ¡Ea! ¡Anda, Romilda, levántate y vámonos! ¡Qué le vamos a hacer! ... ¡Emprenderemos un viaje de bodas! ... ¡Ya verás cuánto nos vamos a divertir! ¡Deja, que se pudra él solo, a ese cascarrabias! ¿No lo ves? Ahora quisiera que yo fuese a tirarme de cabeza al molino de *La Cabaña*.

—¡No quiero eso! —prorrumpió Pomino, en el colmo de la desesperación—. Lo que quiero es que, por lo menos, te vayas de aquí. ¡Que te quites de en medio! ¿No tuviste por conveniente hacerte el muerto? Pues vete ahora del pueblo sin que nadie te vea. Porque yo aquí... viviendo tú...

Levantéme, púsele una mano en el hombro para sosegarlo, y le respondí, diciéndole, en primer lugar, que ya había estado en Oneglia a ver a mi hermano; de suerte, que ya todos sabían que no me había muerto, y era inevitable que al día siguiente cundiera ya la noticia por Miragno. Luego exclamé:

—¿Que me haga otra vez el muerto? ¿Que me vaya de Miragno? ¡Quita, hombre! ... ¡Sigue tú de marido, y que buen provecho te haga! ... No temas cosa alguna... Sea como quiera, tú estás casado como Dios manda... Y todo el mundo bajará la cabeza, sabiendo que hay de por medio una criatura. Yo te prometo y te juro que no he de venir nunca a molestarle, ni siquiera a pedirte una taza de café, ni siquiera a regodearme con el espectáculo plácido y risueño de vuestro cariño y concordia, de vuestra dicha, cimentada sobre mi muerte... ¡Ingratos! Cualquier cosa apuesto a que nadie en el mundo, empezando por ti, mal amigo, ha ido a poner una corona, ni siquiera una flor, en mi sepultura... ¿A que es verdad? ¡Habla, responde!

—¡Déjate de bromas, hombre! —exclamó Pomino con nervioso temblor.

—¿Bromas?... ¡No son bromas, amigo mío; que estando de por medio el cadáver de un hombre, no hay quien bromea! Di la verdad: ¿a que no has ido a visitar mi tumba al camposanto?

—No..., no.... no he tenido valor —balbució Pomino.

—Pero para quitarme la mujer sí tuviste valor, ¡tunante!

—¿Y tú? ¿No me la quitaste tú primero? ¡Y eso que estaba yo vivo! —exclamó él, de pronto.

—¿Yo? —murmuré—. ¡Ca! ¡Si fue ella la que no te quiso, hombre! ¿Quieres que vuelva a repetirte que le parecías un panoli? ¡Anda, díselo tú, Romilda, haz el favor! Ya ves que sale acusándome de haberlo traicionado... Pero, en fin, ahora ya es tu marido, y ¡punto en boca! No hablemos más de ello... Mañana iré yo al cementerio a visitar la tumba de ese desgraciado, que está allí abandonado el pobre, sin una flor ni una lágrima... Dime, ¿pusisteis siquiera lápida en su sepultura?

—Sí —apresuróse a responder Pomino—. Y a expensas del Ayuntamiento... Mi pobre padre... —Sí; ya sé que me hizo el elogio fúnebre... ¡Si el pobre del muerto hubiera podido oírlo!... ¿Y qué habéis puesto en la lápida?

—No recuerdo ya... Lo redactó Alondrilla...

—¡Claro! —suspiré—. ¡Y basta! Dejemos también esto. Pero cuéntame, hombre: ¿cómo os disteis tanta prisa a casaros?... ¡Ay, y qué poco me lloraste, viudita mía! Quizá ni una lágrima, ¿eh? ¡Habla, mujer, contesta! ¿Es posible que no quieras dejarme oír tu voz? Mira, ya va avanzada la noche... En cuanto amanezca, me iré de esta casa, y ¡si te vi, no me acuerdo! Aprovechemos estas pocas horas... ¡Habla, mujer!

Romilda se encogió de hombros, miré a Pomino y sonrió nerviosamente; luego, volviendo a bajar los ojos y mirándose las manos:

—¿Qué quieres que te diga?... Es verdad que lloré...

—¡Y eso que no te lo merecías! —refunfuñó mi suegra.

—¡Gracias! Pero, en fin... ¡Bueno! ... Supongo que no me llorarías mucho, ¿eh? De fijo que no se mojaron mucho esos ojos tan hermosos que tan fácilmente se equivocaron...

—Nos vimos muy apuradas —continuó Romilda a modo de disculpa—. Y si no hubiera sido por éste...

—¡Muy bien, Pomino! —exclamó—. Pero y el canalla de Malagna ¿no os ayudó?

—Ni pizca —saltó mi suegra con voz dura y desabrida—. Todo lo hizo éste...

Y señaló a Pomino.

—Es decir —rectificó aquél balbuciendo—, yo no... Mi pobre padre... ¿No recuerdas que era del Ayuntamiento? Pues fue y consiguió que les señalaran una pensioncita, en atención a la desgracia... y luego. — —

—¿Dio su consentimiento para el casorio?

—¡Eso! Y se empeñó en que nos viniésemos a vivir todos aquí con él... Pero hace dos meses...

Y procedió a contarme la enfermedad y muerte del padre, el cariño que les había tomado a la nuera y a nieta y lo llorada que había sido su muerte en el pueblo. Luego pedile noticias de tía Escolástica, que tan amiga era del caballero Pomino. Mi suegra, que todavía se acordaba del puñado de masa que le tiró aquella vez a la cara, revolvióse en su asiento. Pomino respondiome que hacía dos años y pico que no la veía, pero que gozaba de cabal salud; luego, a su vez, preguntóme por mi vida y milagros durante el tiempo que había estado ausente. Yo le dije cuanto discretamente podía decirle, callándome los nombres de las personas y lugares, a fin de demostrarles que no todo habían sido mieles para mí en aquellos dos años. Y así conversando en amor y compañía, aguardamos el clarear de aquel día, en que había de proclamarse a los cuatro vientos mi resurrección.

Estábamos rendidos de la noche en claro y de las violentas emociones que experimentáramos, Y sentíamos también mucho frío. Con objeto de que entráramos en calor, fue Romilda y por su propia mano nos hizo café. Al ofrecirme la taza, me miró con ligera, triste y como lejana sonrisa, y me dijo:

—A ti siempre te gustó sin azúcar, ¿verdad?

¿Qué leería en aquel instante en mis ojos, que hubo de bajar enseguida los suyos?

A la lívida luz de la aurora sentí que se me subía de pronto a la garganta una inesperada oleada de llanto, y miré a Pomino con enconados ojos. Pero ya el café humeaba bajo mi misma nariz, embriagándome con su aroma, y empecé a tomármelo a lentos sorbos. Luego pedíle permiso a Pomino para dejar en su casa la maleta, hasta que encontrara alojamiento.

—¡Sí, hombre, sí! —contestóme él solícito—. Es más: no te cuides de ésa, que cuando sea necesario yo me encargaré de mandártela...

—¡Oh! —exclamé—. ¡No creas que tengo nada en ella! ... Está vacía... Y a propósito, Romilda: ¿no has conservado en tu poder nada mío..., prendas de vestir..., ropa interior?...

—No, nada —respondióme ella, contrita, abriendo las manos—. Ya comprenderás..., después de aquella desgracia...

—¡Quién podía imaginar!... —exclamó Pomino.

Pero hubiera jurado que el roñoso de Pomino tenía, liado al cuello, un antiguo pañuelo mío, de seda.

—¡Bueno! Basta. ¡Adiós, y buena suerte! —díjeles, buscando con mis ojos los de Romilda, que me rehuían, aunque, al darme la mano, pude notar que le temblaba—. ¡Adiós! ¡Adiós!

Bajé a la calle y volví a encontrarme perdido, con estar allí, en mi pueblo: solo, sin casa ni hogar.

—¿Y ahora —preguntéme a mí mismo—, adónde ir?

Eché a andar, mirando a la gente que pasa a. ¡Cómo! ¿No me conocía nadie? Y, sin embargo, yo no había cambiado tanto como para que, al verme, no hubiera podido decir alguno: «¡Hombre, y cómo se parece ese forastero al pobre Matías Pascal! ¡Si tuviera el ojo un poco torcido, cualquiera diría que era él!” Pero no, ninguno me conocía, porque nadie pensaba en mí. No despertaba curiosidad, ni siquiera la menor sorpresa... ¡Y yo que me figuraba que con sólo salir a la calle iba a armar una revolución! Ante aquel profundo desengaño experimenté un bochorno, una pena, una amargura, que en vano intentaría describir; y ese bochorno y ese desprecio impedíanme llamarles la atención a aquellos que yo, por mi parte, conocía muy bien... ¡Al cabo de dos años! ¡Ah! ¿Qué significaba morir? Ya nadie se acordaba para nada del santo de mi nombre; ni más ni menos que si nunca hubiera existido...

Por dos veces recorrí de punta a cabo el pueblo, sin que nadie me detuviese. Por un momento, lleno de rabia, pensé en volver a casa de Pomino y decirle que estaba arrepentido del trato hecho, vengando en él la afrenta que parecía infligirme todo el pueblo al no darse por enterado de mi presencia. Pero ni Romilda me hubiera seguido por las buenas ni yo tampoco hubiera sabido, de momento, adónde llevármela. Debía empezar por buscar albergue. Pensé en dirigirme inmediatamente al Ayuntamiento, al Registro civil, para exigir que me borrasen enseguida del libro de los muertos; pero andando, andando, mudé de propósito y torcí en dirección a esta Biblioteca de Santa María Liberal, donde hube de encontrarme, ocupando mi puesto, al reverendo amigo don Eligio Pellegrinotto, el cual tampoco me reconoció al primer golpe de vista. Jura y perjura don Eligio que él me reconoció enseguida y que sólo aguardó a que yo declarase mi nombre para echarme los brazos al cuello, pareciéndole imposible que fuese yo, y no resolviéndose a abrazar así, a las primeras de cambio, a un individuo que *le parecía* Matías Pascal. Después de todo, no le llevemos la contraria. Lo cierto es que fue el primero en saludarme y festejar mi vuelta empeñándose luego en que había de presentarme a los paisanos, para borrar de mi ánimo la mala impresión que su olvido me hiciera.

Pero yo, ahora, no creo oportuno describir las escenas que luego hubieron de desarrollarse, en la farmacia de Brísigo, primero, y luego en el café de La Unión, cuando don Eligio, radiante todavía de júbilo, presentóse allí conmigo redivivo. En un santiamén divulgóse la noticia por el pueblo, y todos acudieron a verme y a acosarme a preguntas. Querían que yo les dijese quién había sido, entonces, el ahogado del molino, como defraudados, o como si yo les engañara y no me hubiesen reconocido todos, uno después de otro. ¿De modo que era yo, verdaderamente? Pero ¿de dónde venía? ¡Pues del otro mundo! ¿Y qué había estado haciendo? ¡Pues el muerto! Yo adopté, la determinación de encastillarme en aquellas dos respuestas, sin que hubiera fuerza humana que me sacara de, ellas, y dejarlos a todos con la comezón de la curiosidad, que los tuvo muchos días a mal traer. Ni siquiera fue más afortunado que los demás el amigo Alondrilla, que vino a entrevistarse conmigo para publicar una información en *Il Foglietto*. Inútil fue que, para conmovirme y tirarme de la lengua, me llevara un número del periódico de hacía dos años, con mi necrología. Yo le repliqué que me la sabía de memoria, pues en el infierno era *Il Foglietto* muy leído.

—¡Gracias, amigo mío, gracias por todo! ¡Incluso por la lápida! ... Ya iré a verla.

Renuncio a transcribir su nuevo suelto del domingo siguiente, encabezado con grandes titulares, que decían: “¡*Matías Pascal, vive!*”

Uno de los pocos que no quisieron dejarse ver, además de mis acreedores, fue Malagna, con todo y haber dado muestras —según me dijeron—, dos años antes, de un gran pesar por mi bárbaro suicidio. Y me lo explico. Tanta pena como entonces le daría, al ver que me había quitado de en medio para siempre, tanto disgusto como sentiría ahora, al saber que había vuelto a la vida. Lo comprendo perfectamente.

¿Y Oliva? Hube de tropezarme con ella un domingo, al salir de misa, con su nene, que ya tiene cinco años, y que se le parece en lo guapo y lo sano. ¡Mi hijo! Ella miróme con ojos cariñosos y risueños, que, en un periquete, me dijeron tantas cosas...

Basta. Ahora vivo en paz con mi anciana tía Escolástica, que se brindó a tenerme en su casa.

Mi extraña y peregrina aventura me nimbó de repente de prestigio a sus ojos. Duermo en la misma cama en que exhaló su último suspiro mi pobre madre, y me paso gran parte del día aquí, en la Biblioteca, en compañía de don Eligio, que aún está muy lejos de dar remate a su labor de ordenar los viejos folios polvorientos.

Unos seis meses he tardado en pergeñar esta mi rara historia, con su ayuda. Y de cuanto aquí queda apuntado, me guardará el secreto, como si se lo hubiese contado en el confesonario.

Hemos hablado los dos largo y tendido acerca de mis peripecias y aventuras, y más de una vez he dicho yo que no se me alcanza el provecho que de ellas se pueda sacar.

—Por lo pronto, éste —replícame don Eligio—: que fuera de la ley y fuera de esas particularidades, felices o desgraciadas, por las cuales somos quien somos, ¡no es posible vivir, querido Pascal!

A lo que le objeto que yo no he vuelto a entrar del todo en la ley ni en mis particularidades. Mi mujer es la mujer de Pomino, y yo no podría decir a punto fijo quién soy.

En el cementerio de Miragno, sobre el sepulcro de aquel pobre desconocido que se ahogó en *La Cabaña*, puede leerse todavía la lápida redactada por Alondrilla:

**VICTIMA DE ADVERSOS HADOS,
MATÍAS PASCAL,
BIBLIOTECARIO,
CORAZÓN GENEROSO, ALMA FRANCA,
AQUÍ, VOLUNTARIAMENTE,
REPOSA
LA PIEDAD DE SUS PAISANOS
COLOCO AQUÍ ESTA LAPIDA**

Yo he puesto allí la corona de flores prometida, y de cuando en cuando, voy allá, a verme muerto y enterrado. Algún curioso me sigue de lejos; y luego, a la vuelta, se me acerca, sonrío, y considerando mi condición actual, me pregunta:

—Pero, ¡hombre!, ¿se puede saber, en resumidas cuentas, quién es usted?

Yo me encojo de hombros, entorno los ojos, y contesto:

—¡Hombre! ¿Quién quiere usted que sea?... ¡Pues el difunto Matías Pascal!

19.

Advertencia sobre los escrúpulos de la fantasía

El señor Alberto Heintz, de Buffalo, Estados Unidos, dividido entre el amor de su mujer y el de una señorita de veinte años, resuelve convocar a ambas a una reunión con vistas a tomar una decisión conjunta.

Las dos mujeres y el señor Heintz acuden puntualmente al lugar de la cita, y, tras prolongada discusión, llegan a un acuerdo.

Los tres van a poner fin a sus vidas.

La señora Heintz vuelve a su casa, se pega un pistoletazo y muere. Por tanto, el señor Heintz y su amorosa señorita veinteañero, en vista de que con la muerte de la señora Heintz todo obstáculo a su unión queda suprimido, convienen en que no existe ya razón alguna para buscar la muerte y deciden seguir viviendo y contraer matrimonio. Pero la autoridad judicial piensa de otro modo y procede a su detención.

Un prosaico desenlace.

(Ver periódicos de Nueva York del 25 de enero de 1921, edición de la mañana.)

Supongamos que a un pobre autor de comedias se le ocurre la desgraciada idea de llevar a escena semejante argumento.

A buen seguro que su fantasía sentirá escrúpulos, sobre todo a la hora de paliar con remedios «heroicos» la falta de sentido del suicidio de la señora Heintz, tratando de prestarle de algún modo verosimilitud.

Pero podemos estar igualmente seguros de que, pese a todos los remedios heroicos elaborados por el comediógrafo, noventa y nueve críticos teatrales de cada cien reputarán absurdo ese suicidio e inverosímil la comedia.

Y es que la vida, que muestra con desfachatez todos los absurdos, pequeños y grandes, de que felizmente está llena, tiene el inestimable privilegio de poder prescindir de esa estúpida verosimilitud que el arte se cree obligada a respetar.

Los absurdos de la vida no necesitan parecer verosímiles porque son verdaderos; al revés que los del arte, que para parecer verdaderos, necesitan ser verosímiles. Con lo que, siendo verosímiles, dejan de ser absurdos.

Un acontecimiento de la vida puede ser absurdo; una obra de arte, si es tal, no.

De lo que se deduce que es una idiotez tachar de absurda e inverosímil, en nombre de la vida, una obra de arte.

En nombre del arte, sí; en nombre de la vida, no.

En la historia natural existe un reino que, por abarcar a todos los animales, es objeto de estudio de la zoología.

Entre los muchos animales que pueblan este reino se cuenta el hombre.

Y el zoólogo, claro está, puede hablar del *hombre* y decir, por ejemplo, que no es un cuadrúpedo sino un bípedo, y que no tiene cola, como el mono, o como el burro, o el pavo real.

. El hombre de que habla el zoólogo no puede jamás tener la desgracia de perder, digamos, una pierna y ponérsela de palo; o de —Perder un ojo y ponerse uno de cristal. El hombre del zoólogo tiene siempre dos piernas, ninguna de ellas de palo; siempre dos ojos, y ninguno de ellos de cristal.

Y contradecir al zoólogo es inútil. Porque el zoólogo, si le presentamos un individuo con una pierna de palo o un ojo de cristal, nos contesta que no lo conoce, porque dicho individuo no es *el* hombre, sino *un hombre*.

Pero es igualmente cierto que nosotros, a nuestra vez, podemos replicar al zoólogo diciéndole que el hombre que él conoce no existe, y que en cambio existen *los hombres*, ninguno de los cuales es idéntico a su vecino y que pueden incluso tener, por desgracia, una pierna de palo o un ojo de cristal.

Dicho esto, se pregunta si quieren ser considerados como zoólogos o como críticos literarios todos esos señores que, a la hora de juzgar una novela, un cuento o una comedia, rechazan tal o cual personaje tal o cual representación de hechos o de sentimientos en nombre, no ya del arte, lo cual sería justo, sino de una humanidad que parecen conocer a la perfección, como si realmente pudiese existir en abstracto, esto es, fuera de esa infinita variedad de hombres capaces de cometer todos los absurdos que antes decíamos y *que no necesitan parecer verosímiles, porque son verdaderos*.

Pero, por la experiencia que por mi parte he tenido ocasión de hacer de semejante crítica, lo bonito es que mientras que el zoólogo reconoce que el hombre se distingue de los demás animales, entre otras cosas, por el hecho de que el hombre razona y los animales no, los señores críticos presentan precisamente el razonamiento (es decir, lo que es más propio del hombre) no ya como un exceso (como podría esperarse) sino, por el contrario, como un defecto de humanidad en muchos de sus no alegres personajes.

Al parecer, para ellos *humanidad* es algo que atañe más bien al sentimiento que a la razón.

Pero, aun en el caso de querer hablar tan en abstracto como dichos críticos lo hacen, ¿no es acaso cierto que el, hombre no razona nunca (o «desazona», que para el caso viene a ser lo mismo) tan apasionadamente como lo hace cuando sufre, y precisamente porque quiere conocer la raíz de su sufrimiento, y a los causantes del mismo, y si es justo o no que se lo hayan producido; mientras que cuando disfruta toma el disfrute como viene y no se anda con razonamientos, como si la felicidad fuera un derecho?

Es propio de los animales el sufrir sin razonar. Los que sufren y razonan (precisamente porque sufren) no son *humanos* para esos señores críticos, pues, al parecer, el que sufre no debe pasar de ser animal, y sólo siendo animal es para ellos humano.

Pero hace poco he dado con un crítico a quien estoy muy agradecido.

A propósito de mi inhumana y parece que incurable «cerebralidad» y de la absurda inverosimilitud de mis argumentos y personajes, se ha dirigido a los otros críticos preguntándoles que de dónde sacaban el criterio para juzgar como lo hacían el mundo de mi arte.

«¿Tal vez de la que solemos llamar *vida corriente*?», preguntaba. «¿Pero acaso es ésta otra cosa que un sistema de referencias que nosotros seleccionamos de entre el caos de los eventos de cada día y que arbitrariamente calificamos de *corriente*?» Y concluía que «no se puede juzgar al mundo de un artista más que aplicando criterios procedentes de ese mismo mundo».

Debo añadir, para acreditar a este crítico ante los otros, que a pesar de ello —o mejor dicho, precisamente por ello—, también él acaba juzgando desfavorablemente mi obra, pues, considera que no sé dar un valor y un sentido universalmente humanos a mis argumentos y personajes, dejando así perplejos a quienes van a juzgar sobre ellos, pues, no saben si mi intención es o no la de limitar—me a reproducir determinados acontecimientos curiosos o situaciones psicológicas muy concretas.

¿Pero y si el valor y el sentido *universalmente humanos* de algunos de mis argumentos y personajes, en el contraste —como él dice— entre realidad e ilusión, entre rostro individual e imagen social de él, consistiese ante todo en el sentido y en el valor a conceder a ese primer contraste, que, por una burla constante de la vida, se nos muestra siempre como inconsistente en cuanto que (y *necesariamente*, por desgracia) toda realidad de hoy está destinada a mostrársenos mañana como ilusión, pero ilusión *necesaria*? ¿Y si fuera de ella, desafortunadamente, no existiese para nosotros ninguna otra realidad? ¿Y si consistiese justamente en esto, en que un hombre o una mujer, puestos por los otros o por sí mismos en una situación penosa, socialmente anormal y absurda por completo, la arrastran, la soportan y la representan ante los demás *en tanto no la ven* ya por ceguera, ya por una increíble buena fe? ¿Y por qué en cuanto la ven tan claramente como si se les hubiera puesto un espejo ante los ojos, dejan de soportarla, les produce horror y la rechazan o, si no pueden rechazarla, se sienten morir? ¿Y si consistiese justamente en esto, en que una situación socialmente anormal se acepta, aun vista a través de un espejo (situado esta vez ante nuestros ojos por obra de nuestra propia ilusión), y entonces se la representa, soportando el martirio que ella entraña, hasta tanto la representación no rebase el marco de la máscara sofocante que nosotros mismos nos hemos colocado o que nos viene impuesta por otros o por una cruel necesidad; es decir, hasta tanto un sentimiento nuestro demasiado vivo, latente bajo esa máscara, no resulte herido tan profundamente que estalle al fin la rebelión y la careta se destroce y se patee?

«Entonces —dice el crítico— un chorro de humanidad envuelve de golpe a los personajes: las marionetas, súbitamente, se tornan criaturas de carne y hueso y de sus labios brotan palabras que incendian el alma y destrozan el corazón».

¡Y cómo no! Han destapado sus desnudos rostros individuales, deshaciéndose de la máscara que les hacía ser marionetas de sí mismos o manejadas por otros; de esa máscara que antes les hacía aparecer como personajes duros, leñosos, angulosos, sin matices ni delicadeza, que, sin saber cómo, se viesan arrojados (como todo aquello que se combina y edifica no libremente sino por necesidad) a una situación anormal, inverosímil, paradójica; de tal naturaleza, en suma, que al cabo no han podido ya soportarla más y le han puesto fin.

El caos, cuando lo hay, es, pues, voluntario; el maquinismo, cuando existe, es, pues, deliberado. Pero no soy yo quien lo impone, sino el relato mismo, los personajes mismos. Y enseguida salta a la vista: en realidad, a menudo ha sido compuesto a propósito y colocado al alcance de los ojos al tiempo que se construía y combinaba. Es la máscara para una representación; el juego de las partes; lo que deseáramos o deberíamos ser; lo que parece a los demás que somos, mientras que lo somos no lo sabemos, hasta cierto punto, ni nosotros mismos; la burda y dudosa metáfora de nuestro ser; la imagen, a menudo complejísima que nos atribuimos o nos atribuyen: un maquinismo, pues, entero y vero, en el que, repito, cada cual es títere de sí mismo. Y luego, al final, el puntapié que lo echa todo a rodar.

Creo que no puedo sino estar satisfecho de mi fantasía si, con todos sus escrúpulos, ha conseguido mostrar como defectos reales los que sólo ella ha elaborado, defectos de esa imagen ficticia que los propios personajes han construido acerca de sí mismos y de sus vidas o que otros les han atribuido: los defectos, pues, de la *mascara* hasta tanto no se presente *desnuda*.

Pero mayor consuelo ha sido el que la vida, o, mejor dicho, la crónica cotidiana, me ha deparado cerca de veinte años después de la primera publicación de *Il fu Mattia Pascal*, que hoy vuelve a editarse.

Tampoco a dicha obra, cuando salió a la luz, le faltaron, a pesar del consenso casi unánime, quienes la tachasen de inverosímil.

Pues bien: la vida se ha dignado darme la prueba de la verdad de este argumento en una medida realmente extraordinaria, precisando incluso algunos detalles característicos que eran producto espontáneo de mi fantasía.

He aquí lo que apareció en el «Corriere della Sera» de 27 de marzo de 1920.

20.

Visita de un vivo a su propia tumba

Se ha descubierto en estos días un curioso caso de bigamia, debido a la pretendida, pero inexistente, muerte de un marido. He aquí un resumen de los precedentes del hecho. En la comarca de Calvairate, el 26 de diciembre de 1916, unos campesinos pescaron en las aguas del canal de las «Cinque Chiuse» el cadáver de un hombre vestido con chaqueta y pantalones de color marrón. El hallazgo se puso en conocimiento de los carabinieri, que dieron comienzo a la investigación. Poco después fue identificado el cadáver por una tal María Tedeschi, mujer de unos cuarenta años y aún de buen ver, y por unos tales Luigi Longono y Luigi Majoli, como el de Ambrogio Casati di Luigi, electricista, nacido en 1869 y marido de la señora Tedeschi. Y realmente el ahogado se parecía mucho al señor Casati.

Dicho testimonio, por lo que ahora ha salido a relucir, debió ser bastante interesado, sobre todo por parte del señor Majoli y de la señora Tedeschi. ¡El verdadero Casati vivía! Eso sí, desde el 21 de febrero del año anterior, estaba en la cárcel por un delito contra la propiedad y desde hacía tiempo vivía separado de su mujer, aunque no legalmente. Después de siete meses de lutos, la Tedeschi contraía nuevo matrimonio con el señor Majoli y ello sin chocar contra ningún impedimento burocrático. Casati terminó de expiar su pena el 8 de marzo de 1917 y hasta esos días no se enteró de su... muerte ni de que su mujer se había vuelto a casar y había desaparecido. Todo esto no lo supo el interesado hasta el día en que, habiéndose dirigido para solicitar un documento a la oficina del Registro Civil de la «Piazza Missori», el empleado le formuló desde la ventanilla la siguiente respuesta inexorable:

—¡Pero si usted está muerto! Su domicilio legal está en el cementerio de Musocco, campo común 44, fosa núm. 550...

Todo intento de que lo declarasen vivo resultó vano. Casati se propone hacer valer su derecho a la... resurrección, pues, una vez rectificado, por lo que a él se refiere, el estado civil, la presunta viuda vuelta a casar vería anulado su segundo matrimonio.

El hecho es que esta extrañísima aventura no le aflige lo más mínimo al señor Casati; parece, por el contrario, que lo ha puesto de buen humor, y, deseoso de nuevas emociones, decide hacer una escapadita a su... propia tumba y, en acto de homenaje a su memoria, depositar en ella un fragante ramo de flores y encender una candelaria.

¡El presunto suicidio en un canal; el hallazgo del cadáver y su identificación por parte de su mujer y del que más tarde habría de ser el segundo marido de ella; el retorno del falso muerto e incluso el homenaje a su tumba! Datos de hecho todos ellos, pero naturalmente sin aquello que le confiere al hecho valor y sentido *universalmente humanos*.

Me resisto a creer que el señor Ambrogio Casati, electricista, haya leído mi novela y llevado flores a su tumba por imitación del que fue Mattia Pascal.

Pero la cuestión es que la vida, con su beatífico desprecio por toda verosimilitud, pudo dar con un cura y un alcalde que uniesen en matrimonio al señor Majoli y a la señora Tedeschi sin preocuparse por conocer un antecedente del que además era facilísimo informarse, como es el de que el marido de ella, señor Casati, se encontraba en la cárcel y no bajo tierra.

Indudablemente la fantasía habría tenido escrúpulos de pasar por encima de una cuestión de hecho de tal calibre; y ahora, recordando la falta de verosimilitud que entonces se le achacó, se

complace en dar a conocer las inverosimilitudes reales de que es capaz la vida, incluso a través de esas novelas que, sin saberlo, la vida misma copia del arte.